Robert Ambelain




# Los secretos del Gólgota

## La historia no manipulada de Jesús y el Cristianismo

Por el autor de «Jesús o el secreto mortal de los Templarios»



«Orfeo crucificado», gema gnóstica del siglo II.

# INDICE

desencadena la gran revolución del año 135. Al principio obtiene la victoria, pero luego es aplastado por las legiones romanas, y será el responsable del fin de Jerusalén como nación.

María, madre de Jesús. Su genealogía. Sus dudas en lo referente a la divinidad de su hijo suscitaron la creación del personaje imaginario de María de Magdala. Murió también en Jerusalén.

Las grandes familias: asmonea, davídica, herodiana, se disputan el trono de Israel. La hermanastra de María madre de Jesús no es otra que Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, novena esposa de Herodes el Grande. Sus complots y su final.

El verdadero Herodes Filipo II: Lysanias, hermanastro de Salomé II y su esposo real. El por qué del embrollo creado por los monjes copistas.

## SEGUNDA PARTE : LOS SECRETOS DEL GÓLGOTA

Jesús-bar-Juda. Cómo se censuró a Tácito, Suetonio y Flavio Josefo, para mejor sustentar la leyenda de un dios encarnado.

Jesús-Barrabás. Imposibilidad de una sustitución penal en Jerusalén en aquella época. Por qué se creó ese personaje imaginario, destinado a enmascarar la actividad zelote de Jesús.

El crimen del Templo. El camino de Jericó a Jerusalén. El ataque de los mercaderes y de los peregrinos. El maquillaje de las palabras en los relatos iniciales.

La verdad sobre la Pasión. Imposibilidad de la farsa de la irrisión, contraria a las leyes romanas, y su explicación; los hechos reales sobre los cuales se bordó ulteriormente.

El secreto de Simón de Cirene. Una controversia discreta entre los exégetas de los primeros siglos. Lo que enmascaraba esa discusión.

La evasión de Jesús. Capturado seis semanas antes de Pascual, evadido con el acuerdo tácito de Pilato, subleva la Samaria. Es capturado de nuevo en Lydda y devuelto a Jerusalén, donde es crucificado.

Dos caídas en desgracia harto misteriosas. Pilato es denunciado por los saduceos por haber permitido la evasión de Jesús y, por consiguiente, la revolución de los samaritanos. Es exiliado a Vienne, donde muere. A su vez, Herodes Antipas es también exiliado a Vienne. Motivos reales.

¿Cuándo murió Jesús? Por qué son erróneos los datos avanzados por los exégetas oficiales. Cómo calcular exactamente el día y el año de la muerte de Jesús.

El misterio de la tumba. ¿Tuvo Jesús el privilegio de contar con una tumba ritual, o fue lanzado a la *fossa infamia,* como todos los condenados a muerte?

Sobre la incineración del cadáver de Jesús en Makron, Samaria, el 1 de agosto de 362, por orden del emperador Juliano. Imposibilidad de que se tratara del de Juan el Bautista.

Los resucitados del viernes santo. Imposibilidad de admitir dicho cuento. Se trataba de combatientes zelotes ocultos en el cementerio ritual del Monte de los Olivos.

La sombra de Tiberio. Por qué el emperador pensaba hacer de Jesús un tetrarca, o incluso un rey de Israel. Jesús era un peón en su estrategia contra los partos.

*A los muertos de Massada*

Se me reprocha que, de vez en cuando, me Entretenga con Tasso, Dante y Ariosto. Pero ¿es que no saben que su lectura es el delicioso brebaje que me ayuda a digerir la grosera sustancia de los estúpidos Doctores de la Iglesia? ¿Es que no saben que esos poetas me proporcionan brillantes colores, con ayuda de los cuales soporto los absurdos de la religión? ...

BENEDICTO XIV, papa
Respuesta al R.P. Montfaucon[1]

---

[1] Prosper Lambertini, arzobispo de Bolonia, luego cardenal en el cónclave de 1740, a la muerte de Clemente XII, y luego también papa, de 1740 a 1758, fue el discreto protector de Voltaire. Como ese cónclave se eternizaba, y él no era candidato, declaró bromeando: "¿Quieren un santo? ¡Pues tomen a Gotti! ¿Un político? ¡Tomen a Aldobrandi! ¿Un tonto simpático? ¡Pues tómenme a mí ...!" Tras algunas vacilaciones, el Espíritu Santo se decidió e hizo elegir a Prosper Lambertini por sus pares, bajo el nombre de Benedicto XIV. Y fue un excelente papa, hombre de estudios y además escritor, como León X, aquel que consideraba al cristianismo como una fábula (cf. *El hombre que creó a Jesucristo*). Este arranque de Benedicto XIV lo hemos extraido de la *Histoirde des Papes*, de Pierre de Luz, París, 1960, Albin Michel édit., *imprimatur* París, 1960.

# Introducción

Un iniciado puede ser el instrumento de una fatalidad asesina, cuyo fin escapa a nuestra comprensión …

MAURICE MAGRE, *Priscilla d'Alexandrie*

En el recinto del Templo reservado a los hombres, los judíos piadosos se habían reunido ya, vueltos hacia el este, con la cabeza cubierta por el *taleth,* con los *tephilim* en mano, a punto de salmodiar la oración ritual apenas despuntara el sol: "Alabado sea, oh Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, Tú que creaste la luz y conservaste las tinieblas … Alabado seas, oh Eterno, nuestro Dios, Rey del Universo, que diste al gallo la inteligencia para distinguir el día de la oscuridad …"

En la noche oscura del último día de Nisán, el oscuro terciopelo azul del cielo estaba salpicado aún por mil diamantes. En el poniente, más oscuro, declinaban las estrellas de *Al Khus,* el *Arquero,* mientras que en el levante, más claro ya, se veían ascender poco a poco las de *Ab Menkhir,* la *Ballena.* Fue entonces cuando el gran gallo solitario del Templo, el único tolerado en la Ciudad Santa, y al que alimentaban con trigo las manos frágiles de las hijas de los *cohanim,* aquel al que llamaban el Avisador, aquel gallo cantó, advirtiendo de este modo a los levitas de guardia de la salida del sol.

Entonces, de toda la ciudadela *Antonia* se elevó un clamor ritmado. La cohorte de la Legión I, formada en cuadrados tras su águila y sus pendones, y según era costumbre en Siria, saludaba la aparición del sol, y los veteranos, con el brazo derecho levantado, de cara al astro rey, repetían el triple saludo al "sol invictus". ¿No era acaso él, bajo el nombre de Mitra, quien marchaba invisiblemente en cabeza de ellos, asegurando así la gloria de Roma en todos los combates?[2]

Con tonalidades azafranadas, amarantáceas y anaranjadas la creciente luz inundaba el horizonte en amplios mantos paralelos y ascendentes, y Jerusalén, como respondiendo a la llamada del profeta: "recuperaba su luz …"[3] Pronto llegaría el alba; el frescor nocturno se iba desvaneciendo progresivamente, y mil olores diversos se entremezclaban al antojo de la brisa y de sus cambios de humor, jugando como un gatito joven por callejas y encrucijadas. Al aroma de los *metzo,* del *ferik,* de *rechta* o de la *difna,* que cocían lentamente desde la víspera en el horno de las familias pudientes (pues Judea sufría el azote del hambre), se añadía el olor, algo ácido, de la intimidad de las mansiones que al fin habían vuelto a abrirse al exterior, y también el perfume de hierbas aromáticas procedente de los cercanos bosques. En los cobertizos de las viejas

[2] Tácito, *Historias,* III, 24.

[3] Isaías, 60, 1.

dependencias del exterior de la ciudad, sacudiéndose de su pelaje polvoriento el frescor de la noche pasada, los pequeños asnos grises resoplaban bajo los primeros rayos del sol, liberando el acre vapor de sus camas de paja. Y aquí, dominándolo todo, flotaba ese poderoso olor, formado por el sudor, el cuero y las armas engrasadas, que acompaña por doquier a los soldados.

Los jinetes de la *I Augusta* estaban, efectivamente, allí, pie a tierra, al completo, silenciosos, en cabeza de sus monturas alineadas a lo largo de los fosos de defensa. Detrás de ellos, en la sombra rosa y ocre de las almenadas murallas, estaba abierta de par en par la puerta de Damasco, que ellos jamás habían franqueado montados en sus cabalgaduras, dado que la entrada a la Ciudad Santa estaba vedada a los caballos, tanto por respeto a las costumbres religiosas judaicas, como por su inutilidad en una ciudad tan accidentada como Jerusalén. Y el *ala* legionaria, acampada muy cerca de la ciudad, había acudido simplemente al encuentro del tribuno de caballería, su jefe, que se había alojado en el palacio del procurador, en una operación preliminar a un cambio de guarnición.

Los hombres y sus jefes iban equipados exactamente igual que sus compañeros de a pie. Un gran escudo oblongo cubría el flanco izquierdo del caballo, la larga espada reglamentaria pendía de la silla al mismo lado. A su derecha el legionario conservaba la daga corta y ancha. Pero además de la lanza de los legionarios de a pie, éste llevaba en bandolera un carcaj de cuero con tres venablos de hierro cortante como una navaja de afeitar.

Separado de ellos, cerca de un grupo de oficiales silenciosos, el Tribuno de Caballería iba y venía lentamente: parecía estar esperando algo. De pronto se dejaron oír los pasos de una pequeña tropa armada, chocando contra las piedras del camino, y poco después aparecieron, a la luz del amanecer, una treintena de hombres. Era el destacamento explorador que el Tribuno había enviado en vanguardia.

La caballería de la *I Augusta* debía abandonar su acantonamiento próximo a Jerusalén, donde era de poca utilidad en caso de disturbios urbanos, para ir a instalarse en la Cesarea Marítima, en los límites de la llanura de Saron, frente al mar. Y el Tribuno se había alegrado de abandonar Jerusalén, esa ciudad de fanáticos, para encontrarse de nuevo con la apacibilidad de las guarniciones romanas y también con los cuerpos cálidos y mórbidos de las cortesanas idumeas. Porque los cuadros superiores de Roma no tenía derecho a llevar consigo a sus esposas a los territorios de ultramar; el imperio temía, y con razón, que el clima, al que las sensuales romanas resistían bien poco, y las influencias sobre el carácter, ablandaran a las guarniciones legionarias.

No obstante, antes de emprender la marcha, al alba, por el camino sinuoso que descendía a través del valle del Terebinto, todavía medio oscuro, y en el que tanto jinetes como caballos constituían unas dianas ideales para los arqueros de la disidencia judía, el tribuno de caballería había mandado un destacamento a efectuar un reconocimiento hasta una cierta distancia. Después, una vez el sol estuviera en lo alto, el *ala* legionaria cabalgaría por un terreno descubierto, donde estaría en condiciones de responder a cualquier emboscada, y de castigar severamente a sus eventuales agresores.

El centurión que estaba al mando de las tres decurias de exploradores, reordenó las filas, ordenó el alto, y luego, rígido bajo su capa escarlata, con el brazo derecho levantado, saludó al magistrado militar:

- Centurión, ¿cómo está el camino?
- Tranquilo y seco, tribuno ...

En esas regiones mediterráneas, bastante bajas de latitud, las auroras y los crepúsculos son muy cortos. Y el sol naciente ya empezaba a lanzar sus destellos por el horizonte, irradiando una nueva luz que abrazaba con sus rayos las rojizas murallas de la antigua ciudad de Adoni Tsedek.

En lo alto, dominando la Ciudad Santa, el oro y el cobre rojo del techo y de las gigantescas puertas del nuevo Templo lanzaban un insoportable y deslumbrante fulgor. Y bajo el ligero calor que insidiosamente se dejaba sentir, la brisa de pronto llevó un olor a la vez dulzón y nauseabundo.

Olfateando ese ligero viento con un rictus de asco, el tribuno se dirigió lentamente hacia el ángulo del recinto nuevo, desde donde podían distinguirse, a lo lejos, las masas de la torre Psephinos. Entre ésta y la puerta de Damasco se elevaba un montículo que los judíos llamaban *Gólgota,* una palabra hebrea que significa *cráneo.* Según una de sus inverosímiles leyendas, era allí donde reposaba el cuerpo incorruptible de Adán, y era precisamente el cráneo de éste el que estaba revestido por la tierra de aquella colina estéril. Calva como un lugar maldito por el cielo y por los hombres, la colina tenía, tanto de día como de noche, un aspecto siniestro. Allí era donde, de día, se precipitaban en busca de pasto los cuervos y buitres. Allí era donde, de noche, merodeaban con el mismo fin el chacal y la hiena. Pues así es el destino de los lugares de ejecución, que hace que la muerte alimente a la vida.

En la cima del monte calvo se erguían algunos postes patibularios, que parecían esperar su siniestro travesaño, y también dos cruces completas, recortándose sobre el cielo claro de Judea. El tribuno de caballería, seguido por algunos oficiales, se acercó lentamente, y, al llegar a corta distancia, se detuvo y miró.

En las cruces había dos crucificados. Estaban muertos. Y quizás ya desde la antevíspera. Pero lejos estaban ya los tiempos en que Roma, en su tolerancia religiosa, permitía a las familias de los condenados a muerte no esclavos que descendieran del ignominioso patíbulo el cadáver del ser querido antes de la puesta del sol, para, según la ley judía, "no mancillar la tierra santa de Israel".[4]

Por eso era por lo que, apoyados sobre su lanza, con la nariz tapada por su capa de estameña marrón, algunos soldados de la *III Cyrenaica,* aunque se les revolviera el estómago, montaban una guardia, a pesar de todo vigilante, frente al *Gólgota.* Y es que, por orden de Tiberio Alejandro, los cuerpos tenían que permanecer en las cruces patibularias hasta que la putrefacción y las rapaces hubieran llevado a término su acción natural. Así, según había declarado el procurador, ya no se vería renacer jamás aquella absurda leyenda que había seguido a la ejecución de Jesús, el "rey de los judíos", hijo primogénito de Judas el Galileo, y crucificado catorce años antes, en tiempos del procurador de

[4] Deuteronomio, 21, 23.

Poncio Pilato. Porque sus faccionarios, los zelotes, bien corrompiendo o bien emborrachando a la milicia del Templo encargada de la vigilancia de la tumba, habían conseguido apartar la losa sepulcral, habían recuperado el cadáver, previamente embalsamado con mirra y áloes para este fin, y se lo habían llevado en secreto a Samaria, donde los judíos no podían penetrar ni efectuar pesquisa alguna. Allí lo habían inhumado secretamente en una tumba en apariencia ocupada ya por un tal Ioannes, al que los judíos llamaban el Bautista. Y luego sus seguidores afirmaron que había resucitado.

Esta vez los creadores de leyendas lo tendrían francamente difícil, ya que no había muchas posibilidades de que, ante los inmundos despojos que quedaran fijados a cada uno de los patíbulos, pudieran montar semejantes fantasías.

Cada una de las cruces llevaba, detrás de la cabeza del crucificado, una placa en la que se había grabado a fuego una inscripción trilingüe. En la de la izquierda podía leerse: *"Simón-bar-Judá, crímenes y bandolerismo".* En la de la derecha se había inscrito: *"Jacob-bar-Juda, jefe zelote, ídem".*

Complaciente, el tribuno comentó para aquellos de los centuriones que no sabían leer:

- El de la izquierda es el famoso Simón, llamado también "la piedra"; era el hermano de Jesús, el rey de los judíos, y le sucedió como rival de Herodes Agripa, como pretendiente al trono de Israel. El de la derecha es Jacobo, su otro hermano, que al final fue el preferido de sus bandas, pero su muerte tampoco resuelve nada, porque deja un nieto, Menahem ... Mientras Roma no haya aniquilado a esta familia, no tendremos paz en estas regiones.

Silenciosos, envueltos en sus capas rojas, los centuriones contemplaban los cuerpos de los ajusticiados, pues el *ala* legionaria acuartelada en Betania no había ni asistido ni participado en la ejecución, ya que se le había mantenido en reserva para el caso de que se produjeran posibles disturbios. Alrededor de las dos cruces, manchadas por la orina y los excrementos de los condenados, se arremolinaban enjambres de moscas zumbantes. Y el tribuno de caballería, por su parte, revivía la espantosa escena de esa doble crucifixión.

Aquella mañana, muy temprano, la *tuba* de guardia en la ciudadela *Antonia* había lanzado las notas de congregación general, notas repetidas por los otros diversos acuartelamientos. Poco después, las rejas de la *Antonia* se habían abierto a lo alto de la doble escalera de piedra, y habían aparecido, en filas apretadas, los manípulos. Los hombres iban con equipo de asalto, llevando únicamente la espada corta y el *pilum* o lanza, y el escudo al brazo izquierdo. Habían tomado la dirección del *Gólgota,* lugar inhabitual de las ejecuciones, hacia el que convergían asimismo todos los otros destacamentos. Centuria tras centuria, el sonido rítmico de sus pasos sobre el pavimento había congregado por las callejuelas y detrás de las ventanas a las multitudes judías de todos los barrios próximos, silenciosas y graves.

Formados en cuadrado, los dos tercios de la cohorte de los veteranos se habían colocado alrededor de la fúnebre colina, dándole la espalda y haciendo frente a la multitud, mantenida a respetuosa distancia. De la *Antonia* al *Gólgota* las

tropas ordinarias estaban codo a codo, apretando a los curiosos contra las murallas, y bloqueando en triple fila a aquellos que, en cantidades innumerables, venían a amontonarse por las callejas transversales. Habían esperado largo rato. En el intervalo, de la ciudadela había salido una carreta tirada por un esclavo, escoltada por algunos legionarios ligeramente armados. En la carreta había dos braseros, sacos de carbón de leña, fuelles, y media docena de *flagra,* especie de grandes mazos, cuyo mango de madera se convertía en hierro en el extremo superior y llevaba cuatro cadenitas con bolas de bronce y cuyos anillos eran planos y oblongos. Y un largo murmullo temeroso había corrido entonces entre la muchedumbre: "Los látigos de fuego ... los látigos de fuego ...".

Una vez llegados al *Gólgota,* los soldados que, según la costumbre romana, debían ejercer el oficio de verdugos, dispusieron los braseros, colocaron carbón, los encendieron y atizaron el fuego con ayuda de los fuelles de cuero. Cuando el carbón no fue ya más que brasas ardientes sumergieron en él las cadenitas de los *flagra,* cuidando que los mangos de madera no estuvieran al alcance de las pavesas encendidas.

Bruscamente la muchedumbre se agitó, y, volviéndose, los legionarios la retuvieron y la hicieron retroceder a golpes de escudo o de mangos de *pilum.* Acababa de salir de la *Antonia* un nuevo cortejo.

Precedidos y enmarcados por los hombres de un manípulo completo, dos hombres de edad avanzada caminaban lentamente, con el torso desnudo. Les habían bajado las vestiduras hasta los riñones, y avanzaban con los brazos en cruz, atados a un madero que, a la manera de yugo, reposaba sobre sus hombros y su nuca. Del cuello de cada uno de ellos colgaba una plancha que llevaba una inscripción en latín, griego y hebreo: la que debía figurar tras sus cruces. Sus rostros estaban pálidos y demacrados, envueltos por una cabellera y una barba hirsutas, sus ojos ardían de fiebre, y de sus flancos palpitantes sobresalían las costillas.

El corto trayecto de la *Antonia* al *Gólgota* se realizó, en un silencio de muerte, al paso lento de los condenados. Para dar mayor solemnidad a la doble ejecución, Tiberio Alejandro había prohibido el habitual acompañamiento de las plañideras. Al pie de la colina, el manípulo se detuvo bajo una orden breve, y sólo unos pocos soldados empujaron con sus picas a los dos hombres hacia la cima, al encuentro con sus verdugos.

Primero desnudaron completamente a los condenados, luego les condujeron hacia el poste vertical de su futura cruz. Allí, de una zancadilla, les hicieron caer de bruces, la cara contra el madero.
Les sujetaron fuertemente la cintura con una cadena, y el cuello con otra, los brazos seguían atados al travesaño que llevaban encima. Dos parejas de verdugos sacaron, cada uno, un *flagrum* del fuego del brasero y se colocaron a ambos lados de cada condenado. El situado a la izquierda debía golpear en primer lugar, y el otro debía seguir. Volvieron la cabeza y esperaron; el centurión *exactor mortis* levantó la mano, y la bajó. Los verdugos situados a la izquierda balancearon sus cadenas, al rojo blanco, y, con toda su fuerza, golpearon los costados de los dos condenados. Un horrible alarido brotó del pecho de los condenados, pero los verdugos, tras un breve lapso de tiempo,

arrancaron la carne viva de los *flagra,* y ya los de los segundos ejecutantes se abatían desde el otro lado, con el mismo breve lapso de espera y el mismo golpe para su extracción de la carne. Y las elásticas y pesadas descargas de hierro al rojo vivo continuarían abatiéndose con cadencia, en medio de los gritos de sufrimiento y de un olor a carne chamuscada, abriendo en los costados y riñones de los condenados largos surcos negruzcos, donde, como delgadas lágrimas, destilaban el suero y la sangre. A intervalos regulares volvían a introducir sus *flagra* en el fuego de los braseros, y los recuperaban de nuevo cuando estaban bien rojos.

La ley judía (que en materia de castigo no utilizaba más que el látigo de cuero) limitaba a treinta y nueve el número de latigazos que un condenado podía recibir. Pero la ley romana no fijaba ningún límite en el caso de una condena a muerte. De todos modos, y a fin de que los condenados no murieran bajo los espantosos sufrimientos del *flagra* y padecieran íntegramente la crucifixión que debía seguir, el *exactor mortis* responsable de la ejecución, al ver que uno de los dos hombres se había desvanecido, ordenó al fin: *"Satis ..."*[5]. Los verdugos se detuvieron, pero no obstante uno de ellos cruzó una última vez la espalda de su víctima. El látigo de vid del centurión silbó y le golpeó en pleno rostro. "He dicho bastante ...", exclamó airado. El hombre se llevó la mano a su cara tumefacta, y no pronunció palabra.

Desataron a los condenados y los separaron de los postes.
La continuación se desarrolló como todas las crucifixiones. Se hizo beber a los dos hombres la bebida calmante ofrecida por las mujeres de una cofradía judía que asistía a los condenados a muerte. A continuación, sin miramientos, los pusieron espalda contra el suelo, y la arena y la grava sucia penetraron en las heridas supurantes, por el propio peso del cuerpo, haciendo estallar las ampollas y arrancando largos gemidos a los dos infortunados.

Simultáneamente clavaron los verdugos un grueso clavo en las palmas de sus manos, y los doblaron a golpes de martillo, haciendo penetrar la cabeza de los clavos en la carne de los dedos. Acto seguido levantaron a cada hombre, de manera que el madero al que así estaba clavado se introdujera en el hueco dispuesto para tal fin en el poste patibulario. Lo ataron todo en diagonal, y, para que el peso del cuerpo no desgarrara la palma de la mano, clavaron, siempre a martillazo limpio, una enorme espiga bajo las partes sexuales de cada hombre, a fin de que soportara la carga. Y el filo del ángulo de semejante soporte, al herir el perineo, añadía todavía más dolor al suplicio del condenado. Por último, y con ayuda de un nuevo clavo para cada uno, fijaron ambos pies, haciendo crujir los huesos, y luego desataron los antebrazos de las ligaduras anteriores. A fin de que los futuros cadáveres pudieran ser atacados cómodamente por los animales carroñeros, sus pies estaban a menos de dos palmos del suelo.

A todo eso había que añadir que los miembros inferiores y superiores de los dos rebeldes no habían sido previamente quebrados, sin duda para que los condenados permanecieran más tiempo con vida. La sed, el calor, las moscas vinieron a aumentar los dolores físicos, ya terroríficos por sí mismos, pues la sangre y el suero que destilaba la espalda hacían que se adhirieran al rugoso madero las heridas en carne viva. Continuaba la fiebre.

---

[5] En latín: *bastante.*

Hacia el atardecer encendieron delante de ellos un abundante fuego de leña, tanto para alumbrar el *Gólgota* como para permitir a los legionarios de la legión siria[6] que se calentaran en el frío de las noches de Nisán. Además, y por prudencia, otras dos antorchas ardían permanentemente detrás de las cruces, en lo alto de unas pértigas plantadas en el suelo. Y poco a poco, con la noche, las manos de los crucificados se crisparon alrededor de las enormes puntas de los calvos, y los dedos, ya muertos, producían el efecto de una araña encogida sobre sí misma. Las cabezas pendían sobre el pecho, y los cuerpos desplomados, en zigzag, causaban la impresión de una suprema renuncia a la vida. Para los dos moribundos, que temblaban de fiebre y a los que la asfixia iba ganando poco a poco, cada hora había equivalido a un día, y cada día a una semana.

A pesar de eso, por segunda vez se les negó una muerte piadosa y dulce. Hacia el mediodía siguiente, obedeciendo a las consignas recibidas, el jefe de la patrulla de control dio una orden, y un legionario de rostro curtido por la edad y las campañas se acercó a los inmóviles crucificados. Hizo deslizarse y descender la punta de su *pilum* bajo la axila derecha y, apoyándola, el soldado fue encontrando el relieve de las costillas. A la altura de una de ellas se detuvo y, lentamente, introdujo su lanza: de la herida fluyó un poco de sangre. El agonizante se estremeció ligeramente y volvió a respirar. A continuación el legionario se dirigió a la segunda cruz, y repitió el proceso.

Y así el suplicio duró más.

Tímidamente, un centurión preguntó: "Tribuno, ¿no fue a consecuencia del nacimiento de esa superstición judía sobre la pseudorresurrección de aquel Jesús, por lo que Tiberio César promulgó el edicto que castigaba a la pena capital a los que desplacen la losa de las tumbas para sacar los cadáveres de ellas ...?".

El tribuno reflexionó un instante: "Sin duda, probablemente fue eso. Pero también para evitar que los de la secta de Hécate se apoderen de los despojos fúnebres que necesitan para sus invocaciones maléficas ...".

Siguió un silencio. Luego, acompañado por sus oficiales, el tribuno de caballería regresó apaciblemente a la Puerta de Damasco, donde habían ido a esperarle jinetes y caballos, procedentes de sus acuartelamientos de Betfage y Betania. Hizo una señal a un centurión, se oyó una breve orden, y todos montaron en sus cabalgaduras. Hubo una segunda orden y, en silencio, el *ala* legionaria se puso en movimiento, al paso, en la claridad de la mañana, con el único ruido de los casos de sus monturas o el tintineo de sus armas.

El fuego de la noche acababa de morir en sus brasas todavía rojizas, y de las últimas ramitas con que lo habían alimentado se elevaba todavía, a veces, un delgado hilillo de humo oloroso y azul, símbolo de una dulzura extraña a esos

---

[6] La *I Augusta* era de reclutamiento sirio, la *III Cirenaica* de reclutamiento argelino y tunecino, la *III Augusta* de reclutamiento íbero. Sólo la *Cohors II Italica Civium Romanorum,* a la que habría pertenecido el centurión Cornelio (Hebreos, 10, 1) era de reclutamiento italiano. Pero los altos mandos, suficientemente políglotas, cambiaban bastante fácilmente de unidad.

lugares, y que no llegaba a cubrir el nauseabundo olor que llegaba de las cruces patibularias.

A cierta distancia, posados en los postes que aún estaban libres, graznaron una pareja de cuervos, y luego alisaron sus plumas. Invisible, pero alegre, un grillo lanzó desde su minúscula madriguera su canto hacia el sol.

Entonces una sombra vaga pareció descender ante la luz. En un vuelo silencioso y elástico, levantando con sus aleteos el polvo amarillo del *Gólgota,* varios *oricous* se abatían pesadamente sobre los crucificados. Los primeros en llegar lanzaban ya hacia el abdomen, a la manera de su látigo, sus cuellos largos y pelados terminados en un cuello ganchudo y cortante. Y con rabiosos gruñidos los buitres hurgaban en los cadáveres, hundiendo su cabeza hasta el corazón mismo de las entrañas, salpicándose mutuamente con las sanies viscerales, y con su plumaje ya manchado.

Los legionarios sirios contemplaban tranquilamente este terrible espectáculo, apoyados negligentemente en su *pilum.* Y uno de ellos, después de haber bostezado de aburrimiento y de sueño, pronunció el viejo proverbio arameo: "Esté donde esté la carroña, los buitres se reunirán en torno de ella ...".

Un poco apartado, el decurión que estaba al mando del pequeño grupo de guardia se volvió, con desprecio, y colocando su mano por encima de la visera de su caso, contempló el cielo.

Muy alto, sobre las nubes, acababa de aparecer un vuelo de cigüeñas. Estas aves blancas, en formación, batían sus alas negras a un ritmo majestuoso y regular, y se dirigían hacia el mar. Venían de muy lejos, de más allá de las ruinas de Babilonia y de Persépolis, y apenas comenzaron los días de bonanza, cuando el clima era aún templado, emprendieron la huida para evitar el tórrido verano de esas regiones.

El decurión las seguía con la mirada, silencioso y grave. Era un griego, uno de los últimos descendientes de los bactríadas, destronados y dispersados antaño por la invasión de los Sakas, que habían bajado de una parte lejana de Asia, y nunca había pisado el suelo de Grecia. Se le oprimió el corazón, a pesar suyo. Las cigüeñas iban a sobrevolar su verdadera patria; ellas atravesarían quizás el cielo de la Hélade por encima de Corinto, o, rozando la armonía dórica del Partenón, irían a anidar en el corazón de la Acrópolis por el *Pelargikon* de las nueve puertas que, como supremo honor, los atenienses habían bautizado como la "Muralla de las Cigüeñas". Y a la mañana siguiente, cuando remontaran el vuelo, irían a beber, sedientas, a las aguas proféticas del valle de Delfos.

Eran los símbolos vivientes de la *Piedad* y de la *Bondad* en el mundo antiguo, y conocerían, sin comprenderla y sin apreciarla, una paz que el decurión aún no había conocido jamás, en una patria todavía no mancillada por dogmatismos limitados ni por fanatismos sanguinarios, y donde el pensamiento del sabio permanecía libre e inmortal.

Por orgullo ante sus hombres, el bactríada se tragó las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos, y, a pesar suyo, sus labios murmuraron, pensando en los

hermosos pájaros que se perdían en el espacio, el saludo y el deseo de la antigua Acaya: *"Sed felices ...".*

Pero, debido a la emoción de aquel instante, no advirtió el fúnebre presagio. En efecto, las cigüeñas volaban de la diestra a la siniestra, y eso era el anuncio de desgracia para la tierra que acababan de sobrevolar.

### NOTAS COMPLEMENTARIAS

A decir verdad, los caballos no estaban absolutamente prohibidos en la Ciudad santa, aunque el Deuteronomio (17, 16) precisa: "El rey no deberá multiplicar sus caballos". Sin embargo, parece que su circulación fue reglamentada y, sobre todo, prohibida en los barrios cercanos al Templo; esto era a causa de sus excrementos, que ensuciaban las sandalias de los fieles que subían al santuario. Por eso las *cuadras de Salomón* (si es que se trataba realmente de las cuadras de este rey, y no simplemente de las de los templarios, cosa que en cambio sí que es cierta) fueron construidas en los límites del recinto sudeste de la ciudad, lo más lejos posible del Templo, y limítrofes con la Puerta de la Fuente, frente al monte del Escándalo (véase plano de Jerusalén, cap. 27).

# *Primera parte*

# Los zelotes

¡Todo está sacado de vuestros propios autores! Para qué necesitamos a otros testimonios, si vosotros ya os contradecís bastante entre vosotros mismos ...

CELSO, *Discurso verdadero*

# 1

# Los zelotes

El mundo sólo será salvado, si lo es, por insumisos.

ANDRÉ GIDE

Se da el nombre de "discípulos" a los que están sometidos a una *disciplina.* Esta palabra viene del latín *disciplina,* que significa *regla, ley.* Entre los judíos, esta *disciplina* es la *Ley,* la *Thora.* Y ahora sabemos que los mesianistas, los zelotes o los sicarios eran fanáticos de la *Ley.* Querían instaurar en Israel una teocracia en la que no habría más rey que Dios, y no habría maestros, sino jueces simplemente. Rechazaban rotundamente toda prestación de juramentos. Releamos los Evangelios:

"Pero vosotros no os hagáis llamar *rabbi,* porque uno solo es vuestro Maestro ..." (Mateo, 23, 8).

"Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera (...) Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, del mal procede". (Mateo, 5, 34-37).

Pues bien, entre los manuscritos descubiertos cerca del mar Muerto, en las grutas del Khirbet-Qumran, se encuentra un *"Manual de disciplina",* especie de ritual de una estrategia militar mezclada con ritos ocultos y cabalísticos. En él se "ordena" el combate, como una liturgia oculta, los estandartes llevan nombre de ángeles, que son al mismo tiempo *nombres de poder* (como una cábala), y ese ritual de una batalla a la vez oculta y militar evoca inevitablemente el sitio de Jericó (Josué, 6, 5).

Si el depósito de Qumran se realizó para poner los manuscritos portadores de las Escrituras sagradas en lugar seguro, es porque importantes disturbios amenazaban su existencia.

Esas Escrituras sagradas, compuestas por manuscritos de diversas épocas antes de nuestra era, debieron gozar del privilegio de todas las Santas Escrituras entre los judíos. Expresan la palabra divina, o la de los profetas del Señor. Serían transcritas sobre pieles de *animales puros,* con la tinta ritual, por escribas especialistas. Si éstos cometían algún error de transcripción, se detenían de inmediato, no podía efectuarse ninguna rectificación (ni raspado), simplemente se relegaba el texto interrumpido e imperfecto a un lugar especial, llamado *ginnza,* junto con los que le habían precedido, y se volvía a empezar la citada transcripción. Una vez terminada, sería objeto de una especie de veneración por parte de los fieles de la comunidad israelita. El lector seguiría el texto línea por línea, palabra por palabra, con ayuda de un instrumento especial, la *"mano de Thora".* Ésta consiste en una vara de madera preciosa, terminada en una minúscula mano de bronce, plata u oro.

Una vez efectuado el depósito de Qumran, las Escrituras sagradas serían envueltas cuidadosamente en un paño de lino, y depositadas en vasijas de tierra cocida, en el seno de la gruta. Teniendo en cuenta el respeto inmenso que testimonian los fieles a tales Escrituras sagradas, es inimaginable suponer que para envolverlas tomaran cualquier trapo usado. Eso hubiera constituido una auténtica mancilla ritual para los manuscritos, que, así profanados, hubieran sido inutilizables. Por lo tanto, lo que se utilizaría para envolver los citados textos serían piezas de lino nuevo. Práctica que, en realidad, es universal en este campo.

Pues bien, en enero de 1951, en el *Instituto de Estudios Nucleares* de la Universidad de Chicago, se procedió a un análisis de los elementos vegetales que formaban ese tejido, con ayuda del *"carbono 14".* Este procedimiento, descubierto por el doctor W. Libby, es ya clásico para las investigaciones arqueológicas, y se basa en el siguiente principio: todo ser vivo, vegetal o animal, absorbe al respirar "carbono 14", cuerpo radiactivo que permanece en el organismo incluso después de la muerte del vegetal o del animal. Pero el grado de radiactividad disminuye de forma regular a medida que el tiempo pasa, y *ese grado puede medirse.* Al apreciar de esta manera el residuo, puede establecerse con una considerable precisión la fecha en la que la materia orgánica (vegetal o animal) dejó de vivir. Este método ha sido suficientemente controlado como para que ya no se ponga en duda su valor.

Y en lo que concierne a los tejidos nuevos que sirvieron para envolver los manuscritos del mar Muerto, cuando fueron puestos en lugar seguro en las grutas del Khirbet-Qumran, el "carbono 14" permite afirmar que el lino con el que están elaborados fue recolectado unos 1917 años antes del experimento de Chicago. Deduzcamos 1917 de 1951, y tendremos el año 34 de nuestra era, fecha *media* de la crucifixión de Jesús *por los romanos*[7]. Pero con el "carbono 14" hay un margen posible de error de medio siglo, antes o después de esa fecha. De modo que esos documentos pudieron haber sido ocultados desde el año 15 antes de nuestra era, al 85 de ésta. Tengámoslo en cuenta.

Esto demuestra, no obstante, que la puesta en lugar seguro de los manuscritos fue efectuada en pleno período de disturbios. Ahora bien, los Evangelios no nos hablan ni de la sangrienta revolución del Censo, cuando tuvo lugar el pretendido nacimiento de Jesús en Belén, ni de una revolución que coronara el período en que fue crucificado en Jerusalén por los romanos. Y en lugar de una época bucólica, llena de dulzura y de paz, a orillas del lago de Genezaret, nos encontramos históricamente sumergidos en una de las innumerables y sangrientas revoluciones judías. El lector que estudie la historia del cristianismo en los libros piadosos seguirá ignorando que del año 68 antes de nuestra era al año 6 de ésta (la famosa Revolución del Censo, de la que no se habla jamás) hubo *treinta y seis revoluciones judías,* que esas revoluciones representan millares de judíos mesianistas crucificados por Roma, ciudades y pueblos incendiados y arrasados varias veces, campos desolados, rebaños

[7] Porque es falso que Jesús tuviera sólo dos años de actividades públicas, y san Ireneo tiene razón al hacerlo morir hacia la cincuentena. El episodio de la mujer adúltera narrado en Juan (7, 3 a 11) demuestra que el hecho tuvo lugar *antes del año 30,* ya que después de esa fecha los judíos no tuvieron ya derecho a condenar a muerte y a ejecutar.

aniquilados y un hambre sangrienta. Ese lector seguirá ignorando que se establecieron oficialmente gobiernos judíos.

Entre el año 66 y el 58 a.C., es decir, en ocho años, se cuentan en Judea veintiséis movimientos insurreccionales. Y eso que las fuentes que nos hablan del tema emanan de Flavio Josefo, partidario de la colaboración con Roma, cuyos manuscritos se perdieron y fueron reemplazados por copias de los siglos IX y XII de nuestra era, efectuadas en el fondo de los conventos por los famosos monjes copistas.

Miembros de la dinastía asmonea, expulsados del poder por Pompeyo, arrastraron al pueblo a la revolución ocho veces entre el año 58 y el 27 a.C. Se organizaron unas "guerrillas" que intentaban periódicamente golpes de fuerza. En el año 43 a.C., Ezequías, padre de Judas de Gamala, *de estirpe real y davídica,* ya hacía tiempo que hostigaba a las legiones romanas. Al final lo capturaron y crucificaron. Costobaro /27 a.C.), Bagoas (6 a.C.), Judas de Gamala y Matthiatas (5 a.C.) continuaron la lucha contra Roma.

En el año 6 a.C. se levantó un gobierno federal judío, frente a los establecidos por Roma, que agrupaban por una parte a la Traconítide, la Batania y la Auranítide, por otra parte Galilea y Perea, y por último Judea, Idumea y Siria. Ese gobierno judío es el de Simeón en Jericó, del pastor Athronge en Judea y de Judas de Gamala, hijo de Ezequías, en Séforis.
Las legiones romanas aplastaron este último movimiento, y dos mil patriotas judíos fueron crucificados. Coponio, futuro procurador, aniquiló a los combatientes galileos dentro del mismo Templo, donde se había atrincherado. En el curso de ese combate fue donde pereció Zacarías, padre del futuro Bautista, "entre el Templo y el Altar".

Finalmente, la ciudad fue tomada, incendiada, y sus habitantes deportados y vendidos como esclavos (Cf. Alphonse Séché: *Histoire de la nation juive).* Sin duda, María, sus hijos y sus hijas escaparon a esta suerte mediante una huida organizada de antemano, ya que volveremos a encontrarlos más tarde, cuando regresaron a Galilea. No es menos evidente que, cuando el emperador Juliano declararía más tarde a san Cirilo de Alejandría, su antiguo condiscípulo, en una carta citada por este último: "El hombre que fue crucificado por Poncio Pilato era sujeto de César, y vamos a demostrarlo ...". (Cf. Cirilo de Alejandría: *Contra Juliano)*, debió emplear el término *servus,* que significaba esclavo, o bien *obnoxius*, que significa lo mismo, porque el término de sujeto, en el sentido que le damos ahora, se traduciría por *civis,* ciudadano. ¡Y, evidentemente, Jesús no era ciudadano romano!

Por consiguiente, los habitantes de Séforis se convirtieron todos en *"esclavos de César",* es decir, en siervos y siervas del Imperio romano, igual que todos los deportados. Este era el caso de todos los fugitivos que fueron entonces considerados como *esclavos contumaces.* Cirilo de Alejandría hizo saltar la demostración del emperador Juliano, a fin de no revelar esa condición. Porque, en efecto, ella implicaba la crucifixión inevitable para Jesús y todos los suyos, y más aún cuando a este caso se añadía el agravante de rebelión contra Roma. Pero en aquella época había que hacer recaer la responsabilidad de la muerte de Jesús sobre los desgraciados judíos.

Esa fue, probablemente, una de las razones del segundo casamiento de María, esta vez con el misterioso Zebedeo.[8]

Y esa condición de *esclavo contumaz*, de deportado convertido en *siervo del Imperio*, nos es confirmada por Comodiano de Gaza, el más antiguo poeta cristiano, que vivió en el siglo III, y que nos declara que Jesús era "inferior", que pertenecía a una clase "abyecta" (en latín *abjectus* significa rechazado, y se aplica a una clase social, no a una categoría moral), y precisa además: *"especie de esclavo"* (cf. Comodiano: *Carmen apologeticum).*

Está muy claro. Jesús estaba, pues, clasificado por la policía romana dentro de la categoría de los rebeldes contumaces, es decir, de los "esclavos de César" en fuga, por haber escapado a la deportación del año 6.

Esta vida de guerrilleros al margen de la ley, teniendo en cuenta las exigencias de la supervivencia, implicaba por parte de los zelotes, inevitablemente, requisiciones o incluso pillajes.

Por eso Flavio Josefo, como buen fariseo aristócrata, los juzga con severidad:

"Cuando Festo llegó a Judea, la encontró destrozada por bandoleros que incendiaban y saqueaban todos los pueblos. Aquellos a los que se llamaba sicarios -eran bandoleros- se hicieron entonces muy numerosos. Se servían de puñales cortos, poco más o menos de la misma longitud que los *acinaces* persas, pero estaban curvados, como los que los romanos llaman *sicae*, y con ellos esos bandidos mataban a mucha gente, y a ellos deben su nombre". (Flavio Josefo: Antigüedades judaicas, XX, viii. 10.)

Luego viene esa misteriosa revolución que el examen de los tejidos de la gruta de. Khirbet-Qumran con la ayuda del "carbono 14" nos hizo descubrir providencialmente. y cuyo relato - cosa curiosa- desapareció de todas las copias de los autores antiguos. Esos tejidos datan *aproximadamente* de los años 32-34 de nuestra era.

Abramos aquí un paréntesis. Entre los numerosos documentos l1amados "del mar Muerto", existen unos rollos de cobre cuyo texto hebreo pudo ser descifrado en 1456, en Gran Bretaña, por Wright Baker, en la universidad de Manchester. Son del siglo I de nuestra era. Están redactados en un dialecto coloquial, el de la Michna, parte más antigua del Talmud, y no en hebreo neoclásico.

Se sabe (Dupont-Sommer *dixit* en sus *Manuscrits de la mer Morte*) que los *zelotes* estuvieron constituidos por la fracción política militante de los *esenios*, de los que por ultimo se separaron. Para Cecil Roth, los hombres de Oumran (lugar donde fueron descubiertos todas esos manuscritos) eran zelotes. Pues bien, esos rollos nos hablan de un tesoro considerable, compuesto de unas *doscientas toneladas de oro, plata y otras materias preciosas*, oculto en sesenta puntos diferentes de Tierra Santa. Se comprende que Nerón, a quien a pesar de todo repugnaban las ejecuciones inútiles, prefiriera hacer pagar a los jefes enormes rescates, y a los militantes ordinarios los abandonara a las leyes

[8] *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 85-86 (Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1982).

romanas y a las terribles prácticas que estas implicaban. Aquí, una vez más Flavio Josefo demuestra ser un excelente historiador, pues corno se ve, sus afirmaciones están corroboradas por los rollos de cobre de Qumran. Pero volvamos a la lucha de los zelotes.

Catorce años más tarde, Judea y Galilea fueron azotadas por el hambre: lo contrario sería de extrañar. Y en el ano 47 de nuestra era, nueva revolución importante (hubo otras entretanto, ya las veremos). Y Tiberio Alejandro, procurador de Judea, caballero romano, sobrino de Filón, manda crucificar a los jefes del movimiento, en Jerusalén. ¿Cómo se llaman? Se llaman Jacobo (es decir, Santiago ...), y Simón, y también ellos son "*hijos de Judas de Gamala*". Según nos dice Flavio Josefo, y hermanos de Jesús (Cf. Marcos, 6, 3).

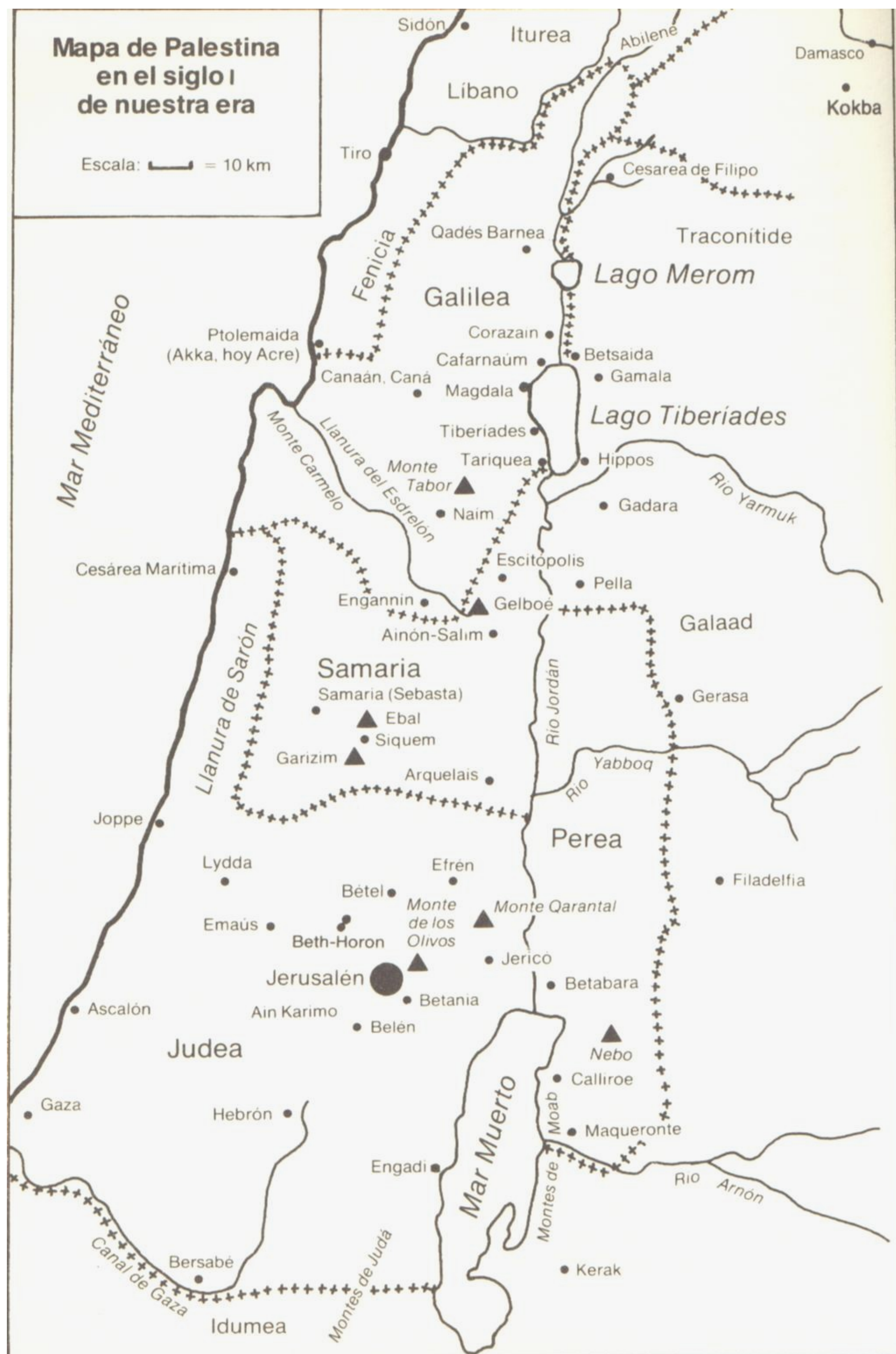
Y la revolución del año 47 es la continuación de la del 34, que era la continuación de la del año 6 (revolución del Censo), que a su vez era la continuación de las precedentes.

Se observará que Judas de Gamala, al proclamar una especie de república judía, en el año 6 de nuestra era, acuñó unas monedas que llevaban en exergo esta calificación. De este episodio permanece un eco discreto en el seno de los Evangelios:

"Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo para ver el modo de sorprenderlo en alguna declaración. Enviáronle discípulos suyos con herodianos para decide: "Maestro, sabemos que eres sincero y que con verdad enseñas el camino de Dios, sin darte cuidado de nadie, y que no tienes acepción de personas. Dinos, pues, tu parecer: ¿Es lícito pagar tributo al Cesar, o no?". Jesús, conociendo su malicia, dijo: "¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo". Ellos le presentaron un denario. El les preguntó: "¿De quien es esta imagen y esta inscripción?". Le contestaron: "Del César". Díjoles entonces: "Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"..." (Mateo, 22, 15-21).

Había, pues, una moneda que, a los ojos de Jesús, era "ortodoxa", y otra que no lo era.[9]

[9] De esta moneda poseemos ejemplares, descubiertos en Massada, en abrigos situados bajo el muro de la casamata del segundo palacio, llamado "palacio del Oeste". Se descubrieron allí numerosas monedas, la mayor parte de las cuales datan del segundo y tercer año de la revolución judía contra Herodes, en especial tres *"shekels"* muy raros, fechados "año 5", y que fueron los últimos acuñados durante esa revolución. Esas informaciones las hemos extraido del *Guide Blue "Israel"*, página 489, edición de 1966 (Hachette Edith.)




De esta filiación davídica Roma siempre desconfiará, mucho o poco. Es testimonio de ello el siguiente pasaje de Eusehio de Cesárea:

"Quedaban aún, de la raza del Salvador, los nietos de Judas, de quien *se decía que era su hermano carnal*. Se les denunció también como miembros *de la raza de David* y el *evocatus* los transfirió ante Domiciano César ..." (Eusebio de Cesárea, Historia eclesiástica, III, XX, I).

Recordemos que Judas era el verdadero nombre del *taoma*, el hermano gemelo de Jesús[10] coma cuentan Taciano y san Efrén.

[10] *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 60-69.

Pero es muy difícil desentrañar las verdaderas personalidades de todo este mundo confuso, *o que se ha hecho intencionadamente confuso*. Júzguese:

"Tras la Ascensión de Jesús, Judas, llamado también Tomás, envió a Abgar, rey de Edesa, al apóstol Tadeo, uno de los setenta discípulos ...". (Eusebio de Cesárea, Historia eclesiástica, XXX, xx, I.)

Como se ve, Eusebio confirma a Taciano y a san Efrén en lo que respecta al verdadero nombre del gemelo de Jesús.

Así pues, cuando leemos un episodio evangélico en el que se habla de un tal Judas, es posible que se trate de Tomás. Porque había dos personajes con dicho nombre entre los lugartenientes de Jesús.

Del mismo modo, cuando nos encontramos con el nombre de Alfeo, padre de Santiago el Menor, no prestamos atención la mayoría de las veces al hecho de que se trataba de un sobrenombre, *y de un sobrenombre en lengua griega*. Porque esa palabra designa a un hombre afectado de psoriasis (*alphos*: herpes blanco). Su verdadero nombre quizás era Simón el Leproso, el de Betania (Mateo, 26, 6; Marcos, 14, 3).

Y del mismo modo, cuando nos encontramos con un tal Simón el Cananeo (Marcos, 3, 18; Lucas, 6, 15; Hechos, 1, 13), no establecemos relación alguna con Simón el Zelote, alias Simón el Sicario. Pues bien, en hebreo un cananeo es el que es de Caná, y Caná, en hebreo, significa *celo, fanatismo, celos*. Caná, ciudad de Galilea donde tienen lugar las famosas bodas, es, por lo tanto, el centro de reunión de los zelotes, los sicarios, el centro del integrismo judaico (del griego *zelotes*: celoso, fanático). Y Simón el Cananeo y Simón el Zelote son un solo y único personaje. Y, lo que es más, ese personaje es un apóstol (Hechos, 1, 12-14) y un "hermano del Señor" (Marcos, 6, 3).

En Caná se encontraban en familia, como lo prueba el texto de *Juan*:

"Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda ..." (Juan, 2, 1-2.)

Las relaciones entre galileos y zelotes son evidentes, e incluso indiscutibles. Flavio Josefo nos dice de ellos:

"Luego los galileos, *al cesar la guerra civil*, se consagraron a los preparativos contra los romanos". (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, II, xi. )

Porque, según nos dice más tarde: "Los galileos son guerreros ..." (Op. cit., III, tt.)

Por otra parte, en nuestra época, el cardenal Jean Daniélou nos dice en su obra *Théologie du judéo-christianisrne*, que:

" ... Aquí los galileos parecen no ser sino otro nombre de los zelotes..." (Op. cit., p. 84), y "... Galilea parece haber sido uno de los principales focos del zelotismo.» (Op. Cit., p. 84.)

El historiador protestante Oscar Cullmann observa asimismo en su libro *Dieu et César* que “a los galileos mencionados en Lucas, 13, 1, hay que identificarlos como zelotes ...”.

Ahora bien, antes que todas esas autoridades, el emperador Juliano, en el siglo IV, utilizaba el término de galileo para designar a los cristianos.
Por lo tanto, zelotes, galileos, cristianos, fueron los términos que designaron sucesivamente a los primeros partidarios de Jesús, antes de que la herejía paulina hubiera extendido su confusión sobre los gentiles y sobre los judíos de la Diáspora.

Ni siquiera el verdadero nombre del Bautista ha dejado de ser materia de investigación:

“El dominio de Arquelao fue confiado por César a uno de sus oficiales llamado Coponio, con poder de vida y muerte sobre lo que quisiera. Y hubo en sus tiempos un hombre de Galilea que reprochaba a los judíos descendientes de Abraham el que trabajaran ahora para los romanos, el que les pagaran tributo, y que tuvieran así unos dueños mortales, por haberse privado del Dueño inmortal. *El nombre de este hombre era Judas, y había decidido vivir apartado, sin parecerse a nadie más* ...” (Flavio Josefo, Guerra de los judíos. II, II).

Ese Judas era, evidentemente, Judas el Gaulanita.

“Y en aquellos tiempos apareció Juan el Bautista predicando *por el desierto de Judea*. *Vestía una piel de camello*, con un cinturón de cuero alrededor de los riñones, y se alimentaba de saltamontes y también de miel silvestre ...” (Mateo, 3, 1 y 4.

¿No se presenta aquí, engañosamente, al mismo personaje con otro hombre? La verdad es que uno se pierde, y esa es la finalidad perseguida.

El otro Santiago, llamado el Mayor, tiene por padre a un tal Zebedeo. Ahora bien, ese nombre es totalmente desconocido en la tradición judía del Antiguo Testamento. Encontramos *Zabdi* (que significa dotado), *Zabud* (hijo de Natán, I Reyes, 4, 5), *Zabulón* (que significa morada), *Zebul* (Jueces, 9, 28), *Zebach* (Jucces, H, 5), *Zeeb* (Jueces, 7, 25), con el significado de “mano derecha”, es decir, el miembro viril paterno, y eso es todo.

En su versión francesa de la Biblia católica, Lemaistre de Sacy traduce *Zebedeo* por *don, dotada* (en l
femenino), pero el *Dictionnaire hébreu-français* de Sander (París, 1859), destinado a los rabinos, no conoce ningún *Zebedeo*, y en hebreo traduce *don* por tres tetras: *zain-beth-daleth*, y eso se pronuncia *Zabad*. Después viene *Zabdiel*, que significa “*Don de Dios*”.

Así pues, hay un misterio sobre ese Zebedeo, padre de *Santiago el Mayor* (o sea, de Jacobo el Primogénito), quien también lleva un nombre que no es hebreo, como Alfeo, padre de Santiago el Menor (*Jacobo el Benjamín*).

Toda esta embrollada selva de nombres que a veces se sustituyen por sobrenombres, sobrenombres que cambian al antojo de los copistas, o incluso nombres que no tienen ninguna realidad en Israel, todo eso no tiene otro objetivo que desviar al lector que sienta aunque no sea sino un mínimo de curiosidad, y que *esté deseoso de verificar* datos. Porque no se trata de *comprender* sino de *creer*.

Y aquí lo que importa, ya sea borrando el estado de Galilea y de Judea sesenta años antes de nuestra era y sesenta después (es decir, ciento veinte años de guerras, de rebeliones despiadadas y de represiones sangrientas, agravadas todavía por el horror de una guerra civil permanente entre los terroristas integristas, zelotes-sicarios, y los judíos colaboradores, fariseos-saduceos), o embrollando las pistas nominales y las genealogías, es impedir al lector perspicaz que desemboque donde nosotros desembocamos: *en el hecho de que Jesús es el hijo legítimo de Judas de Gamala y de María, su esposa, el nieto de Exequias, padre de Judas de Gamala, y como tal, descendiente de David, y rey legítimo de Israel.*

De donde esta frase de los *Hechos de los Apóstoles:*

"Los reunidos le preguntaban: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?. Él les dijo: 'No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder ...'." (Hechos, 1, 6-7).

El texto griego de los Hechos que ha llegado hasta nosotros es del siglo IV. ¿Inicialmente estaba "el Padre", o simplemente "mi padre"? Porque en este ultimo caso tendríamos una alusión evidente a Judas de Gamala. No olvidemos que a Jesús se le llama "hijo del carpintero" (Mateo, 13, 55), pero en hebreo, *heresh* significa a la vez *carpintero* y *mago*. Si el término que hay que tener en cuenta es este ultimo, tendríamos una alusión a un aspecto particular del padre de Jesús, y no sería nada descabellado suponer que había dejado, de antemano, unas instrucciones, *de las que se afirmó que eran proféticas*, que daban el desarrollo cronológico de las guerras zelotes, es decir, una especie de plan de campaña que abarcaba un período de tiempo bastante largo.

Pilato, que representaba a César y al Imperio Romano, no se equivocó al hacer transcribir en tres lenguas (judía, griega y latina) la identidad oficial de Jesús: "*Jesús de Nazareth, rey de los judíos*".

Por otra parte, se observara que el *vino*, en la religión de Zoroastro, fuente primitiva de la de Mitra, y especialmente en esta última, simboliza la *realeza*. Pues bien, ¿qué es lo que declara Jesús? Lo siguiente:

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador ..." (Juan, 15, 1)

Y en Mateo (17, 24-26), se pretende "hijo de rey". De modo que, o bien Jesús copia su simbolismo de la religión de Mitra (religión que para los judíos piadosos era maldita), o bien un escriba que estaba al corriente de ésta imaginó dicho pasaje, en el curso de su redacción en el siglo IV, y las palabras atribuidas a Jesús son inventadas. Así pues, ¿de quien fiarse?

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

Sobre la analogía de los términos *galileos y zelotes,* poseemos otro ejemplo, extraído de los propios Evangelios. Lucas (13, 1-4) nos cuenta que con ocasión de la caída de la *torre de Siloé, Pilato mezcló la sangre de dieciocho galileos con la de sus sacrificios.*

Esta torre, cercana a la piscina de Siloé, formaba parte del recinto sudoeste de la ciudad de Jerusalén, frente al monte del escándalo. Al venir de Oumran, el centro zelote donde fueron descubiertos los manuscritos llamados del mar Muerto, se desembocaba en la puerta de la Fuente, y al penetrar en la ciudad, en la torre. Si ésta se derrumbó, matando así a dieciocho galileos, y si Pilato fue el responsable de ello, es que se habían atrincherado allí, porque no se derrumbó sola.

Esos hombres eran, por lo tanto, los zelotes, y corno los únicos sacrificios admitidos por la Ley judía eran exclusivamente los ofrecidos en el Templo de Jerusalén, uno puede

preguntarse de qué naturaleza eran esos sacrificios que los zelotes ofrecían en el seno do una torre fortificada, y que suscitaron una intervención armada de la potencia ocupante.

# 2

# Los hijos de Aarón

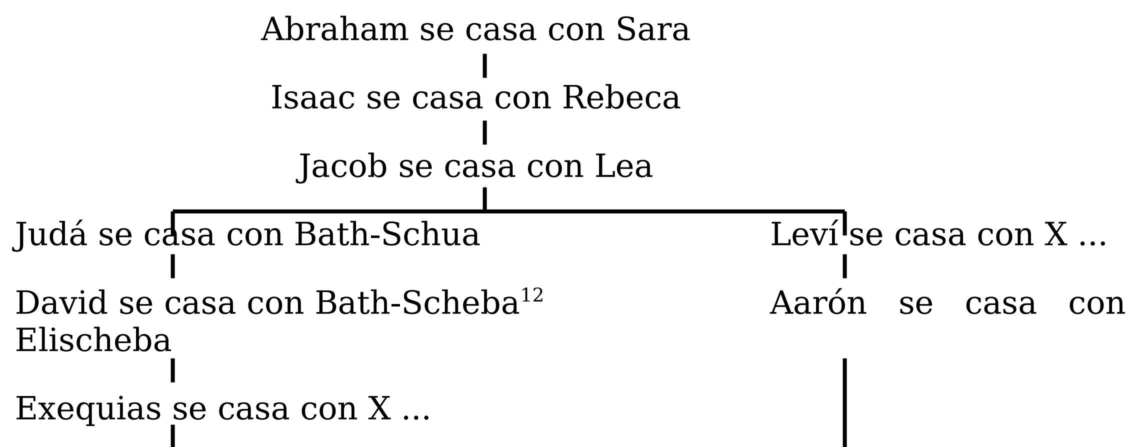
> ¿Acaso no está tu hermano Aarón, *el levita? ...* Aarón, tu hermano, será tu profeta ...
>
> Éxodo, 4, 14, y 7, 1

Esta simple frase nos habla de la existencia de un sacerdocio independiente e individual, a la vez adivinatorio y mágico, mucho antes de que Moisés hubiera instaurado un pontificado en el seno de Israel, todavía inexistente como nación organizada. El lector se convencerá de ello si relee la historia de Mica en el Libro de los Jueces, en los capítulos 17 a 19, ambos inclusive, porque:

"Ese Mica tenía una casa-dios; hizo, por lo tanto, un *ephod* y un *teraphim* y consagró a uno de sus hijos, que le sirvió de sacerdote.[11] Porque en aquellos tiempos no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía bueno". (Jueces, 17, 5-6).

Consagrados por Moisés, Aarón y sus hijos se convirtieron en el tronco de la filiación sacerdotal y en los antepasados carnales de todos los *cohanim* (en hebreo: sacerdotes, sacrificadores).

La genealogía los muestra como primos de los hijos de David:




[11] El papel de médium atribuido a un niño virgen, o al menos impúber, es clásico en todas las mancias del Oriente Medio, y Moisés no lo innovará con el joven Josué (Cf. Éxodo, 23, 11; Números, 27, 18).

[12] Es la forma hebraica de Betsabé, esposa de Urías, a quien David hizo matar en combate, a traición, a fin de quitarle a la mujer (II Samuel, 11, 1 a 27). Jesús descendía, por lo tanto, de una pareja adúltera y asesina, según Mateo, 1, 6. extraña elección para un dios encarnado deseoso de dar ejemplo. La Iglesia, que rechaza el divorcio, lo santificó y fijó su fiesta el 20 de diciembre. Hay que observar, por cierto, que el esposo (o la esposa) que asesina a su cónyuge puede volverse a casar, una vez purgada su pena de prisión. Porque en este caso no se trata de un divorcio, sino de una viudedad. Y las segundas nupcias son legimitadas por la Iglesia.

Judá se casa con Myrhiam                                   Zacarías se casa con Elischeba

Jesús-bar-Judá                                   Iochanan-bar-Zacariah

Sabemos que la corriente integrista de los zelotes estaba invariablemente dirigida:

a) por un descendiente de David, en posesión del poder temporal.
b) Por un descendiente de Aarón, en posesión del poder espiritual.

Y así, según nos dice Flavio Josefo, con Judas de Gamala hubo un fariseo llamado Saddoc. Con Simeón-bar-Kokba estuvo Rabbi Akiba. Y con Jesús-bar-Juda estuvo Iochanan-bar-Zacariah, alias Juan el Bautista. Por eso el primero se sometió al bautismo, administrado por el segundo. Esta subordinación de Jesús a Juan aparece, además, subrayada por la frase impaciente del Bautista, que envía a sus discípulos a reprender a Jesús, quien, tras la detención de Juan, se había "retirado" a Galilea (Mateo, 4, 12), luego a Tiro y a Sidón, en vez de pasar a la acción directa:

"Eres tú el que ha de venir, o (al final) habremos de esperar a otro ...? (Mateo, 11, 1 a 4).

Esas diversas constataciones van a permitirnos ahora indagar quién podía ser ese misterioso Saddoc, nombre que en hebreo significa "el justo", y que por lo tanto debía ser necesariamente *cohen* (sacerdote), y descendiente de Aarón. Para eso, estudiaremos atentamente la vida del padre de Juan el Bautista.

Se trata de Zacarías, en hebreo Sacaría. El *Protoevangelio de Santiago* nos habla de él, y asocia su muerte, por orden de Herodes el Grande, a la famosa *Matanza de Inocentes,* sobre la que ya hicimos luz en la obra precedente.[13] Veamos lo que dice de ello ese apócrifo célebre:

"Herodes buscaba a Juan, y envió a sus servidores junto a Zacarías, diciendo: "¿Dónde has escondido a tu hijo? ...". Él les respondió: "Estoy al servicio de Dios, y ligado al Templo del Señor; no sé dónde se encuentra mi hijo". Los servidores se alejaron y contaron todo esto a Herodes. Y éste, irritado, les dijo: *"Su hijo debe reinar sobre Israel".* Y les envió de nuevo junto a Zacarías, diciendo: "¡Di la verdad! ¿Dónde está tu hijo? ...". Los servidores partieron y contaron todo esto a Zacarías. Y Zacarías dijo: "Yo seré mártir de Dios si derramas mi sangre. Porque el Todopoderoso recibirá mi espíritu, porque es una sangre inocente la que tú te dispones a derramar a la puerta del Templo del Señor ...". Y, al amanecer, dieron muerte a Zacarías, y los hijos de Israel no sabían que se le había dado muerte. A la hora de la salutación los sacerdotes acudieron al Templo. Y Zacarías no vino, como era costumbre, ante ellos para bendecirlos. Los sacerdotes se detuvieron, esperaron a Zacarías para saludarlo en la oración y bendecir al Altísimo. Como tardaba, todos fueron presa del miedo; uno de ellos, más valeroso, entró en el Templo y vio, cerca del altar, sangre coagulada. Una voz decía: "Han dado muerte a Zacarías, y su sangre no

[13] *Jesús o el secreto de los templarios,* pp. 50-53.

se borrará hasta que llegue su vengador". Al oír estas palabras sintió miedo, y salió para llevar la noticia a los otros sacerdotes".

Si tuviéramos alguna duda, aquí tendríamos sobrada confirmación de que toda esta historia se refiere en realidad, no a la pseudo *Matanza de Inocentes* de Belén de Judea, sino a la agitación zelote. Porque se nos dice: "Su hijo debe reinar ...". Por lo tanto, Herodes está al corriente de la existencia de ese doble poder en el partido zelote, porque el hijo de un *cohen* como Zacarías no puede acceder al trono de Israel, por ser *hijo de Aarón*, y no de *hijo de David*. Pero Herodes sabe que el pretendiente al trono temporal estará respaldado por el pretendiente al pontificado, y que los dos copríncipes serán *ipso ipso* los adversarios de la dinastía idumea de los Herodes.

Ese texto del *Protoevangelio de Santiago* puede compararse con el de Lucas: "Zacarías, su padre, se llenó del Espíritu Santo y profetizó diciendo: "Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, y suscitó a favor nuestro *un poder salvador* en la casa de David, su siervo, como había prometido por la boca de sus santos profetas desde antiguo, *un salvador que nos libra de nuestros enemigos y del poder de todos los que nos aborrecen ...".* (Lucas, 1, 67-71).
Pues bien, se trata de su propio hijo, el futuro Bautista, y no de Jesús. Además, el salvador así anunciado es nada menos que un *mesías guerrero*, y no un cordero que bala ... ¿Hubo rivalidades entre las dos familias? No sería imposible, al menos en un período dado. En el siglo IV, los copistas de Eusebio hicieron desaparecer todo eso.

Por otra parte, en ese relato se habla de dejar la mancha de sangre de Zacarías sobre las losas del Santo Templo, hasta que llegue *"su vengador"* ... Aquí de lo que se trata es, indudablemente, de represalias zelotes, en virtud de la ley mosaica del *talión,* porque lo de un vengador no tiene nada de evangélico.[14]

Ese vengador será su hijo Iochanan, el Bautista, y para convencerse de ello, el lector no tendrá más que releer un cierto pasaje de Flavio Josefo que trata, justamente, del citado Bautista:

"A su alrededor se habían reunido gentes, porque *se sentían muy exaltados al oírle hablar.* Herodes (Antipas) temía que *semejante facultad de persuasión suscitara una rebelión,* ya que las multitudes parecían dispuestas a seguir *en todo* los consejos de ese hombre ..." (Flavio Josefo: *Antigüedades judaicas,* XVIII, v, 118).

Herodes el Grande había mandado matar a Zacarías por prudencia. Su hijo Herodes Antipas hará, pues, matar al Bautista por el mismo motivo. Véase a este respecto el capítulo consagrado al tema en la obra precedente.[15]

---

[14] San Jerónimo, en su *Comentario sobre el Protoevangelio de Santiago*, nos afirma que en su época (347-420) los peregrinos cristianos veneraban todavía en Jerusalén, en el lugar donde se levantaba antaño el Templo destruido en el año 70, los restos de la sangre de Zacarías. Debían renovar con bastante frecuencia esta maculatura tan provechosa. Es cierto que en la Edad Media, en Europa, se vendían corrientemente botellas que contenían un fragmento del manto de san Jorge, embebido por su sudor cuando combatía al dragón, etcétera.

[15] *Jesús o el secreto de los templarios,* pp. 126-138.

Y nueva confirmación de todo lo que está relacionado con las actividades zelotes, inmediatamente después de los pasajes del *Protoevangelio de Santiago* citados antes. El texto termina así:

"Pues bien, yo, Santiago, que he escrito esta historia, *como se produjeron disturbios en Jerusalén a la muerte de Herodes,* me retiré al desierto, hasta que la agitación se calmó en Jerusalén." (Cf. *Protoevangelio de Santiago,* 25).

Herodes el Grande murió en el año 6 antes de nuestra era.

Esos disturbios fueron, en realidad, el resultado de la primera revuelta dirigida por Judas de Gamala, padre de Jesús, contra Arquelao, hijo de Herodes el Grande y su sucesor designado. Se iniciaron en el año 5 antes de nuestra era. Y esa fue la verdadera "huida a Egipto" de María y de sus hijos más pequeños. Fueron enviados allá, a lugar seguro, lejos de los combates que libraba el jefe de la familia, Judas de Galilea. Porque en aquella época, Santiago era todavía un chiquillo, y no un hombre hecho y derecho, como tiende a hacerlo creer, al silenciar la presencia de su madre y de sus hermanos y hermanas. Él, o los escribas anónimos del siglo IV ...

Al redactar su Apocalipsis, Jesús recordará esa huida:

"Y estando encinta, gritaba con los dolores del parto y las ansias de parir (...) La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días". (Apocalipsis, 12, 2 y 6). Lo que equivale a cuarenta y dos meses.

Esa permanencia en Egipto fue, por lo tanto, de unos tres años y medio. El dragón rojo que persigue a la mujer simboliza a Roma, porque los pretorianos de la guardia imperial tenían la cota de armas roja y los centuriones ordinarios un manto del mismo color. Las siete cabezas del dragón son las siete colinas de la capital del Imperio romano, y los diez cuernos son los diez reyes vasallos. Y, efectivamente, fueron las legiones de Publio Quintilio Varo, legado de Roma en Siria del año 6 al año 4 de nuestra era, quienes reprimieron despiadadamente esta revolución. Fueron crucificados más de dos mil rebeldes alrededor de Jerusalén. Por lo tanto, fue en el curso de esta represión cuando fue asesinado Zacarías, tío de Jesús, esposo de Isabel, prima de María. Debió de morir el 8° día del mes de Thot, según un folio del manuscrito n° 1.305 de la Biblioteca Nacional, redactado en copto sahídico. Esto nos da el 5 de agosto del año 4 antes de nuestra era, es decir, el segundo año de la revolución, el de su aplastamiento final por Varo, y éste abandonó a continuación Siria, con dirección a la Germania.

Como hemos visto, el combate final se desarrolló en el Templo de Jerusalén, transformado en fortaleza por los insurrectos, y Jesús hizo alusión a la muerte de Zacarías, si damos crédito al texto de Mateo:

"... Para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de

Baraquías,[16] a quien matasteis entre el Templo y el altar ... En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación ...”. (Cf. Mateo, 23, 35-36).

Como se ve por el texto, una vez más nos encontramos en presencia de un Jesús zelote, rencoroso, que en modo alguno practicaba el perdón de las ofensas, sino, por el contrario, la ley del *talión*, cosa que *políticamente* constituía su derecho y su deber. Pero es muy probable que ese texto fuera apañado por los escribas del siglo IV, que eran muy antisemitas, y, además, estaban obligados a dar coba a los romanos. Porque Zacarías no fue asesinado por los judíos, como se le hace decir a Jesús en el evangelio de Mateo, sino por los legionarios de Varo o por los mercenarios griegos de Arquelao, hijo y sucesor de Herodes el Grande.

Sobre el hecho de que el Zacarías asesinado “entre el Templo y el altar” fuera el padre del Bautista, y no el profeta “hijo de Baraquías, hijo de Addo”, que vivió bajo Darío, es decir, en el siglo V *antes* de nuestra era, nos basta como prueba el testimonio de Orígenes, quien en su tratado XXVI, capítulo XXIII, sobre *“San Mateo”*, nos dice que el profeta fue lapidado (Cf. *II Paralipómenos,* XXIV, 20 y siguientes), mientras que el padre del Bautista fue asesinado por la espalda.

En sus *Antigüedades judaicas* (XVII, IX, manuscrito griego), Flavio Josefo nos dice que los rebeldes, tomando como pretexto que Arquelao no mandaba castigar a los oficiales de Herodes el Grande, que habían hecho quemar vivos a los jóvenes que habían arrancado del frontispicio del Templo el águila de oro que Herodes había ordenado insertar, se atrincheraron en el Templo de Jerusalén, que, por su colosal arquitectura, constituía una verdadera fortaleza.

Una tropa de hoplitas mercenarios, mandada por un quiliarca, fue enviada al Templo para apaciguar a los insurrectos, pero éstos mataron a todos los soldados. Entonces fue cuando se inició la represión, en el curso de la cual se combatió incluso dentro del santo lugar, y resultó muerto Zacarías “entre el Templo y el altar”, cosa que estrictamente no quiere decir nada, tan sólo significa que sucumbió entre el altar y el *Santo,* y por consiguiente, en el propio santuario. Según Nicolás de Damasco, el número de insurrectos superaba los diez mil. En cuanto a los muertos, crucificados o caídos en combate (como en el caso de Zacarías), éstos se elevaron a más de tres mil.

Y aquí se plantea un problema histórico, una tentativa de recuperación de la verdad.

Ahora es seguro que ese tal Zacarías desempeña, al lado de Judas el Gaulanita, el papel de poseedor del poder espiritual, ya que es *cohen* (sacerdote), y por lo tanto hijo de Aarón, lo mismo que el citado Judas tiene la autoridad temporal como hijo de David.

No es menos cierto que Iochanan el Bautista, su hijo, desempeñó el mismo papel al lado de Jesús, hijo de Judas el Gaulanita. Por consiguiente, su compañero de equipo (de Jesús) no fue Judas, su hermano gemelo, alias Tomás (*tôama:* gemelo en hebreo), sino el citado Juan.

---

[16] Si Zacarías es el *alter ego* de Judas de Gamala, su padre Baraquías pudo haberlo sido de Exequias, padre del citado Judas, del mismo modo que Juan el Bautista lo será de Jesús.

Y esto barre la hipótesis que, como último recurso, podrían sostener nuestros algunos de nuestros lectores, quienes, tras la revelación de la existencia de dicho hermano gemelo, imaginarían un Jesús todo dulzura (y además deificado) y un Jesús, probablemente Barrabás, todo violencia, manchado de numerosas muertes, pillajes y saqueador despiadado de peajeros y prostitutas. Porque Jesús y Juan fueron, como se ha visto, jefes tan violentos el uno como el otro, del mismo modo que lo fueran, hermanados por la misma pasión, Simeón-bar-Kokba y Rabbi Akiba, y mucho antes que ellos Judas de Gamala y Rabbi Saddoc.

Y esta nueva constatación nos abre horizontes inesperados. ¿Cuál era, entonces, el verdadero nombre de Zacarías, o, mejor aún, cuál era el verdadero nombre de Rabbi Saddoc? *Porque, evidentemente, se trata del mismo personaje ...*

Zacarías significa en hebreo "memoria de Dios". Es una alusión al hecho de que la mancha de sangre no deberá borrarse hasta que llegue "su vengador". En realidad, sería más adecuado decir *Sakariel,* nombre de uno de los siete arcángeles a las órdenes de la justicia divina.

Saddoc significa en hebreo *"el justo"*, término evocado por la frase de Mateo (23, 35-36), es también *cohen*, y por lo tanto hijo de Aarón, de modo que su título oficial es el de *Rabbi Saddoc.* Y eso se lee: "Maestro Justo".

¿Sería él el "Maestro de Justicia" de los manuscritos del mar Muerto? No. Porque el que citan los textos de Qumran es sometido al suplicio por el "sacerdote impío", Aristóbulo II, rey y sumo sacerdote de Israel hacia los años 65-63 antes de nuestra era. Se trata probablemente de Onías, y, según la leyenda, también él se apareció a sus discípulos después de muerto.

Pero como el *"Maestro de Justicia"* recibe también el calificativo de *"Mesías de Aarón y de Israel"* (mientras que el liberador temporal se espera simplemente bajo el nombre de *mesías),* pensamos que aquí se trata de un título que designa una función, y no de un *nomen,* que calificase a una individualidad. Flavio Josefo nos cuenta que, en efecto, el nombre de "Legislador" era, después del de Dios, objeto de máxima veneración. Quien blasfemara sobre él o lo injuriara, en el seno de la comunidad de los esenios sería reo de muerte". (Cf. *Guerra de los judíos,* II, VIII, 145-152).

Por consiguiente, en el seno de los zelotes, que como se sabe procedían de la corriente esenia primitiva, de la que constituían el ala guerrera, el nombre del posesor del poder espiritual no se pronunciaba; se utilizaban circunloquios, análogos a la regla pitagórica: *autos épha,* o sea, "*Él* ha dicho ...".

Así pues, es probable que esos nombres de Zacarías y de Saddoc fueran subterfugios que nos velen el verdadero nombre del compañero de guerra de Judas de Gamala. Pero es bien cierto que ese personaje fue el padre del Bautista y el esposo de Isabel, prima de María.

Queda todavía un último punto que precisar. Decir de Jesús que es "sacerdote según la orden de Melquisedec" (Salmos, 110, 4; Hebreos, 10, 6; 20; 7, 17), es

reconocer implícitamente que poseía un sacerdocio común a toda la descendencia de Abraham, que fue el primero investido con tal sacerdocio (Génesis, 14, 18), que es lo mismo que *no decir nada.* Porque en virtud de esta ordenación hereditaria un israelita podía efectuar, en el seno de su familia, la ceremonia del sábado noche (sabbat), con la bendición del *Kidduch,* efectuada sobre la copa de vino, y la del *ha-Motzi,* pronunciada sobre dos panes. Y eso es lo que permitió a David comer los panes que ya habían sido consagrados a Yavé por el sacrificador Ajimelec (cf. I Samuel, 21, 1 a 6).

Se observará que, en el *segundo libro de Enoc*, se dice que ese Melquisedec fue el hijo de Sophonim, esposa de Nir y hermana de Noé. Fue concebido en su vejez sin que ella hubiera "dormido con su esposo", y lo alumbró de forma milagrosa, porque estaba destinado a ser "jefe de los sacerdotes de otra raza". (41, 3-4) Ahora bien, este apócrifo es judío, y fue descubierto también en Qumran. *Por lo tanto, de él se sacó la leyenda de Jesús en lo referente a su concepción y nacimiento milagrosos.*

Por otra parte, en función de la filiación judaica de los altos grados de la francmasonería tradicional, es por lo que se puede celebrar La *Cena melquisedeciana* en los capítulos del 18° grado, donde se congregan los *"Caballeros de la Rosacruz".* Porque el fundador imaginario de los Rosacruces, Rosenkreutz, no es otra cosa que un epónimo, deformación del hebreo *rozen Koroz,* que significa "*príncipe heraldo"...*[17]

Jesús, por lo tanto, no detentaba sino una especie de sacerdocio laico, si esos dos términos no se acoplan.

[17] En el siglo XVIII, los rituales masónicos transcribían el nombre con una "z", *roze-croix.*

# 3

# Los hijos de David

Todo hombre es una guerra civil ...
JEAN LARTÉGUY, *Les Libertadores*

*Actus Apostolorum ... Praxeis Apostolón ...*
Quienquiera que esté aunque sea un poco versado en latín o en griego, traducirá correctamente estos títulos por *Hechos de los Apóstoles.* Pero ese plural, al leer la obra, resultará bastante decepcionante.

En efecto, salvo la segunda parte de los Hechos, que trata exclusivamente de la acción de Saulo, alias Pablo, de los once apóstoles restantes sólo se trata en la primera parte; los quince primeros capítulos son típicamente petrinos, *y sólo, y de forma muy breve, en el primero se habla de ellos.*

En el curso del texto encontraremos simplemente a Simón, llamado el Zelote, es decir, Pedro (y ya demostramos en la obra anterior que se trata del mismo personaje),[18] a Santiago el Mayor (Jacobo en hebreo) y Santiagoel Menor. Porque el Felipe citado en 7,5 y en 21,8,no es otro que el diácono, elegido con otros seis en 6,5. No es por lo tanto el apóstol, citado sin embargo en 1, 13, y que había desaparecido no se sabe dónde ni cómo. Lo mismo que Andrés, Tomás, Bartolomé y Judas, sobre los cuales no ha subsistido en el *corpus* neotestamentario nada que sea históricamente válido.

Por eso, sobre todos esos hombres que no fueron nunca otra cosa que hermanos y parientes de Jesús, y agentes de la resistencia judía nacional,[19] uno no puede sino sumarse a la conclusión de monseñor Dúchense, miembro del Instituto, quien en su obra *Les origines du culte chrétien* nos dice que:

"Los apóstoles misioneros, con la única excepción de san Juan, habían desaparecido sin dejar ningún recuerdo concreto. La leyenda que pronto se apoderó de ellos, parece haberlo hecho con tanta más libertad, cuanto que no chocaban sino con tradiciones muy fugaces ..." (Cf. Dúchense, *Les origines du culte chrétien,* París 1903, pp. 14 y 15).

Hay que creer que este obispo letrado no era un historiador demasiado curioso, ya que si hubiera sido tan tenaz como nosotros, habría terminado por descubrir la verdad. A menos que, en el interés del cuerpo al que pertenecía, hubiera preferido silenciar sus propios descubrimientos.

Mejor aún, Clemente de Alejandría, discípulo de Pantenio, quien lo era a su vez de un discípulo inmediato del apóstol Marcos (por lo tanto no hay más que dos

---

[18] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 70-90.

[19] La palabra *apóstol* significa *enviado, agente, misionero, mensajero.* El latín *apostolus* podría, por lo tanto, sustituir a *ángelus,* que tiene el mismo significado. Se denominaba *apostoli* a las cartas de aplazamiento que iban de un tribunal a otro, al que se apelaba. Al exigir que le enviaran al tribunal imperial *(cesare apello)*, Saulo-Pablo hacía el papel de *apostoli.*

eslabones entre Clemente y Marcos), nos dice lo siguiente, que confirma la opinión de monseñor Dúchense, pero que nos pone en el camino de futuros descubrimientos sensacionales:

"Los elegidos, no todos confesaron al Señor *por la palabra, y no todos murieron en su nombre.* Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, *y muchos otros ...* (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates,* IV, IX).

¿Hay que entender que este autor, uno de los grandes escritores eclesiásticos de los primeros siglos (fue el maestro de Orígenes), sugiere con medias palabras que esos hombres, tanto apóstoles como discípulos, se desinteresaron rápidamente de la misión que les había sido confiada por Jesús? Porque en los *Hechos de los Apóstoles* no se cuenta nada de ellos, y es verdaderamente curioso.

Quizá poseamos la explicación de esta prudente retirada por su parte en un pasaje muy curioso del Evangelio según Mateo: "Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, *aunque algunos vacilaron ...* Acercándose, Jesús les dijo ...". (Mateo, 28, 16-17).

Así pues, al verlo a fin a plena luz, *a él o a su sosía, el hermano gemelo*[20], algunos de ellos, los menos ingenuos, creen que puede tratarse de una superchería. No es exactamente Jesús, al menos no el que fue crucificado en Jerusalén. Hay diferencias, el maquillaje de las pseudo-llagas no es perfecto, o bien se ha diluido un poco, y algunos estigmas de la Pasión, del rostro o la frente, están ausentes o son diferentes; y quizás el hermano gemelo no es un sosia rigurosamente exacto. Y de ahí esa duda discreta, esa reticencia cortés pero significativa, que condicionará luego su retirada de la leyenda que ya está en curso de elaboración. Ahora se comprende el motivo de la desaparición del primer Evangelio de Mateo, simple recopilación en arameo de sentencias, máximas, frases lapidarias, pronunciadas por Jesús mientras aún estaba vivo. La desaparición de ese texto se había producido ya en la época en que el gran Orígenes recopilaba todo el *hábeas* judeocristiano existente. En aquella época deplora y reconoce no tener a mano sino el segundo Mateo, el nuestro, el *pseudo-Mateo.*

Y más aún, hay un hecho muy extraño: sobre la pretendida llegada de Simón-Pedro a Roma y sobre su crucifixión cabeza abajo, a petición suya,[21] las Epístolas de Pablo, de Juan, de Santiago, y los Hechos de los Apóstoles, guardan un mutismo total. Y en el siglo VI, Eusebio de Cesarea podrá decirnos, lleno de dudas:

"Los asuntos de los judíos estaban en ese punto. En cuanto a los santos apóstoles y discípulos de nuestro Salvador, estaban dispersos por toda la tierra habitada. Tomás, *según cuenta la tradición,* obtuvo en el reparto el país de los Partos, Andrés la Escitia, Juan Asia, donde vivió. Murió en Éfeso. Pedro parece

---

[20] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 60-69.

[21] Los rebeldes políticos eran crucificados cabeza abajo (cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 225-226). Por lo tanto, no era necesario reclamarlo.

haber predicado en el Ponto a los judíos de la Diáspora, y en Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* III, I, 1).

Rufino, en su traducción latina de la obra de Eusebio de Cesarea, añade lo siguiente después de Tomás: "Mateo obtuvo Etiopía, y Bartolomé la India anterior". Poco antes, Eusebio nos había señalado, quizás involuntariamente, la vaguedad de la tradición petrina":

"Se cuenta que bajo su reinado (de Nerón César), a Pablo le cortaron la cabeza en la misma Roma, y que aparentemente Pedro fue crucificado allí. Y esto lo confirma el hecho de que, hasta ahora, se da los nombres de Pedro y Pablo a los cementerios de dicha ciudad". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* II, XXV, 5).

Supongamos que un cataclismo destruyera nuestras bibliotecas. Dentro de dos milenios aproximadamente se deduciría que las ruinas del Arco de Triunfo albergan la tumba de un general llamdo De Gaulle, basándose como todo argumento en:

a) la presencia de una tumba y de un esqueleto, o de sus cenizas;
b) el culto rendido el 11 de noviembre de cada año, durante lustros, al hombre allí inhumado;
c) el hecho de que semejante monumento no podía en modo alguno haber sido erigido sobre la tumba de un soldado de segunda clase, y para colmo completamente desconocido de identidad y de comportamiento guerrero;
d) el nombre mismo, dado a la plaza sobre la que había sido erigido el Arco.

Y eso es lo que ha sucedido, poco a poco, con el nombre dado a ese cementerio en Roma, cuatro siglos después de la muerte de los interesados.

De hecho, los "santos apóstoles del Señor" no escribieron jamás nada de todo lo legendario que se nos presenta y administra desde hace veinte siglos bien cumplidos. Si dudáramos de ello nos bastaría con releer el *Dictionaire de théologie catholique:*

"Clemente de Alejandría conoció también algunas tradiciones *orales* procedentes, no de los propios apóstoles, sino del medio apostólico ..." En otros pasajes recuerda ese carácter *oral:* "Los presbíteros no escribían". (Cf. Clemente de Alejandría, *Ecogloe propheticae,* XXVII).

"Esta doctrina ha llegado hasta nosotros *oralmente (agrafos)* de los apóstoles ..." (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates,* VI, VII, 61).

Por esas declaraciones sin ambigüedad se ve lo que hay que creer sobre la autenticidad de los pseudo-Evangelios redactados por los mismos apóstoles.

# 4

# Ezequías-har-Gamala

Los muertos de las batallas perdidas son las razones para esperar que haya vencidos ...

MARCEL PAGNOL: *La Fille du puisatier*

En el año 46 antes de nuestra era, Herodes, segundo hijo de Antipater, es el gobernador de Galilea por orden de César. Tiene entonces unos veintisiete años. Después de innumerables persecuciones y combates, sus mercenarios idumeos y sirios consiguen capturar a Ezequías, que causa estragos en Siria, entonces provincia romana, desde sus inexpugnables reductos de la Alta Galilea. Herodes lo manda crucificar. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVII, X). Este episodio se sitùa, probablemente, en el año 43 antes de nuestra era.

Acto seguido, Herodes es citado a comparecer ante Hircano II, pontífice y rey de Israel, de la dinastía asmonea (los macabeos), quien le reprocha verbalmente la muerte de Ezequías. Herodes consigue hacerse absolver, tanto gracias a una buena defensa, como a la sombra enfurecida de Roma, que Hircano no se atreve a afrontar a pesar de todo (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XIV, XVII); en efecto, el legado imperial interviene en seguida en su favor:

"Que quede exento Herodes de todo proceso, tanto si ha incurrido en falta como si no". Esta es la imperativa orden que Sexto César, gobernador de Siria y pariente de Julio César, dirigió en esta ocasión a Hircano II. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* manuscrito eslavo, I, IV).

*Tanto si ha incurrido en falta como si no ...* Sexto César reconocía aquí implícitamente el carácter legítimo del combate llevado a cabo por Ezequías.

Y entonces se plantea otra cuestión: ¿Cómo Hircano II, *pontífice y rey de Israel,* pudo sentirse indignado por el hecho de que Herodes mandara ejecutar al cabecilla de unos bandoleros? Pues simplemente porque ese "bandolero" era, en realidad, el jefe de la estirpe real, un "hijo de David"; ese rey "en potencia" probablemente había recibido ya la *unción* entre sus seguidores, y su bandolerismo era, de hecho, la manifestación de la resistencia judía. Hircano II, aunque tenía un sucesor legítimo en la persona de su hermano Aristóbulo II, no debió olvidar que la dinastía asmonea era una usurpadora del trono de Israel, y que la legitimidad real y religiosa, asociadas, reposaban en el seno de la filiación davídica. Porque, como pontífice supremo, no olvidaría la promesa divina, esa promesa que el profeta Natán recibió del Eterno y que tenía orden de comunicar a David:

“Cuando tus días hayan llegado al colmo y hayas reposado con tus padres, yo haré subsistir *la semilla* que saldrá de tus vísceras ... Por eso serán estables tu casa y tu reino *para siempre* ante mí ... (Cf. II Samuel, 7, 12, 16).

Pues bien, ese Ezequías tenía un hijo, que le sucedería en cabeza del movimiento.

# 5

# Juda-har-Gamala

La Guerra y el Hambre vagaban por nuestras ciudades,
Y nosotros gritábamos, desesperados, en los suplicios:
¿Cuándo vendrás a nuestro lado, Libertad?
¡Cuánto tardas, Justicia!

MAURICE MAGRE, *Le Poète et la Cité, la Liberté*

“Había asimismo un tal Judas, hijo de Ezequías, aquel temible cabecilla de bandoleros a quien antaño Herodes no consiguiera aprehender sino tras las mayores dificultades. Ese Judas reunió alrededor de Séforis, en Galilea, una tropa de desesperados, y efectuó una incursión en el palacio real. Se apoderó de todas las armas que se encontraban allí, equipó con ellas a todos cuantos le rodeaban, y se llevó todas las riquezas que había recogido de dicho lugar. Aterrorizaba a todo el contorno a causa de sus razzias y sus saqueos, que tenían como meta alcanzar una elevada fortuna *e incluso los honores de la realeza,* ya que esperaba elevarse a dicha dignidad, aunque no mediante la práctica de la virtud, sino precisamente mediante los excesos de la injusticia” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVII, X).

Dejemos a Flavio Josefo y su encono rencoroso (porque se las tuvo con los zelotes), y constatemos que, de hecho, al apoderarse del palacio real de Séforis, y al expulsar de él a aquellos a los que consideraba usurpadores (Herodes el Grande y toda su corte), Judas,bar-Ezequías no hizo sino vengar a su padre y recuperar sus legítimos bienes. Y más cuanto que hay una zona de sombras bastante misteriosa en todo eso. Pronto lo veremos. María-Bath-Ioachim, la madre de Jesús y la esposa de Judas de Gamala, *había nacido en Séforis,* y en esa primera fase entrada en guerra, Judas-bar-Ezequías quizá tenía otras cuentas que arreglar de las que no sabemos ya nada, *pues María era también de filiación davídica, y su familia era rica,* como pronto veremos.

Y esto tiende a demostrar que Judas de Gamala y su padre Ezequías no fueron unos bandoleros ordinarios, como pretende Flavio Josefo, sino que existió una doctrina, que fue elaborada por él y que luego se convirtió en la de todo su movimiento. En sus *Antigüedades judaicas*, Flavio Josefo nos describe cuatro sectas que se reparten el pueblo hebreo. Cita primero a los *fariseos* y los *saduceos*, luego a los esenios. Y a continuación una cuarta:

“Pero un tal Judas el Gaulanita, de la ciudad de Gamala, se acompañó de un fariseo llamado Saddoc, y se precipitó en la sedición. Pretendían que dicho censo no traía consigo sino una servidumbre completa, y apelaban al pueblo a que reivindicara su libertad ... La cuarta secta filosófica tuvo como autor a ese

Judas el Galileo. Sus sectarios concuerdan en general con la doctrina de los fariseos, pero sienten un invencible amor por la libertad, ya que juzgan que *Dios es el único jefe y el único señor".*( Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVIII, I).

Ese Judas de Gamala, llamado también Judas de Galilea o Judas el Galaunita, cuyo nombre de circuncisión era Judas-bar-Ezequías, murió en el curso de la segunda revolución del año 6 de nuestra era. Tuvo varios hijos, de los cuales por lo menos seis perecieron de muerte violenta, en manos de Roma y de sus procuradores. El más célebre fue, evidentemente, Jesús, su hijo primogénito.

# 6

# Simón-Pedro

Algunos eruditos dicen que san Pedro no estuvo jamás en Roma; y el papa lo tuvo muy difícil a la hora de replicar a tales sabios ... Sólo san Pablo es indudable que estuvo allí ...

MARTÍN LUTERO, *Wider das Papsttum vom Teufel gestiftet*

De hecho, la leyenda de la muerte de Simón-Pedro en Roma no apareció ni tomó cuerpo hasta principios del siglo III. Ya precisamos las circunstancias en una obra precedente.[22] Por eso es por lo que el papa Pío XI (cardenal Achille Ratti, 1857-1939) pudo declarar, en privado, naturalmente, que en su opinión "era seguro que san Pedro no puso jamás los pies en Roma ...". Es evidente.

Y, en efecto, Simón-Pedro desaparece bruscamente, y en sólo unas líneas, de los Hechos de los Apóstoles. Había sido detenido por orden de Herodes Agripa I (rey de Judea desde el año 37, rey de Judea y de Samaria desde el año 41, muerto en el 44). Simón-Pedro estaba encadenado, durmiendo entre cuatro soldados del citado Herodes Agripa. Un ángel se le apareció en el curso de la noche, y las cadenas se soltaron. Siguió al ángel, y las puertas se fueron abriendo solas, misteriosamente, ante él. Una vez en la calle, el ángel desapareció y Pedro recuperó el contacto con la realidad. Se dirigió entonces, a toda prisa, a casa de "María, madre de Juan, de sobrenombre Marcos", se dio a conocer a la sirviente Rodeh a través de la puerta, y mandó aviso a Santiago *y a sus hermanos* de su liberación. Eso significa que: "Después salió y se fue *a otro lugar ...".* (Cf. Hechos de los Apóstoles, 12, 6 a 17). Y ya está ...[23]

Eso es todo, y nunca más oiremos hablar de Simón-Pedro en el relato apostólico. Y Dom J. Dupont O. S. B., cuya versión de los Hechos de los Apóstoles seguimos en la Biblia de Jerusalén, concluye, tranquilizado en lo que se refiere a la suerte de Simón-Pedro, pero sin demostrar tampoco demasiada curiosidad por lo que sigue: "Encontramos aquí una pequeña historia llena de vida, de detalles pintorescos, de *prodigios populares ...".* (op. cit., pág. 115).

---

[22] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 82.
[23]

[?] M. GUY FAU, crítico tan "racionalista" como distinguido, y que tuvo a bien hacernos el honor de atacarnos por nuestra tesis de un Jesús zelote, se tomó la molestia de redactar 522 páginas para demostrarnos la inexistencia del personaje (lo que exige, después de su lectura, varios comprimidos de Alka Seltzer). No obstante, en su inmerecida benevolencia, nos dice que *"sin embargo parece que puede admitirse la existencia de los tres apóstoles, Santiago, Pedro y Juan".* (op. cit. P. 333). Ya se ve que es posible tener discípulos sin necesidad de existir uno mismo.

De prodigios populares. Recordemos el término, es perfecto. Al menos este exégeta no es víctima de toda esa perpetua fantasmagoría. Porque relatar el fin de Simón-Pedro y de Jacobo-Santiago, crucificados ambos en el año 47 en Jerusalén, por orden de Tiberio Alejandro, procurador de Roma, "por ser hijos de Judas de Gamala",[24] sería descubrir el pastel.

Pero es evidente que el tal Simón, como todos los demás, *murió en Palestina.*
Por tratarse de una región sometida por excelencia a revoluciones esporádicas, esta provincia estaba sujeta a una vigilancia especial por parte de las autoridades romanas. Y si se tienen en cuenta los puestos militares, con barreras, y a veces incluso puertas (como las famosas *Puertas cilicias* que separaban Siria de Cilicia y obturaban un estrecho desfiladero), puestos que cortaban todas las vías de comunicación, y que había que franquear necesariamente para pasar de una provincia a otra (abonando las inevitables tasas de paso, como es obvio, tanto para los hombres como para los animales), teniendo en cuenta que había que justificar de manera válida una petición de embarque con destino a Italia, a causa del decreto de Tiberio César (en el año 19), confirmado por el de Claudio (en el 49), por el que se expulsaba de Italia a los judíos libres, y no se permitía que permanecieran allí más que los esclavos del lugar y que eran propiedad de un dueño, teniendo en cuenta todas esas considerables dificultades, no vemos como Simón-Pedro, llamado el Zelote, es decir, el Sicario, o también Simón Ishkarioth, es decir, el "matador" (Lucas, 6, 15, y Hechos, 1, 13), con tal reputación, habría podido obtener de las autoridades romanas ocupantes el permiso y el visado que le facilitaran un viaje a Roma, capital del Imperio Romano.

Y además, ¿a qué habría ido allí? Todo el movimiento zelote, que desde que se produjera la muerte de Jesús, su hermano mayor,[25] lo dirigía él, ayudado por Jacobo-Santiago, *"hermano del Señor"* (Cf. Pablo, Epístola a los gálatas, 2, 9), tenía sus intereses y sus móviles, así como las actividades políticas que resultaban de todo ello, exclusivamente en Palestina. Recordemos la recomendación de Jesús:

*"No vayáis a los gentiles* ni penetréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel ..." (Mateo, 10, 5-6, y 15, 24).

Y Clemente de Alejandría (*Stromates,* VI, V, 43), y Eusebio de Cesarea (*Historia eclesiástica,* V, XVIII), cuentan que Jesús ordenó a los apóstoles que no se alejaran de Jerusalén durante doce años. Esto nos lleva al año 47 de nuestra era, *y este año es precisamente el de la muerte de Pedro y de Santiago, crucificados en Jerusalén.*

Como se ve, esos versículos constituyen la negación misma de la misión que se atribuirá pronto Saulo-Pablo, y justificarán la desconfianza, y luego la hostilidad, que le testimoniarán los sucesores de Jesús en la cabeza del mesianismo político.

Por otra parte, intentando afirmar esa estancia de Pedro en Roma, el papa Pío XII hizo efectuar largas y costosas excavaciones a fin de probar que sus restos habían sido descubiertos bajo la basílica de San Pedro de Roma. De hecho, sólo

---

[24] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 81.
[25] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 81

se encontraron, en un escondrijo de las murallas de la base, algunas osamentas inidentificables. También podía tratarse de los vestigios de un *sacrificio de fundación,* rito trágico que los *collegia* romanos de constructores conservaron durante largo tiempo, ya que, incluso bajo los emperadores cristianos, las familias prohibían a los niños y a los adolescentes que, al caer la noche, se acercaran a las grandes canteras de construcción.

Por cierto que, tras esta burla oficial, el R.P. Maxime Gorce, arqueólogo y *provincial* de los dominicos, abandonó indignado la Iglesia católica, y se pasó a la Iglesia anglicana.

De todos modos, esos restos tan penosamente descubiertos serían la contradicción de lo que se ofrece a la veneración de los fieles en la basílica de San Juan de Letrán, a saber, un tabernáculo, encima del altar papal, que encierra, según la tradición de la Iglesia, *los cráneos de Pedro y de Pablo.* Dicha basílica, construida originariamente por el papa Milcíades por orden de Constantino, destruida y restaurada varias veces, incendiada en el año 1308, reconstruida por Clemente V, vuelta a incendiar en 1360, vuelta a reconstruir bajo Urbano V, debe quizá todas sus desgracias al bien conocido antagonismo de esos dos apóstoles, que no podían sufrirse mutuamente.
Y esa enconada antipatía se perpetuaría entonces *post mortem,* sobre todo si Saulo-Pablo estaba detrás de la detención y la ejecución de Pedro y de Santiago, como todo tiende a hacer creer.

Hemos estudiado en otra obra la técnica de las *"interpolaciones con reenganche"* que utilizaron (y de las que abusaron) nuestros falsificadores anónimos del siglo IV.[26]

Aquí nos limitaremos a poner de manifiesto la que fue utilizada por los mismos para hacer creer que Jesús había confiado la dirección de su "iglesia" a Simón-Pedro. Pretensión que, por otra parte, cae por sí misma si se recuerda que, para él, la creación de una organización religiosa con proyección en el futuro era absolutamente impensable, ya que el citado Jesús afirmaba que el fin del mundo estaba próximo y que todo eso debía suceder "antes de que esta generación pase". (Mateo, 24, 34; Marcos, 13, 30; Lucas, 21, 32).

Pongamos, pues, en evidencia la impostura de los escribas "a las órdenes de ...". Tomamos nuestras citas de la versión católica romana de Lemestre de Sacy:

[26] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 94-95. (Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1985).

| **MARCOS, 8, 27-30** | **MATEO, 16, 13-20** | **LUCAS, 9, 18-21** |
|---|---|---|
| “Iba Jesús con sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo, y en el camino les preguntó: ¿Quien dicen los hombres que soy yo? Ellos le respondieron: Unos, que Juan Bautista; otros que Elías, y otros, que uno de los profetas. Él les preguntó: Y vosotros, ¿quien decís que soy yo? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Mesías”. | “Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías u otro de los profetas. Y Él les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón-Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. | “Aconteció que, orando Él a solas, estaban con Él los discípulos, a los cuales preguntó: ¿Quién dicen las muchedumbres que soy yo? Respondiendo ellos, le dijeron: Juan Bautista; otros, Elías; otros, que uno de los antiguos profetas ha resucitado. Díjoles Él: Y vosotros, ¿quien decís que soy yo? Respondiendo Pedro, dijo: El Ungido de Dios”. |
| Fragmento interpolado | “Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón *bar-jona,* porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo a tí que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella”. | |
| “Y les encargó que a nadie dijeran esto de Él”. | “Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que Él era el Mesías”. | “Jesús les prohibió *con amenazas* decir esto”. |

Es fácil constatar que el famoso pasaje conocido como el de las “llaves” fue interpolado, y eso en una época en que hubo que imponer la supremacía del obispo de Roma sobre todas las demás. El Evangelio de Juan, por su parte, ignora todo esto.

En conclusión, aparte del principio de los Hechos de los Apóstoles (1, 13), donde se evoca su existencia aunque de forma muy rápida, no sabemos nada canónicamente válido sobre esos once hombres, ya que el que hacía doce había sido ejecutado por ellos o por orden suya, como consecuencia de su traición (sobre la muerte de Judas Iscariote remitimos al lector a la obra precedente).[27]

Tal como señala monseñor Duchesne, y antes de él Clemente de Alejandría, todos desaparecieron de pronto y sin hacer ruido en la historia. *Ese silencio fue intencionado.* Muchos siglos después, un dominico italiano, Jacques de Voragine, que murió en 1298, redactó un amplio compendio hagiográfico al

[27] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 274-286.

que tituló, con toda franqueza, *Legenda áurea,* es decir, *La leyenda dorada.* Por lo tanto, no se trata sino de leyendas y de nada más, de lo contrario habría titulado su libro *Historia aurea, Historia dorada.* Además, uno puede preguntarse de qué documentos, ignorados o desconocidos, habría podido disponer en el siglo XIII, aparte de los archivos secretos del papado. Y si esas piezas hubieran existido en regla, y hubieran sido conservadas, no dejarían de exponérnoslas todavía en nuestros días. Y tal no es el caso.

Pero el método histórico debe ser implacable, y no se debe detener ni limitar por ningún tabú. Además, el verdadero historiador y curioso por naturaleza; hay en él algo de juez de instrucción. Y, como deformación profesional, todo silencio le parece sospechoso, pues es una negativa a dar respuesta. Por consiguiente, esa negativa oculta algo muy importante, y por lo tanto es ahí donde hay que ahondar. En contrapartida, el historiador conformista no es sino un simple *historiógrafo,* un dócil compilador, y su papel es muy diferente.

Partiendo de esos principios básicos, nosotros profundizaremos en la segunda parte del *"secreto de la Iglesia"* [28], ese secreto evocado por el juramento del obispo el día de su consagración, y secreto del que el pontifical romano sólo habla en singular: *concilium vero ...*

Esta segunda parte del secreto tiene relación con los *"hijos de David".* Por lo tanto es conveniente estudiar antes sus características genealógicas.

Volvamos, pues, ahora a los otros hijos de Judas de Galilea, y veamos lo que dice al respecto Flavio Josefo:

"Fue bajo este último precursor (Tiberio Alejandro) cuando sufrió Judea la enorme carestía de víveres que hizo que la reina Elena (reina de Abdiadena) comprara trigo a Egipto a elevado precio para distribuirlo a los indigentes, tal como he dicho antes. Fue también en aquel momento cuando apresaron a los hijos de Judas de Galilea, quien había incitado al pueblo a rebelarse contra los romanos cuando Quirino procedía al censo de Judea, como hemos contado precedentemente. *Esos dos eran Jacobo y Simón. Alejandro ordenó crucificarlos ...".* (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XX, V, 2).

Es evidente que Jacobo, nombre hebraico, es nuestro Santiago apóstol (en latín: *Jacobus;* en griego: *Jacobos).* Su compañero es nuestro Simón, por sobrenombre Pedro. Y por esta razón es por lo que no se encuentra ya ningún rastro más de él después del sínodo de Jerusalén (Hechos de los Apóstoles, 15), ni tampoco de su hermano Santiago, alias Jacobo.
Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica,* lo único que confirma es que se hallaba en Jerusalén "durante *la época del hambre"* (op. cit., III, vii, 8), lo que nos confirma que se trata, efectivamente, de nuestro personaje. nOs encontramos, pues, en los años 46-47, y todo coincide a la perfección.

[28] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 16-17.

Así pues, Simón-Pedro y Santiago el Mayor,[29] alias Simón-bar-Juda y Jacobo-bar-Juda según sus nombres de circuncisión, fueron crucificados *juntos,* en Jerusalén, bajo el procurado de Tiberio Alejandro.

Obsérvese también que siempre se les cita como inseparables: "Luego, pasados tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas (alias Simón-Pedro), a cuyo lado permanecí quince días. A ningún otro de los apóstoles vi, si no fue a Santiago, el hermano del Señor". (Cf. Pablo, Epístola a los Gálatas, 1, 18-19).

Simón-Pedro no murió, por lo tanto, en Roma en el año 64 o 67 (no se está muy seguro de la fecha), crucificado cabeza abajo a petición suya. Faltaría, pues, saber *dónde estuvo* y *qué hizo* durante los diecisiete o veinte años que separan el año 47, en que desaparece del nuevo Testamento, bajo Claudio César, de su pretendida muerte en Roma, en el 64 o 67.

Ahora bien, Simón-Pedro y Santiago, su hermano, tienen otros varios hermanos más, y esto no lo inventamos:

"¿No es acaso el carpintero,[30] hijo de María, y el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y *sus hermanas* no viven aquí entre nosotros ...? (Marcos, 6, 3).

Jesús, por otra parte, hace una alusión muy clara a sus relaciones familiares y de sangre con Simón-Pedro, cuando le dice:

"Bienaventurado tú, Simón *bar-jona* (en acadio: el anarquista, el fuera de la ley), porque *no es la carne ni la sangre* quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos ..." (Mateo, 16, 17).

Lo que quiere decir claramente que el hecho de que Jesús sea el Cristo, en hebreo el *Messiah* tan esperado, Simón-Pedro lo reconoce no por efecto de una simple tradición familiar, a causa de los lazos de la carne y de la sangre, sino por una verdadera intuición espiritual de origen divino. Lo que implica, por otra parte de Jesús, la confesión implícita de los lazos familiares y de sangre con Simón-Pedro, cosa que nos ha ocultado siempre cuidadosamente.

Sobre la absoluta certeza de que los términos de *hermanos* y *hermanas* no deben tomarse en el sentido de *primos* y *primas,* y sobre la demostración que de ello hicimos, remitimos a la obra precedente.[31]

Ese "carpintero" del que habla Marcos es Jesús.

---

[29] Los exégetas no están de acuerdo sobre cuál es el Santiago a quien corresponde el sobrenombre de *Mayor* y a cual conviene aplicarle el de *Menor.* Uno era hermano de Jesús, el otro de Juan. Hablaremos de ello más adelante.

[30] En hebreo, *heresh* significa a la vez *carpintero* o *mago;* por lo tanto es difícil decir cuál de las dos acepciones debe tenerse en cuenta. Los escribas griegos del siglo IX eligieron, evidentemente, *carpintero* para sus traducciones de las fuentes judías, porque confesar que era mago ...

[31] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* p. 60 y ss.

Y entonces, silogismo inatacable, si Santiago (Jacobo) y Simón (Simeón) son *hermanos de Jesús,* y si son asimismo *hijos de Judas de Galilea,* es que este último también lo es. Y si este descubrimiento satisface al historiador equilibrado y sincero, es porque puede concluir que María, su madre carnal, lo concibió como se concibe a todos los hijos de los hombres. Ningún arcángel vino a fecundarla en nombre de un Espíritu Santo, tercera "persona" de una trinidad divina desconocida en Israel, ya que semejante hipótesis habría constituido una blasfemia sobre la unicidad divina. Y, lo que es más, *los discípulos de Juan el Bautista ignoraron siempre que hubo un Espíritu Santo:*

"Él (Pablo) halló allí algunos discípulos y les dijo: "¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?". Ellos le contestaron: "Ni siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo? ..." (Cf. Hechos de los Apóstoles, 19, 1-3).

Observemos de paso que María fue milagrosamente fecundada *por la oreja,* como asegura a veces el pueblo ordinario en son de burla:

"En el mismo instante, mientras la virgen santa decía esas palabras y se humillaba, el Verbo de Dios penetró en ella por su oreja ... Y en el mismo momento comenzó el embarazo de la santa virgen". (Cf. *El libro armenio de la infancia,* V, 9).

Hay que confesar que para la población judía, imbuida de la célebre salmodia ritual: *"¡Schema Israel! ¡Adonai elohenou! ¡Adonai echad! ...",* es decir, "¡Escucha, oh Israel! Yavé es nuestro Dios, Yavé es UNO SOLO ..." (Deuteronomio, 6, 4), ver que les enseñasen que hay tres dioses diferentes en uno solo representaría pura y simplemente una blasfemia.

Por otra parte, la afirmación injuriosa, lanzada ulteriormente por algunos talmudistas, de que Jesús fue el bastardo adulterino de María y de un legionario sirio llamado Bar-Panteros, no tiene fundamento, una vez descubierto su esposo real, padre legítimo de sus hijos.

Y ahora vamos a poder establecer la ficha de filiación de cada uno de los otros apóstoles, y ver qué fue de ellos.

Para hacer memoria, recordemos sus nombres dados por Mateo (10, 2), Lucas (22, 14), y Hechos (1, 2). Son: Simón, Andrés, Santiago el Mayor, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Judas Iscariote.

No hacemos figurar al duodécimo, llamado Simón, porque ya hemos demostrado su identidad como Simón-Pedro.

No obstante, nos parece necesario efectuar un último resumen en lo referente a él, ya que hay contradicciones que no pueden reducirse a silencio si no se aportan argumentos apropiados: por lógica, el Simón apodado el Zelote (Lucas, 6, 15; Hechos, 1, 13), el Cananeo (Marcos, 3, 18), o el Iscariote (Juan, 6, 70), al que Jesús llama *bar-jona* (en acadio: fuera de la ley), al que Herodes Agripa I hace apresar en Jerusalén el año 45 de nuestra era (Hechos, 12, 3), es el mismo personaje que el Simón hijo de Judas de Gamala, y por lo tanto igual de zelote que su padre, y a quien el procurador Tiberio Alejandro mandó crucificar

con su hermano Jacobo *(Santiago)* en el año 47 en Jerusalén (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XX, c, 2).

Negar esta identidad nos parece, por lo tanto, una gran imprudencia, ya que sería subrayar que Jesús no se rodeaba sino de extremistas, partidarios de toda violencia.

No podemos dejar el personaje de Simón-Pedro sin mostrar una vez más la desvergonzada falsificación sufrida por la historia, al pasar por el cálamo de los escribas anónimos del siglo IV. Veamos un mismo episodio, relatado primero por Flavio Josefo, y luego por ellos:

“Sucedió que un judío de Jerusalén, llamado Simón, *que tenía la reputación de conocer bien la ley, convocó a la multitud a una asamblea* mientras el rey (Herodes Agripa I) había partido hacia Cesarea, *y osó acusarlo de impuro y de merecer ser expulsado del Templo, cuyo acceso no estaba permitido sino a las gentes del país.* Una carta del prefecto de la ciudad hizo saber al rey que Simón había arengado así al pueblo, el rey le mandó acudir a Cesarea y, como entonces se encontraba en el teatro, le hizo tomar asiento a su lado. Luego, con calma y suavidad, le dijo: “Dime si hay aquí algo que esté prohibido por la Ley ...”. el otro, no sabiendo qué responder, le rogó que le perdonara. Entonces el rey se reconcilió con él más rápido de lo que se esperaba, puesto que juzgaba que la suavidad era más digna de un rey que la cólera, y sabía que a la grandeza le conviene más la moderación que el arrebato. *Y dejó ir a Simón, después de haberle ofrecido incluso un presente”.* (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XIX, VIII, 4).

Es evidente que este episodio es el equivalente de aquel de los Hechos en el que vemos a Simón-Pedro y a los otros que “estando todos reunidos en el pórtico de Salomón, *nadie de los otros se atrevía a unirse a ellos, pero el pueblo los tenía en gran estima”.* (Cf. Hechos de los Apóstoles, 5, 12-13). Porque si no se atrevían a unirse a ellos, es que sus arengas eran muy comprometedoras, no se trataba de los lugares comunes sobre el amor al prójimo o la buena conducta moral. Y por eso el prefecto de Jerusalén, que representaba al rey Herodes Agripa I, se creyó en la obligación de advertir a este último. La continuación, como acabamos de leer en Flavio Josefo, reza con aquello de que bien está lo que bien acaba, y ese relato está dentro de la plausibilidad más evidente. Pero veamos en qué se convierte esa historia bajo la pluma de nuestros piadosos falsificadores:

“Por aquella misma época, el rey Herodes se puso a maltratar a algunos miembros de la Iglesia, *y dio muerte, por la espada, a Santiago, hermano de Juan.*[32] Viendo que esto era del agrado de los judíos, mandó apresar también a Pedro. Esto sucedía durante los días del pan ácimo. Después de haberlo capturado y encarcelado, lo puso bajo la guardia de cuatro escuadras de cuatro soldados cada una, con la intención de hacerlo comparecer ante el pueblo después de Pascua. Así pues, Pedro estaba en prisión, y la Iglesia no cesaba de dirigir oraciones a Dios, rogando por él.

“La noche que precedió al día en que Herodes iba a hacerlo comparecer, Pedro, sujeto por dos cadenas, dormía entre dos soldados; y había unos

[32] Ahora se sabe por Flavio Josefo que eso es falso (véase el capítulo 7).

centinelas delante de la puerta, guardando la prisión. Y he aquí que apareció un ángel del Señor, y una luz brilló en la mazmorra. El ángel despertó a Pedro, dándole unos golpecitos en el costado y diciéndole: "¡Levántate rápido!". Las cadenas cayeron de sus manos. Y el ángel le dijo: "Ponte el cinturón y las sandalias". Y así lo hizo. El ángel le dijo aún: "Envuélvete con tu manto y sígueme". Pedro salió y lo siguió, sin saber que lo que hacía el ángel era real, e imaginando que era víctima de una visión. Cuando hubieron pasado la primera guardia, y luego la segunda, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad, y ésta se abrió sola delante de ellos, salieron y se adentraron en una calle. Y en seguida el ángel abandonó a Pedro.

"Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: "ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío". Después de haber reflexionado, se fue a casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos y orando. Golpeó la puerta del vestíbulo y salió una sierva llamada Rodeh, que luego que conoció la voz de Pedro, fuera de sí de alegría, sin abrir la puerta, corrió a anunciar que Pedro estaba en el vestíbulo. Ellos le dijeron: "Estás loca". Insistía ella en que era así, y entonces dijeron: "Será su ángel". Pedro seguía golpeando, y cuando le abrieron y le conocieron, quedaron estupefactos. Haciéndoles señal con la mano de que callasen, Pedro les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: "Contad esto a Santiago y a los Hermanos". Después salió y se fue a otro lugar". (Cf. Hechos de los Apóstoles, 12, 1-17).

Todo comentario sería, evidentemente, inútil. Pero aún así y todo, nos permitimos asombrarnos de que Simón-Pedro, que estaba tan severamente vigilado, hubiera podido conservar al alcance de la mano todo su pequeño equipo: manto, cinturón y sandalias.

Y del mismo modo, es igual de sorprendente que el redactor anónimo de los Hechos de los Apóstoles, que se nos afirma que fue Lucas, secretario de san Pablo[33], quien frecuentó a Pedro, ignore todo cuanto se refiere al lugar adonde acudió este último, así como las actividades posteriores de éste. Porque *nunca jamás* vuelve a aparecer Pedro en los relatos de los Hechos, y tan sólo nos enteramos de su suerte última a través de Flavio Josefo.

Hay todavía un punto que señalar sobre la inexistencia de la noción de un pontífice a principios del siglo IV: Eusebio de Cesarea, al redactar su célebre *Historia eclesiástica,* en su primera mitad, no conoce otra cosa en Roma que un *obispo* como los demás. Júzguese:

"Los mismos recomendaron a Ireneo, que entonces era el sacerdote de la cristiandad de Lyon, *al obispo de Roma* del que se acaba de tratar ... (op. cit. V, IV, 1).

El canónigo Bardy, en sus anotaciones a las traducciones de Eusebio, observa (op. cit, V, IV, 2):

[33] ¿Fue Lucas realmente el secretario de Pablo? Monseñor Ricciotti, historiador de la Iglesia, lo duda.

“El título de padre no es aquí sino un término de respeto. Se sabe que, más tarde, bajo la forma de “papa”, se convertirá en el título reservado al obispo de Roma”.

Esto aparece subrayado todavía por otro pasaje de Eusebio:

“Para mí, he recibido esta regla y este modelo de nuestro bienaventurado papa Heraclas” (Op. cit. VII, VII, 41).

Ahora bien, Heraclas era simplemente obispo de *Alejandría.* De ahí la nota del canónigo Bardy:

“La palabra *papa* se aplica todavía en esta época a todos los obispos”.

Sobre lo de “obispo de Roma”, simplemente, y no “el papa”, citemos todavía, del mismo Eusebio de Cesarea: *Historia eclesiástica*, V, XXIV, 9; XXV, 14; XL, III, 3; VI, XLVI, 3; IV, V, 2; VII, V, 3, VI; VII, VII, 6; V, 21, etcétera.

Así pues, en el siglo IV, para el historiador oficial de la Iglesia de los primeros siglos, *no existe ningún papa cabeza de la Iglesia, sólo hay un obispo de Roma, sin más, igual, pero no superior, a todos los demás.* Y se necesitarán siglos y siglos para llegar a ver a los fieles, ignorándolo todo de la historia de su religión, prosternarse ante un hombre casi deificado, y besar devotamente *su sandalia,* con gran escándalo de los primeros doctores de la Reforma.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

En los Hechos de los Apóstoles (9, 36-42), vemos a Simón-Pedro resucitando a un tal Tabitha-Dorcas, que figura “entre los discípulos” (*sic*) y que vive en Joppe.

Ahora bien, en la *Guerra de los judíos,* de Flavio Josefo, vemos a un tal Juan (Iochanan), de la ciudad de Gischala de Galilea, jefe zelote insurrecto, levantado contra Roma, que “... queriendo matar también a aquellos, envió a un asesino llamado Tabitha ...”. (op. cit., IV, II, manuscrito eslavo).

Y el manuscrito griego de la misma obra lo dice: “... hijo de Dorcas”, es decir, en hebreo: X...-bar-Tabitha. A partir de ahí es fácil establecer nuestro silogismo.

a) *mayor*: Tabitha-Dorcas es una discípula de Jesús (Hechos, 9, 36), y figura entre ellos, en Joppe;

b) *menor*: esta Tabitha-Dorcas tiene un hijo, llamado X...-bar-Tabitha, que es un *sicario*, bajo las órdenes de Juan de Gischala, jefe zelote insurrecto;

c) *conclusión*: esos “discípulos de Jesús” no son, pues, otra cosa que zelotes, que cuentan entre ellos elementos todavía más extremistas (sicarios), cosa que la continuación nos confirmará (véase el capítulo 8), ya que, según Flavio Josefo, ese Juan era: *galileo, mago y aspirante a la realeza,* lo que demuestra que era, más que probablemente, “hijo de David” él también.

Como se ve, caemos sin cesar en los mismos ambientes, y no salimos de la misma familia.

Sobre la pseudotumba de Pedro en Roma, cf. MAXIME GORCE, *La verité avant tout* (París, 1959, J. Vitiano édit.).

# 7

# Los hermanos Santiago

Son los ricos los que os oprimen y os arrastran ante los tribunales, y son ellos los que blasfeman del hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros.

*Epístola de Santiago*, II, 6-7

Si dudáramos de que el Santiago de la *Epístola* es un zelote, nos bastaría con continuar la lectura, pues es muy edificante sobre este particular:

"¡Ahora os toca a vosotros, ricos! ¡Llorad, gritad por las desgracias que va a abatirse sobre vosotros! Vuestras riquezas están podridas, y vuestras vestiduras roídas por los gusanos. Vuestro oro y vuestra plata están oxidados, y su herrumbre se elevará en testimonio contra vosotros: como un fuego devorará vuestra carne. ¡Habéis amasado vuestros tesoros en los últimos días! ¡Grita contra vosotros el salario de los obreros que han hecho la mies en vuestros campos y del que les habéis privado! Y los gritos de esos segadores han llegado hasta los oídos del *Señor de los Ejércitos ..."*[34] *(Op. cit.* V, 1-5).

Está muy claro, y tanto más cuanto que la citada *Epístola* está dirigida "a las doce tribus que están dispersas", es decir, a toda la Diáspora. Como observa muy exactamente Charles Guignebert:

"... El interés que se le concede es grande, porque aparece como *muy poco cristiana, muy judaizante, y antipaulina).* (Cf. Charles Guignebert, *Le Christ, I, I.)*

Sobre los dos apóstoles que llevan ese nombre, *el Mayor* y *el Menor,* reina una confusión probablemente intencionada, y organizada hacia el siglo IV. Eusebio de Cesarea nos dice, en efecto, lo siguiente:

"Hubo dos Santiagos: uno era el Justo, que fue precipitado desde el pináculo del Templo y golpeado hasta la muerte con un bastón de batanear, y el otro, que fue decapitado". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* II, I, 5.)

Sea lo que fuere, para Teofilacto, obispo de Acrida, en Bulgareia, antes de 1078, la "María, *madre de Santiago"* citada en Lucas (24, 10), y evocada en Juan (19, 24-27), no es otra que la *"Théotokôs",* es decir, *María madre de Jesús* (cf. Su *Comentario sobre el Protoevangelio de Santiago,* citado por el abad Emile Amann en *Protévangile,* París, 1910, Letouzey édit., *Imprimatur* París, 1910).

---

[34] *Iawet Sabaoth,* en hebreo. Es de espíritu zelote a más no poder.

Tenemos, pues, un obispo de Oriente que, en el siglo XI, ignora, *o niega,* la perpetua virginidad de María, y que, lo que es más, sabe que Jesús y Santiago son verdaderos *hermanos,* en el sentido de consanguinidad de la expresión.

El canónigo G. Bardy, traductor, comentarista y anotador de la obra de Eusebio de Cesarea (*Imprimatur:* Divione, 1951), al pie de la página 50 del tomo cuarto añade las siguientes notas:

"(9) En este pasaje, Clemente *(Hypotyposes,* libro VII*) parece no conocer* más que a dos Santiagos: el Justo y el hermano de Juan. Habría, pues, que concluir que identifica al Justo con el hijo de Alfeo, que es mencionado en los Evangelios como uno de los Doce; cf. M-J. Lagrange, op. cit., página 87. *Esta conclusión no se impone en absoluto.* En otro lugar (*Stromates,* VII, 93-94), Clemente hace de Santiago el Justo un hijo de José. Y lo mismo *Adumbrat.in epist. Canonicas,* fragmento 13, Staehlin edit., III, 206".

"(10) Clemente de Alejandría, *Hypotyposes,* fragmento 13, Staehlin edit., III, p. 199. Staehlin atribuye incluso la frase siguiente a Clemente. Por el contrario, los editores de Eusebio la atribuyen al historiador. Sobre estos fragmentos de las *Hypotyposes,* véase Th. Zahn, *Forschungen,* III, p. 73 y ss."

Intentemos ver claro, aunque no sea nada fácil.

Herodes Agripa I murió en Cesarea, en primavera, y probablemente el 10 de marzo del año 44 (en el calendario gregoriano, es decir, el 1 en el calendario juliano), de una muerte muy digna, como nos precisa Flavio Josefo (*Antigüedades judaicas,* XIX, VIII), y no escandalosa, como pretendiera el anónimo autor de los Hechos de los Apóstoles (12, 21-24). Sería él quien mandó decapitar a Santiago "hermano de Juan", y por lo tanto "hijo de Zebedeo", si damos crédito a los mismos Hechos (12, 1-2), y eso debió de tener lugar en Jerusalén, a la vez que procedía a la detención de Simón-Pedro. Ya hemos visto que todo eso era falso (véase el capítulo 6).

Desde ese momento, nos permitimos plantear algunas cuestiones bastante embarazosas:

a) Si Santiago (Jacobo), hijo de Zebedeo y hermano de Juan, fue según los Hechos de los Apóstoles, decapitado a finales del año 43 o principios del año 44 en Jerusalén, por orden de Herodes Agripa I, ¿cómo pudo evangelizar España *y morir en ella,* si su tumba se encuentra oficialmente en la basílica de Santiago de Compostela, en la extrema punta noroeste de la España atlántica, lo que implica que tenía que haber pasado necesariamente por las "columnas de Hércules" (Gibraltar), cosa que, en aquella época, era una verdadera aventura marina?

En realidad, hasta el siglo VII no comenzaría a difundirse la leyenda de Santiago evangelizando España, y fue en la primera mitad del siglo IX cuando una estrella resplandeció encima de un campo, señalando así la tumba del apóstol, hasta entonces ignorada. El rey Alfonso II de Asturias aprovechó enseguida la ocasión y mandó erigir una iglesia que los árabes infieles, insensibles al piadoso engaño, hicieron demoler a continuación.

b) Si fue sólo su cadáver el que fue milagrosamente transportado por los aires al famoso campo de "compostella", ¿cómo pudo evangelizar España *una vez muerto?*

c) Si de verdad evangelizó en vida España, *después de la muerte de Jesús,* y si, *tras regresar inmediatamente a Judea,* fue *decapitado allí en los años 43 o 44,* se plantean otras preguntas:

1) ¿Cómo pudo en tan poco tiempo evangelizar esa misma España, y una región desconocida, donde la propia Roma apenas tenía acceso?

2) ¿Por qué regresó inmediatamente a Judea, para que allí le decapitaran, ignorando así la suerte que le esperaba?

3) ¿Por qué, después de esa ejecución, fue transferido milagrosamente su cadáver a la punta atlántica extrema de esa "provincia" romana, que no lo era más que de nombre, y que prácticamente se limitaba a sus regiones mediterráneas?

Porque, a fin de cuentas, el santuario de Compostela representa, desde hace numerosos siglos, un inmenso ingreso para la cristiandad, y la venta del Libro de los Hechos de los Apóstoles también. Entonces, pues, ¿cuál de los dos obtiene una recaudación ilícita, y por lo tanto impura?

Como se ve por todo esto, los escribas iniciales, deseosos de velar a cualquier precio la verdadera personalidad de los dos Jacobo-Santiago, se embrollaron mutuamente en sus redacciones trucadas. Y eso sucedió por falta de una sincronización de sus trabajos comunes, imposible de obtener en aquella época por la ausencia de comunicaciones regulares.

La verdad, como siempre, es mucho más sencilla. Recapitulemos.

Santiago el Mayor fue crucificado en el año 47, con Simón-Pedro, a la salida del sínodo de Jerusalén, durante la época de hambre que siguió a la nueva insurrección de los zelotes (véase el capítulo 6).

No fue en absoluto decapitado por orden del rey Herodes Agripa I, porque el rey benevolente y generoso que nos describe Flavio Josefo, el rey que perdona injurias y las calumnias de Simón-Pedro y lo deja marchar tras haberle hecho incluso algunos presentes (véase el capítulo 6), no tenía ninguna razón para hacer cortar la cabeza a su hermano, y es a Tiberio Alejandro, procurador de Roma, a quien hay que imputar esta doble crucifixión.

Y si damos crédito a Clemente de Roma en su *I Epístola* y a la carta de Ignacio de Antioquía a los romanos, Simón-Pedro debió de ser ejecutado después de haber sido *denunciado* (cf. Clemente de Roma, *I Epístola, V).* No es necesario buscar nada, el responsable de dicha denuncia fue Saulo-Pablo[35], y en ella estaba incluido también Santiago.

Santiago el Menor, por su parte, fue lapidado en el año 63, por orden de Ananías, pontífice de Israel y saduceo, es decir, de la casta conservadora y

[35] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 79-92.

prorromana, y bastante materialista, ya que rechazaba la inmortalidad del alma y las recompensas póstumas. Esta ejecución, como tuvo lugar durante la suspensión del *jus gladii,* por orden de Roma, y se situó en el intervalo de tiempo que separó la salida del procurador Festo y la llegada de su sucesor Albino, fue la causa de la destitución de Ananías. De todos modos, la condena fue aplicada por crímenes de derecho común: bandolerismo, saqueos, ataques a mano armada, aunque inspirados por móviles indiscutiblemente políticos, y los crímenes de derecho común dependían de la justicia romana, no de la del Sanedrín, pues éste no juzgaba sino los delitos religiosos. De ahí la sanción contra Ananías. Y aquí tenemos la prueba:

"Una vez muerto Festo, Nerón dio el gobierno de Judea a Abino, y el rey Agripa quitó el sumo sacerdocio a José, para dárselo a Ananías, hijo de Ananías. Ese Ananías padre fue considerado como uno de los hombres más afortunados del mundo, ya que gozó *tanto como quiso de dicha dignididad, y tuvo cinco hijos, que la poseyeron, todos, después de él,* cosa que jamás sucedió a ningún otro. ananías, uno de ellos, y del que hablamos ahora, era un hombre audaz y emprendedor, y de la secta de los saduceos, que, como hemos dicho, son los más severos de todos los judíos, y los más rigurosos en sus juicios. Escogió el período en que Festo había muerto, y Albino todavía no había llegado, para reunir un consejo ante el que hizo presentarse *a Santiago, hermano de Jesús, de sobrenombre el Cristo, y a algunos otros,* los acusó de haber contravenido a la Ley, y los condenó a ser lapidados. Esta acción desagradó extraordinariamente a todos aquellos de los habitantes de Jerusalén que tenían piedad y un verdadero amor por la observancia de nuestras leyes. Enviaron secretamente al rey Agripa, para rogarle que ordenara a Ananías que no volviera a hacer nada semejante, ya que lo que había hecho no tenía excusa. Algunos de ellos fueron ante Albino, que había ido a Alejandría, para informarle de lo que había sucedido, y comunicarle que Ananías no habría podido ni debido reunir ese consejo sin su permiso. Él entró en sus sentimientos y escribió a Ananías encolerizado y amenazándole con que lo haría castigar. Agripa, al verle tan irritado contra él, le retiró el sumo sacerdocio, que no había ejercido más que durante cuatro meses, y se lo concedió a Jesús, hijo de Damneus.

"Cuando Albino hubo llegado a Jerusalén, empleó toda su atención en *devolver la calma a la provincia, mediante la muerte de una gran parte de esos ladrones.* En esos mismos tiempos, Ananías, que era un sumo sacerdote de gran mérito, ganaba el corazón de todo el mundo. No había nadie que no lo honrara, a causa de su liberalidad". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XXI, VIII).

Es perfectamente evidente que todo ese fragmento del manuscrito de Flavio Josefo sufrió modificaciones de los monjes copistas, y además modificaciones poco inteligentes. Porque:

a) Se nos dice que Ananías y sus hijos se sucedieron en el sumo sacerdocio, y a la vez que uno de ellos sucedió a un tal José. Hay, por lo tanto, contradicción;

b) Se nos dice que Santiago, hermano de Jesús (es Santiago el Menor, porque el Mayor había muerto con Simón-Pedro en el año 47), fue lapidado junto

con algunos otros por haber contravenido a la Ley judía. Ahora bien, esa misma Ley judía, de la que los saduceos eran observadores tan estrictos, prohibe pronuncia varias condenas de muerte el mismo día. Contra eso es contra lo que protestaron los habitantes de Jerusalén, pero no contra el hecho de condenar a violadores de la Ley, porque el hecho de protestar por ello sería violar también la Ley ... ¿Santiago el Menor y esos "otros" fueron, pues, juzgados y condenados *por otros motivos?* ¿Cuáles?. Aquí están:

c) El último parágrafo de esa cita nos dice que Albino "empleó toda su atención en devolver la calma a la provincia, mediante la muerte de una gran parte de *esos ladrones*" Pero, *¿dónde se había hablado de ladrones en todo el texto precedente? En ninguna parte.* ¡Al menos no en el relato de los monjes copistas, porque en el de Flavio Josefo sí que se hablaba! Lo mismo que en los capítulos precedentes, ya que nos detalla las exacciones de los sicarios.

De hecho, el pasaje que los monjes copistas suprimieron cuidadosamente nos daba, en efecto, el relato de la ejecución de ese "Santiago (Jacobo), hermano de Jesús, de sobrenombre el Cristo", pero no se trataba solamente de la violación de los usos *religiosos* de la Ley judía, sino de una violación del derecho común puro y simple. En ese pasaje retirado por los copistas figuraba el término de "ladrones", ya que a él se refiere la continuación. Pero nuestros copistas más o menos ignaros, teniendo en cuenta la época (alta Edad Media), deletreando penosamente línea por línea, siguiendo con el dedo, palabra a palabra, no leían tan cómodamente como nosotros, y no vieron que su interpolación no cuadraba con la continuación del texto.

A fin de evitar utilizar una traducción contemporánea que pudiera reflejar los añadidos ideológicos y las preferencias religiosas de los traductores, hemos tomado el texto de Flavio Josefo en la traducción de Arnauld d'Andilly (1588-1674), traductor de varias obras religiosas, hermano mayor de Antoine Arnauld, el "gran Arnauld", defensor de los jansenistas contra los jesuitas, y de Angélique, su hermana, abadesa de Port-Royal.

Santiago el Mayor murió, pues, a una edad bastante avanzada, hacia el año 63 de nuestra era. Y su muerte será muy rápidamente vengada por su sobrino Menahem, nieto de Judas de Gamala, y ese Menahem hará dar muerte a Ananías, en Jerusalén en el curso de la revolución de marzo del año 64, que preludió a la gran guerra judía que se declaró oficialmente en el año 66.[36]

"Toda su vida –nos cuenta Epifano- Santiago se abstuvo de baños, y no se cortó ni los cabellos ni la barba". Su muerte fue la de un judío ortodoxo a más no poder, según Flavio Josefo. Pero Hegesippo, citado por Eusebio de Cesarea (cf. *Historia eclesiástica,* II, XXIII), nos asegura que fue la de un buen cristiano. Poco limpio, en todo caso.

Y queda el "hermano Santiago", llamado el Mayor.

Según los Hechos de los Apóstoles (12, 1), Herodes Agripa I lo mandó decapitar en Jerusalén. Eso es poco probable, dado que dicho soberano era piadoso, indulgente y bueno (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XIX, VII).

[36] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 244-245.

“La naturaleza de ese rey lo inclinaba a ser benevolente por sus dones y a intentar dar a sus vasallos un alto concepto de su soberano ... Le alegraba complacer a las gentes, le gustaba que le alabaran su modo de vida, cosa en la que era totalmente diferente del rey Herodes (el Grande), su predecesor”. (Op. cit.)

Su comportamiento con Simón-Pedro confirma lo dicho por Flavio Josefo (véase el capítulo 6).

Como conclusión diremos que Santiago el Menor fue lapidado, efectivamente, por orden de Ananías, pontífice de Israel, por actividades zelotes y como guerrillero más o menos mezclado con actos de bandolerismo, en el año 63 de nuestra era, y que Santiago el Mayor había sido crucificado en el año 47, por orden de Tiberio Alejandro.

# 8

# Andrés, alias Lázaro

> San Andrés, crucificado, predica durante dos días a veinte mil personas. Todos le escuchan, cautivados, pero nadie piensa en liberarlo ...
>
> JULES RENARD, *Journal*

Este fin en una cruz en forma de aspa concuerda con la tradición más común. De todos modos, san Pedro Crisólogo, en su *Sermón 133,* asegura que fue colgado de un árbol.

Veremos en lo que sigue que hubo una tercera solución, la crucifixión romana, probablemente.

Ese personaje aparece citado en Mateo (4, 18, y 10, 2), en Marcos (1, 29; 3, 18; 13, 3), en Juan (1, 41; 6, 9; 12, 22), y en los Hechos (1, 13).

Eusebio de Cesarea lo cita asimismo en su *Historia eclesiástica,* en III, I; II, y en III, XXXIX, 4. Este autor declara que los *Hechos de Andrés* son considerados como apócrifos en su época, dado que sólo lo recibieron sectas heréticas cristianas ya separadas de la gran Iglesia general.

En III, 2, 1, ya citado, dice simplemente que Andrés, *"por lo que cuenta la tradición,* obtuvo la Escitia". Cita también a Papías, "oyente de Juan y discípulo de Policarpo", nos dice Ireneo, pero cuyas obras, claro está, han desaparecido, lo que hace que pueda ponérsele en boca suya lo que uno quiera. Y la prueba es es:

"Papías, en el prefacio de sus libros, no se muestra jamás a sí mismo como si hubiera sido alguna vez oyente o espectador de los santos apóstoles. Pero nos dice que él recibió cuánto se refiere a la fe de los que los habían conocido ... Si en algún lugar llegaba alguien que había estado en la compañía de los presbíteros, yo me informaba de las palabras de los presbíteros: lo que habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o algún otro de los discípulos del Señor; y lo que había dicho Aristion, y el presbítero Juan, discípulo del Señor". (Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXIX, 2-4).

Y eso es todo lo que nos dice sobre Andrés. Es poco.

Observemos, sin embargo, que ese vocablo no es un nombre judío de circuncisión. Deriva del griego *Andrôs* (hombre), y más concretamente de *Alexandrôs* (hombre vencedor). Ahora bien, según opinión de Dom J. Dupont, O. S. B., profesor de la abadía de Saint-André, que tradujo y anotó los *Hechos de los Apóstoles* en el marco de la Biblia de Jerusalén, ese nombre no sería en

realidad *sino la forma helenizada de Eleazar* (cf. *Los Hechos de los Apóstoles,* Editions du Cerf, París, 1964, p. 58, nota referente al IV, 17). ¡En Dom J. Dupont, benedictino, podemos confiar! *Alexandrôs*, en griego, dio *Andreas* en latín, y *Alexis* y *Alex* en diversas lenguas, especialmente eslavas, y en griego siguió como Andreas.

Pues bien, Eleazar, en el Nuevo Testamento, se nos presenta siempre bajo la forma contracta de Lázaro.[37] Él fue el compadre de la famosa "resurrección"; volveremos a ello en el próximo capítulo. Y no en vano las diversas corrientes del iluminismo de los rosacruces hicieron de él el patrón de los iniciados, es decir, de aquellos que están *en el secreto.*

Por consiguiente, y primera constatación, el misterioso Andrés, cuyo nombre de circuncisión se nos oculta, no es otro que Eleazar, alias Lázaro. Él es el pseudo-resucitado. De donde su papel esotérico en el *corpus* de los alquimistas, donde se encuentran símbolos como el *Phenix*, que renace de sus propias cenizas, y, como por casualidad, sobre una pira compuesta por cuatro o dos troncos de madera, dispuestos en forma de *cruz de san Andrés.* También es la "X", imagen de la *incógnita* en un problema sin resolver. Para nosotros, lector, ese problema al fin ya está resuelto.

La *Epístola* de Clemente de Roma menciona la leyenda del *fénix* para simbolizar la resurrección: "Consideremos el extraño prodigio que se opera en las regiones de Oriente, es decir, en Arabia. Allí se ve un pájaro, llamado *fénix.* Es el único de su especie, y vive quinientos años. Cuando se acerca su fin, se construye con incienso, mirra y otros aromas, un sepulcro, donde penetra para morir en él, cuando se ha cumplido su tiempo. De su carne en putrefacción nace un gusano que se alimenta de la podredumbre del pájaro muerto, y luego se cubre de plumas. Cuando se ha hecho fuerte, levanta el féretro donde reposan los huesos de su progenitor y, con ese paquete, vuela de Arabia a Egipto, hasta la ciudad de Heliópolis. Allí, en pleno día, a los ojos de todos, va volando a depositarlo sobre el altar del Sol, después de lo cual emprende el vuelo de regreso. Entonces los sacerdotes, consultando sus anales, constatan que ha regresado una vez cumplidos quinientos años". (Cf. Clemente de Roma, *Epístola a los Corintios,* XXV).

---

[37] *Alexandrôs (Al)*, tiene por analogía *Eleazar (El)*. Su contracción recíproca da, pues, Andrós y Lázaro.



El Fénix sobre su pira.

Así pues, en la época de la redacción de la *Epístola* (siglo I) no se ignoraba que Andrés y Lázaro no eran sino una misma persona, ya que el *fénix* constituía la clave esotérica de la leyenda.

Por otra parte, a partir del siglo XVIII y la aparición de los grados elevados de la francmasonería, vemos que los manuscritos rituales más viejos nos representan un grado jerárquico que lleva ese vocablo: "Caballero Roze-Croix, y es el título que le conviene mejor); Caballero del Águila (...), Caballero del Pelícano (...), Masón de Heredom (...), Caballero de san Andrés (...)". (Cf. Manuscrito de la *Instruction générale du grade de Chevalier Roze-Croix,* por Devaux D'Hugueville, datado de 1746, en G. Bord, *La Francmaçonnerie en France,* París, 1908, p. 512 y ss.).

En su *Introduction,* Devaux D'Hugueville recuerda que la joya habitual, que representa al santo en su cruz típica, a veces es sustituida en ciertos Estados por *"una medalla de la Resurrección" (sic).*

La joya masónica que adorna el sautor rojo vivo distintivo de ese grado representa, además, un compás coronado, apoyado sobre un cuarto de círculo, que lleva en su cara *un pelícano alimentando a sus pequeños,* y en la otra cara *un fénix sobre su hoguera de resurrección.*

Se observará que el manuscrito transcribe *Roze-Croix* con una *z*, y no Rose-Croix. Recuerdo discreto del verdadero origen del término. El hebreo "*rosen-koroz*" significa "príncipe heraldo", y *rôz* (rosah) significa *secreto*, es decir, "heraldo secreto" o "heraldo del secreto". De ahí es de donde nació el nombre, puramente imaginario, del personaje llamado *Rozenkreutz* o *Rosenkreutz*.

Así pues, los francmasones del siglo XVIII, o al menos los que codificaron el ritual iniciático, *no ignoraban que el apóstol Andrés estaba asociado en su leyenda a un tema de resurrección.* ¿Y quién en el Nuevo Testamento, aparte de Jesús, había resucitado, de no ser Lázaro?[38] Y más aún cuando Jesús estaba

[38] El mosaico del templo de Dafne, que representa el *fénix* (Museo del Louvre), no lo muestra sobre una pira en forma de cruz, sino sobre un montículo. Sólo a partir de la época en que se asocia el *fénix* y *san Andrés* es cuando se sitúa a este pájaro sobre una hoguera en forma de aspa, símbolo de la resurrección. Eso es muy significativo.

representado en la otra cara de la joya como el pelícano que se sacrificaba por sus pequeños.[39]

Sobre el hecho de que él fuera también el patrón de los iniciados (latín: *initium*, comienzo) tenemos la prueba en los Evangelios canónicos. Él es, en efecto, a quien se va a ver *antes,* cuando uno desea ser presentado a Jesús. Para éste, rey legítimo, si no legal, de Israel, Eleazar-Lázaro es algo así como el gran chambelán. Esto nos lo precisa Juan (12, 20-22). Pero además tiene en su poder unas temibles llaves, y los escribas anónimos que en el siglo IV, bajo la vigilancia de Eusebio de Cesarea y de otros diversos obispos, compusieron por orden de Constantino los actuales Evangelios canónicos (haciendo desaparecer a continuación los antiguos, llamados apócrifos), esos escribas enredados en las redes de sus censuras, interpolaciones y extrapolaciones, sin querer dejaron subsistir algunas palabras de la verdad. Júzguese:

Se nos dice que Andrés es el hermano de Simón-Pedro:

"Caminando, pues, junto al mar de Galilea, vio a *dos hermanos:* Simón-Pedro, y Andrés, *su hermano ..."* (Mateo, 4, 18, y Marcos, 1, 16).

Está muy claro. Esos *dos hermanos* lo son en el sentido familiar del término.

Muy embarazados, como es de suponer, por el asunto, los exégetas modernos pretenden que ese *hermano* no sea sino un *asociado.* Pero subsisten otros textos que prueban que se trataba de perfectos *hermanos* en el sentido carnal y familiar del término, ya que al principio incluso tenían la misma vivienda familiar:

"Luego, saliendo de la sinagoga, vinieron *a casa de Simón y Andrés,* con Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba acostada, con fiebre". (Marcos, 1, 29-31).

Así pues, esos dos hermanos tenían la misma vivienda familiar.

Por otra parte, las *Homilías clementinas* confirman que tenían el mismo padre, y que la muerte de éste los había dejado huérfanos.

"Porque yo y Andrés, *mi hermano a la vez carnal* y ante Dios, no solo *fuimos criados como huérfanos ..."* (Cf. Clemente de Roma, *Homilías clementinas,* XII, VI).
¿Qué más hace falta? ...

---

[39] Por cierto que ahora se toma equivocadamente al pelícano como símbolo de la caridad y del sacrificio. ¡Porque la leyenda de esta ave jamás ha significado tal cosa! Nos dice simplemente que, al volver a su nido, el pelícano es atacado por sus polluelos, muertos de hambre. *Al defenderse, los mata. Tres días mas tarde,* al regresar al nido, se apiada de ellos, y al derramar sobre cada uno de ellos una gota de su propia sangre, los hace volver a la vida. Ese es el tema de toda iniciación. Los pequeños quieren dar muerte a su padre (el Iniciado matará al Iniciador, dice el viejo adagio esotérico); el Iniciador dará muerte al Iniciado, pero le hará revivir a continuación a un nuevo nivel de conciencia (el pelícano mata a sus pequeños y los resucita luego). Es todo el tema masónico de la "muerte de Hiram" en el ritual del grado de Maestre. Por otra parte, y en el mundo antiguo, esa leyenda a quien se atribuía era al *buitre.* Y fue el cristianismo quien la transfirió al pelícano.

Y el *Evangelio de Pedro* nos dice lo mismo:

"En cuanto a mí, Simón-Pedro, y *Andrés, mi hermano,* tomamos las redes y nos hicimos a la mar". (Cf. *Evangelio de Pedro*, 58 a 60).

Ahora recapitulemos de forma definitiva:

a) Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro, es el hermano de Simón-Pedro, y ambos son huérfanos. Porque, en efecto:

b) Simón es el hijo de Judas de Gamala, muerto en el año 6 de nuestra era, en el curso de la célebre revolución del Censo.

c) Ahora bien, Simón es el hermano de Jesús: "¿No es acaso el carpintero, hijo de María, y el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros? ..." (Marcos, 6, 3). Por consiguiente:

d) Jesús, Simón, Santiago, Andrés, José y Judas *son, por lo tanto, todos hermanos,* y todos *hijos de Judas de Gamala.*

Por otra parte, tuvieron hermanas (Marcos, 6, 3). ¿Quiénes son?

Volvamos a los Evangelios:

"Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea de María y de Marta, su hermana. Era esta María la que ungió al Señor con ungüento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, las hermanas a decirle: "Señor, el que amas está enfermo" ... (Juan, 11, 1-4).

"Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; *pero María se quedó sentada en casa.* Dijo Marta a Jesús: 'Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto *mi hermano'," ...* (Juan, 11, 20-21).

"Así que *María llegó donde estaba Jesús,* viéndole, se echó a sus pies, diciendo: 'Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto *mi hermano' ..."* (Juan, 11, 32-33).

Ahora bien, como acabamos de ver, Juan nos habla de la unción que María había conferido a Jesús. Pero ¿dónde ha comunicado antes este acontecimiento? ¡En ninguna parte! Tenemos que dar un salto hacia delante, para encontrar el relato de la unión en los versículos 1 a 7 del capítulo 12. Aparte de eso, los textos antiguos no parecieron tomarse muy en serio su trabajo.

Y tanto más cuanto que los dos pasajes de Juan citados son absolutamente contradictorios en lo que se refiere a la actitud de María ...

¡Y aquí es donde nos espera la mayor sorpresa, *y también el mayor escándalo!* Lo evocamos discretamente en la obra precedente. Al final del presente capítulo levantaremos el velo. Ahí el lector podrá constatar la veracidad de lo que decíamos al principio de este estudio, a saber, que Andrés tenía las llaves de muchos misterios ... Vayamos ahora a su suerte final, y para ello echemos mano de nuestro Flavio Josefo.

"Cuando el rey Agripa hubo muerto, como contamos en el libro precedente, el emperador Claudio envió a Cassio Longino,[40] para suceder a Marso, rindiendo así homenaje a la memoria del rey que, estando con vida, le había pedido en numerosas cartas que Marso no presidiera más los asuntos de Siria.

"Cuando Fado llegó como procurador a Judea, encontró a los judíos de la Perea en lucha contra los Filadelfos[41] a causa de una aldea llamada Zia, llena de gentes belicosas, y cuyos límites eran disputados por los unos y por los otros. Las gentes de la Perea habían tomado las armas, contra el parecer de sus jefes, y habían matado a numerosos filadelfos. Al enterarse de esto, Fado se irritó mucho porque no le hubieran dejado a su cuidado decidir si habían sido ultrajados por los filadelfos, y porque no hubieran temido recurrir a las armas.

"Se hizo, pues, con tres de sus notables, que eran también responsables de la revolución, y los mandó encadenar. A continuación mandó matar a uno de ellos, llamado Aníbal, y castigó con el exilio a los otros dos, Amram y *Eleazar*. Hizo perecer asimismo a *Tholomaios*, cabecilla de bandoleros que, poco después, le fue llevado encadenado, y que había causado los mayores males a la Idumea y a los árabes. A partir de ese momento, Judea quedó enteramente purgada de bandoleros gracias al celo y a la prudencia de Fado. Éste entonces mandó acudir a los grandes pontífices y a los príncipes de Israel, y les invitó a depositar en la ciudadela *Antonia* las vestiduras sagradas y las ropas pontificales que la costumbre permitía revestir al sumo sacerdote, para que estuvieran, como antes, en poder de los romanos ...". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XX, i, 1 a 6).

Pero las cosas no acaban ahí. Sigamos releyendo a Flavio Josefo:

"En Judea las cosas adoptaban, de día en día, un cariz peor, ya que el país estaba *de nuevo* lleno de bandoleros y de *impostores que engañaban al pueblo.* Cada día Félix capturaba a muchos de éstos y los hacía perecer como a bandidos. Eleazar, hijo de Dinaios, que había reunido a su alrededor una

---

[40] Casio Longino, célebre jurisconsulto, fue *consul suffect* en el año 30, procónsul de Asia en el 40, gobernador de Siria en el 45 a 50. Por lo tanto fue del 45 al 50 cuando Eleazar, alias Andrés, fue capturado por primera vez, y sin duda en el año 47, cuando sus hermanos Simón-Pedro y Santiago fueron crucificados, a la salida del sínodo de Jerusalén. Su adversario, Saulo-Pablo, sin lugar a dudas no fue ajeno a este fin.

[41] Filadelfia se convirtió en Amman, capital de Transjordania. Se observará que, para atacar la Idumea y la Arabia nabatea, había que tener un fondo de bandolerismo en mente. A menos que se tratara de simples operaciones de avituallamiento y de cobro de contribuciones, de grado o por fuerza.

cuadrilla de bandoleros, fue capturado con vida gracias a una estratagema. Después de darle su palabra de que no le haría ningún daño, le persuadió de que se presentara ante él, y luego, tras hacerle encadenar, *lo envió a Roma ...”* (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XX, VIII, 5).

Veamos ahora el manuscrito griego de la *Guerra de los judíos:*

“Apenas Félix ocupó su cargo, declaró la guerra a esos *ladrones* que causaban estragos en todo el país *desde hacía veinte años*, capturó a *Eleazar, su jefe*, y a otros varios con él, y los envió prisioneros a Roma, y dio muerte a otro número incalculable de bandidos ...” (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, XXI, manuscrito griego).

Antonio Félix fue procurador de Judea en el año 51 de nuestra era, y hacía ya veinte años que el citado Eleazar causaba estragos en el país. La cosa se remontaba, por consiguiente, al año 30 aproximadamente, año en que comienza la revolución judía dirigida por Jesús, quien sería crucificado en el año 35. Todo concuerda cronológicamente, y más aún cuanto que el año 31 es el de la detención de Juan el Bautista. Al enterarse Jesús, se refugió prudentemente en Tiro y Sidón.[42]

Fijémonos, por otra parte, en que los manuscritos eslavo y griego de la *Guerra de los judíos* no llevan indicación alguna sobre un supuesto padre de Eleazar llamado Dinaios, o Dineus en el manuscrito de *Antigüedades judaicas*. Nosotros afirmamos que se trata ahí de una interpolación de los monjes copistas medievales (los manuscritos son de la Edad Media, no hay otros). Porque ¿qué plausibilidad hay en que Flavio Josefo diera la indicación referente al padre de Eleazar en las *Antigüedades judaicas*, y no la repitiera en la *Guerra de los judíos*, que fue posterior?

¿Y cómo un judío llamado Eleazar puede tener un padre llamado Dinaios o Dineus, que son nombres respectivamente griego y latino, admitiendo, además, que esos nombres estuvieran en uso en Grecia y en Italia? En hebreo hay un nombre femenino de ese tipo: DINA, que significa “justa” (Génesis, 30, 21, y 34, 1). Hay también un nombre común, a la vez hebreo y caldeo: *din*', que significa “justicia” y “justo”. Y si intentamos reconstruir el vocablo que designa al jefe de esos zelotes, tenemos entonces *Eleazar-bar-ha-Din',* es decir, *Eleazar-hijo-del-Justo.*

Dinaios o Dineus no son entonces sino la traducción de *sobrenombres* hebraicos en griego y en latín, y no nombres. Y ese “justo”, que es el padre de Eleazar, hermano de Simón-Pedro, de Jacobo-Santiago, y de los otros hermanos, es evidentemente Judas de Gamala, el “héroe” (en hebreo *geber*) de la revolución del Censo.

Volvamos ahora a la suerte de Eleazar alias Andrés, y sigamos con Flavio Josefo:

“Él también (Nerón César) nombró procurador a ese mismo Félix que capturó a seiscientos bandidos con su jefe y una multitud de cómplices suyos, y

[42] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 126-138, y 184-190.

los envió a César (Nerón). Éste hizo crucificar a esa gentuza; en cuanto a los jefes, les retiró incalculables riquezas y los dejó en libertad". (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, II, V).

Traduzcamos. Los "cómplices" de esos seiscientos "bandidos" no eran otros que los campesinos que les avituallaban, y esos "bandidos" eran los guerrilleros zelotes. De todos modos, es difícil imaginar el traslado por mar de semejante multitud en aquella época. Fueron, efectivamente, crucificados, pero en Judea, por orden del procurador Félix, y sólo los jefes fueron enviados a Roma, dado que Félix les había prometido astutamente que *él* no les haría daño. Eleazar-Andrés cayó en esta trampa. No obstante Nerón, a quien repugnaban las ejecuciones inútiles, prefirió hacerles pagar fuertes rescates, a cambio de la promesa de que se mantuvieran tranquilos, como acabamos de ver.

Y la prueba de que esto sucedió efectivamente así la tenemos en que aquí perdemos el rastro nominal de Eleazar-Andrés. De él nunca más se volvió a oír hablar, y para paliar esta carencia de la historia verídica, entró en escena la leyenda, como declara monseñor Dúchense en su libro *Les Origines du culte chrétien.* Y de ahí la aceptación cortés pero reticente del alto clero ortodoxo cuando el Vaticano le hizo restituir el cráneo del apóstol Andrés, tras el encuentro de Pablo VI y de Atanágoras.

Sin embargo, una vez hubieron regresado a Judea, después de haber pagado el rescate exigido por Nerón, nuestros zelotes no se mantuvieron tranquilos por mucho tiempo, y sus venganzas se ejercieron de inmediato. Júzguese:

"Cuando hubieron regresado, se entregaron a crímenes de otro estilo, golpeando a las gentes en pleno día en medio de la ciudad (Jerusalén), y sobre todo durante las fiestas; se mezclaban con el pueblo, y bajo sus vestiduras ocultaban unos puñales agudos (la *sicca* palestina), con los que atravesaban a sus adversarios; a continuación se plantaban delante de la víctima y fingían lamentar lo que le había sucedido y buscar al asesino. Su primera víctima fue el sumo sacerdote Jonathan, y siguieron muchos otros. Un miedo horrible se apoderó de todos, y cada uno esperaba cada día la muerte, como en la guerra". (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, V, manuscrito eslavo).

En lo que concierne a las riquezas que sirvieron para pagar el enorme rescate de ese hermano de Jesús y de sus lugartenientes inmediatos durante su corto cautiverio en Roma, procedían del inmenso botín acumulado por las luchas zelotes desde hacía casi un siglo. Hemos demostrado su existencia real, documentos en mano, en el capítulo referente a los *zelotes* (capítulo 1).

Todo esto, sin embargo, nos demuestra que:

a) Eleazar-Andrés, sus seiscientos "bandidos" y la "multitud de cómplices" suyos, no eran bandidos ordinarios y de derecho común, sino simplemente guerrilleros zelotes.
b) La naturaleza de sus actividades y la pertenencia a ellas los relaciona *ipso ipso* con los zelotes del movimiento anteriormente dirigido por Jesús, ya que este último era su jefe indiscutible, como demostramos en la obra precedente (según la obra del historiador protestante Oscar Cullmann,

en su libro *Dieu et César). Son los mismos,* lo que explica que ese Eleazar-Andrés, hermano de Jesús y de Simón-Pedro, fuera también uno de sus dirigentes, y con mayor razón después de la crucifixión de sus dos hermanos Simón y Santiago en Jerusalén, en el año 47.

Con ellos estaba también otro miembro del estado mayor primitivo de Jesús, y miembro también, sin lugar a dudas, de la gran familia davídica, ya que formaba parte de los *Doce;* hemos nombrado a Bartolomé, que durante las actividades de Eleazar-Andrés se ocupaba de “evangelizar” la Idumea y la Ambateña de una manera muy peculiar. Pronto estudiaremos su destino, después de la muerte de Jesús.

En cuanto a la cruz en aspa sobre la que habría muerto en Patrás, aparece en el siglo VIII, cuando se convirtió en patrón de Escocia.

# 9

# La resurrección de Lázaro

Siendo el primero en la resurrección de los muertos, había de anunciar la luz al pueblo y a los gentiles.

*Hechos,*26, 23

Acabamos de ver que Andrés, apóstol, no es otro que Eleazar, cuyo abreviatura es Lázaro. Él es el "resucitado" célebre. Sin duda los espíritus desconfiados hace mucho tiempo que hicieron observar que ese viaje al más allá no le había dado a conocer nada nuevo, y que, todo lo más, se había comportado como un hombre corriente, emergiendo de un profundo sueño, natural o *provocado.* Veamos un poco más de cerca el relato de los hechos.

Éste no nos lo aporta más que el evangelio llamado de Juan. Antes había aparecido el episodio de la hija de Jairo, jefe de la Sinagoga (Lucas, 8, 41), pero como se nos precisa que la niña dormía y no estaba muerta (*Jesús dixit,* Lucas, 8, 52), no se trata sino de un fenómeno de catalepsia, y no de una resurrección.

En el caso de Lázaro, alias Eleazar, alias Andrés,[43] la cosa es muy distinta. Este episodio sólo figura en Juan, 11, 1 a 44. aquí está:

"Había un enfermo, Lázaro, de Betania, de la aldea de María y de Marta, su hermana. Era esta María la que ungió al Señor con ungüento y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, a las hermanas a decirle: "Señor, el que amas está enfermo". Oyéndolo Jesús, dijo: "Esta enfermedad no es de muerte, sino para Gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella".

"Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. Aunque oyó que estaba enfermo, permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más, pasados los cuales dijo a sus discípulos: "Vamos otra vez a Judea".[44]

Los discípulos le dijeron: "Rabbi, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá?". Respondió Jesús: "¿No son doce las horas del día? Si alguno camina durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él". Esto dijo, y después añadió: "Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle". Dijéronle entonces los discípulos: "Señor, si duerme, sanará". Hablaba Jesús de su muerte, y ellos pensaron que hablaba del descanso del sueño. Entonces les dijo Jesús claramente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no

[43] Véase el capítulo 8.

[44] ¡Como si Betania no estuviera en Judea! Los escribas ignaros del siglo IV no tenían ninguna idea de la geografía de Palestina.

haber estado allí, para que creáis. Pero vamos allá”. Dijo, pues, Tomás, llamado Dídimo, a los compañeros: “Vamos también nosotros a morir con él”.

“Fue, pues, Jesús, y se encontró con que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Estaba Betania cerca de Jerusalén, como a unos quince estadios,[45] y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano.

Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. Dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios lo otorgará”. Díjole Jesús: “Resucitará tu hermano”. Marta le dijo: “Sé que resucitará en la resurrección, en el último día”. Díjole Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?”. Díjole ella: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo”.[46]

“Diciendo esto, se fue y llamó a María, su hermana, diciéndole en secreto: ‘El Maestro está ahí, y te llama’. Cuando oyó esto, se levantó al instante y se fue a Él, pues aún no había entrado Jesús en la aldea, sino que se hallaba aún en el sitio donde le había encontrado Marta. Los judíos que estaban con ella consolándola, viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron pensando que iba al monumento a llorar allí.

“Así que María llegó donde estaba Jesús, viéndole, se echó a sus pies, diciendo: “Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano”. Viéndola Jesús llorar, y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: “¿Dónde la habéis puesto?”. Dijéronle: “Señor, ven y ve”.

“Lloró Jesús.

“Y los judíos decían: “¡Cómo le amaba!”. Algunos de ellos dijeron: “¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese?”.

“Jesús, otra vez conmovido en su interior, llegó al monumento, que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: ‘Quitad la piedra’. Díjole Marta, la hermana del muerto: ‘Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días’. Jesús le dijo: ‘¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?’. Quitaron, pues, la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: ‘Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado’. Diciendo esto, gritó fuerte: ‘¡Lázaro, sal fuera!’. *Salió el muerto, ligados con fajas pies y manos, y el rostro envuelto en un sudario.* Jesús les dijo: ‘Soltadle y dejadle ir’.” (Juan, 111, 1 a 44).

Aquí plantearemos una pregunta embarazosa:

---

[45] Un estadio equivale a 185,015 metros.

[46] Observemos que el tema de una resurrección final estaba lejos de ser una creencia oficial en el Israel de aquella época. En cuanto a la idea de un Hijo de Dios en el sentido que nosotros le damos hoy, hubiera sido blasfematoria.

¿Cómo un hombre, con la cara envuelta, los miembros atados con vendas, y reducido al estado de momia impotente, pudo levantarse, caminar, dirigirse a ninguna parte?

Volvamos ahora atrás, y tomemos de nuevo a Juan, en el capítulo 10, y leámoslo entero, hasta el versículo 39. *Todo lo que cuenta se desarrolla en Jerusalén:* "... Se celebraba entonces en Jerusalén la Dedicación. Era invierno. Y Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón". (Op. cit., 10, 22-23).

Ahora pasemos a los versículos 39 a 42 del mismo capítulo: "(Jesús) Partió de nuevo al otro lado del Jordán, al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí". (Op. cit., 10, 40-41).

El lugar "en que Juan había bautizado la primera vez" es el vado "de *Betania, al otro lado del Jordán"* (Juan, 1, 28), es decir, un lugar situado *en Perea,* territorio llamado, efectivamente, "más allá del Jordán" (véase el mapa nº 8 del *Atlas biblique pour tous,* del R.P. Grollenger, O.P., Editions Sequoia). Pero no es la Betania de los alrededores de Jerusalén, *que está situada en Judea ...* Así pues, la "Betania, al otro lado del Jordán" (Juan, 1, 28) es desconocida, y Ainón (más o menos: "regiones de fuentes"), donde Juan bautizaba "porque había mucha agua", "cerca de Salim" (Juan, 3, 23), tampoco puede localizarse con certeza, según nos dice el R.P. Grollengerg. Pero una vez más, y de todos modos, no es la que está situada a unos dos kilómetros de Jerusalén, sino que esa otra está al menos a cuarenta kilómetros, a vuelo de pájaro, del otro lado del citado Jordán.

Juan el Bautista, por lo tanto, se encontraba en Perea, y eso está bien establecido. Ahora saltemos de Juan 10, 42 al capítulo 12,1:

"Seis días antes de la Pascua, *vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos".* (Juan, 12, 1). *¡Pero si ya estaba allí! ¡Si todo el capítulo precedente lo muestra precisamente en Betania!* Decididamente, esa localidad se convirtió para nuestros piadosos falsificadores en una verdadera obsesión, y no sabiendo ya cómo salirse del fárrago de mentiras que elaboraron de manera tan imprudente, cayeron por último en la incoherencia.

Y, en efecto, del mismo modo que el episodio de la mujer adúltera (Juan, 8, 3) no fue introducido en ese Evangelio hasta que accedió al pontificado el papa Calixto (217-222), la pseudo-resurrección de Lázaro tampoco apareció en los "arreglos" de los monjes copistas hasta los siglos IV y V.[47] Porque es de todo punto evidente que si Mateo, Marcos, Lucas y los Hechos de los Apóstoles, así como todas las Epístolas de Pablo, Pedro, Santiago, Juan y Judas *ignoran semejante prodigio* (como es el caso), es que en la época de su redacción nadie conocía dicho relato. Y queda en pie una prueba perentoria, el pasaje siguiente de los Hechos de los Apóstoles, en el que Pablo, entonces en Cesarea Marítima, en el año 58, declara al rey Agripa y a la reina Berenice:

[47] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios:* "Las piezas del expediente", catálogo de los manuscritos, pp. 24-36.

“Gracias al socorro de Dios persevero firme hasta hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes y no enseñando otra cosa sino lo que los profetas y Moisés han dicho que debía suceder: que el Mesías había de padecer, *que siendo el primero en la resurrección de los muertos,* había de anunciar la luz al pueblo y a los gentiles”. (Cf. Hechos de los Apóstoles, 26, 23).[48]

De modo que Pablo ignora que el primer resucitado de entre los muertos fue Lázaro, y no Jesús. Por lo visto ignora que en el instante del último suspiro de éste en la cruz de la infamia, resucitaron también numerosos muertos, que hasta entonces yacían en las tumbas del cementerio ritual de Jerusalén, próximo a los Olivos, porque:

“La tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos que dormían, *resucitaron;* y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos”. (Cf. Mateos, 27, 52-53).

Por consiguiente, si damos crédito a Juan y a Mateo, Jesús no pudo ser el primer resucitado de entre los muertos. A menos que todo eso fuera imaginado en los siglos IV y V.

Pero si los testigos del prodigio que constituyó la resurrección de Lázaro tuvieron una existencia real, conviene desvelar la superchería de que fueron víctimas o cómplices, pues vamos a ver la forma en que se operó:

En todo Egipto, y principalmente en la península del Sinaí, existe una solanácea llamada *sekaron,* es decir, “la embriagadora”. Pertenece al subgrupo de los beleños, es la *Hyoscyamus muticus.*

De ella, los antiguos extraían el *banj* o *bang,* que, según la dosis utilizada, era un potente narcótico o un simple alucinógeno.

Por otra parte, conviene saber qué era lo que se entendía por *tumba ritual* en aquella época, en Israel.

En una pared rocosa, se excavaba primero un estrecho pasillo en suave pendiente y a cielo abierto, a menudo provisto de escalones, a fin de alcanzar más rápidamente la profundidad requerida. Entonces, en la fachada frente a la que iba a desembocar el pasillo, se practicaba una abertura muy baja, que generalmente se obturaba con una losa de piedra. Si la tumba era importante, se utilizaba una muela de grano, que se hacía rodar cómodamente por una zanja practicada a derecha o a izquierda.

Tras la abertura así comenzada en la pared, se hacía una primera cámara funeraria, en el centro de la cual se excavaba una pequeña fosa. Alrededor de esta fosa corría un alzapié, especie de camino de ronda que permitía circular.

[48] Eso son afirmaciones gratuitas, y a un Doctor de la Ley de aquella época no le era difícil demostrar que Saulo-Pablo ignoraba todo sobre las Escrituras en lo que concernía al Mesías esperado.

En la pared del fondo de esta primera cámara, se practicaba otra puerta, y se excavaba detrás de ella una segunda cámara funeraria. Las paredes de esta última tenían nichos, en los que se depositaba a los muertos. Esos nichos tenían una pendiente destinada a facilitar el flujo de los líquidos orgánicos procedentes de la descomposición de los cadáveres, y esos líquidos eran recogidos en canales que desembocaban en la fosa central de la primera cámara.

Cuando los esqueletos estaban totalmente descarnados y secos, se los retiraba de su nicho y se los encerraba en pequeños osarios análogos a nuestros "féretros de reducción". Los líquidos orgánicos se evaporaban poco a poco en la fosa central, pero mientras ésta no se hubiera secado, según los términos de la Ley judía se debía pintar de blanco, con cal viva, todo el exterior de la tumba: escalera, losa de cierre, canal, marco de la puerta. De donde la expresión de "sepulcro blanqueado", sinónimo de "lugar impuro". Cuando Jesús trataba a sus adversarios con este mismo término, la injuria no era leve, como se ve. Esto equivalía, en efecto, a calificarlos de "carroña", o de "podredumbre".

Volvamos ahora a Lázaro. Supongamos que este último aceptara desempeñar el papel de "compadre" en una superchería destinada a inflar desmesuradamente la reputación taumatúrgica de Jesús, y a facilitar así el reclutamiento y la acción del movimiento zelote.[49]

Absorbería el *banj* o un potente narcótico equivalente. Tras un simulacro de enfermedad de evolución rápida y muerte oficial, le llevarían a una tumba, siempre dormido, y le abandonarían en el rodapié funerario, enrollado dentro del sudario habitual y provisto de los vendajes rituales, y a continuación cerrarían la tumba. El *herbario* secreto del vudú africano o antillano posee recetas que permiten hacer creer en una muerte aparente sin discusión posible. Era con semejantes procedimientos que se obtenía, no hace aún demasiado tiempo, a los famosos *zombies,* y el Código penal haitiano se vio en la obligación de dictar penas extremadamente severas para luchar contra estos asesinos mentales. En el caso de Lázaro no se trata sino de un sueño muy corto. La permanencia de cuatro días en esa capilla funeraria sería facilitada mediante el aporte de víveres y de agua por Marta y María. La impureza ritual y el miedo supersticioso a los muertos descartaban cualquier indiscreción nocturna. No quedaba ya sino prevenir a Jesús y esperar su llegada, el "milagro" estaba a punto. En cuanto al olor de putrefacción, era fácil de obtener en el último momento con una pieza de carne pasada, en el fondo de la cueva.

¿Quién puede saberlo? Quizá la pseudo-resurrección de Lázaro no fue en realidad otra cosa que *una tentativa de ensayo de la que proyectaba Jesús.* La crucifixión vino a trastornarlo todo.

[49] Durante las guerras tribales que desolaron el ex-Congo belga, los brujos vendían a los guerreros negros un "agua mágica" destinada a hacerlos casi inmortales.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

Se observará que:

1. María es la hermana de Lázaro, alias Andrés (Juan, 11, 1-4).

2. Andrés es el hermano de Simón-Pedro, por lo tanto lo es también de Jesús (véase el capítulo 8).

3. María es por lo tanto la hermana de Jesús, por vía de consecuencia, lo mismo que Marta. Esas son las hermanas anónimas citadas en Mateo (13, 56), y en Marcos (6, 3).

4. Ahora bien, María es la mujer que unge a Jesús con nardo en Betania (Juan, 1-4).

5. Y la mujer que unge a Jesús es precisamente la pecadora pública de la ciudad, una prostituta, según Lucas (7, 38).

6. María, hermana de Jesús, es por lo tanto una mujer de mala vida.

7. Y Jesús la anima a perseverar, a pesar de los reproches de Marta, su otra hermana (Lucas, 10, 42).

Empieza a comprenderse aquí por qué Jesús declara, en Mateos (20, 31 y 32), que las prostitutas adelantarán a los otros creyentes en el reino de Dios, y por qué las gentes "de mala vida" le ofrecen un festín en la casa de Leví (Mateo, 9, 10; 11, 19; Marcos, 2, 15-16; Lucas, 5, 30; 14, 1; 15, 2).

# 10

# Judas-bar-Judas, el gemelo

Todavía existían, de la raza del Salvador, los nietos de Judas, a quien llamaban *hermano carnal* de aquél ...

EUSEBIO DE CESAREA,
*Historia eclesiástica,* III, XX, 1

Ese Judas (en hebreo: *Juda,* alias *Iehuda, alabanza)*, citado en Marcos (6, 3) como hermano de Jesús, no debe ser confundido con Judas llamado el Iscariote (en hebreo: "hombre del crimen"):

"Díjole Judas, *no el Iscariote:* "Señor ...". (Cf. Juan, 14, 22).

No es otro que Tomás (en hebreo: *Taôma,* es decir, gemelo). Taciano, discípulo de san Justino, en su *Diatessaron* (síntesis de los cuatro Evangelios canónicos), declara, hacia el año 175 de nuestra era, que Judas es en realidad su verdadero nombre. Más tarde, san Efrén (306-375), uno de los Padres de la Iglesia siriaca, lo confirmará en sus *Himnos.*

Hay que saber que Tomás no es, en hebreo, un nombre propio, sino simplemente un adjetivo y un nombre común: *taôma*, en plurar *taômim,* significa, como hemos dicho antes, gemelo. De ahí el epíteto de *dídimo* (en griego: gemelo) que le asocia Juan (11, 16 y 20, 24). La existencia de un hermano gemelo de Jesús ha sido ya largamente demostrada, *textos antiguos en mano,* en una obra precedente, a la que remitimos al lector.[50] Aquí nos limitaremos a citar, simplemente, un evangelio muy viejo, en su manuscrito copto del siglo V., el *Evangelio de Bartolomé:*

"Él (Jesús) habló con ellos en lengua hebraica, diciendo: "¡Salud a tí, Pedro, mi celador, salud a tí, mi *gemelo,* segundo cristo!" ... (Cf. *Evangelio de Bartolomé*, 2º fragmento, *Imprimatur:* París, 1904, Firmin-Didot, édit.).

Otro hermano de Jesús, cuya identidad sigue siendo un misterio, aparece citado por Hipólito de Tebas y por José el Eclesiástico, bajo el nombre de *Sidonios*, "el de Sidón". (Cf. Abad Mine, *Patrologie,* XVI, p. 187). Quizá fue en su casa donde se refugió Jesús cuando huyó a Fenicia (Mateo, 15, 21).[51] También podría ser el mismo que los Evangelios canónicos citan como Jesús-bar-Aba o Barrabás, ya que el gran Orígenes asegura que en manuscritos antiguos se daba a ese bandido el nombre de Jesús.[52]

---

[50] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 60-69.

[51] Op. cit., pp. 184-190.

[52] De hecho, veremos más adelante que hay muchas posibilidades de que se tratara del mismo Jesús.

Lo que hay de particular en el caso de Judas es que los escribas anónimos del siglo IV, que le pusieron la máscara de Tomás sobre el rostro para disimular que Jesús, "Hijo único del Altísimo", tenía un hermano gemelo, es que aquellos falsificadores le dieron diversos nombres.

Se le cita, efectivamente, con el patronímico de Tomás en Mateo (13, 55), Marcos (6, 3), Hechos (1, 13), Judas (1, 1). El hecho de que se tratara del mismo personaje que el hermano gemelo de Jesús nos lo confirma Eusebio de Cesarea:

"El mismo Domiciano ordenó suprimir a los descendientes de David. Una antigua tradición cuenta que algunos herejes denunciaron a *los descendientes de Judas,* que era un *hermano carnal* del Salvador, como pertenecientes a la raza de David y emparentados con el propio Cristo". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* III, XIX).

Eusebio aportaba ahí el texto exacto de Hegesipo en sus *Memorias,* compuestas por cinco volúmenes, y que Eusebio declara haber tenido en sus manos. Y este Hegesipo, judío converso, vivió de 110 a 180 de nuestra era en Palestina, visitó las diversas iglesias, entre las cuales se hallaba la de Roma bajo el papa Aniceto (155-166), y, una vez hubo regresado a su patria, compuso sus *Hypomnemata,* en donde se documentó ampliamente Eusebio de Cesarea.

Por consiguiente, si por una parte Tomás es el mismo que Judas, y es asimismo el hermano gemelo de Jesús, el nombre de este último es, efectivamente, como decían Taciano y san Efrén, Judas, en hebreo Iehuda o Juda, como su padre carnal Judas de Gamala.

Donde todo esto se complica, aunque resulta bastante revelador, es en la versión protestante de la Biblia del pastor Louis Segond, quien nos dice que Judas es también la misma persona que Lebeo, citado en Mateo (10, 3), y que Tadeo (op. cit.). y es también el sobrino de Leví, alias Mateo. De esas relaciones familiares se desprende, pues, que el citado Mateo-Leví era el tío de Jesús (y probablemente el hermano de Judas de Gamala o de María), ya que era tío del gemelo del citado Jesús ... Como se ve, entre los "apóstoles" nos encontramos realmente "en familia".

En una obra precedente,[53], ya señalamos que ese Tomás, *taôma* en hebreo, o *gemelo*, había sido vendido como esclavo a fin de permitirle pasar las fronteras de Judea sin temor de ser identificado y detenido por la policía romana, después de haber interpretado su papel de pseudo-resucitado. Pero a continuación tuvo que volver forzosamente al terreno de las actividades zelotes, ya que lo encontramos ejecutado por orden de Cuspio Fado, procurador de Roma en Judea, de finales del año 45 a principios del 47 de nuestra era. También en este punto, consultemos a Flavio Josefo:

"Mientras Fado era procurador de Roma, un mago llamado Theudas[54] persuadió a una gran multitud de gente para que le siguiera, llevando sus

[53] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 65-67.

bienes hasta el Jordán. Pretendía ser profeta y que, por orden suya, las aguas del río se dividieran para asegurar a todos un paso fácil. Diciendo esto, sedujo a muchas gentes. Pero Fado no les permitió abandonarse a su locura. Envió contra ellos un escuadrón de caballería, que los sorprendió, mató a muchos de ellos y capturó con vida a muchos otros. En cuanto a Theudas, que fue hecho prisionero, los de a caballo le cortaron la cabeza y la llevaron a Jerusalén. Esto es, pues, lo que sucedió a los judíos durante el tiempo en que Cuspio Fado fue procurador". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XX, V, 1).

Para encubrir mejor la verdadera personalidad del hermano gemelo de Jesús, se le dieron, pues, varios nombres: Judas, Theudas, Tadeo, Lebeo, Tomás. Pero, lo que es más, poco a poco fueron haciendo de él un hijo de Santiago el Menor, pretendido "hijo de Alfeo", quien sería decapitado en Jerusalén en el año 44. Y todos los exégetas católicos y protestantes, por una vez, estuvieron de acuerdo.

Acabamos de ver, a la luz de una verificación precisa, el crédito que puede concederse a conclusiones tan "autorizadas" como "unánimes" cuando son interesadas, porque es bien evidente, teniendo en cuenta los documentos antiguos que aportaron las pruebas necesarias, que Tomás-Judas-Tadeo-Lebeo no fue otro que el hermano gemelo de Jesús, y no un vago pariente lejano.

De todos modos, queda un punto en pie, muy importante, y que se debe subrayar. En el relato del fin trágico de Judas, alias Tomás, alias Lebeo, alias Tadeo, encontramos el principio y la costumbre de la puesta a disposición común de los bienes propios de los fieles del movimiento zelote, entre las manos de los jefes de la comunidad, y que ilustra tan bien el asesinato de Ananías y de Saphira, su esposa, a manos de los jóvenes de la guardia de Simón-Pedro.[55] Esto explica la configuración progresiva, desde Ezequías y Judas de Gamala, de ese enorme tesoro zelote cuya existencia nos revelan los documentos del mar Muerto y que ha hemos encontrado (véase el capítulo 1).

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

Uno podría extrañarse de que el hermano gemelo de Jesús hubiera aceptado ese papel de resucitado, teniendo en cuenta su incredulidad. De hecho, ese episodio fue fabricado íntegramente, y precisamente para descartar en adelante cualquier carácter de verosimilitud en lo referente a la existencia del citado gemelo ... Para prueba, nos basta con lo que sigue:

De Troas, Ignacio, obispo de Antioquía, redactó hacia el año 110 o 115 de nuestra era una *Epístola a los Esmirnos,* cuando se encontraba en camino hacia Roma, donde sería ejecutado. Pues bien, en esa carta dirigida a la comunidad de Esmirna, nos aporta la prueba de que el episodio de esa incredulidad de Tomas *Todavía no se había imaginado en aquella época:*

---

[54] *Theudas* es la forma griega de *Tadeo,* en hebreo: *Todah.* El *Talmud,* sin embargo, no conoce más que a cinco (y no doce) discípulos de Jesús. Son: *Matai* (Mateo), *Nagai* (Nicodemo), *Netzer* (?), *Nuni* (Nun), y *Todah* (Tadeo).

[55] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 169-170.

“Para mí, yo sé y creo que, incluso después de su resurrección, Jesucristo tenía un cuerpo. Cuando se acercó a *Pedro* y a sus compañeros, ¿qué les dijo?: “Tocadme, palpadme, y ved que no soy un espíritu sin cuerpo”. De inmediato todos le tocaron, y al contacto íntimo de su carne y de su espíritu, creyeron”. (Cf. Ignacio de Antioquía, *Epístola a los Esmirnos*, III).

Porque ese mismo episodio de la incredulidad de Tomás no lo encontramos más que en el evangelio de Juan (20, 24). Ahora bien, ese evangelio era desconocido antes del año 190. Y nosotros no lo poseímos materialmente hasta el año IV. ¡Antes el escéptico era Simón-Pedro! Y Mateo, Marcos y Lucas ignoran la incredulidad de Tomás, ¡y con razón!

Si uno recuerda que Ignacio fue el discípulo de aquel Simón-Pedri, lo que hace de él uno de los cuatro “Padres apostólicos”, se verá obligado a admitir que aquél se hallaba en las fuentes mismas de la tradición oral.

En cuanto a Tomás, discretamente evacuado fuera de Palestina, en un convento de esclavos, se guardó bien de continuar ese peligroso juego. Podemos leer a su respecto lo siguiente en los *Stromates* de Clemente de Alejandría:

“Los elegidos no todos confesaron al Señor por la palabra, y no todos murieron en su nombre. Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, *Tomás, y muchos otros* ... “ (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates*, IV, IV).

Si se recuerda que Clemente era el discípulo directo de Pantenio, quien a su vez era discípulo directo del apóstol Marcos, se ve que el citado Clemente se hallaba en las fuentes mismas de la tradición oral él también. Y confirma implícitamente lo que antecede.

Una tradición eclesiástica pretende que el beso de Judas Iscariote tuvo como finalidad designar realmente a Jesús, y evitar a los legionarios romanos que procedieran a detener a su sosia, es decir, a su hermano gemelo.

Pero para esta tradición el sosia era “su primo hermano, Santiago el Menor”. Contentémonos con saber que tenía un sosia, eso ya constituye una confesión ...

# 11

# Felipe

> Yo conozco otros escritos, un poco menos antiguos (por pocos siglos) que los textos de Qumrân, pero más ricos, y que ilustran, con extremada abundancia de detalles, uno de los lados más oscuros de esos primeros siglos de nuestra era.
>
> JEAN DORESSE,
> *Les Livres secrets des gnostiques d'Egypte,*
> Introducción

En efecto, en 1947 se descubría en Nag-Hamadi, en el Alto Egipto, una biblioteca gnóstico-cristiana sumamente rica. Recibió el nombre de biblioteca de Khenoboskion, antigua Shenessit del antiguo Egipto, y estaba compuesta por cuarenta y nueve manuscritos, redactados bien en subakhmímico, bien en saídico. Uno de ellos lleva por título: *Epístola de Pedro a Felipe, su hermano mayor y su compañero".* Está redactado en saídico, dialecto del Alto Egipto, llamado también copto tebano.

Nos aporta la prueba de que en el siglo V, época de su transcripción se enseñaban todavía corrientemente los lazos de parentesco carnal entre Jesús y sus "discípulos".

Nosotros ya hemos demostrado, por ejemplo, que Simón-Pedro era el hermano menor de Jesús.[56] Si Felipe era hermano de Pedro, es que lo era también de Jesús.

Sobre este apóstol disponemos de un doble testimonio de Clemente de Alejandría. Era de Betsaida, *"la ciudad de Andrés y de Pedro"* (Juan, 1, 44), lo que da a entender que debía ser más o menos primo o hermano de éstos, y por lo tanto de filiación davídica también. Veamos lo que dice Eusebio de Cesarea:

"No obstante, Clemente, cuyas palabras acabamos de leer, enumera a continuación de lo que acaba de ser dicho, a aquellos de los apóstoles que estuvieron casados, a causa de aquellos que condenan el matrimonio: '¿Rechazarán también a los apóstoles? Pedro y Felipe tuvieron hijos. Felipe incluso dio a sus hijas a hombres. Y Pablo no vaciló en saludar en una *Epístola* a su compañera, a quien no había llevado consigo, para mayor comodidad de su ministerio'." (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* III, XXX, 1).

El canónigo G. Bardy observa que Clemente confunde al apóstol Felipe con el diácono Felipe, citado en los Hechos de los Apóstoles (21, 9), y esa confusión la había cometido ya Polícrato de Éfeso, en su *carta al papa Víctor.* Fue el diácono

---

[56] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 70-90.

quien tuvo cuatro hijas, por cierto que profetisas (videntes). Éste fue enterrado en Hierápolis, así como dos de sus hijas (op. cit., III, XXXI,3).

Dejemos, pues, al diácono y volvamos al apóstol, sobre el que no sabemos nada, salvo la observación de Clemente, ya citada:

"Los elegidos, no todos confesaron al Señor por la palabra, y no todos murieron en su nombre. Entre ellos se cuentan Mateo, Felipe, Tomás, y muchos otros ...". (Cf. Clemente de Alejandría, *Stromates,* IV, 9).
Lo que equivale a decir que esos personajes, después de la muerte de Jesús y el fracaso de la revolución dirigida por él, volvieron a sus asuntos, menos peligrosos y más provechosos que las insurrecciones zelotes. A excepción, sin embargo, de Tomás, el hermano gemelo de Jesús, alias Dídimo, alias Judas, alias Tadeo, el *taôma* hebreo. Éste, como ahora sabemos, aunque no "confesara al Señor por la palabra", murió a pesar de todo decapitado, bajo el nombre de Theudas, y por orden de un tribuno que estaba al mando de la caballería legionaria enviada en persecución suya por orden de Cuspio Fado, procurador de Judea. Como no "confesó al Señor por la palabra", debió ser ejecutado por derecho común.

Sin duda, Mateo, Felipe, Tomás, eran de aquellos apóstoles que no cayeron en la trampa de la pseudo-resurrección; y Tomás con mayor motivo, ya que durante varios días, y adoptando ciertas precauciones, interpretó el papel de Jesús "salido de la tumba". Porque en Mateo leemos lo siguiente, sobre después de la resurrección:

"Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, *aunque algunos vacilaron ...* (Cf. Mateo, 28, 16-17).

De ahí el final desengañado del *Evangelio de Pedro:*

"El último día de los Ácimos, muchas gentes regresaron a sus casas, una vez terminada la fiesta. Y nosotros, los doce discípulos del Señor, llorábamos y estábamos afligidos. *Y cada uno, entristecido por los acontecimientos, regresó a su casa.* En cuanto a mí, Simón-Pedro, y a Andrés, *mi hermano,* tomamos nuestras redes y nos hicimos a la mar. Y con nosotros estaba Leví, hijo de Alfeo, que el Señor ...". (Cf. *Evangelio de Pedro,* 58 a 60).

Ninguno de ellos creía, pues, en la próxima resurrección, a pesar de los "milagros".

De este fragmento final, interrumpido bruscamente, tendremos en cuenta, sin embargo, que los apóstoles siguen siendo doce; por lo tanto, Judas Iscariote todavía no ha sido ejecutado. En lo que concierne al final de Felipe, la *Leyenda dorada* lo hace morir en Hierápolis, en Frigia, crucificado y rematado bajo una lluvia de piedras, a instigación de los sacerdotes de los santuarios paganos. Pero para admitir este fin, habría que saber lo que dicho Felipe hacía en Frigia, y lo ignoramos. Además, si no participó en la propaganda y en la agitación zelote después de la muerte de Jesús, ¿en qué molestaba a los sacerdotes de los otros cultos? Dejemos la leyenda y concluyamos que no sabemos nada sobre ese personaje misterioso, tanto más cuanto que otras tradiciones escolásticas

lo hacen morir de enfermedad, también en Hierápolis, y que otras lo hacen perecer crucificado.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

¿Tuvo Mateo-Leví descendencia? No es imposible. En la versión eslava de la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo observamos este pasaje, relativo al célebre Juan de Giscala, que se ilustró de diversas maneras durante el sitio de Jerusalén:

"Juan (Iochanan), hijo de Leví, *mago* y hombre de malos pensamientos, *deseoso de honores* y sediento de guerra *para dominar sobre todos* ... (Cf. *Guerra de los judíos,* IV, 1, manuscrito eslavo).

Observemos que ese nombre es *de origen galileo* (Giscala está en Galilea), que es el hijo de un Leví, y Mateo, alias Leví, es galileo; que ese Juan, alias Iochanan-bar-Leví, es *mago*, y la familia de Jesús, sus hermanos y él mismo tienen esa reputación; que Juan de Giscala está deseoso de recibir honores y de dominar, y *que quiere reinar*.

Ahora bien, para justificar tales deseos hay que poseer *títulos* que lo permitan, por lo tanto, probablemente es "hijo de David" también él. Porque en aquella época sólo había tres dinastías que pudieran presentar candidatos válidos: la davídica, la asmonea y la herodiana, igual que en Francia era preciso proceder de los Borbones, los Orléans o los Bonaparte para ser un candidato serio a la corona.

Por eso, si Juan de Giscala es hijo de Mateo-Leví, y si este último es un tío de Jesús (en opinión general), eso significa que el citado Mateo-Leví se había casado con María III, hija de Salomón y de Hannnah (Ana), y hermanastra de María I, madre de Jesús (ver cuadro genealógico, cap. 19). Y entonces el terrible Juan de Giscala habría sido primo de Jesús, aunque debió de nacer mucho tiempo después de él. En las familias a veces hay cada embrollo ... Como vemos, también ahí, y como nosotros habíamos afirmado siempre, en las innumerables insurrecciones zelotes nos encontramos siempre *ante la misma familia, los jefes son todos parientes cercanos.* Y como en el caso de Judas Iscariote, la traición del tío Leví-Mateo se explica bastante bien: Intentó hacer pasar la sucesión dinástica a la cabeza de su propio hijo. Esta traición, que sorprenderá al lector, pronto la encontraremos, es fácilmente demostrable, y está confirmada por Celso en su *Discurso verdadero* véase el capítulo 27).

# 12

# Mateo

> Se ha hablado del descubrimiento del original de *Mateo* en la tumba de Bernabé, en Chipre ... Han intentado hacernos aceptar diversos jirones de papiro como los restos de la edición original de *Mateo ...* ¡y todo sin la menor verosimilitud!
>
> CHARLES GUIGNEBERT,
> *Le Christ,* I, IV

No transcribiremos el nombre de Mateo con dos "t", ya que en español se escribe con una sola cuando es un simple nombre propio, y que en hebreo lleva sólo un *taw* en *Mathan* (II Reyes, 11, 18 y Jeremías, 38, 1), es decir, *mem-taw-nun,* puntuados respectivamente por el *patah* y el *quamats.*

Mateo aparece citado por Clemente de Alejandría entre aquellos que no se preocuparon del apostolado después de la muerte de Jesús (véase el capítulo 3) y regresaron a sus asuntos personales. Es decir, que el primer "evangelio" que lleva su nombre, y que desapareció muy pronto, según Orígenes, que no lo conoció más que de oídas, así como el segundo, que nosotros conocemos ahora con ese nombre, e igual que el *Pseudo-Mateo,* o *Libro de las infancias de María y de Jesús,* todos esos textos no pudieron tener como autor al personaje citado bajo ese nombre en nuestros canónicos o en los apócrifos.

Y hemos conservado para el final una opinión autorizada: "Los detalles que da la tradición *sobre su apostolado* y su martirio no tienen valor histórico". (Cf. *Dictionnaire de théologie catholique*, tomo X, 1ª. Parte, p. 359; *imprimatur* del 26-3-1928, París, Letouzey édit., 1929).

Así pues, como lo que se afirma respecto al apostolado de Mateo se encuentra desprovisto de todo fundamento histórico, es obvio que lo mismo sucede con el "*Evangelio según san Mateo*", ya que no hay apostolado sin evangelio. En una palabra*, Mateo jamás compuso texto alguno con ese nombre*, al menos no el Mateo citado en Mateo (9, 9 y 10, 3), en Marcos (3, 18), en Lucas (6, 15) y en los Hechos (1, 13).

Es el mismo personaje que Leví, y para convencerse basta con leer a Marcos (2, 14) y comparar con Mateo (9, 9). Y bajo ese nombre de Leví aparece citado en Lucas (5, 27), lo que confirma la observación siguiente:

a) "Pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: "Sígueme". Y él, levantándose, le siguió ...". (Cf. Mateo, 9, 9).

b) “Después de esto (Jesús) salió y vio a un publicano por nombre *Leví* sentado al telonio, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió”. (Cf. Luchas, 5, 27-28).

Según Eusebio y Epifano, citados por el cardenal Jean Daniélou, S. J., el *Evangelio de los Hebreos*, llamado también *Evangelio de los Nazarenos*, no sería otro que la versión aramea del Evangelio de Mateo (Cf. J. Daniélou, *Théologie du judéo-christianisme*, p. 34).

¿Habrá que tener en cuenta la tradición eclesiástica, según la cual éste sería un tío de Jesús? En el caso afirmativo, debió tratarse, bien del hermano de Judas de Gamala, o bien del de Joaquín, el padre de María. Como dice, acerbo, Clemente de Alejandría, en esta indiferencia prudente hacia las instrucciones de un sobrino “iluminado”, puede clasificarse a Leví-Mateo entre aquellos que en la montaña, ante el pseudo-resucitado, *dudaron*. (véase el capítulo 3).

Por otra parte, sus funciones de peajero, alias publicano, es decir, de cobrador de impuestos indirectos, al servicio de los ocupantes romanos, hacían de él un pequeño “rentero general”, lo que implica la posesión de una cierta fortuna como punto de partida, fortuna invertida en la *adquisición del cargo.* Este detalle parecería descartar dicha posibilidad en un hombre joven, mientras que resultaría más plausible en el caso de un hombre maduro. Por eso la tradición nos los presenta como el tío de Jesús (y no como un hermano o un primo, y menos aún como un extranjero), cosa que deberemos tener en cuenta, así como esa prudencia en el hecho de no querer correr el riesgo de perderlo todo en agitaciones estériles.

Según una tradición más que legendaria, evangelizó sin embargo Palestina y Etiopía, y allí encontró el martirio por haber querido oponerse al matrimonio del príncipe Hirtace con su parienta Ifigenia; eso es lo que pasa por meterse donde a uno no le importa. No obstante, como hay grandes posibilidades de que nadie se hubiera llamado jamás así en Etiopía, volveremos a la opinión autorizada del *Dictionnaire de théologie catholique* ya citada, a saber, que no sabemos nada sobre Mateo, y que no redactó nada. Lo que parece mucho más sensato.

Obsérvese, por otra parte, que Eusebio de Cesarea, al citar con muchas reservas en su libro III, capítulo I, las regiones en las que habrían evangelizado los apóstoles, tiene mucho cuidado en hacernos comprender, dubitativo, que de aquellos que nos cuenta, no se hace en absoluto responsable. *Pues bien, en ese pasaje no dice ni una palabra sobre Mateo.*

Nos atendremos, pues, a la afirmación de Clemente de Alejandría, a saber, que el citado Leví-Mateo, a la muerte de Jesús, regresó tranquilamente a sus fructíferos peajes, más remunerantes y menos peligrosos que la prosecución de las luchas zelotes, que terminaban invariablemente en el tradicional suplicio de la crucifixión.

Sobre su muerte real no sabemos nada válido, evidentemente Mateo habría muerto en Luch, o en Hierópolis, o en Naddaver (cf. G. Las Vergnas, *Jésus-Christ a-t-il existé?*. Heraclion niega el martirio que algunos le adjudican, lo mismo que el gran *Dictionnaire de théologie catholique*.

En un próximo capítulo veremos que el silencio de la Iglesia está más que motivado, y que es prudente no insistir demasiado sobre la vida de “san Mateo”, ya que, una vez más, también aquí nos espera un escándalo explosivo ...

# 13

# Bartolomé

> Los Evangelios no son, evidentemente, novelas, pero tampoco son libros de historia ...
>
> DANIEL-ROPS,
> *Jésus en son temps,* Introducción

Ya nos lo imaginábamos ligeramente. Pero los gobiernos se esfuerzan en hacer creer lo contrario, a través de la prensa, de las emisiones religiosas, de los espectáculos televisados, etc. Y aquí tenemos otra vez la ocasión de sorprender a la demasiado famosa "tradición" en estado de total impostura.

El apóstol Bartolomé está citado en Mateo (10, 3), Marcos (3, 18), Lucas (6, 14), en los Hechos (1, 13). Eusebio de Cesarea nos dice esto respecto a él:

"Entre esos hombres estuvo Pantenio, y se dice que fue a las Indias. También se dice que se le había anticipado el evangelista Mateo, ya que algunos indígenas del país conocían a Cristo. A aquellas gentes, Bartolomé, uno de los apóstoles, les *habría* predicado, y les habría dejado, en *caracteres hebraicos*, la obra de Mateo, que habrían conservado hasta la época de la que hablamos". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, V, X, 3-4).

Sabemos por Orígenes, el gran doctor y exégeta muerto en el año 254, que ya en sus tiempos el texto inicial en arameo o hebreo del Evangelio de Mateo se había perdido y era totalmente desconocido. Se suponía que estaba compuesto por los "dichos" de Jesús, sentencias lapidarias, axiomas, etc., pero en todo caso no tenía nada en común con el relato que Orígenes tenía entre las manos. Pues bien, Orígenes era discípulo directo de Clemente de Alejandría, quien lo era de Pantenio. ¿Y el citado Pantenio, que había estado "en las Indias", no había traído la más mínima copia de ese precioso documento inicial de Mateo? Increíble.

Y tanto más cuanto que quizás habría podido incluso adquirir el original, entonces en manos de los habitantes de las Indias, dado que Bartolomé, apóstol, les había dejado ese texto infinitamente precioso en "caracteres hebraicos". Cosa que, para los indios, que no conocían sino los alfabetos *indi* y *sánscrito*, e ignoraban el hebreo como lenguaje, no representaba evidentemente ningún interés. (Y además, el cristianismo siempre fracasó en las Indias, en presencia de las doctrinas tradicionales o del Islam. Apenas hay cristianos, y sólo entre los huérfanos recogidos y luego educados "conforme"). Entonces, ¿qué interés podía tener Bartolomé en dejarles un ejemplar en hebreo?

Todo eso rezuma fabulación.

Observemos que el canónigo G. Bardy, en su traducción de Eusebio de Cesarea y en sus notas complementarias, nos dice, página 39 del tomo II (libros V a VII de Eusebio de Cesarea):

"¿Se trata realmente de la India, o de la Arabia del Sur? ...".

Esta observación es muy pertinente, si se considera cuántas veces los célebres cuentos *de Las Mil y una Noches* llaman India a lo que no es sino el conjunto de las regiones al Sur del mar Rojo*. Pero a la vez es muy peligrosa para la leyenda oficial*, como veremos pronto.

Volvamos ahora al misterioso personaje de Bartolomé. En hebreo es Bar-Thalmai, pero sin el nombre de circuncisión previo, es decir, X ... –bar-Thalmai. Ese nombre aparece citado en el libro de los Números (13, 22), en Josué (15, 14), en II Samuel (3, 3 y 13, 37) y en I Crónicas (3, 2).

Lemaistre de Sacy le da como significación "hijo de aquel que detiene las aguas". Thalmai no significa exactamente eso, porque también puede ser "hijo de las fuentes de arriba", de *tal* (en hebreo: altura), y de *mai* (en hebreo: fuentes, aguas). Entonces sería "hijo de las aguas de lo alto".

La versión sinodal protestante nos precisa, en su octava revisión (París, 1962, *Société biblique française* édit.), que Bartolomé era probablemente el mismo personaje que *Natanael*, citado en Juan (1, 45 a 50), al que Jesús encontraría entre Betania del otro lado del Jordán y Galilea, hacia donde vuelve. Entonces sería *Natanael-bar-Thalmai*.

Sobre la suerte final de Bartolomé, la *Leyenda dorada* quiere hacernos creer que murió en Albanópolis, en Armenia, despellejado vivo. Pero Armenia no está en el camino de las Indias, ni en el de la Arabia meridional, más corto. Consultemos, pues, de nuevo a Flavio Josefo, quien nos revelará su destino final, a la vez que el de Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro, como hemos visto en el pasaje ya citado. Veamos, ahora, el párrafo que viene inmediatamente después, y que se refiere a Bartolomé:

"Algún tiempo después (del destierro de Eleazar), él (el procurador Cuspio Fado) mandó capturar asimismo a *Bartholomaeus*, cabecilla de los *bandidos que habían causado tantos males a los idumeos y a los árabes*, y que le fue llevado encadenado. Cuspio Fado lo condenó a muerte y purgó así a toda la Judea de esos enemigos de la seguridad pública ..." (Cf. Flavio Josefo*, Antigüedades judaicas*, XX, I).

es evidente que Bartholomaeus es la forma grecolatina de nuestro Bartolomé; parece, pues, que nos acercamos a la verdad. Retrocedamos un poco y examinemos la opinión del canónigo G. Bardy, quien considera que el viaje evangélico a las Indias del apóstol de dicho nombre es poco probable, y que se trató simplemente de la Arabia del Sur, la Arabia meridional, *constituida por la idumea y la Nabatea,* esta última reino de Aretas IV, que poseía además la ciudad de Damasco, cuyo etnarca, y no los judíos, intentaría apresar a Saulo-Pablo cuando éste fue allí. (Cf. II Epístola a los Corintios, 11, 32).

¡Y es que la opinión del erudito canónigo es muy plausible! Ya hemos demostrado antes la imposibilidad y la falta de lógica de un viaje a las Indias del apóstol Bartolomé. Si a éste se le ocurrió *evangelizar la Arabia del Sur* (Idumea y Nabatea), lo hizo de una manera muy particular. Allí, el evangelio lleno de dulzura que conoceremos a partir del siglo IV, para los árabes idumeos y nabateos se presentará bajo la forma de bandas de zelotes bien armadas, perfectamente entrenadas para el combate y los saqueos consecutivos; el fuego del Espíritu Santo se les transmitía con antorchas, y la imposición de las manos se realizaba con la sicca, aquel sable corto, medio puñal, medio cimitarra, y que dio nombre a los *sicarios*, ex zelotes. Ya hemos encontrado, pues, al Bartholomaeus citado en Flavio Josefo, y que había causado *"tantos males a los idumeos y a los árabes"* (op. cit.).

por otra parte, Cuspio Fado (y no Astyage, hermano del rey de Armenia), el procurador que mandó ejecutar a Bartholomaeus, entró en funciones en el año 45 de nuestra era, un año después de la muerte del rey Herodes Agripa I, y por designación de Claudio César. Por lo tanto, probablemente Bartholomaeus fue ejecutado a principios del año 47, ya que Tiberio Alejandro, sucesor de Cuspio Fado, entró en funciones en el segundo trimestre del año 47, y en seguida hizo crucificar a Simón-Pedro y a Jacobo-Santiago, en el mismo período.

De modo que parece evidente que esa triple ejecución pertenece a un episodio global de la represión romana. Los protagonistas están relacionados por los hechos, y Bartolomé, Simón-Pedro y Jacobo-Santiago fueron capturados y condenados por sus actividades comunes: una guerrilla nacionalista, complicada por necesidad vital con bandolerismo puro y simple a los ojos de Roma. Porque no olvidemos que las incesantes guerras civiles terminaron, en aquella época concreta, por llevar el hambre a toda Judea. Y de ahí las razzias de los zelotes en Arabia meridional. Bartolomé debía estar encargado de la intendencia y del avituallamiento de los grupos ofensivos.

En lo que concierne a su tipo de muerte, debió de ser el habitual: la cruz. Pero precedida obligatoriamente de una terrible flagelación. También pudo ir precedida de un interrogatorio sometido a tortura. Y, a través de los autores antiguos, sabemos que los verdugos romanos usaban en todo el Imperio guantes de crines, guanteletes o manoplas de piel de tiburón, incluso uñas de hierro, para después de la flagelación. Y esto pudo dar nacimiento a la leyenda de un Bartolomé despellejado vivo.

# 14

## Iochanan, o Juan el Evangelista

> No importa si sois partidarios de Pascal o de Voltaire, vuestra fe no será seria hasta que no haya resistido a la confrontación con un adversario ...
>
> JEAN GHEHENNO,
> *Ce que je crois*

Para la claridad de la exposición, observaremos ante todo que conviene distinguir a varios Juanes.

En primer lugar está Juan el Bautista, evidentemente. Fue encarcelado por orden de Herodes Antipas en la ciudadela de Maqueronte, a orillas del mar Muerto, el 28 de mayo del año 31 de nuestra era, y fue decapitado el 29 de marzo del año 32, menos de un año más tarde.

Luego está Juan el apóstol, a quien se llama también "el discípulo bienamado". Éste será el que estudiaremos aquí.

Está también Juan el presbítero, de quien fue oyente Papías. Debió de ser uno de los setenta y dos discípulos enviados por Jesús de dos en dos (Lucas, 10, 1 y 17, habla de setenta, algunos manuscritos hablan de setenta y dos).

Está, por último, Juan, de sobrenombre Marcos, compañero de Bernabé y de Saulo, de quien algunos exégetas declaran que es el mismo que el Marcos evangelista, discípulo de Simón-Pedro, y de quien otros afirman que es un personaje diferente. Los docetas[57] usaban preferentemente el evangelio de Marcos (cf. Ireneo, *Contra las herejías,* III, XI, 7), para el versículo 31 del capítulo V, que aportaban los discípulos de Valentín, y que sugería que Jesús, mientras estaba con vida, tenía ya el mismo "cuerpo ilusorio" afirmado implícitamente por Juan, 20, 17.

Sobre los orígenes familiares de Juan, el "apóstol bienamado", en Mateo descubrimos esto:

"Pasando (Jesús) más adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo, y Juan, su hermano, que en la barca, con Zebedeo, su pare, componían las redes, y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron". (Mateo, 4, 21).

Es evidente que si Jacobo (Santiago) y Iochanan (Juan) obedecen instantáneamente a esta llamada de Jesús, es que le conocen ya. A menos que

---

[57] *Docetismo:* doctrina gnóstica según la cual Jesús sólo usó una materialización momentánea, sin realidad carnal, lo que implica que no hubo gestación intrauterina, ni nacimiento físico, ni sufrimientos corporales, ni muerte normal. Desapareció del mismo modo que había aparecido.

se ponga en juego una fascinación hipnótica, no se ve cómo dos hombres normales pueden comportarse así, y menos cuando el padre, a quien con semejante desenvoltura dejan plantado, con sus redes y su barca, no se extraña ni protesta. Por lo tanto, no es la primera vez que Jesús los llama, el hecho es habitual; reconocen al “hijo de David”, como más tarde lo reconocerá la juventud judía de Jerusalén, a su llegada de Jericó (cf. Mateo, 21, 9, y Marcos, 11, 9); a sus ojos es el rey legítimo, si no legal, y esta llamada es una orden formal.

Pero, ¿quién es ese Zebedeo? Porque no lo volveremos a encontrar en ninguna otra parte. Se le cita como padre de Santiago y de Juan, sin más, en Mateo (20, 20-27, 56), en Marcos (3, 17), en Lucas (5, 10), en Juan (21, 1-3). Los *Hechos de los Apóstoles* lo ignoran. Por lo tanto, es evidente que los escribas anónimos del siglo IV no quisieron extenderse sobre este personaje. Eso significa que para el historiador, curioso y desprovisto de complejos dogmáticos, presenta mucho interés. Volvamos, pues, a Mateo, y veámoslo de más cerca:

“ ... entre ellas María Magdalena y María la madre de Santiago y José y la madre de los hijos de Zebedeo” (Mateo, 27, 56).

A priori hay tres mujeres diferentes. No obstante, seamos desconfiados y vayamos al texto griego original:

*“En aîs Maria è Magdalenè kai Maria è toû Iakobous kai’Iosef mèter kai è méter tôn uiôn Zebedaiou ...”* (Mateo, 27, 56).

Esto nos da, traducido correctamente:

“Entre ellas estaban María Magdalena, y María, la madre de Santiago y de José, *y madre también de los hijos de Zebedeo ...” (op. cit.).*

La madre de los hijos de Zebedeo es la Madría madre de Santiago y de José, por los motivos que siguen:

¿Por qué se nombra a todos los personajes en cuestión, *salvo a esa “madre de los hijos de Zebedeo”?* Pues porque constituiría una repetición, porque se la acaba de nombrar, y no se puede volver a repetir.

Porque si la *è,* en griego, significa *el* o *la*, también significa él o *ella,* y se emplea corrientemente para *él mismo* o *ella misma*. (Cf. *Gran Dictionaire français-grec et grec-çfrançais*, de G. Ozanneaux, Recteur d’Academie, Inspecteur général de l’Université, París, 1863, tomo II, página 607).

Por lo tanto, debe traducirse: “ ... y María, madre de Santiago y de José,

o { *ella misma* madre de los hijos de Zebedeo ... “ y no
*y* madre de los hijos de Zebedeo ...” } “*y la madre* ...”
*la* madre de los hijos de Zebedeo ...” }

Esta última traducción falsea totalmente el sentido de la frase, y más cuanto que no es correcto repetir el artículo, doblándolo. Ese truco es una prueba más

de que se quiere ocultar cuidadosamente *que en realidad era la madre de los hijos de ese Zebedeo,* porque se trataba de *María, la madre de Jesús.*

¿No es acaso el carpintero, *hijo de María,* y el *hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón?* ... (Marcos, 6, 3). Por otra parte, en Lucas leemos esto:

"E igualmente Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran *socios de Simón ..."* (Lucas, 5, 10).

El griego *koinonoi* tiene el sentido de compañeros, asociados. En su *Vulgata* latina, san Jerónimo traduce: " ... *qui eran socii Simonis*", es decir, asociados.
Así pues, los hijos de Zebedeo están asociados con los hijos de Judas de Gamala, y *tienen la barca en común.* Esta barca se halla necesariamente en la orilla de Cafarnaúm, ya que la vivienda de Simón-Pedro se encuentra en esa localidad, tal como nos dice Marcos (1, 16 a 31), y Simón vive allí con Andrés, su hermano (Marcos, 1, 29).

¿Cómo no deducir que se trata también de la barca de Santiago y de Juan? Sucede lo mismo casi en todas partes, en los puertos pesqueros. El o los propietarios de una barca generalmente emplean primero a sus hermanos o a sus primos; así, la barca y la pesca son cosas familiares. Pero esto implica, como es natural, una proximidad de vivienda.

Además, Cafarnaúm, al noroeste del lago de Genezaret, llamado a veces pomposamente el mar de Galilea, es el puerto de atraque de Jesús. Para convencerse de ello, basta con releer a Marcos (4, 13; 8, 5; 11, 23; 12, 24), Marcos (1, 21; 2, 1), Lucas (4, 23), Juan (2, 12; 4, 46; 6, 17).

Probablemente incluso nació allí, porque si Nazareth no existía en aquella época,[58] bien tuvo que nacer en alguna parte. Ahora bien, algunos exégetas protestantes modernos piensan que fue en Cafarnaúm, y fundan su opinión en este pasaje: "... y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo?" (Mateo, 11, 23).

Esta elevación gloriosa de la ciudad a la que Jesús acusará de ingratitud hacia la gracia que le fue otorgada (es decir, su propio nacimiento), aparece explicitada en este otro pasaje: " ... en los términos de Zabulón y Neftalí, *ciudad situada a orillas del mar, (...) al otro lado del Jordán, (...) ese pueblo vio una gran luz ..."* (Mateo, 4, 13 a 16).

Pues bien, Cafarnaúm está situada cerca del mar y en el territorio de Zabulón y de Neftalí, eso es exacto. No obstante, haremos observar a nuestros distinguidos colegas que el país *del otro lado del Jordán* se llama hoy Transjordania, y que también puede tratarse de Besaida-Julias, situada en territorio de Neftalí, pero en la orilla oriental del Jordán. Y en Betsaida poseían bienes, sin duda familiares, Simón-Pedro y Andrés-Lázaro: "Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro" (cf. Juan, 1, 44).

---

[58] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 85-86.

Podría recordarse también la casa-fuerte[59] que la familia davídica poseía asimismo en Gamala. De hecho, la leyenda de los humildes carpinteros pobremente alojados en Nazaret hay que relegarla al campo de las mentiras piadosas. La familia de Judas-bar-Ezequías era rica, rica por el botín de las guerras sostenidas desde hacía más de medio siglo a expensas de los sirios, y también por los diezmos cobrados a las facciones que habían permanecido fieles a los descendientes de los antiguos reyes. (Véase a este respecto la negativa de pagar el peaje a la entrada a Cafarnaúm, precisamente porque él era *hijo de rey.* (cf. Mateo, 17, 24).

Hasta ahora sólo habíamos conocido, como hermanos de Jesús, a los que nos habían citado los Evangelios, a saber, a Simón, Santiago, Judas y José. Nosotros descubrimos un quinto, Andrés, alias Lázaro. Pero ese segundo Santiago (llamado el Menor) y Juan, su hermano, ¿lo eran también de Jesús?.

Por lo que hemos descubierto sobre los "hijos de Zebedeo", resulta que eran *hermanastros,* nacidos del segundo matrimonio de María, después de la muerte de Judas de Gamala, su primer esposo. Remitimos al lector a nuestros argumentos anteriores, en la obra precedente.

En efecto, en el Apocalipsis se habla de la voz de "siete truenos":

> "Cuando hubieron hablado los siete truenos ..." (Apocalipsis, 10, 4).
> "Sella las cosas que han hablado los siete truenos ..." (op. cit., 10, 5).

En un volumen precedente demostramos que esos siete truenos eran siete hermanos,[60] y tenemos en Juan un eco de ello:

"Después de esto se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se apareció así: estaban juntos Simón-Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael, el de Caná de Galilea, y los de Zebedeo y otros dos discípulos. Díjoles Simón-Pedro: "Voy a pescar". Los otros le dijeron: "Vamos también nosotros contigo". Salieron y entraron en la barca ..." (Juan, 21, 1-3).

Sabemos que Natanael es el mismo personaje que Bartolomé (véase el capítulo 13). Estos últimos siete discípulos son, pues: Simón-Pedro, Judas, alias Tomás, alias Dídimo, alias el Gemelo (*Taôma* en hebreo), Bartolomé, alias Natanael, Santiago el Menor, Juan, y otros dos que no se nombran. ¿Por qué? Pues porte que se trata, indudablemente, de Andrés, alias Eleazar, alias Lázaro (hermano de Simón), y de Santiago el Mayor (hermano también de Simón-Pedro), lo que hace siete, la familia está completa, y ahí están los "siete truenos". Sólo falta Jesús, que sería el octavo, pero como es sustituido por su hermano gemelo, Tomás, desempeñando el papel de pseudo-resucitado, volvemos a siete.

El término empleado para decir "hijo del trueno" es *boanerges*, y sólo en el evangelio de Marcos (3, 17). San Jerónimo, contrariado, reproduce esta palabra en su *Vulgata* latina, por no conocerle ninguna traducción posible en

---

[59] Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judaicas*, habla en diversas ocasiones de la "fortaleza de Gamala".

[60] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 111-112.

esta lengua. ¿Qué significa eso? Pues simplemente que esa palabra es intraducible, tanto en griego como en latín como en hebreo. Así pues, busquemos:

*Boan* es un término griego asociado a toda expresión que evoque ruido o fragor de algo. *Anergastos* designa todo ruido desordenado, tumultuoso, inarmónico. En cuanto a *erges*, designaría la idea de activar, de estimular, de inspeccionar una obra cualquiera, del griego *ergon*. Por el contrario, en dialecto cretense, *ergatones* o *ergaones* designa a los obreros encargados de inhumar a los muertos en el campo.

Y así, con *boanergaones*, no tendríamos a un manipulador del rayo, sino a un cantor de salmodias fúnebres. En cuanto a *Boanergastos,* en un argot muy popular ese pleonasmo podría designar un ruido repetido, como un trueno rugiendo a lo lejos. Pero nada en todo esto nos demuestra que los "hijos del trueno" poseyeran el manejo oculto del rayo, como pretenden hacernos creer en Lucas (9, 54): "Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que los consuma? ...". En la antigüedad existía, efectivamente, una secta, por cierto que de carácter internacional, que daba en algunos lugares sacerdotes, y en otros brujos, que conocían el manejo del rayo. Es un hecho probado, y aún existía en el seno del lamaísmo tibetano, en la secta *bon-po,* los *bonetes negros,* hacia 1950, en el Tibet oriental, antes de la ocupación china.

De todos modos, un erudito investigador británico, John M. Allegro, profesor de la universidad de Manchester (estudios bíblicos), acaba de proporcionar una explicación tan sensacional como inesperada. Él fue el primer representante de Gran Bretaña en el equipo internacional encargado de preparar la publicación de los célebres manuscritos del mar Muerto. En su obra, traducida a ocho idiomas, y titulada *De Champignon sacré et la Croix* (París, 1971, Albin Michel éidt.), estudia el papel de la *Amanita muscaria* en los antiquísimos cultos de la fecundidad del Próximo Oriente. Y aquí tenemos lo que podemos conservar para nuestro estudio:

El término de boanerges, como acabamos de ver, no significa nada de lo que Jesús pretende expresar en su frase, relatada por Marcos en su evangelio (3, 17), al menos en griego. Por otra parte, no procede de ninguno de los dialectos arameos conocidos. Pues bien, como ya observamos en una obra precedente, el hebreo conservó en su vocabulario palabras procedentes de las lenguas más antiguas: caldeo, asirio, acadio, e incluso sumerio. Eso ha sucedido con todas las lenguas, constituidas por aportes sucesivos. Y John M. Allegro, familiarizado con esas lenguas muertas, ha descubierto que *boanerges* procedía directamente del sumerio, y que esa palabra no era sino la contracción de una corta frase en ese mismo dialecto: GESH-PU-AN-UR, convertida luego en PU-AN-UR-GES, de donde ese término, incomprendido por los escribas de los siglos IV y V: BU-AN-ER-GES, convertido en *boanerges,* barbarismo que se tomaba por griego.

Esta corta frase, en sumerio, significa simplemente *"hijo del trueno"*, y era tan sólo el nombre de una seta alucinógena, la *Amanita muscaria,* o *Amanita phalloide,* la *amanita matamoscas,* la célebre
*Muchamore* de los chamanes siberianos o kamtchadales, nuestra peligrosa "falsa oronja". Ese nombre, o sobrenombre, como se quiera, deriva de la

creencia propia de los hombres de Sumeria, según la cual nacía *de la voz misma del rayo o del estruendo del trueno,* ya que se había constatado su aparición en el suelo *inmediatamente después de las tormentas.*

Aquí dejaremos por un momento las revelaciones de John M. Allegro, para volver a nuestra gramática acadia de M. Rutten, del Museo del Louvre (París, 1937, Adrien-Maisonneuve édit.), *Eléments d'accadien.* Los textos acadios más antiguos se remontan a la dinastía semítica de Acad, es decir, a 2.800 años antes de nuestra era, y los últimos al siglo I de ésta. Es decir, que no es sorprendente encontrar términos procedentes de Acad en los diversos dialectos arameos. El grupo oriental acadio de las lenguas semíticas dio nacimiento al asirio y al babilonio. Y en el acadio (como en el asirio), no hay más que *cuatro vocales*, a saber, *a, i, u, e*, que constituyen el tetragrama sagrado por excelencia, el nombre divino de los hebreos: *IEUA (iéuhah*), en hebreo *iod-he-vaw-he*. Éstos, basándose en esa tradición, lo tenían sólo desde la cautividad de Babilonia.

Ahora bien, si hay una tradición fundamental en la exégesis del *Antiguo Testamento*, ésa es la que califica al dios de Israel de *elohim de la tormenta*, porque Yavé es, efectivamente, el *dios del rayo*. Citemos simplemente, como justificación:

"El trueno anuncia *que viene* ..." (Job, 36, 33).

"Y mostrará (Yavé) cómo hiere su brazo ... (...) entre nubes*, tempestad* y furiosos granizo" (Isaías, 30, 30).

"En el tercer día, al amanecer, hubo truenos, relámpagos, y una densa nube sobre el monte (Sinaí) (...). Todo el monte Sinaí estaba humeando, porque sobre él había descendido *Yavé en forma de fuego* ..." (Éxodo, 19, 16-18).

Recuérdese el papel del *peyotl* en México, o de las setas *alucinógenas* y *teóforas* de América del Sur.

Por otra parte, es seguro que, *esotéricamente*, esa seta, la *Amanita muscaria*, es el misterioso fruto del Jardín del Edén. En Plaincourault, cerca de Mérigni (Indre, Francia), ella es la que, engrandecida desmesuradamente, flanqueada por Adán y Eva, que velan sus sexos con las manos. Ese fresco se remonta al siglo XII. Por lo tanto, el papel secreto de la amanita aún era conocido en aquella época en los ambientes cristianos heterodoxos más o menos "iniciados".

Consecuencia inmediata de ello, para un primitivo, es evidentemente que la seta que aparece después de la tormenta, sin que nada justifique su brote del suelo, es "*hija del trueno*", su sello y el testimonio de la materialidad del dios del rayo.

Consecuencia secundaria: al utilizar sus propiedades alucinógenas uno se impregna de la naturaleza, *uno se diviniza*. Y entonces aparecen los fenómenos de intoxicación psíquica. Aproximadamente una hora después de la absorción de la *Amanita muscaria*, el individuo es objeto de tirones nerviosos, de temblores de todos los miembros; siguen sacudidas tendinosas. Al principio

permanece consciente; psíquica e interiormente está de buen humor. Luego empiezan las alucinaciones, los sueños en vigilia, las visiones. El individuo palidece, sus ojos se vuelven vidriosos. Todavía son posibles algunos gestos voluntarios y conscientes, luego sobrevienen una tristeza o una alegría extremadas. *A veces el individuo parece ebrio, baila o brinca sobre el lugar.* Experimenta también la necesidad de *confesarse públicamente,* de vaciarse literalmente de todos sus secretos. Es una verdadera liberación, un desahogo. Todos estos datos los hemos tomado de un gran especialista, L. Lewin, en su obra *Phantastica (op. cit.,* cap. IV).

¿No le recuerda esto nada al lector? Volvamos a los Evangelios, el pasaje en el que se dice que se tenía a Jesús por loco:

"Oyendo esto sus deudos, salieron para apoderarse de él, pues decíanse: Está fuera de sí ..." (Marcos, 3, 21).

San Jerónimo, en su *Vulgata* latina, texto oficial de la Iglesia católica, traduce por *furorem versus*, es decir, *loco furioso*. Y en los *Hechos de Juan*, apócrifo del siglo IV, redactado en griego, se nos muestra a Jesús *bailando antes de su captura* ante sus discípulos y explicándoles el porqué en un corto discurso, totalmente incoherente: "¡Quien no baila, no sabe lo que va a suceder! ... Tú que bailas, mírate en mí, que hablo, y viendo, participando, mantén silencio sobre mis misterios..." (*Hechos de Juan*, XCIV).

Así pues, y para resumir, nuestros místicos extremistas, jefes de la corriente zelote, eran *drogados.* De ahí las "visiones" proféticas. Y al calificar a Santiago y a Juan de "hijos del trueno" (*boanerges),* Jesús les da simplemente el nombre de su droga, los asimila a ella, algo así como si a un borracho inveterado se le llamase "bota de vino", o a un devorador de carnes semicrudas, "rosbif". Y a eso se reduce probablemente todo el misterio de los pretendidos "manipuladores del rayo". (Cf. J.M. Allegro, *Le champignon sacré et la croix,* en concreto las páginas 225 a 230, donde el autor demuestra que los zelotes hacían uso de la *Amanita muscaria*).

María, madre de Jesús, ¿aprovechaba también las propiedades de esa seta sagrada? No es imposible. Porque hay documentos muy antiguos que le atribuyen la cualidad de *profetisa:* "Y el ángel Gabriel entró en casa de la profetisa, y ella concibió y alumbró a un hijo".

Esta calificación, *in extenso,* aparece reproducida por san Epifanio, obispo de Salamina, y se la encuentra en el *Codex sinaiticus* y en el *Alexandrinus,* según nos dice el abad E. Amann en su traducción del Protoevangelio de Santiago. (*Protévangile de Jacques,* p. 19, nota 1).

Puede entonces admitirse que, cuando María hubo concebido a Jesús de su legítimo esposo Judas de Gamala, y mientras ignoraba aún que estaba encinta, al utilizar con fines vaticinadores según su costumbre (profetisa) la seta sagrada, tuvo la visión de un personaje fabuloso, que ella identificó luego con el ángel Gabriel, y percibió intuitivamente que estaba embarazada, que daría a luz un hijo, etcétera.

Lo que explicaría que, a continuación, al regresar de ese estado al estado de vigilia habitual, no recordara ya dicha alucinación. Y de ahí la frase del *Protoevangelio de Santiago*: "Pero María había olvidado los misterios que le había revelado el ángel Gabriel", y el hecho de que ella no revelara jamás nada de esa concepción milagrosa a los hermanos menores de Jesús.[61]
Sobre el hecho de que Juan el Evangelista es hermano de Simón-Pedro, y por consiguiente *hermano también de Jesús,* dado que Pedro lo era,[62] tenemos la prueba definitiva en la *Crónica* de George Hamortholos, documento del siglo IX, y que tiende a demostrar que su autor poseía todavía los cinco libros de Papías: *Comentarios a las palabras del Maestro.* Volvamos al Evangelio de Juan:

"Díjole Jesús: "Apacienta mis corderos (...) En verdad, en verdad te digo: Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejezcas, *extenderás tus manos* y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras". Esto lo dijo indicando *con qué muerte* había (Pedro) de glorificar a Dios. Después añadió: "Sígueme ... "(Juan, 21, 15, 18-19).

Entonces viene el pasaje en que Jesús dice de Juan: "Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que yo venga, ¿a tí qué? Tú sígueme". (Juan, 21, 22). *Y en esos versículos se trata únicamente de Simón-Pedro y de Juan el Evangelista.* Pues bien, en su *Crónica*, Georges Hamortholos nos dice de Juan que fue "muerto por los judíos, cumpliendo, *igual que su hermano*, la palabra que Cristo había pronunciado sobre ellos ..." (*Op. cit.*)

*Ese hermano* es, por lo tanto, evidentemente Simón, y no es de Santiago de quien se trata aquí.

Por consiguiente, Juan es hermano de Simón-Pedro, *y por lo tanto hermano de Jesús*, y murió en Judea, como ellos, lo que suprime toda indecisión sobre las diversas tumbas que se afirma que son las suyas. Pero, sobre todo, ello implica que tuvieron *la misma madre* (y quizás el mismo padre), de donde la frase confirmativa de Juan:

"Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la madre: 'Mujer, he ahí a *tu hijo'.* Luego al discípulo: 'He ahí a *tu madre' ...*" (Juan, 19, 26).

Y esto plantea entonces otro problema, el de las relaciones de identidad entre el misterioso Alfeo y Simón el Leproso.

En Mateo (10, 3), Marcos (3, 18), Lucas (6, 15), y Hechos (1, 13) nos enteramos de que hay un Santiago (Jacobo) que es hijo de Alfeo, y ese Leví, sentado en el puesto de peaje, y por consiguiente publicano, es el mismo que Mateo, como ya hemos visto precedentemente (véase el capítulo 12). Eso confirma que el citado Alfeo es también de la familia, y su hijo Santiago otro tanto.

---

[61] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 58-59.

[62] *Id.,* pp. 70 a 90.

Ahora bien, el griego *alphos* significa herpes blanco, es decir, *psoriasis*. No es difícil adivinar que se trata de un *nomen* helénico que acompañaba, como era costumbre, al nombre hebreo de circuncisión, y que dicho nombre era asimismo un sobrenombre. ¿Cuál era entonces el nombre de circuncisión?

Estamos en nuestro derecho de suponer que se trataba de Simón el Leproso, *cuya vivienda se hallaba en Betania, y que vivía con Marta y María, hermanas de Lázaro, alias Andrés, hermano de Jesús, hermanas del citado Jesús* (Mateo, 26, 6; Marcos, 14, 3) como ha sido demostrado antes (véase el capítulo 9). Entonces sería un mismo personaje, con diversos nombres, probablemente un tío abuelo de Jesús, ya que era el padre de Mateo-Leví, a su vez tío del citado Jesús. Y al estudiar la personalidad de la joven María, hermana de Jesús, veremos por qué el ostracismo legal *implicado por* su sobrenombre (la psoriasis en aquella época a menudo era tomada como una lepra), le *impuso* una vida aparte, fuera de Jerusalén, como ella.

Por otra parte, Alfeo es la forma helenizada del hebreo *Eliphas,* que significa "dios lo purifique". Sería entonces el famoso *nombre de sustitución* que se imponía en Israel a un enfermo, en el curso de un ritual especial, en lugar del *nombre de circuncisión,* a fin de desviar una enfermedad o un peligro. *Eliphas* había sustituido entonces a Zebedeo, amenazado de lepra (en realidad de psoriasis), y luego habría sido traducido al griego por *Alfeo,* de *alphos* (herpes blancos), porque significaría la purificación.

De los versículos en los que se cita a los dos hermanos, Santiago y Juan, como "hijos de Zebedeo", resulta que Santiago es probablemente el mayor. Acabamos de ver que procedían del segundo matrimonio de María, madre de Jesús, ya que la muerte de Judas de Gamala, su primer esposo, se situaría hacia el año 6 de nuestra era, fecha de la revolución del Censo.

Ese segundo matrimonio, conforme a la ley judía, puede situarse por lo tanto hacia el año 7 de nuestra era. Santiago habría nacido en el año 8, y Juan, que vendría enseguida, hacia el 9 o el 10.
El plazo legal que separaría la muerte, publicada y certificada, de Judas el Gaulanita, y el nuevo matrimonio de María debió de ser muy corto, ya que con esta segunda unión de lo que se trataba era de dar un protector legítimo y eficiente a los hijos del jefe zelote muerto en combate. Los romanos, en efecto, se esforzaban por suprimir por todos los medios posibles a la descendencia davídica, según nos dice Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica* (III, XII, XX, XXXII).

Y queda un eco de las privaciones que esta muerte acarreó al hogar familiar en la obra atribuida a Clemente de Roma:

"A esas palabras, Pedro respondió: '... Porque yo y Andrés, *mi hermano a la vez carnal* y ante Dios, no sólo fuimos criados como *huérfanos,* sino que además, a causa de nuestra pobreza y de nuestra situación penosa, fuimos acostumbrados desde la infancia al trabajo ...'." (Cf. Clemente de Roma, *Homilías clementinas,* XII, VI).

Por consiguiente, Juan contaría unos veinticuatro o veinticinco años en la época de la crucifixión de su hermanastro mayor Jesús, en el año 35 de nuestra

era, época de dicha muerte, cuando Jesús tendría, como ya se dijo, y según san Ireneo, unos cincuenta años de edad.

Según la tradición eclesiástica, Juan habría muerto bajo el reinado de Trajano, es decir, hacia el año 98, que fue cuando comenzó dicho reinado. Juan contaría, por consiguiente, ochenta y ocho años. Esto nos parece mucho, teniendo en cuenta los acontecimientos trágicos en los que se vio necesariamente envuelto. Porque su hermano Santiago (el Menor) murió en el año 63, es decir, a la edad aproximada de cincuenta y cinco años. La opinión de varios historiadores es que Juan moriría en *Palestina,* y por lo tanto mucho antes de lo que dice la leyenda.

Sobre este tema citaremos, una vez más, a Georges Hamartholos (llamado Jorge el Monje), quien, en su *Crónica* del año 850 nos cuenta que "Papías, testigo del acontecimiento, dice que Juan murió a manos de los judíos". (Cf. Migne, *Patrologie grecque*).

El *Martirologio* de Siria, que es del siglo IV, fija en el 27 de diciembre la muerte *de los dos hermanos, Santiago y Juan*, que pasaron juntos a mejor vida.

Todo esto implica una doble inverosimilitud, la de las dos tumbas erigidas en Éfeso. Habría, por lo  menos, una de más. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXIX, y y VII, XXV, 16).

A la muerte de Jesús, su hermano mayor, Juan habría recibido de él la misión de velar por María, la madre de ambos; y de ahí el célebre pasaje: "Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la madre: 'Mujer, he ahí a *tu hijo'.* Luego dijo al discípulo: 'He ahí a *tu madre' ...".* (Juan, 19, 26). El texto añade que, a partir de ese momento Juan la tomó en su casa, lo que implica que antes debía de vivir en casa de sus otros hijos, y confirma lo que decíamos antes, a saber, que Juan era hijo de María, y por lo tanto hermano de Jesús.
Sin embargo, ese texto parece falseado, a causa de un manuscrito descubierto recientemente. David Flusser, en su libro *Jesús,* citando el descubrimiento de ese apócrifo,[63] dice que las palabras reales de Jesús debieron ser: "¡Coge a tus hijos y vete!". (op. cit., p. 28).

La presencia verosímil, al pie de la cruz, de Simón, Santiago y Judas, conocidos como lugartenientes de Jesús, y por lo tanto, sujetos al riesgo de ser apresados por los legionarios de guardia en aquél lugar, nos hace dudar de la veracidad de dicho episodio. A menos que el manuscrito estuviera mal traducido, que el pasaje fuera más o menos descifrable, y que hubiera que leer: "Coge a tus *hijas* y vete ...", porque según los canónicos al pie de la cruz patibular sólo hay mujeres.

Sea lo que fuere, el episodio de Juan teniendo que hacerse cargo de María en su casa aparece muy sospechoso a los ojos del historiador desconfiado. En efecto, según san Ireneo, discípulo y oyente de los "padres apostólicos" (" que había conocido a los apóstoles"), Jesús debió de morir a los cincuenta años, "próximo a la vejez". Como fue crucificado hacia el año 34 o 35 de nuestra era,

[63] Cf. S. PINÈS, en *The Jewish Christians of the Early Centuries of Cristianity, p. 61.*

debió de nacer en el 16 o 17 antes de ésta. María, su madre, núbil legalmente desde la edad de doce años y medio, pudo tenerlo cuando contaría unos quince años. Ella habría nacido, por lo tanto, hacia el año 32 antes de nuestra era, lo que significaría que en ese momento contaría aproximadamente sesenta y cinco años.

Pues bien, ¿a quien se hará creer que Juan se ocupó de evangelizar Asia, y que vivió en ella, como asegura Eusebio de Cesarea? (Cf. *Historia eclesiástica*, III, I). Es decir, que estuvo siempre en camino, velando, cuidando y subviniendo a las necesidades de una madre anciana. Porque en aquella época, y más aún en todo el Oriente Medio, una mujer de más de sesenta y cinco años, y después de haber pasado por todas las tragedias que sabemos, debía de representar muchos más. Nos hallamos históricamente muy lejos de la imaginería de Saint-Sulpice, en la que María aparenta siempre unos quince años, y se nos presenta como una jovencita tímida y bien educada. Seguro que el apostolado itinerante de Juan no podía acompañarse de semejante carga.[64] Pero esto no es todo.

Igual que Simón-Pedro y que Jacobo-Santiago, sus hermanastros, desaparece totalmente de los Hechos de los Apóstoles después del sínodo de Jerusalén, en el año 47. ¿Qué se hace de él? Misterio. Porque veintitrés años más tarde, si damos crédito a Tertuliano, se encuentra en Roma, en el año 70, es decir, seis años después del incendio de la ciudad y del barrido efectuado entre los cristianos que residían allí. ¿Qué hacía, pues? ¡Apostolado, claro! Pero, en este caso, ¿por qué no se sabe nada de su labor en la capital del Imperio romano?

Llega entonces el reinado de Domiciano, segundo hijo de Vespasiano, que gobernará el Imperio desde el año 81 hasta el 96. En el 81, Juan debe tener unos setenta y un años. Al estar implicado en la persecución ordenada por ese emperador contra todas las sectas y sociedades secretas, sean las que fueren (los cristianos no son los únicos afectados), Juan y otros sufrirán el martirio, según la historia oficial. Será sumergido en una cuba de aceite hirviendo, a las puertas de Roma. Pero saldrá de ella fresco y bien dispuesto, claro está, Tertuliano llega incluso a añadir que “revigorizado”, y conseguirá huir, a pesar de la guardia y de los espectadores, por la Puerta Latina, de donde su nombre de *San-Juan-Puerta-Latina.* Aquí caemos en pleno delirio piadoso; júzguese, si no.

La Puerta Latina, *Porta Latina,* se abre, efectivamente, sobre el camino que, al sur de Roma, conduce hacia las catacumbas de san Calixto.

Está próxima a las termas de Caracalla, y se sitúa a apenas mil quinientos metros del Coliseo. Pues bien, está abierta en la muralla de defensa construida por orden del emperador Aureliano, muralla que fue construida *entre los años 270 y 275 de nuestra era, es decir, a finales del siglo III,* a fin de proteger a la capital del Imperio romano de las invasiones bárbaras. Al lado de esta puerta se levanta la capilla de *San Giovanni in Oleo,* es decir, “San Juan en el aceite”, lugar tradicional en el que se afirma que tuvo lugar el milagro. Porque, como milagro, es y bien gordo eso de salir intacto de un baño en una cuba de aceite en ebullición, y luego huir por una puerta *que todavía no existe, lo mismo que la muralla de la que forma parte.*

---

[64] El *Transitus Mariae* dice lo contrario.

Se observará, además, que Eusebio de Cesarea, que redacta su *Historia eclesiástica* en el siglo IV, ignora totalmente la venida de Juan a Roma, y la fritura en aceite hirviendo. Sin embargo, Eusebio leyó el *De praescript. haeretic.* de Tertuliano, muerto en el año 240, donde figura este episodio. Y no lo tuvo en cuenta. Por otra parte, la tradición oriental situaba este episodio en *Éfeso*. ¡Uno se pierde, la verdad!

Lo más probable (si es que Juan fue a Roma, cosa que resulta bastante dudosa) es que, importunados por sus prédicas y escandalizados por sus ataques contra la religión del Imperio, los parroquianos lo agarraran y lo tiraran dentro de un recipiente de aceite frío o, más simplemente aún, le vaciaron una ánfora de aceite encima de la cabeza. Y si intentó huir, todo viscoso, no sería por la Puerta Latina, todavía inexistente. Luego le atraparían de nuevo, ya que lo encontramos en exilio en Patmos, una de las islas Espóradas, al norte del mar Egeo. Lo que prueba que la aventura del aceite, si hay que admitir su realidad, no procedía de una condena a muerte *legal,* ya que el baño de aceite hirviendo no es un castigo ordenado por un magistrado, y en el caso de una condena a muerte *previa,* no habría visto dicha pena conmutada por una deportación libre, después del nuevo delito de fuga. Toda esta leyenda no descansa sobre nada plausible.

Fue relevado de esta deportación a Patmos en el año 98, primer año del reinado de Nerva, emperador muy benevolente, y se fue a residir a Éfeso, ciudad de Jonia, también sobre el mar Egeo. En su estancia en dicha ciudad fue donde predió, claro está, que:

“El día del Señor (un domingo), a la hora tercia (las nueve de la mañana), se produjo un gran temblor de tierra, una nube se elevó de pronto ante los ojos de todos y lo transportó a Jerusalén, ante el umbral de la vivienda se hallaba la Virgen María, madre de Dios. Empujando la puerta, entró ...” (Cf. Méliton, *Livre du Passage de la Très-Sainte-Vierge Marie, Mère de Dieu,* capítulo IV y siguientes).

Y el buen san Melitón, que fue obispo de Sardes, en Lidia, nos cuenta, maravillado todo él, cómo los santos apóstoles, a pesar de estar “dispersados por toda la tierra”, llegaron con los mismos medios sobrenaturales que Juan a la mansión de María, quien ascendió a los cielos llevada por los ángeles, dejándoles de esa ascensión memorable un testimonio palpable: su hermoso cinturón azul.

Conocemos ocho ejemplares de éste: en Constantinopla, en Soissons, en Quintin, en Notre-Dame de París, en Chartres, en Asís, en Prato (Italia), en Montserrat (Cataluña), es decir, cuatro en Francia, del total de ocho. No en vano Francia es la “hija mayor de la Iglesia”.

Como esto de los aires, por encima de Jerusalén, se desarrollaba en el año 98, y María Nació, aproximadamente, como establecimos antes, en el año 32 antes de nuestra era, cuando tuvo lugar esa ascensión a los cielos ella contaría, por lo tanto, 32 + 98 = 130 años. Lo que es mucho para un viaje así. No se ría usted, lector. Porque, ante el gran estupor del mundo protestante, y de los consternados teólogos y exégetas católicos, el papa Pío XII hizo de esta leyenda

de la Asunción de la Virgen *en carne y hueso* un dogma definitivo, y un artículo de fe para toda la Iglesia católica. Pero hay que observar que, cuando el buen san Melitón compuso o recogió ese relato, llamado inicialmente *Transitus Mariae,* es decir, en el siglo IV, ignoraba todavía que los escribas anónimos, que operaban al mismo tiempo que él, imaginarían confiar a Juan su madre María en el Evangelio de Juan (19, 27), ya que los muestra separados desde hacía mucho tiempo, ni que más tarde se le haría morir en Éfeso, en lugar de en Jerusalén.

Para concluir, recordando que en Éfeso no hace aún muchos años se mostraban varias tumbas diferentes del apóstol Juan, y sabiendo por otra parte que hubo varios personajes con este nombre en la historia balbuceada de los primeros siglos, nosotros mantendremos una prudente reserva.

Y más cuando, igual que la *Crónica* de Georges Hamartholos, un manuscrito del siglo IV de Felipe de Sida (hacia el año 430) nos aporta la afirmación de Papías, quien enseñaba que *"Juan había muerto en Judea, mucho antes de la destrucción de Jerusalén por Tito, en el año 70".* Lo que destruye, evidentemente, toda la leyenda.

Dejemos, pues, esos relatos infantiles acumulados sobre esa figura tan interesante del discípulo "que Jesús amaba", dejemos a los historiadores eclesiásticos enredarse a más no poder en sus múltiples contradicciones, y limitémonos a considerar simplemente que Iochanan-bar-Zabdi, alias Juan hijo de Zebedeo, murió en Palestina, en el curso de las represalias romanas ejercidas contra el movimiento mesianista o zelote, como todos sus hermanos y hermanastros, y que si la leyenda acepta la mentira, la historia, por el contrario, exige llevar aparejada la verdad.

Porque lo que en cambio sí es cierto es que Juan participó también en la lucha mesianista. Y en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea leemos lo siguiente, *que resulta bastante desconcertante:*

"También Juan, aquel que reposó sobre el pecho del Señor y que fue sacerdote (en hebreo: *cohen*), y llevó el *petalon*, que fue mártir y didascalo, reposa en Éfeso". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXXI, 3).

"El trono (en griego: *tronos*) de Santiago, de aquel que fue el primero que *recibió del Salvador* y de los apóstoles el episcopado de la Iglesia de Jerusalén, y a quien las divinas Escrituras designan habitualmente como *el hermano de Cristo*, se ha conservado hasta nuestros días". ((Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VII, XIX).

El *petalon* era una insignia pontificia, propia del sumo sacerdote de Israel. Está descrito en el Éxodo (28, 36-38) como una lámina de oro puro, con la inscripción grabada "*Consagrado a Yavé*", y estaba fijado sobre la tiara del pontífice, en medio de su cinta frontal.[65]

[65] En hebreo K.A.E.S., es decir, *"Kadosh Adonai Elohim Sabaoth"* (Santo es el Señor, dios de los ejércitos).

Así pues, Juan debió de ser, en una especie de herejía asociada a la corriente zelote, el equivalente del pontífice supremo de la ortodoxia judía. Pero se trataba de un *cisma*, aunque dentro de la gran línea de la Ley recibida del Sinaí. Y ante esta constatación de un Juan, rival del *cohen-ha-gadol,* por lógica debemos barrer la imagen de un Juan encuadrándose dentro de todas las elucubraciones heréticas de los fundadores cristianos de Saulo-Pablo. Porque esta rivalidad entre Juan y el pontífice supremo salido de las filas saduceas implica que *jamás el citado Juan imaginó a un Dios en tres personas, una de las cuales la habría constituido su propio hermano.* Y pronto, *en sus discípulos,* hallaremos la prueba, cuando éstos dicen: "Ni siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo ..." (Cf. Hechos de los Apóstoles, 19, 2).

Por otra parte, los tronos episcopales no aparecerán bajo el aspecto de cátedras, de piedra o de mármol, hasta que los cristianos posean basílicas, es decir, por lo menos hasta el siglo IV. Ese *trono* de Santiago, que en opinión de los exégetas católicos debía ser de madera, y probablemente de cedro, era significativo de la autoridad de Santiago, del mismo modo que el *petalon* lo era de Juan. Era, por lo tanto, un trono real, y no una cátedra que simbolizara la autoridad espiritual.

Observemos, además, que en el pasaje de Eusebio citado anteriormente, Santiago había recibido *"del Salvador y de los apóstoles"* la autoridad sobre la iglesia de Jerusalén, es decir, toda la Iglesia primitiva. Lo que barre definitivamente la pretendida "primacía de Simón-Pedro", tan cómoda para asentar las pretensiones de la futura Iglesia de Roma, aunque Simón-Pedro no hubiera estado jamás en Roma, y aunque fue *indiscutiblemente el primer obispo de la de Antioquía,* lo que lo situaría a esta última inmediatamente después de la de Jerusalén. El fue, efectivamente, quien consagró a Evod, primer obispo de Antioquía. (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXII).

Volviendo al *doble poder* de la corriente zelote, constataremos que el jefe temporal está siempre acompañado de un jefe espiritual:

- Judas de Gamala con el *cohen* fariseo Saddoc.
- Jesús-bar-Juda (Jesús) con Iochanan-bar-Zakariah (el Bautista).[66]
- Jacob-bar-Juda (Santiago) con Iochanan-bar-Zabdi (Juan).
- Simeón-bar-Kokheba con rabbi Akiba-ben-Ioseph.

Y esto es una prueba más de que Juan, "el apóstol bienamado" jamás fue otra cosa que un militante zelote, como todos sus hermanos.

No obstante, todavía nos parece necesario aquí un último resumen, como sucedió con la biografía de Simón-Pedro.

Es evidente que si el apóstol Juan murió en Judea mucho antes del año 70 (fecha de la destrucción de Jerusalén), tal como atestigua Papías, citado por Felipe de Sida, quien en el siglo IV todavía poseía su *Exégesis de las sentencias del Señor*, es que fue ejecutado allí por los romanos como zelote, ya que en aquella época Roma sólo perseguía a éstos, dado que la persecución del año 64

[66] Estudiaremos este emparejamiento en otro capítulo.

consecutiva al incendio de la capital del Imperio todavía no había desbordado los límites de la ciudad.[67] Y tenía otras cosas que hacer, en lugar de redactar un evangelio *que no aparece citado más que, por primera vez, en la obra de Ireneo, es decir, hacia el año 190 de nuestra era ...*

Conclusión inevitable: el hecho de que los hermanos y lugartenientes de Jesús fueran *todos* zelotes militantes, y perecieran en el curso de los combates que respondían a esta mística, como acabamos de demostrarlo, prueba de manera definitiva que el propio Jesús no fue jamás otra cosa que *el jefe supremo de ese movimiento,* tal como ya desarrollamos extensamente en una obra precedente.

[67] Por lo tanto habría muerto en Jerusalén, a la vez que Santiago el Menor, bajo el pontificado de Ananías, en el año 63 de nuestra era, entre la muerte del procurador Festo y la llegada de Albino, su sucesor.

# 15

## Las “lenguas de fuego” de Pentecostés

> ¡Recibirás su bautismo! ¡Ese segundo bautismo anunciado por Jesús, y que cayó sobre los apóstoles un día de tormenta que la ventana estaba abierta! ...
>
> GUSTAVE FLAUBERT,
> *La Tentation de saint Antoine, IV*

“Cuando el agua curva un bastón, mi razón lo endereza ...”, dijo La Fontaine en su *Animal dans la Lune.* Y es harto evidente; pero sólo lo es para la gente con sentido común, y la ingenuidad humana, la credulidad hambrienta de cosas sobrenaturales “a toda costa”, no lo entienden así.

En este breve estudio consagrado al “milagro” de Pentecostés, y que no tiene otro objetivo que restablecer el clima real en el que pudo nacer su leyenda, nosotros nos limitaremos a citar los textos concretos, y que no pueden ser discutidos. Releamos, pues, los Hechos de los Apóstoles:

“Al cumplirse el día de Pentecostés, estando todos juntos en un lugar, se produjo de repente un ruido proveniente del cielo como el de un viento que sopla impetuosamente, que invadió toda la casa en que residían (los apóstoles). Aparecieron, como divididas, lenguas que parecían de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les otorgaba expresarse. Residían en Jerusalén judíos varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre, que se quedó confusa al oírles hablar a cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: ‘Todos estos que hablan, ¿no son galileos? Pues ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? ¡Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios!’. Todos, fuera de sí y perplejos, se decían unos a otros: ‘¿Qué quiere decir esto?’. Otros, burlándose, decían: ‘Están cargados de mosto’ ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 2, 1 a 13).

Antes que nada, y dirigido a los lectores que desconozcan las diversas liturgias, tanto judías como cristianas, recordaremos que la Pascua *judía* tiene lugar en la luna llena que sigue al equinoccio de primavera. El sol se encuentra entonces en el signo de Aries (mes de Nisán), y la Luna, *ipso facto,* en el signo de Libra. La Pascua va seguida de un período de cincuenta días (cincuenta, en griego: *Pentekostès),* que constituye *un ciclo de siete semanas* (siete veces siete días), seguido del que hace cincuenta, día crucial para los *cabalistas y los místicos judíos.* Esa Pascua conmemora la “salida de Egipto”. El día que hace

cincuenta, llamado *Chabuoth* en hebreo, corresponde a la entrega de las tablas de la Ley a Moisés en la cima del Sinaí: *Matan Torah.* Para realizar *en el alma del cabalista* un "ascenso" simbólico hacia Dios y recibir la iluminación personal, existe un ritual, que por cierto ha variado en el curso de los siglos, y es el ritual del *Tikun Chabuoth,* observado fielmente en la noche de Pentecostés por místicos y cabalistas judíos. *Y es eso, y ninguna otra cosa,* lo que observaron los lugartenientes y hermanos de Jesús en aquella noche del *Chabuoth* del año de su crucifixión.

Es seguro que, antiguamente, ese ritual comprendía fumigaciones compuestas por productos vegetales *anagógenos,*[68] y la ingestión de *vinos de hierbas* en los que se habían puesto en infusión productos vegetales *alucinógenos.* Sobre el uso de esos productos, basta con releer todo lo que concierne a las *escuelas de profetas* y a las *embriagueces rituales de los cohanim:* I Samuel, 9, 9; 10, 10; 19, 20; Isaías, 28, 7; Salmos, 75, 9; Isaías, 29, 9; Miqueas, 2, 11; Éxodo, 15, 20; Jueces, 4, 4; II Reyes, 22, 14; Nehemías, 6, 14; Isaías, 8, 3.

Por eso es por lo que dom J. Dupont O.S.B., profesor en la abadía benedictina de Saint-André, traductor y anotador de los Hechos de los Apóstoles en el marco de la Biblia de la Escuela bíblica de Jerusalén, aclara discretamente las cosas en sus notas, que nosotros resumiremos:

*a)* hay una afinidad entre el *Espíritu* y el *viento*, ya que en hebreo *Espíritu* significa *soplo*;
*b)* la forma de las llamas se relaciona aquí con el don de las lenguas; por su forma y su movilidad, la lengua simboliza la llama;
*c)* el fenómeno de Pentecostés "se entronca en el carisma de la *glosolalia,* frecuente en los primeros años de la Iglesia". Se encuentran antecedentes en el antiguo profetismo israelita. Estaban anunciados "transportes" de ese mismo estilo para el fin de los tiempos;
*d)* en lo que concierne a la comprensión del mensaje expresado por uno de los "poseídos" por el Espíritu Santo, y eso para todos los mirones, fuera cual fuese su nacionalidad, se habría tratado de una repetición alegórica de lo que había sucedido en el Sinaí, donde la voz de Dios había sido oída en setenta y dos lenguas diferentes, tantas como *naciones conocidas* había entonces. Por último, nos dice dom Dupont, el milagro de las lenguas aparece aquí como "*el símbolo* y la anticipación maravillosa de la misión universal de los apóstoles".

Moderemos, pues, nuestro entusiasmo. Tal como subraya dom Dupont, es indudable que, por todo lo que acabamos de ver, dicho relato fue "apañado", se le dio *una trama simbólica,* y es inútil querer encontrar en él una realidad histórica concreta.

En cuanto a la embriaguez verbal de los apóstoles, que acababan de salir de la noche del *Tikun Chabuoth* y de sus fumigaciones e ingestiones de alucinógenos, el R.P.J. Dupont la califica, de forma bastante plausible, de *glosolalia:* "El fenómeno de Pentecostés se entronca en el carisma de la

[68] *Anagógeno:* que suscita un clima místico en la psique de un individuo. Todo producto *anagógeno* (incienso, gálbano, etc.) puede desencadenar un estado pre-mediúmnico en determinados individuos predispuestos a ello.

glosolalia, frecuente en los primeros años de la Iglesia ...” (Cf. *Actes des Apôtres*, Editions du Cerf, París, 1964, p. 2, nota a.).

¿Y qué es la *glosolalia*?, se preguntará el lector. *Le Nouveau Petit Larousse*, en su edición de 1969, le dará de forma bastante sucinta su definición:

**Glosolalia**, n. F. “Enfermedad perturbadora del lenguaje, por la que el enfermo crea palabras, dotándolas de significación.” (Gran Enciclopedia Larousse, t.5, p. 273).

Es todo, y es más que suficiente. Eso significa que “ciertos enfermos mentales” formulan, en una *jerga* propia de ellos, “enseñanzas” recibidas del mismo Dios, y que algunos ingenuos se esfuerzan por encontrar en ello significaciones proféticas. En 1785, el cándido Willermoz fue víctima de una alucinada de este tipo, ¡y su jerga demencial incitó incluso a L.C. de Saint-Martin a echar al fuego, entusiasmado, sus propios libros![69] (Cf. Alice Joly, *Un mystique lyonnais,* páginas 230 a 240).

El manuscrito de la biblioteca de Grenoble (papeles de Prunelle de Lière, *Livre del Initiés,* p. 25) nos proporciona numerosos casos. Citemos, por ejemplo:

“Ser puro, ser solo, plenitud en triple *ur,* inaccesible al sentido, vista infinita, inocente amor, vivid en él ... ✝1, perturbaciones de los *ur,* son inaccesibles a vuestra emanación, tres veces alejada del centro del ser. Osó, ese ser salido del ser mismo, atribuirse la producción. El *voulia*, sus puros *ornos*, que tenía en sus seos ...”

El ritual de la *Orden Martinista* de Papus, compuesto por Teder, conservó algunos ecos de ello, con la llamada a un cierto *Noudo-Roabts* (op. cit., páginas 32 y 80), término que está directamente extraído de ese asombroso lenguaje.

[69] Cf. Carta de L.C. de Saint-Martin a J.B. Willermoz del 29 de abril de 1785, reproducida por Papus, páginas 180 a 183 de su libro. *L.C. de Saint-Martin* (París, 1902, Chacornac Edit.)

# 16

## Menahem el “consolador”

> ... y Menahem, que había sido criado con Herodes el Tetrarca y Saulo.
>
> Hechos de los Apóstoles, 13, 1

Contrariamente a lo que se suele afirmar, Menahem no era un hijo de Judas de Galilea, sino sólo uno de sus nietos, y la cronología histórica está ahí para demostrarlo. Pero ¿de quién era hijo? En el estado de nuestra documentación, no podemos avanzar ningún nombre válido. Es un “hijo de David” y un miembro de la familia real, eso es todo. Pero afirmar que es el hijo de Simón-Pedro, de Santiago o de Andrés, es imposible. Todo lo que sabemos de él se lo debemos a Flavio Josefo, como siempre:

“No obstante, Menahem, hijo de Judas el Galileo, aquel gran sofista que en tiempos de Quirino había reprochado a los judíos que, en lugar de obedecer sólo a Dios, eran tan cobardes como para reconocer a los romanos como amos, Menahem, después de haber atraído junto a él a algunas *personas de alta condición,* tomó por la fuerza Massada, donde se hallaba el arsenal del rey Herodes, y después de haber armado a numerosas gentes que no tenían nada que perder, y *a ladrones* que se le unieron y a los que utilizaba como una guardia, regresó a Jerusalén como rey, se erigió en jefe de la revolución, y ordenó continuar el asedio de lo alto del palacio ...” (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* II, XXXII).[70]

Esto tiene lugar bajo el procurado de Gessio Floro, quien había entrado en funciones en el año 63, noveno año del reinado de Nerón. Ese año, Saulo-Pablo había sido absuelto en Roma, por el tribunal imperial ante el que había pedido comparecer. Y la revolución de Menahem se produjo en la primavera del año 64, poco antes de Pascua, como siempre. La gran guerra judía estallaría dos años más tarde, en el año 66, y terminaría con la destrucción total de Jerusalén, en el año 70.

A fin de estimular a los combatientes palestinos en su lucha contra Roma, y a fin de hacerles creer en la predicción del Apocalipsis (difundida ya desde el año 28, en vida de Jesús –su autor confesado- y no en el 94 o 96)[71] iba a realizarse, y que iría seguida de la llegada del famoso “reino de Dios” en la tierra, incendiaron Roma. Este incendio sería el anuncio del final de los tiempos. Saulo-Pablo sería quien dio la orden. Y no le podía negar eso a Menahem, con quien había sido criado, y que además lo tenía sujeto por una especie de chantaje que ya desvelamos en *El hombre que creó a Jesucristo.*

---

[70] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 227 a 229.
[71] Id. Pp. 30-36.

Por el momento, recordemos simplemente un determinado pasaje de los Hechos de los Apóstoles:
"Había en la iglesia de Antioquía[72] profetas y doctores: Bernabé y Simeón, llamado Níger, Lucio de Cirene, *y Menahem, hermano de leche del tetrarca Herodes y Saulo ..."*(Cf. Hechos de los Apóstoles, 13, 1).

La llegada de ese Menahem había sido anunciada por el propio Jesús, en vida: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador ..." (Juan, 14, 16).

---

[72] *Asamblea* se dice en griego *ekklesia,* y en hebreo es el *kahal* local, minúsculo reflejo del *sanedrín.* Los profetas son allí, más modestamente, *roeh* (videntes), y los doctores *rabbis* (maestros).

"Si yo no me fuere, el consolador no vendrá a vosotros ..." (Juan, 16, 7).

Ese término de *consolador* (en griego: *paraklétôs*) no significa solamente eso, sino también, y sobre todo, *defensor, consejero.* ¡Y en hebreo, el griego *paraklétôs,* que ha dado nuestro *Paráclito,* se dice simplemente *menahem*! Una vez más, los escribas anónimos que compusieron en los siglos IV y V los actuales evangelios nos hicieron tomar, astutamente, el Pireo por un hombre, pero invirtiendo la fórmula. A un hombre, sucesor de lo más humano de Jesús, lo hicieron pasar por una *entidad,* especie de dios secundario, que a duras penas pueden explicar y justificar frente a Israel. Y en el punto en el que pretendían hacer esperar una intervención celeste, Jesús había querido decir, simplemente: "Os enviaré a mi sobrino ...".

Pero continuemos la lectura de Flavio Josefo, aunque esté censurado e interpolado:

"Como (a Menahem) le faltaban máquinas, y no podía ir abiertamente a la zapa a causa de los disparos que los asediados (legionarios romanos, mercenarios de Agripa, levitas regulares) lanzaban de lo alto, recurrió a una mina. Comenzaron a trabajar de lejos, y cuando la condujeron hasta debajo de una torre, zaparon los fundamentos y la sostuvieron después con piezas de madera, a las que prendieron fuego antes de retirarse. Cuando esos maderos se hubieron quemado, la torre se desmoronó. Pero los asediados habían previsto lo que podía suceder, y una pared que habían construido con extrema diligencia sorprendió y detuvo a los asediantes. Los asediados no dejaron de enviar recado a Menahem y a los otros jefes de los sediciosos, para pedirles que pudieran retirarse con seguridad, y se lo concedieron solamente a los judíos y a las tropas del rey Agripa". (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* II, XXXII).

Menahem continúa entonces cercando a las tropas romanas que se habían quedado solas, y éstas evacúan entonces el Stratopedon, y se retiran a las torres reales de Hippicos, de Fazael y de Mariamna. Esto sucedió el 6º día de setiembre del año 64. Hacía, por lo tanto, seis meses que Roma había ardido. Al día siguiente, los partidarios de Menahem, después de haber dado muerte a una parte de la guarnición roma e incendiado el Stratopedon, capturaron a Ananías, el sumo sacerdote, así como a Ezequías, su hermano, refugiados en las cloacas del palacio, y los ejecutaron, vengando así la muerte de Santiago el Menor, lapidado por orden del citado Ananías el año precedente. A continuación sitiaron las tres torres reales, donde los romanos seguían resistiendo.

Pero Menahem, envanecido por sus éxitos, perdió de vista la doctrina de los zelotes: "Dios es el único rey", y pronto se tornó un insoportable tirano, que llegó incluso a revestir la púrpura real y la corona de oro. Entonces Eleazar, hijo de Ananías, reunió a sus partidarios saduceos y, aprovechando que el citado Menahem había entrado con gran pompa al Templo santo para ofrecer allí un sacrificio, atacó a la guardia de Menahem, la capturó o le dio muerte. Algunos huyeron hacia la ciudadela de Massada, entre ellos otro Eleazar, pariente de Menahem. En cuanto al propio Menahem, fue buscado activamente, y por último lo capturaron en una localidad llamada Ophlas, donde estaba escondido. Lo condujeron a Jerusalén "y lo ejecutaron en público,

después de haberle hecho sufrir unos tormentos inauditos. Del mismo modo trataron a los principales ministros de su tiranía, y en especial a Absalón”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* II, XXXI).

Así murió Menahem, nieto de Judas de Gamala y sobrino de Jesús, sobre cuyo nombre, y debido a una sorprendente confusión, se construiría la leyenda de la existencia de una *persona* divina nueva: el Espíritu Santo. Lo que luego debió sorprender mucho a los discípulos de Juan el Evangelista, ya que en los Hechos de los Apóstoles leemos lo siguiente:

“En el tiempo en que Apolo se hallaba en Corinto, Pablo, atravesando las regiones altas, llegó a *Éfeso,* donde halló algunos discípulos, y les dijo: ‘¿Habéis recibido al Espíritu Santo al abrazar la fe?’. Ellos le contestaron: ‘¡Ni siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo!’ ...

“Díjoles: ‘¿Pues qué bautismo habéis recibido?’. Ellos le respondieron: ‘El bautismo de Juan’ ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 19, 1-3).

Evidentemente, se las arreglaron para hacer creer que se trataba de discípulos de Juan el Bautista. Pero eso sucedía en el año 54, año en que Saulo-Pablo estaba en Éfeso. ¿Cómo imaginar que el Bautista, que murió en el año 31, tuviera entonces discípulos en esa ciudad de Jonia, asentada a orillas del mar Egeo? Jamás hubo *mandeanos* (nombre de los discípulos del Bautista) en Grecia. En cambio, Éfeso está asociada a la estancia de Juan el Evangelista, y es simplemente a los suyos a quienes encuentra Saulo-Pablo. Y, por consiguiente, uno no puede sino asombrarse ante el hecho de que el discípulo “que Jesús amaba”, el que debía escribir el “evangelio espiritual”, *ignorara la existencia del Espíritu Santo,* conclusión anonadante, ya que en ese mismo evangelio habla de él. Y ahí es donde sorprenderemos una vez más a los falseadores anónimos del siglo IV con las manos en la masa.

Porque, tengamos en cuenta la versión oficial de discípulos de Juan el Bautista, en Éfeso, en el año 54, aunque hubiera muerto veintidós años antes. ¿No les enseñó la existencia del Espíritu Santo? Entonces, ¿cómo puede hablarles de él en Juan (1, 29 a 34), en Mateo (3, 11), en Marcos (1, 8), en Lucas (3, 16)?

Si, por el contrario, y más plausiblemente, en Éfeso de lo que se trata es de un grupo de discípulos de Juan el Evangelista, resulta igual de incoherente. Porque, si Juan ignora la existencia de un Espíritu Santo, ¿cómo puede hablar de él en su evangelio? Y si conoce su existencia, ¿cómo sus discípulos inmediatos pueden ignorar semejante postulado teológico de partida?

*La verdad es que el evangelio de Juan no es de Juan.* Aparece con san Ireneo, en el año 190, citado por primera vez, y se desconoce su autor.

Y, como hace observar Ernest Renan con razón, si ese evangelio hubiera existido en la época de Marcion, es decir, hacia el año 150, fecha media de su doctrina personal, ¡qué empleo no habría hecho de él, en lugar del de Lucas, y qué conclusiones no habría sacado! Pero el hecho de que Marcion ignore totalmente el evangelio atribuido a Juan demuestra que en aquella época, y en todas las comunidades cristianas en que *Marcion pasó un tiempo, especialmente en Roma,* se desconoce todavía ese texto capital. Y esas comunidades marcionitas son precisamente las principales bases de partida de la nueva religión: Sinope, Éfeso, Hierápolis, Esmirna, etcétera.

Lo que nos refuerza en nuestra opinión de partida en esta disgresión, a saber, que en el pensamiento de Jesús, ese “consolador” cuya venida preveía para después de la suya, ese *paraklétôs,* era un hombre de carne y hueso, su propio sobrino, Menahem, *consolador* en hebreo.

Quien acabó muy mal, como hemos visto en la lectura de Flavio Josefo.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

Sin afirmar nada de manera absoluta, puede suponerse que Menahem bien podía ser el hijo de Eleazar, alias Lázaro, alias Andrés, a la lectura de las dos viejas versiones de Flavio Josefo:

"Porque en esos días, Maneo, *sobrino de Lázaro,* a quien Jesús resucitó de la tumba, ya podrido ..." (Cf. Flavio Josefo, *Guerras de Judea,* V, VII, manuscrito eslavo).

Ese texto fue manipulado por los monjes copistas ortodoxos, ya que no hay ninguna posibilidad de que Flavio Josefo hablara de la pseudorresurrección de Lázaro. Tomemos, por lo tanto, la versión griega:

"Maneo, *hijo de Lázaro,* después de haber huido hacia Tito, le contó que desde el decimocuarto día de abril, hasta el primer día de julio, habían evacuado 115.880 cuerpos muertos por la puerta en la que él tenía el mando". (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos,* V, XXXVII, manuscrito griego).

Si ese nombre de Maneo es la forma helenizada de Menahem, este último sería, pues, un nieto de Judas de Gamala, y sería el hijo de Andrés, alias Lázaro, sobrino de Jesús, lo mismo que el Menahem oficial. Y entonces no habría sido el hecho de querer proclamarse rey lo que provocó su ejecución, sino el de haber ido a transigir con Tito, cosa que fue considerada como una traición.

# 17

## Simeón-bar-Cleofás

Dios no tiene necesidad de nuestras mentiras.

LEÓN XIII

Aquí tenemos a otro miembro de la estirpe davídica que, por eso mismo, terminó trágicamente su vida, bajo el reinado de Trajano.

"Después de Nerón y Domiciano, bajo el reinado de aquel cuyo tiempo examinamos ahora (Trajano), se levantó una persecución contra nosotros *parcialmente y en algunas ciudades*, según cuenta la tradición, *a consecuencia de un levantamiento de los pueblos. Simeón, hijo de Cleofás* los pueblos., por lo que sabemos consumió su vida en el martirio. Con toda seguridad algunos de sus herejes acusaron a Simeón, hijo de Cleofás, *de ser de la raza de David y cristiano.* Como era cristiano (mesianista, y por lo tanto zelote *–n. del a.)* fue atormentado de diversas maneras durante varios días, y después de haber asombrado profundamente al juez y a quienes le rodeaban, tuvo un final semejante a la pasión del Señor". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* III, XXXII).

El *Chronicon Paschale* sitúa esta muerte en el año 105, precisándonos que Simeón fue también crucificado:

*" ... Simeon, filius Cleophae, qui in Hierosolymis episcopatum tenebat crucifigitur cui succedit lustus ..."* (Cf. *Chronicon Paschale*: *ad annum 107).*

Esto sucedía en Jerusalén, donde el citado Simeón era "obispo y tuvo como sucesor a Justo". Se trató, por lo tanto, de una nueva revolución zelote, que terminó con una ejecución de tipo rigurosamente romano: la cruz.

Pero Simeón era obispo de Jerusalén tan sólo *in partibus infidelium,* porque la iglesia de dicho nombre (la comunidad mesianista zelote) no podía residir allí, dado que el acercamiento a la ciudad estaba prohibido a todo judío de raza, so pena de muerte. De hecho, desde el año 70, la Iglesia de Jerusalén tenía su sede en Pella, en Perea (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* III, V, 3), pero fue en esa ciudad donde crucificaron a Simeón.

La revolución del año 105, en el curso de la cual fue crucificado dicho Simeón, "hijo de Cleofás", fue seguida de otra, en los años 115-117, por parte de los judíos de Egipto.[73] Esta tampoco tuvo futuro. Y ahora llegamos a la última, la que abocó en la dispersión total de la nación judía, al quedar Jerusalén totalmente arrasada, y *sin que pudiera identificarse absolutamente nada de su*

[73] El Cleofás del que se trata aquí no pudo ser, naturalmente, el contemporáneo de Jesús, citado en Lucas (24, 18).

*antigua topografía,* en el año 70 de nuestra era, según Flavio Josefo. Más de un millón de muertos, cerca de cien mil prisioneros llevados como esclavos: ese fue el balance de la revolución de Menahem, el “consolador” anunciado por su tío Jesús. Y de ese pseudoprofeta unos astutos marrulleros supieron hacer un tercer dios, en menos de cuatrocientos años.

# 18

# Simeón-bar-Kokheba

Lo trágico en la vida de los hombres son
menos sus sufrimientos que sus fracasos
THOMAS CARLYLE

También aquí vamos a encontrarnos en presencia de una verdadera "guerra santa", y podremos seguir, hasta el aplastamiento final, el afán continuo por observar religiosamente la Ley mosaica.

Todavía existen pocos documentos descubiertos sobre la revolución de Simeón-bar-Kokheba. Resumiremos aquí los trabajos de los diversos especialistas en este tema:

- de M.P. Prigent, profesor en la facultad de teología protestante de la universidad de Estrasburgo, autor de dos conferencias en el Centro de Estudios Orientales de la universidad de Ginebra;
- de M. Valentín Nikiprowelszky, profesor del Collège de France, especialista en historia de la corriente zelote, y que prologó la reedición de las obras de Flavio Josefo, en su traducción de Arnauld d'Andilly, en Editions Lidis;
- de M.A. Dupont-Sommer, profesor en la Sorbona, director en la Ecole des Hautes-Etudes, en sus *Nouveaux aperçus sur les manuscrits de la Mer Morte;*
- de M. Gérard Nahon, en su librito *Les Hébreux,* etcétera.

Antes que nada, hay que establecer el clima particular en el que vivían Judea y Galilea, después de la terrible represión de Tito.

El Templo está arrasado. Y, tal como dice el *Talmud:* "los chacales se instalaron en el emplazamiento del Sancta Santorum ..."

En las monedas romanas se cita a Judea como *"Judea capta",* es decir, Judea cautiva. Como Jerusalén y sus extensos alrededores estaban prohibidos a todo judío de raza, el Sanedrín, convertido ahora en simple corte de justicia religiosa, se iría desplazando sucesivamente, al antojo de las sospechas romanas, de Yabné a Uscha, a Schefaram, a Beth-Sheorim, a Séforis, a Tiberíades.

Eran tiempos de luto. Los jefes de Israel ordenaron entonces penitencias para conmemorar el aniquilamiento del santo Templo, y crearon el *Ticha b'Ab*, ayuno total y pies descalzos durante veinticuatro horas, lectura de las *Lamentaciones de Jeremías,* y luces de las sinagogas apagadas. Durante los ocho días que precedían al *Ticha b'Ab*, no se comía carne, no se bebía vino, no se cortaba el pelo, y se aplazaban bodas y noviazgos. Eso constituiría, en la Edad Media, el famoso "Sabbat negro" de las comunidades judías de Alemania.

A pesar del enorme golpe demográfico causado por la derrota, intentaron volver a cultivar las tierras alejadas de Jerusalén; había que vivir a pesar de todo, *por el Israel del mañana,* porque no se perdió la esperanza.

Los campesinos judíos, convertidos en "esclavos del César", no eran otra cosa que siervos medievales. Algunos "colaboradores" prudentes, por lo general los saduceos, conservaron gracias a su cobardía durante la revolución su patrimonio familiar, y a veces incluso lo aumentaron. La historia es un eterno volver a empezar. *Y estaban también los cristianos ...*
Gozaban de un cierto número de privilegios, porque la mayoría, si no todos, eran sirios o griegos, lo que les permitía residir en la nueva Jerusalén, prohibida a los judíos. Y ese favor acentuaría un poco más el odio entre esas dos facciones religiosas.

Pero, como diría más tarde Gérard de Nerval en *Aurélia, "existe un segundo sentido de los acontecimientos humanos ...".* Así pues, estimulado por las pruebas de un lejano pasado, a las que habían sucedido consoladoras glorias, Israel rogaba por la reconstrucción del santo Templo, "pronto y en nuestros días ...", como reza la fórmula ritual. Pero de la esperanza a la ilusión a veces no hay más que un paso, y la prisa es mala consejera. El ingenuo pueblo imaginará rápidamente que los "días del Mesías" no han estado jamás tan próximos.

Fue entonces cuando la corriente zelote, esa corriente que se creía definitivamente extinguida desde los suicidios de Massada, los quemados vivos de Cesarea Marítima y los crucificados de Jerusalén, reapareció de nuevo, como se levantaría de pronto un tifón vengador.

Un "príncipe de Israel", Simeón-bar-Kokheba, reunión a los "maquis" de la Alta Galilea, a los de las estepas desérticas, y levantó el estandarte de la última revolución judía acuñada con la estrella de David. Era de estirpe davídica, porque descendía también él de Judas de Gaulanita. Era, por lo tanto, un sobrino nieto de Jesús, y prueba de ello es que Rabbi Akiba-ben-Ioseph, el célebre doctor y cabalista,[74] lo presenta como el Mesías-Rey, liberador de la nación judía. Le dio el nombre místico de *Simeón-bar-Kokheba,* es decir, *Simeón hijo de la Estrella,* alusión a la célebre profecía:

"Un astro se levanta de Jacob, un cetro se eleva de Israel, herirá los flancos de Moab, abatirá a todos los hijos de Set, Edom se convertirá en su posesión, y se adueñará de Seir, su enemigo. Israel manifiesta su fuerza; y aquel que sale de Jacob, reinará como soberano ... (Cf. Números, 24, 17-19, *Oráculo de Balaam, hijo de Beor).*[75]

---

[74] Rabbi Akiba, sabio cabalista, es uno de los cuatro doctores que penetraron en lo más profundo de esta ciencia, llamada "el jardín" *(cf. Talmud, Chagigah,* 14b). "Cuatro entraron en el *Pardes* (paraíso): Rabbi ben Asai contempló y murió; ben Soma miró y perdió la razón; Acher introdujo el desorden en las plantaciones, sólo Rabbi Akiba entró y salió sano y salvo". Una tradición tardía pretende que Rabbi Akiba fue el autor del *Sepher Yezirah.* Pero sólo fue su comentarista.

[75] Edom y Seir designan la Idumea geográfica, y sobre todo la dinastía idumea de los Herodes. *Beor* es el nombre caldeo del dios con cabeza de asno, y Balaam "hijo de Beir" monta una *asna* que habla y distingue al ángel del Eterno (Números, 22, 21-35). Los que estén familiarizados con el esoterismo comprenderán esos versículos de palabras veladas ...

También el espectro de Judas de Galilea debía de estremecerse de alegría cuando se remontaba del Sheol cada tarde de cada Sabbat, ya que sus principios se respetaban escrupulosamente: el poder espiritual lo ejercía Rabbi Akiba, y el poder temporal Simeón-bar-Kokheba.

De todos modos, ese entusiasmo general tropezó también con algunos escépticos. Y Rabbi Iochanan-ben-Torta no vaciló en declarar, burlón: "Akiba, antes te brotará hierba de las mandíbulas, que el *Hijo de David* llegue ..." (Cf. *Talmud de Jerusalén, Ta'anith,* IV, 7).

Esta ironía, conservada por los historiadores talmudistas, nos aporta sin embargo, la prueba de la filiación davídica de Simeón-bar-Kokheba, porque, de no ser así, Rabbi Akiba jamás lo hubiera apoyado y asistido con su autoridad en esta revolución. Pero ese escepticismo era el propio de los intelectuales, hartos de tantas guerras inútiles, porque el pueblo, sin embargo, seguía. Nos encontramos en el año 132, bajo el emperador Adriano.

Y de pronto, la tempestad brotada de los guerrilleros zelotes barrió literalmente las legiones de Tineius Rufus, legado imperial. La insurrección se generalizó. Simeón-bar-Kokheba, "príncipe de Israel" (ya no ocultaba esta condición) acuñó monedas oficiales que llevaban en exergo: *"Por la libertad de Jerusalén".* Constituyó a continuación un ejército regular, nombró gobernadores regionales, percibió los impuestos en dinero y los diezmos en especies.

Pero tres años más tarde, la "última batalla" tocó a su fin, y en el año 135 Julio Severio aniquiló a los últimos rebeldes. Huyendo de Ein-Gueddi, en las orillas desoladas del mar Muerto, cuartel general del "Hijo de la Estrella", resultaron diezmados poco a poco, hostigados por las legiones romanas, superiores en número y armamento, y se fortificaron en las grutas del Nahal Hevert y de Murrabaat, para morir en ellas.

¿Cómo acabaron? No se sabe exactamente. Lo que sí es seguro es que fueron vencidos sobre todo por el hambre. Julio Severio disponía de 65.000 hombres. De modo que pudieron rodear fácilmente todo el macizo.

En el curso de las excavaciones de 1953 se descubrieron en esas grutas, que se abrían a acantilados vertiginosos, esqueletos, sobre todo de mujeres y de niños, muertos de hambre y de sed. Todavía están en estudio los archivos y los manuscritos. El botín de los rebeldes, compuesto de objetos que provenían de templos paganos, de vajilla y de vasijas de cobre, estaba acompañado de cestos que contenían cráneos y osamentas humanas. ¿De dónde procedían? Misterio. Eran probablemente los restos de muertos judíos, en espera del pequeño sepulcro de piedra, arca final de todos los difuntos en Israel.

¿Qué fue de Simeón-bar-Kokheba? Murió en el curso de los últimos combates, y su cabeza probablemente fue llevada ante Julio Severio, según la costumbre de la época. En cuanto a Rabbi Akiba, fue hecho prisionero y mantenido encarcelado durante dos años, y en el año 135, cuando cayó Beitar, donde murió el "Hijo de la Estrella", fue despellejado vivo, y luego asado a fuego lento, en Cesarea Marítima, ante las autoridades romanas. Sus últimas

palabras fueron para proclamar su fe: "Escucha, oh Israel: Yavé es nuestro Dios, Yavé es *uno solo ...".* (Cf. Deuteronomio, 6, 4).

Otros nueve doctores, discípulos suyos, sufrieron suplicio con él, y sólo uno escapó a los romanos: el célebre Simeón-bar-Iochai. Para ello, vivió doce años, con su hijo, en las canteras cercanas a Cafarnaúm, a orillas del lago de Genezaret. Sería allí, en las tinieblas sólo rasgadas por la luz de la lámpara de aceite, donde compondría el *Sepher-ha-Zohar* o *Libro del Esplendor,* según reza una leyenda tardía.

Esta última revolución, que inicialmente se suscitó con la intención de oponerse a la reconstrucción de Jerusalén bajo el aspecto de una ciudad totalmente pagana y vedada a los judíos por orden del emperador Adriano, costó la vida a seiscientas mil personas de ambos sexos. La nació judía desapareció como entidad política y geográfica, y la población fue vendida en los mercados de esclavos de todo el Imperio romano, o fue deportada por ciudades enteras, en calidad de *"esclavos del César".*

El nombre de Simeón-bar-Kokheba, o *"Hijo de la Estrella"*, se convirtió entonces en Simeón-bar-Kozab, o *"Hijo de la Mentira"* a través de un juego de palabras, ya que Koseba se volvía Kozab (en hebreo: mentira). Y aquí volveremos a encontrar a Jesús, su tío abuelo, con su conocimiento de los trucos sabidos por todos los titiriteros ambulantes.

En el Apocalipsis encontramos la siguiente "revelación de Jesucristo" (op. cit. 1, 1), importante alusión a un indiscutible ilusionismo:

"Mandaré a mis dos testigos para que profeticen, durante mil doscientos sesenta días, vestidos de saco. Estos son los dos olivos y los dos candeleros que están delante del Señor de la tierra (*adonai-ha-aretz).* Si alguno quisiere hacerles daño, *saldrá fuego de su boca,* que devorará a sus enemigos" (Apocalipsis, 11, 3-5).

Pues bien, en su *Discurso preliminar* al *Dictionnaire des hérésies, des erreurs et des schismes,* dedicado al monseñor de Choiseul, arzobispo de Albi (Besançon, 1817), el abad Pluquet nos dice lo siguiente respecto a Simeón-ben-Koseba:

"Cuando Adriano quiso enviar una colonia a Jerusalén, el impostor Barcochebas (sic) se anunció a los judíos como un mesías. Con *la estopa encendida que llevaba en la boca, y por medio de la cual soplaba fuego,* persuadió al pueblo de que, en efecto, era el mesías; los principales rabinos publicaron que era el Cristo, y los judíos lo ungieron y lo proclamaron su rey". (Op. cit., p. 131).

Aquí hay que entender el término *Cristo* en el sentido judaico tradicional: *Messiah,* mesías en hebreo. No hay ninguna alusión a Jesucristo, por parte de los judíos, claro está. Pero volvamos al Apocalipsis.

Que lo redactara Jesús en vida, hacia el año 27 o 28 de nuestra era, como demostramos en una obra precedente,[76] o que le fuera dictado después de su muerte a Juan, "el discípulo bienamado" no cambia el hecho de que fuera él su

[76] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 30-36.

autor oficial: *"Revelación de Jesucristo, que Dios le ha dado* para instruir a sus siervos sobre las cosas que han de suceder pronto". (Apocalipsis, 1, 1).

Pues bien, la nafta y el petróleo se conocen desde la más remota antigüedad. En las civilizaciones mesopotámicas y en Fenicia se utilizaba el asfalto para el calafateado de los navíos y la construcción de las carreteras. El petróleo servía asimismo para el alumbrado, para la limpieza y para fines medicinales. (Cf. Michel Mourre, *Dictionnaire d'histoire universelle,* tomo II, p. 1.638: *Pétrole).* La nafta es una especie de betón líquido, transparente, ligero y muy inflamable. El petróleo destilado se le parece enormemente. Se encuentra en Persia, en las orillas del mar Caspio, en Sicilia y en Calabria.

Es evidente que esa misteriosa "agua" que vierte el profeta Elías sobre la leña de su altar, en la cima del monte Carmelo,[77] y que se enciende de inmediato, ante su plegaria, no es otra cosa que nafta, encendida con ayuda de una lupa, o de un cristal que hiciera las veces de ella. Y el "truco" de Simeón-ben-Koseba consistía en conservar en su boca una bola de estopa llena de petróleo, y escupirlo repentinamente, *a través de la llama de una pequeña antorcha sostenida delante de él.* Pero para la época y la gente ignorante, el rostro quemado del adversario lo habría sido por un prodigio inexplicable, y la profecía del Apocalipsis se había realizado ...

Evidentemente, en nuestros días todo el mundo ha visto un ilusionista que, en las ferias, en los circos ambulantes, o incluso en una plaza pública de barrio, "escupe fuego" de esta manera. Pero retrocedamos veinte siglos, situémonos en el centro de una masa popular totalmente subyugada por las supersticiones más comunes, y admitiremos que el problema se plantea desde otro ángulo.

Pues bien, en una obra precedente ya vimos que el secreto de la pólvora era conocido por los *sanedritas.*[78]. Acabamos de establecer que el empleo del petróleo y de la nafta, en materia de "milagros" religiosos, también lo era.

Así que, al afirmar con anterioridad que esos dos representantes oficiales, esos dos "testigos", *escupirán con su propia boca fuego sobre sus adversarios,* Jesús en su Apocalipsis nos demuestra que estaba al corriente de esos trucos, que probablemente él utilizó,[79] y Celso tenía razón en su terrible *Discurso verdadero* al clasificarlo entre los *magos,* término que, en nuestros días, es sinónimo de *ilusionista,* ya que hay trucos que todavía no han sido explicados.

Y esto nos lleva aún más lejos en la vía de las constataciones. Al adoptar y realizar el truco discretamente aconsejado en el Apocalipsis para asentar mejor sus pretensiones de mesías liberador. Simeón-ben-Koseba, príncipe de Israel, se reveló no sólo como *hijo de David* (indispensable para desempeñar ese papel), sino también como discípulo de Jesús de Nazaret, cuyo verdadero nombre era Jesús-bar-Juda, ya que, acompañado por Rabbi Akiba, pretendía cumplir la profecía del "testigo" que escupiría un fuego mortal.

[77] Cf. I Reyes, 23, 24-38.

[78] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 248-252.
[79] Id., pp. 139-150.

Y en Eusebio de Cesarea leemos lo siguiente:

"Un hombre llamado Barchochebas estaba entonces a la cabeza de los judíos. Ese nombre significa estrella. Por lo demás, era un ladrón y un asesino, pero, con su nombre, se imponía a los esclavos como su fuera una *luz* venida del cielo para ayudarles, y milagrosamente destinada a *iluminarlos* en sus desgracias". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historias eclesiásticas,* IV, VI, 2).

Traduzcamos: era un zelote, un *sicario* (de donde la acusación de que era un asesino), cobraba el diezmo mesianista,[80] de donde la acusación de ladrón. Pero continuemos:

"El mismo Justino, recordando la guerra que tuvo entonces lugar contra los judíos, añade esto: 'Y efectivamente, en la guerra judía que ha tenido lugar ahora, Bar-Cochebas, el jefe de la revolución de los judíos, ha conducido a terribles suplicios sólo a los cristianos, si no renegaban y no blasfemaban de Jesucristo' ... " (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* IV, VIII, 4, citando a Justino, en *I Apologética, XXXI, 6).*

¿Puede demostrarse mejor que el "Jesucristo" *del año 135,* época de la revolución de Simeón-ben-Koseba, es el creado íntegramente por Saulo-Pablo, es decir, un Jesús totalmente extraño al ideal zelote y, sobre todo, al Jesús de la historia real, al hijo de David crucificado por Poncio Pilato, y que si Simeón-ben-Koseba creyó tener que realizar la promesa del Apocalipsis es que se sentía *sucesor* de su verdadero *autor*, y no quería oír nada sobre ese cristianismo obra de Saulo-Pablo, y que a sus ojos eso constituía la mayor traición al nacionalismo judío? El odio que los judíos extremistas sentían hacia Saulo-Pablo probablemente estaba relacionado con la muerte de Simón-Pedro y de Jacobo-Santiago, en el año 47. sospechaban que habían sido entregados por Saulo-Pablo a Tiberio Alejandro, quien los hizo crucificar en Jerusalén, como ya hemos visto al comienzo. De todos modos, la acusación de Eusebio de Cesarea contra Bar-Kokheba nos ofrece algunas dudas, si se tiene en cuenta que su *alter ego,* Rabbi Akiba, era un feroz adversario de la pena de muerte.

Ahora bien, Saulo-Pablo no había sido durante tanto tiempo su despiadado adversario, jefe de una milicia al servicio de Roma y de los Herodes, como para no hallarse *en la necesidad* de tener que justificar a los ojos de Roma su paso al judaísmo nazareno, y para ello debió de mostrarse como fiel vasallo, y pactar algunos compromisos importantes.

A un ex colaborador le es muy difícil escapar a su pasado y liberarse de la tutela de sus antiguos jefes. Y todavía le es más difícil borrar dicho pasado y convertirse en amigo de aquellos a quienes se había perseguido. La historia es un eterno volver a empezar.

Creemos útil resumir brevemente la suerte de cada uno de los personajes evangélicos, a la luz de lo que hemos descubierto en el curso de nuestras investigaciones. Veamos, pues, esa recapitulación de lo más elocuente:

---

[80] Id., pp. 80-84.

*Jesús:* crucificado en el año 35 en Jerusalén, bajo el procurador Poncio Pilato.

*Judas Iscariote:* ahorcado y destripado en el año 35, en Jerusalén, por orden de los discípulos inmediatos.[81]

*Mateo, alias Leví:* desaparecido sin dejar rastro inmediatamente después de la muerte de Jesús. Pudo ser ejecutado por los discípulos.

*Felipe:* desaparecido sin dejar rastro inmediatamente después de la muerte de Jesús.

*Judas, alias Tadeo, alia Lebeo, alias Tomás:* decapitado en el año 45 en Judea, bajo el procurador Cuspio Fado.

*Bartolomé, alias Natanael:* crucificado en el año 47 en Jerusalén, bajo el procurador Cuspio Fado.

*Simón-Pedro:* crucificado en el año 47, bajo el procurador Tiberio Alejandro, a la vez que su hermano Santiago el Mayor.

*Santiago el Mayor:* crucificado en el año 47, en Jerusalén, bajo el procurador Tiberio Alejandro, a la vez que su hermano Simón-Pedro.

*Andrés, alias Lázaro:* capturado en el año 51 por el procurador Antonio Félix, enviado a Roma, ante el emperador, liberado a cambio de un rescate por Nerón César, vuelto a Judea y desaparecido en el año 56.

*Juan:* casi con toda seguridad lapidado en Jerusalén, en el año 63, al mismo tiempo que su hermano Santiago el Menor.

*Santiago el Menor:* lapidado en Jerusalén, en el año 63, al mismo tiempo que su hermano Juan, bajo Ananás, sumo sacerdote saduceo, siendo procurador titular Albino.

Al terminar la redacción de este capítulo, el autor quiere rendir un justo homenaje a todos esos hombres que supieron morir, de una muerte a menudo espantosa, para que sus compatriotas y sus hijos gozaran del bien más preciado: la libertad. La desmitificación del cristianismo se inserta necesariamente en una desmitificación de las masas de las que se ha abusado. Pascal evocó muy bien, en una de sus frases, sabiamente evocadora, el aspecto aberrante de toda guerra militar, justificada por el hecho de que el adversario vive “al otro lado del río ...” Pero Henri de Montherlant justificó a su vez otro aspecto de los combates sin cuartel que enfrentan a veces a los hombres:

“La guerra civil es la buena guerra, aquella en la que se sabe a quién se mata y *por qué* se mata ...”

La guerra militar no siempre puede justificarse. Recuérdense las palabras amargas de Anatole France:

[81] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 274-288.

“Uno cree morir por la patria, y muere por unos industriales! ...”

Pero la que llevaron a cabo los fieros zelotes contra los ocupantes romanos y sus tropas mercenarias fue una guerra “santa”, justa, aunque el oscuro destino no les deparara la victoria. Por eso, debe respetarse su memoria, aunque haya que lavar su historia de todas las imposturas acumuladas por los siglos. Y esto, el autor de estas páginas debía decirlo.

# 19

## María, madre de Jesús

Ella alzó los ojos al cielo y dijo: ¿Quién soy yo, Señor, para que todas las naciones de la Tierra un día me bendigan? ...” Porque María había olvidado los misterios que le había revelado el arcángel Gabriel ...
Protoevangelio de Santiago, XII, 2

El capítulo que tratara de los “hijos de David” y no diera el máximo de informaciones inéditas sobre María, la madre de todos ellos, sería un capítulo incompleto. Por ello es importante presentar todo un pequeño universo humano que, a partir de ahora, permanecerá al margen de la religión nueva montada por aquel aventurero de la mística que fue Saulo-Pablo.[82]

Como ya dijimos en nuestra primera obra,[83] y según las afirmaciones dogmáticas de la Iglesia católica, ignoramos todo cuanto pueda referirse a los padres de María, madre de Jesús; y dicha Iglesia, considerando este terreno como terriblemente peligroso para la leyenda cristiana, se niega, por consiguiente, a enseñar nada oficial a este respecto. No obstante, nosotros, que no nos atenemos a esa prudente reserva, y por motivos diametralmente opuestos, abordaremos el problema de los orígenes familiares de la madre del Jesús *de la historia.*

Las genealogías reproducidas en los evangelios de Mateo y de Lucas, por contradictorias que sean, sólo se aplican al padre oficial de Jesús, es decir, al evanescente José de la leyenda, cuyo supuesto nombre de circuncisión, según Lucas (3, 24), era Ioseph-bar-Heli, y según Mateo (1, 16), era Ioseph-ben-Iacob. Como se ve, los escribas del siglo IV no se pusieron de acuerdo al componer sus relatos.

En los canónicos no tenemos nada sobre María, y es un apócrifo célebre, del que la Iglesia saca abundante información para sus necesidades iconográficas, el *Protoevangelio de Santiago,* el que nos dice que su padre se llamaba Joaquín y su madre Ana, en hebreo Hannah.

Ese silencio reprobador y regañón de los exegetas oficiales nos oculta, evidentemente, algo, cosa que incita al historiador sincero, curioso por naturaleza, a desentrañar el motivo secreto de dicho silencio.

En primer lugar afirmaremos que María procedía de una familia bastante rica, por sorprendente que resulte esta afirmación. Este hecho lo establecemos seriamente a partir de una constatación de lo más trivial: *la de la riqueza indiscutible de la familia davídica en general,* es decir, la importancia de los

[82] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo.*
[83] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 55-56.

bienes que poseía, más la importancia de los diversos ingresos percibidos por sus miembros.

Sobre éstos, remitimos al lector a nuestra obra precedente y a su capítulo titulado "El diezmo mesianista".[84] Sobre los bienes inmuebles de esta familia podemos tomar ya en cuenta con toda certeza la casa familiar de Gamala, aquél nido de águilas colgado por encima de la orilla oriental del mar de Galilea; la vivienda de Cafarnaúm, citada en Mateo (4, 13) y en Marcos (1, 29) como propiedad de Simón y Andrés, *hermano de Jesús;*[85] la de Séforis, destruida durante los años 6 al 4 antes de nuestra era por las legiones de Varo, legado de Siria, durante la primera revolución de Judas de Gamala, esposo de María y padre de Jesús; esta vivienda desapareció, evidentemente, en el incendio de dicha ciudad. Debe poder añadirse la de Betsaida, "la ciudad de Andrés y de Pedro" (Juan, 1, 44), ya que, repitámoslo, eran *hermanos* de Jesús, en el sentido carnal del término.[86]

Conocemos también el pasaje de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, en el cual dicho autor nos muestra a los "parientes *carnales* del Salvador, *bien para vanagloriarse*, o simplemente por decirlo ..." (cf. Eusebio de Cesarea, *op. cit.,* I, VII, 11-14), que nos revela los verdaderos orígenes de la familia herodiana. Pues bien, para conocer la genealogía de una familia, *para vanagloriarse*, hay que ser familiar de ella, más o menos próximo. Y más tarde abordaremos el problema del matrimonio de Herodes el Grande con una "hija de David", *parienta de Jesús, por ser hermanastra de su madre María.*

Observaremos, de paso, que Tischendorf considera como auténticos los nombres de los padres de María (cf. Tischendorf, *De evangeliorum apocryphum origine et usu).* Y, efectivamente, en las leyendas judías, a María la llaman hija de Heli, alias Jehohakim, que de hecho es el mismo nombre (Heliakim). Señalaremos, a este respecto, la concordancia del *Talmud de Babilonia (op. cit.*, Sanedrín: f° 67) con el *Talmud de Jerusalén (op. cit.*, f° 77).

El *Protoevangelio de Santiago* nos dice lo siguiente: "Había un hombre rico, *rico en exceso,* llamado Joaquín, que llevaba sus ofrendas al Templo en cantidad doble, diciendo: 'Lo que sobre será para todo el pueblo' (después de los sacerdotes) ..." (Cf. *Protoevangelio de Santiago*, 1, 1). Y Eustaquio, obispo de Antioquia y mártir († 360), aporta los mismos datos, sin considerarlos como legendarios, sino dándolos por ciertos. (Cf. *Commentaire sur l'oeuvre des six jours, in Patrologie grecque,* tomo XVIII, col. 772).

Sobre la filiación real y davídica de María, observemos de paso que el mismo *Protoevangelio de Santiago* nos muestra a la sirvienta de Ana, madre de María, aconsejando a su ama que ciña la diadema real que posee, para alejar la tristeza causada por su esterilidad (cf. *Protoevangelio de Santiago*, II, 2). Su unión con Joaquín, de la misma filiación davídica que ella, está atestiguada por otro documento antiguo: "Cuándo él (Joaquín) tuvo veinte años, tomó por esposa a Ana, hija de Isacar, *y de su propia tribu,* es decir, de la raza de David ..." (Cf. *Pseudo-Mateo,* I, 2).

---

[84] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 162-183.
[85] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 54-69.
[86] *Id.,* y capítulo 8.

Del mismo modo, el abad Emile Amann, doctor en teología, al traducir y comentar el *Protoevangelio de Santiago* consagrado a María, a sus orígenes y a su infancia, puede observar que, según el propio texto: "Joaquín (el padre de María) es *'extremadamente rico'*; he ahí una respuesta directa a las acusaciones judías sobre la pobreza de María ...". (Cf. E. Amann, *Protoevangelio de Santiago*, p. 181, *Imprimatur* del 1 de febrero de 1910, Letouzey Edith., París, 1910).

Nos encontramos, pues, muy lejos de la familia miserable que se nos presenta sin cesar para enternecernos.

Conocemos, en efecto, la acusación injuriosa de la *Toledoth Ieshuah (La generación de Jesús),* que afirmaba que éste era el hijo bastardo de María y de un mercenario romano llamado Pantero. Paralelamente, el *Talmud* nos aporta un eco de ello:

"He descubierto en Jerusalén un manuscrito genealógico en el que está escrito que éste (Jesús) es el hijo bastardo de una mujer adúltera ..." (Cf. Rabbi Simeón-ben-Azzai, *Talmud).*

Estimamos que se trata ahí de una ignorancia voluntaria de la verdadera acusación inicial, porque es indudable que semejante delito por parte de María le hubiera acarreado serias dificultades, por crimen de adulterio.
La Ley de Moisés implicaba, en efecto, la lapidación para la mujer a la que se reconocía culpable de dicho delito (cf. *Levítico,* XX, 10). En cambio, ningún autor judío ha pretendido jamás que ésta arriesgara ninguna cosa en este campo.

Por el contrario, y como ya se ha subrayado, Jesús cuenta al menos con cuatro mujeres culpables de ese importante delito en Israel entre sus más ilustres antepasadas,[87] y su indulgencia hacia ellas se extiende incluso a las prostitutas, que sin embargo son severamente rechazadas por la Ley de Moisés y por los profetas. Probablemente a lo que los talmudistas hacían alusión era a esa ascendencia molesta, pero luego mal comprendida por la tradición oral.

Sea lo que fuere, y al elegir semejante ascendencia, el "hijo de Dios" hubiera estado muy mal inspirado si luego hubiera condenado a la mujer adúltera que un día se le presentó para que la juzgara (Juan, VIII, 3 a 11). Pero volvamos a María, su madre.[88]

Según san Juan Damasceno, en su *Homilía sobre la Natividad de la Bienaventurada Virgen María (Patrología,* XCVI, col. 664-667), María habría nacido en Séforis, en Galilea, a algunos kilómetros de la Nazaret actual (entonces inexistente), y muy cerca de Belén de Galilea.

Para embrollar mejor el problema, los escribas anónimos que "apañaron" los evangelios antiguos en el siglo IV, tuvieron la idea de situar el nacimiento de Jesús en Belén de Judea, a unos diez kilómetros al sur de Jerusalén, y no ya en Galilea, sino en Judea. Y todo eso a fin de que naciera en la ciudad donde el propio David había nacido. Pero, ya que era descendiente de David *por línea de*

---

[87] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 150-151.
[88] El *Talmud de Babilonia (Sanedrín,* 106), reconoce que María descendía de David.

*sangre,* Jesús podía muy bien prescindir de tal mentira para seguir siéndolo, indiscutiblemente, del mismo modo que jamás un Delfín de Francia necesitó nacer en París, en l'Île de la Cité, cuna de los Capetos, para ser luego rey legítimo. Porque entre Belén de Galilea y Belén de Judea hay, a vuelo de pájaro, unos ciento diez kilómetros ...

Es evidente que semejantes errores fueron premeditados. Es muy probable que María, galilea de nacimiento, como precisa Juan Damasceno, permaneciera en su provincia natal y entre su familia para alumbrar a su "primogénito" (Lucas, 2, 6-7), y sin duda también a los siguientes (Marcos, 6, 3). Y el famoso censo de Quirino no sale para nada, como ya demostramos,[89] y menos cuando se tiene en cuenta que Jesús no nació en esa época, sino unos veintitrés años antes.

Observemos de paso que en diciembre de 1969, el profesor Harmut Stegemann, doctor en teología protestante de la universidad de Bonn, publicó una tesis según la cual Jesús no habría nacido ni en Belén de Judea ni en Nazaret de Galilea, sino en Cafarnaúm, es decir, en Galilea, a orillas del lago de Genezaret, y al extremo norte de éste. Se habría hablado de "Jesús de Nazaret" porque (en el siglo IV) se ignoraba *la raíz aramea de dicho nombre.* Éste significaría, en realidad, más o menos: "Guardián de la justicia de Dios". Observemos también que dicho doctor protestante nos aporta aquí una confirmación del papel típicamente mesiánico, en el sentido zelote del término, del Jesús de la historia.

La prensa de Alemania federal ha reproducido numerosos pasajes de esa tesis, a veces en primera página, en especial la *Kölnische Rundeschau,* que poco antes de Navidad de 1969 consagró un editorial a esa auténtica "bonba" lanzada por un teólogo conocido.

Así pues, el teólogo Stegeman considera que hay motivos fundados para pensar que Jesús nació en Cafarnaúm, donde se habían establecido sus parientes. Por nuestra parte, estamos de acuerdo con ese exégeta sobre el hecho de que Jesús no nació, en modo alguno, en Belén de Judea. Pero sí que pudo haber nacido en Belén de Galilea, cerca de Séforis, donde nació su madre, muy cerca de esa Nazaret que se crearía en el siglo VIII para dar satisfacción a los peregrinos, después de haberla imaginado simplemente en el siglo IV.

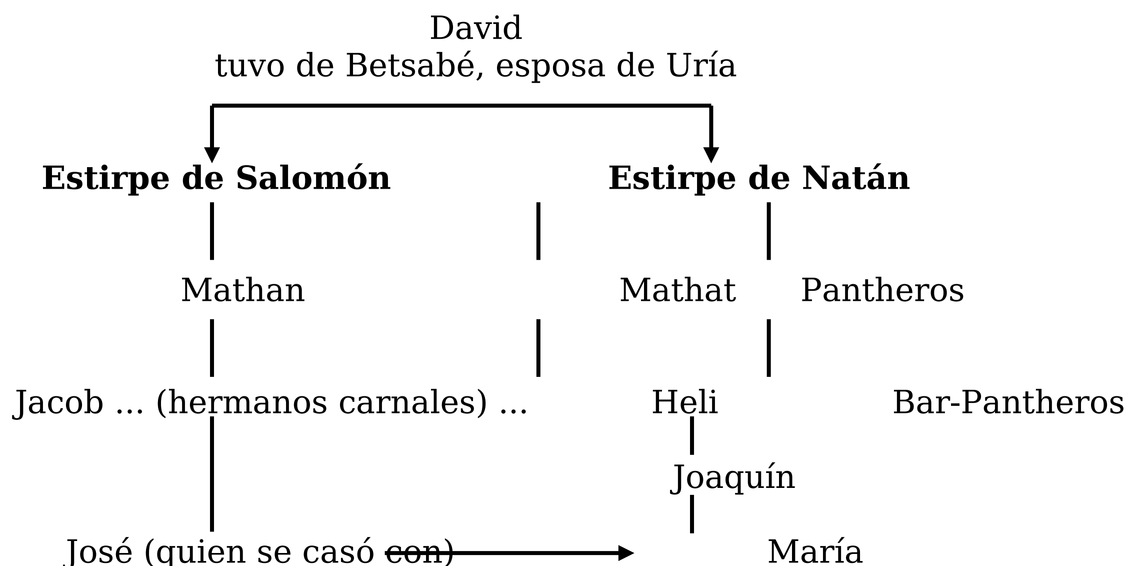
Pero Belén de Galilea es una localización peligrosa para la verdad, lo mismo que Séforis, ya que se hallan a poco menos de treinta y cinco kilómetros a vuelo de pájaro de Gamala, la ciudad refugio de los zelotes, colgada de su espolón rocoso, como un halcón escrutando la llanura, al otro lado del lago de Genezaret. Es la famosa "montaña" que sale repetidamente en los evangelios, *montaña que se guardan bien de nombrarnos ...* Y en Cafarnaúm se está a menos de quince kilómetros, muy cerca del feudo familiar de Judas de Gamala, alias Judas el Gaulanita, o Judas de Galilea (Hechos, V, 37), el héroe de la revolución del Censo, el primer esposo de María, el padre de sus cinco primeros hijos y de sus dos hijas.

Por eso es probablemente por lo que el *primer acto* de este último, cuando levantará el estandarte de su *primera revolución,* en el año 6 de nuestra era, consistirá en apoderarse de Séforis, del palacio de Herodes, de su arsenal y de

[89] *Op. cit.*, pp. 59-69.

su tesoro. Y, por esa elección, puede sospecharse la existencia de una relación entre la primera embestida de las unidades de zelotes que habían descendido del nido de águilas de Gamala, y la localidad en donde nació María, esposa de Judas de Galilea, su jefe, y madre de sus hijos. Según el *Protoevangelio de Santiago,* ella nacería en el año 14 antes de nuestra era, de modo que cuando tuvo lugar la crucifixión de Jesús contaría cuarenta y nueve años, y veintiséis cuando éste fue sometido, a la edad de doce años, al examen de su mayoría de edad civil y religiosa ante los doctores de la Ley. Entonces él se convertía, como todos los pequeños judíos del mundo, en un *ben-ha-torah,* un "hijo de la Ley".[90] Esta cronología daría como resultado que María lo alumbró a la edad de catorce años.

Pero estos datos son falsos. De toda nuestra investigación, de los despieces y de las severas confrontaciones cronológicas a las que nos hemos entregado desde hace unos diez años, resulta que Jesús nació hacia el año 16 o 17 *antes de nuestra era,*[91] y si María lo alumbró cuando contaba quince años (las niñas, en Israel, eran núbiles a partir de los doce años y medio), ella debió de nacer alrededor del año 32 *antes* de dicha era. Por otra parte, el mismo Juan Damasceno nos da en su *De fide orthodoxia* (IV, *Patrología,* XCIV, col. 21.157) la genealogía de María. Como es natural, sólo nos habla de José, y no de Judas de Gamala. Veámosla reproducida a continuación:




En lo concerniente a la vida de María después de la crucifixión de Jesús, su muerte y la época de ésta, ya hemos tratado estos temas en el estudio del destino de *Juan* (véase el capítulo 14), por lo tanto no volveremos sobre ello.

Por otra parte, en el primer volumen ya llamamos la atención del lector sobre la inexistencia de una mujer presentada bajo el nombre de María de Magdala. En efecto, Tertuliano, que fue a investigas a la propia Magdala (alis Tariquea según algunos, y que nosotros consideramos erróneo), no pudo recoger allí información alguna; María Magdalena era *totalmente desconocida* en aquel lugar. Esta investigación, efectuada entre los ambientes cristianos, debería haber recogido, sin embargo, una tradición, por mínima que fuera, si esta

---

[90] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios, pp.* 123-125. Ese es todo el prodigio de "Jesús ante los doctores de la Ley": el simple examen de un niño de primera comunión, una vez terminado de aprender el catecismo ...
[91] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios, pp.* 45-53.

mujer hubiera existido. Pero no hubo nada de ello. Tertuliano nació hacia los años 150/160 de nuestra era, y murió hacia el 240. Su viaje se produjo hacia el año 200. Y luego nada más ... Pues bien, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de Pablo, las de Pedro, de Santiago, de Juan y de Judas, la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, todos estos textos, que se afirman que son serios, todos ellos ignoran también la existencia de dicha mujer.

Lo mismo sucede con la mayoría de los apócrifos neotestamentarios. Lo que es más aún: algunos de ellos identifican a María, madre de Jesús, con aquella que los evangelios canónicos denominan como María de Magdala, cuando, en la resurrección de Jesús, éste pide a su primera interlocutora *que no le toque físicamente*, por no haber remontado todavía hasta su Padre. Comparemos simplemente esos textos, y el lector quedará informado. Veamos, primero, el evangelio de Juan:

“El día primero de la semana, María Magdalena vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al monumento, y vio quitada la piedra (...) María se quedó junto al monumento, fuera, llorando. Mientras lloraba, se inclinó hacia el monumento, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús. Le dijeron: “¿Por qué lloras, mujer?”. Ella les dijo: “Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Diciendo esto, se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no reconoció que fuese Jesús.

“Díjole Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: “Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto, *y yo le tomaré*”. Díjole Jesús: “¡María!”. Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: “¡Rabboni!”, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: “No me toques, porque aún no he subido al Padre” ... (Juan, 20, 1 a 17).

Se observará que la presunta María de Magdala había ido al huerto de José de Arimatea con la intención de retirar de él el cadáver de Jesús, *y llevárselo.* Y esto, extraído del más célebre de los evangelios canónicos, aquél en el que se basan todos los mistagogos de las sectas cristianas heterodoxas más descabelladas lo mismo que los fieles de las iglesias ortodoxas a más no poder, esto confirma lo que ya demostramos en el primer volumen de este estudio,[92] a saber, que los fieles de Jesús contaban con llevarse su cadáver para retirar a su destino final lo que llevaba de denigrante la primera inhumación. Si no se le podía dejar en la tumba ofrecida por José de Arimatea, era porque ésta, en realidad, no era otra cosa que la *fosa infamante (fossa infamia),* en la que se echaba a los cuerpos de los condenados a muerte después de su ejecución.

Segunda conclusión, José de Arimatea era, efectivamente, el *Ioseph-har-ha-mettim,* el “José de la fosa de los muertos” que ya desvelamos en una obra precedente, y no un “consejero distinguido” como pretende Marcos (15, 43).[93]

[92] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios, pp.* 241-258.
[93] Id., pp. 210-212.

Pero volvamos a la misteriosa María de Magdala:

Veamos ahora el *Evangelio de los Doce Apóstoles,* que el gran Orígenes consideraba como uno de los más antiguos evangelios conocidos, anterior incluso al Lucas actual:

*"Las madres de este país* han visto la muerte de sus hijos y van a la tumba para ver el cuerpo de aquellos a los que lloran ... Ella abrió los ojos, porque los tenía bajados, para no mirar al suelo a causa de los escándalos. Dijo con alegría: '¡Maestro! ¡Mi Señor y mi Dios! *¡Hijo mío!* Has resucitado, has resucitado de verdad ...'. Y quería cogerlo y besarlo en la boca. Pero él se lo impidió y le rogó, diciendo: '*Madre,* no me toques. Espera un poco ... No es posible que nada carnal me toque hasta que yo vaya al cielo. Sin embargo, este cuerpo es aquél con el que pasé nueve meses en tu seno ... Sabe estas cosas, *oh madre mía,* sabe que soy yo, a quien tú alimentaste. No dudes, *madre,* de que yo soy *tu hijo.* Soy yo, quien te ha dejado en manos de Juan cuando yo estaba colgando de la cruz. Ahora, *madre mía,* apresúrate en advertir *a mis hermanos* y decírselo' ...". (Cf. *Evangelio de los Doce Apóstoles,* fragmento 14º).

Pues bien, el evangelio de Juan, en el versículo 17 del capítulo XX, menciona la misma orden de Jesús a María de Magdala, de que fuera a advertir *a sus hermanos.* Todo el desarrollo es, por lo tanto, idéntico en los dos evangelios. Sólo que, mientras en el de los *Doce Apóstoles* la interlocutora de Jesús es su madre María, en los de Juan, de Lucas, de Marcos y de Mateo, se trata de María Magdalena.

Veamos ahora el *Evangelio de Bartolomé.* Seguimos encontrándonos ante el sepulcro, la mañana de la resurrección:

"Y Jesús gritó en la lengua divina: "¡Marikha! ¡Marima! ¡Thiath!. Lo que significa: '¡María! ¡Madre del Hijo de Dios!'. María conocía el significado de estas palabras. Se giró y dijo: '¡Maestro! ¡Hijo de Dios Todopoderoso! ... ¡Mi Señor y *mi hijo! ...'.* Y el Salvador le dijo: 'Salud a tí, *que has llevado la vida del mundo entero!* ¡Salud, *madre mía,* mi arca santa! ¡Salud a ti, *madre mía,* mi ciudad y mi lugar de reposo! ... Ve junto *a mis hermanos* para decirles que he resucitado de entre los muertos' ..." (Cf. *Evangelio de Bartolomé.*2º fragmento).

Veamos aún el *Evangelio de Gamaliel,* que todavía no ha sido publicado con división en capítulos y versículos. Fue descubierto en el año 1956, en un convento de Etiopía, por el R.P. Van den Oudenrijn, de la universidad de Friburgo, con otro cuatro manuscritos. Forma parte de lo que se ha dado en llamar los apócrifos etíopes, y, como todos los otros ya conocidos, perteneció al viejo fondo primitivo de los cristianos coptos de Egipto y de Abisinia, junto con el *Evangelio de los Doce Apóstoles* y el de *Bartolomé.* Y este *Evangelio de Gamaliel* nos confirmará también el valor de nuestro descubrimiento.

Muy temprano, *María, madre de Jesús,* fue junto a la tumba de su hijo. Cosa que resulta aún mucho más plausifle, porque es más humano que el hecho de presentarnos a una mujer de costumbres dudosas, que no pertenecía a la familia, como la primera en presentarse a la cita con el difunto, dejando a la madre ajena a este piadoso deber.

Y *María, madre de Jesús,* según este evangelio no encontró el cuerpo de su hijo, sino que discutió con un desconocido, que ella supuso que era el hortelano, igual que en los textos canónicos ya citados.

"Señor, esto es lo que entristece, porque en esa tumba no he encontrado el cuerpo de *mi hijo bienamado,* para llorar sobre él, lo que habría consolado mi tristeza ... Y ahora, si sois el guardián de este huerto, os conjuro a que me informéis" ... Y Jesús le dijo: "María ... Ya has derramado suficientes lágrimas hasta ahora ... Mírame el rostro, *madre mía,* para convencerte de que soy *tu hijo ..."* Y ella dijo entonces: "Entonces has resucitado, oh mi señor *y mi hijo ...". (*Cf. *Evangelio de Gamaliel,* extractos).

Es perfectamente evidente, para cualquiera que lo vea con buena fe, que la escena relatada por esos tres evangelios antiguos *es absolutamente idéntica* a la descrita en Juan (20, 1-18), pero allá donde este último pone en escena a una tal María de Magdala, desconocida por los textos neotestamentarios posteriores (*Hechos de los Apóstoles, Epístolas* diversas*, Historia eclesiástica,* etc.), los antiquísimos manuscritos coptos citados nos hablan por su parte, de *María, madre de Jesús* ...

Y vamos a ver ahora un argumento que reforzará el que dimos en la obra precedente[94] sobre la *identidad absoluta entre María, madre de Jesús, y María de Magdala.*

Tomemos para ello el importante estudio que el abad Loisy, ilustre exégeta y probo historiador, consagró precisamente a ese episodio de María en la tumba, la mañana de la resurrección, en su enorme trabajo titulado *Le quatrième évangile:*

"Según san Efrén (*Exposé de la concordance des évangiles,* Moesinger, 268), las palabras: 'No me toques ...', etc., Jesús las habría dirigido *a su madre,* y parece seguro que el *Diatessaron* de Ticiano contaba *de la madre de Jesús* lo que nuestro Evangelio *cuenta de María de Magdala.* Lo mismo sucede con un tratado de Antioquía del siglo IV, falsamente atribuido a Justino Mártir *(Questions et réponses de l'orthodoxie,* q. 48, cf. Harnack, en *Theol.-Literatur-Zeitung,* 1899, p. 176), que no depende de san Efrén, sino que podría depender también del *Diatessaron.* Es lícito por lo tanto preguntarse si Taciano, en lugar de interpretar nuestro evangelio (de Juan) por una tradición apócrifa, *no conocería, por el contrario, por uno u otro camino,* el dato primitivo, y si el evangelista que condujo a la madre de Jesús al pie de la cruz no le habría dado un papel capital en el relato de la resurrección, y luego ese papel sería atenuado en una redacción posterior, y trasladado a María de Magdala para concordar con la tradición sinóptica ... *Efrén dice que María había dudado de la resurrección,* tal como le había predicho Simeón (cf. Lucas, 2, 35). (Sobre esa "duda", véase nuestro libro: *Évangiles synoptiques,* tomo I, p. 359)". (Cf. Alfred Loisy, *Le quatrième évangile,* París, 1921, E. Nourry, édit., p. 504).

Ya hemos leído a san Efrén: *"María había dudado de la resurrección ..."*. Efrén es el padre de la Iglesia siríaca, asistió al concilio de Nicea, fue amigo de san Basilio y el padre de la Escuela mística de Edesa. Nació hacia el año 306, y

[94] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, pp. 109-114.

murió en el 373. Sus conclusiones exegéticas hicieron rechinar los dientes a algunos mistagogos de pequeños cenáculos heterodoxos. Peor para ellos; este tipo de problemas sobrepasa su entendimiento.

Porque si María, efectivamente (según la profecía del viejo Simeón cuando tuvo lugar la presentación de Jesús al templo poco después de su nacimiento [Lucas, 2, 25 y 34-35]: "y una espada atravesará tu alma ...", debía sufrir la pena más terrible que pueda sentir una madre, es que entonces tenía que enfrentarse con la más horrible desesperación ante la muerte de su hijo, *y eso implicaba que no creyera en su futura resurrección ni en la deificación que le sucedería,* y por lo tanto, *que jamás había dado fe a sus palabras.* Lo que aparece confirmado por Mateo (12, 46-50), Marcos (3, 21), Juan (7, 2-4). Realmente, había olvidado al arcángel Gabriel, si es que alguna vez hubo tal arcángel.

Lo cierto es que toda la documentación aportada por el abad Loisy y citada *in extenso* antes, refuerza nuestra tesis, a saber, que en la tradición primitiva era *a María, madre de Jesús,* a quien se dirigió Jesús resucitado, *y no a María de Magdala.* Y esta ignorancia general de los textos neotestamentarios ulteriores, como la de los Padres de la Iglesia ya citados, nos prueba que jamás hubo una mujer con dicho nombre en el séquito de Jesús, *al menos no una mujer distinta a su madre.* María, madre de Jesús, y María de Magdala son una sola y misma persona.

Por otra parte, una tradición eclesiástica pretende que esta María de Magdala *murió en Éfeso, donde fue inhumada.* A finales del siglo IX, el emperador León VI el Sabio devolvió sus restos a Constantinopla. Es fácil comprender que se trataba de *María, madre de Jesús, muerta e inhumada en Éfeso ...* Las leyendas provenzales del desembarque de las tres "Marías" en Saintes-Maries-de-la-Mer y de los treinta y tres años de penitencia lacrimosa de María de Magdala en la cima del pico de la Sainte-Baume,[95] donde murió, fueron elaboradas en el siglo XI para esconder la verdad. Pronto volveremos a este tema de las diversas tumbas de María.

Y ahora volvemos de nuevo, a través de otra serie de argumentos, a las conclusiones de nuestra obra precedente, es decir, que María, esposa de Judas de Gamala, madre de Jesús y de sus hermanas y hermanos, es la misma María Magdalena, y por lo tanto que jamás existió una cortesana de alta alcurnia que llevara dicho nombre.

En cuanto a la explicación admitida por el abad Loisy, a saber, que se transfirió un personaje real a otro puramente imaginario, simplemente para que el evangelio de Juan concordara con los de Mateo, Marcos y Lucas, no creemos que sea válida. Porque entonces quedaría por justificar la creación inicial de una María de Magdala. Esta explicación es muy sencilla, ya la dimos en nuestra primera obra.[96] Sólo hacía falta:

---

[95] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 109-111. El demencial relato de la leyenda de María Magdalena, colocada por los ángeles en un pico entonces inaccesible, y luego elevada por ellos cada mañana hasta la cima más alta, para que se secara, dado que la gruta era muy húmeda, es típico de la ingenuidad de las multitudes de la antigüedad.
[96] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 112-114.

*a)* suprimir toda alusión que permitiera adivinar que el Apocalipsis era en realidad muy anterior a los evangelios, y que la historia de los "siete truenos" era una peligrosa clave del problema;
*b)* suprimir la prueba de que esos "siete truenos" eran siete hermanos, uno de los cuales era Jesús, el primogénito, y que *todos eran hijos de María,* lo mismo que las jóvenes a las que los evangelios canónicos llaman "sus hermanas" (cf. Marcos, 6, 3). Haciendo esto podía al fin afirmarse la virginidad perpetua de María;
*c)* hacer creer que la mujer que en el sepulcro, ante aquél a quien ella toma por el hortelano, se desespera por la muerte de Jesús, y por consiguiente no cree en absoluto en la resurrección prometida, no podía ser María, su madre. Y por parte de una mujer extraña a la familia, eso resultaba más admisible.

Claro que quedan otros puntos curiosos en esta impostura de los escribas del siglo IV. Por ejemplo, *magdala* puede significar también *peinadora, perfumera,* en arameo. María, en un momento dado de su vida, después de la muerte de su esposo Judas de Gamala, bien pudo verse en la obligación de hacer subsistir a sus hijos, y ponerse a ejercer esta profesión junto a algunas mujeres de la aristocracia idumea.

En efecto, según el *Talmud de Babilonia* (cf. *Shabbath,* 104 B, y *Hagigag,* 4 b), María habría ejercido la profesión de peinadora, pero según el mismo *Talmud de Babilonia* (*Sanedrín 106 b),* al descender de los reyes de Israel, se habría comprometido con un héresch*,* palabra hebrea que significa bien un carpintero, bien un mago.[97]

Por otra parte, la aldea de dicho nombre evoca curiosamente la ciudad zelote, ya que, con una sola letra de diferencia, *Magdala* es el anagrama de *Gamala,* sólo sobra la letra *daleth.* Y es sabida la importancia de las trasposiciones de letras en la cábala. No se atreverían a hablar de *María de Magdala* y habrían añadido la *daleth (d)* para velar mejor ese nombre que convenía no volver a pronuncia jamás: *María de Gamala,* porque sino se establecería de inmediato una relación evidente con *Judas de Gamala.*

Tenemos un ejemplo de esas trasposiciones de letras en la toponimia de Francia, y es el de la célebre gruta de Lourdes. En la época de María Bernarda Soubirous todavía se llamaba a esa gruta *Massabielle.* Pues bien, ese nombre no es sino la trasposición anagramática de *Beelissama,* especie de Astarté importada por los navegantes fenicios, y cuyo nombre no era otra cosa que la deformación feminizada de *Bell-Samîn,* el "Señor de los Cielos". Y en la gruta de Massabielle, a comienzos de nuestra era, se celebraba el culto a esa misma diosa *Beelissama*. Durante mucho tiempo, en la gruta donde Bernarda creyó ver a la Virgen María, cuando contaba unos quince años, hubo un bloque de mármol desconocido en los Pirineos, y que era un residuo de esas liturgias paganas. Ese bloque desapareció rápidamente. Quizá fue el condensador delque se desprendió, el 11 de febrero de 1858, la forma-pensada que

---

[97] El pseudo-Orígenes, en su *Contra Celso,* niega explícitamente que el evangelio calificara a Jesús de *carpintero.* No obstante, Marcos lo afirma en su evangelio (6, 3), y con todas sus letras, en griego. Por lo tanto, el texto de Marcos que el pseudo-Orígenes conoció *en su época,* era diferente al nuestro.

impresionó el psiquismo de la chiquilla. Un altar religioso siempre está más o menos cargado magnéticamente.[98]

Volviendo a María, madre de Jesús, constataremos que los manuscritos más antiguos del evangelio de Mateo nos precisan que "Jacob engendró a José, el esposo de María, y *José engendró a Jesús"* (cf. Mateo, 1, 16). Hecho confirmado por Saulo-Pablo: " ... acerca de su hijo, *nacido de la semilla de David según la carne".* (cf. Pablo, Epístola a los Romanos, 1, 3). Es evidente que esta *semilla* no viene de María, sino de José, afirmación que prueba que en aquella época se le daba a Jesús todavía un padre perfectamente carnal, lo que excluía la virginidad de su madre. Si dudáramos de ello, no tendríamos más que releer la *Vulgata* latina de san Jerónimo, versión oficial de la Iglesia católica, y leeríamos en ella que: " ... *de Filio suo, qui factur est ei ex semine David secundum carnem ..." (*cf. *Epistula ad Romanos:* I, 3). Los originales griegos más antiguos utilizan el término *spermatos*, que significa el esperma masculino, lo mismo que el término *semine* utilizado por Jerónimo.

Ocumenius (cf. *Patrología griega,* CXVIII, col. 217) y Teofilacto, obispo de Acrida en Bulgaria antes de 1078 (cf. *Patrología griega,* CXXII, col 293), nos dicen: "Santiago, a quien el Señor hab´ria designado con anterioridad obispo de Jerusalén, era el hijo de José el carpintero, *el padre según la carne,* de N. S. Jesucristo".

Así pues, hasta finales del siglo XI, en las iglesias de Oriente no se ignoraba que Jesús había tenido un padre perfectamente carnal, y que el Espíritu Santo no había tenido nada que ver en esta generación.

Volvamos, pues, a la genealogía de María, dada por Juan Damasceno (*supra,* p. 138=. Vemos en ella que su padre se llamaba Joaquín, y su abuelo X ...-bar-Pantheros. Se trata, evidentemente, del mismo Panthero de la *Toledoth Ieshuah* que ya hemos visto. Él es, el abuelo de María, el pseudo-amante mercenario de Roma.

Y si María nació en el año 32 antes de nuestra era, si su padre la engendró a los veinte años, si él mismo fue engendrado por el suyo cuando éste contaba también veinte años (la edad límite del matrimonio de los jóvenes en el Israel antiguo), eso nos da la fecha descubierta por Daniel-Rops en *Jésus et son temps* (p. 68), porque 32 + 20 + 20 = 72, fecha muy cercana a la del 78 dada por dicho autor (evidentemente antes de nuestra era).

Y por lo tanto, habría muerto en el curso de las luchas civiles que desgarraron durante seis años a la nación judía bajo el reinado sangriento de Alejandro Janeo. Este rey, que pertenecía a la dinastía asmonea (los macabeos),[99] contempló sádicamente, desde la terraza de su palacio de Jerusalén, y rodeado de sus concubinas, la crucifisión de ochocientos de sus adversarios, mientras se procedía, ante sus ojos, a degollar a sus esposas e hijos (cf. Flavio Josefo,

[98] Se observará que Tomás de Aquino, san Bernardo, san Buenaventura y santa Catalina de Siena se alinearon en la Edad Media en las filas de los adversarios de la Inmaculada Concepción. Por lo visto a Catalina de Siena se le apareció la Virgen María para confirmarle que no era en modo alguno inmaculada. Pues bien, la Iglesia acaba de proclamar a Catalina de Siena *"doctor de la Iglesia" ...* ¿Cómo conciliar estas contradicciones"

[99] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* p. 73, esquema genealógico de dicha dinastía, de la cual procedía Saulo-Pablo por vía femenina.

*Antigüedades judaicas,* XIII, XXII). El abuelo de María debió de participar en esas luchas fratricidas, porque, al helenizar su nombre, según la costumbre judía de la época, se hizo de Panthero, Pantherôs, en griego *pantera.* Y este nombre no podía designar a un hombre particularmente pacífico.

De lo que antecede podemos admitir que la familia de María pertenecía también al clan de los *kanaim*, o celotes, lo que justifica que le eligieran un esposo dentro del mismo medio, a saber, Judas-bar-Ezequías, futuro Judas de Galilea.

En lo que concierne a la virginidad perpetua de María, "antes durante y después" de esa unión tan humana con el héroe judío que debía ilustrar su nombre con gran rapidez, creemos que hicimos justicia a esta inverosimilitud en nuestra primera obra.[100] Y ni siquiera el moderno tema de la *partenogénesis,* mediante el cual una hembra se fecunda y da a luz sin la colaboración de un macho, afirmación muy discutida en lo que se refiere a su posibilidad *en el seno de la humanidad* o de los animales superiores, este tema no podría sostenerse como explicación plausible para esa concepción milagrosa por parte de la María de los evangelios. Porque si el hecho puede producirse *en teoría* en el seno de la humanidad, la mujer no podría parir jamás otra cosa que una criatura de su propio sexo, es decir, *una hija.* Y jamás se ha puesto en duda el sexo masculino de Jesús, tanto más cuanto que la Iglesia católica posee en sus templos, religiosamente conservados por el clero y los fieles, *diecinueve prepucios* del niño divino, todos ellos a cual más auténtico, lo que constituye una prueba definitiva de dicha masculinidad.

No obstante, a los argumentos presentados en la primera obra,[101] conviene añadir la confesión implícita de los teólogos. En los *Diaconales* de monseñor Bouvier, obispo de Le Mans, miembro de la congregación del Indice, insertos en la *Dissertatio in sextum decalogi praeceptum et Supplementum ad Tractatum de Matrimonio* (Le Mans, 1827, ejemplar de la Bibloteca real), descubrimos este estudio de un caso particular:

"*Se pregunta:* 1º) Si un hombre y una mujer, bien instruidos de su común impotencia o de la de uno de ellos, pueden contraer matrimonio con la intención de prestarse mutuo socorro y de permanecer siempre en la castidad.

"R. Sánchez (*I; 7, disp. 97, nº 13*) y muchos otros teólogos que cita, afirman que el matrimonio es lícito en este caso, y apoyan su opinión en las pruebas siguientes: los que han contraído matrimonio, aunque afectados por una misma enfermedad, pueden vivir juntos como hermano y hermana, evitando el peligro de caer en el pecado; por lo tanto, si piensan razonablemente que no hay que temer dicho peligro, pueden casarse con vistas a ayudarse mutuamente, a pesar del conocimiento que tienen de su impotencia. Así fue como la Bienaventurada Virgen y san José contrajeron verdadero matrimonio, con la intención formal de conservarse castos y de no hacer uso del coito.

"Pero la opinión más general de otros teólogos es que semejante matrimonio no es lícito, ya que, según dicen, un matrimonio así sería nulo si no hubiera esperanza de consumarlo. Sería una verdadera impostura, una profanación de

[100] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 54-69 y 104-114.
[101] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 54-69 y 104-114.

las ceremonias religiosas, y por consiguiente un sacrilegio, el hecho de contraer voluntariamente un matrimonio nulo; *jamás deben autorizarse semejantes uniones. En cuanto al ejemplo aportado más arriba, niegan que sea aplicable en ese caso, ya que el matrimonio de la bienaventurada María y de san José era válido". (Op. cit., Supplementum,* 1º Quest.).

Era válido ... De lo que antecede, unas cuantas conclusiones se imponen por sí mismas:

*a)* el esposo verdadero de María no era impotente, y ella no era estéril, ya que su matrimonio habría sido nulo, lo que la mayoría de los doctores católicos niegan, como hemos acabado de ver;
*b)* no se trataría, pues, del tal José, ya que en el momento de su unión con María contaría unos ochenta y un años,[102] si se da crédito a los diversos *Evangelios de la Infancia.* Por lo visto moriría hacia los ciento once años, y unos treinta años antes es dudoso que se hubiera hallado todavía en estado de procrear. Además, el matrimonio de un hombre en estado de impotencia sexual estaba prohibido por la Ley judía, y el desgraciado esposo no tenía entonces más que dos semanas para devolverle la libertad a su esposa;[103]
*c)* si los teólogos cristianos afirman en su gran mayoría (*op. cit., dixit)* que el matrimonio de María era válido, y el esposo no podía ser José, *esa unión se consumó, pues, con Judas de Galilea, alias Judas de Gamala,* de donde el nacimiento de Jesús y de sus hermanos y hermanas menores.

Quedan todavía un conjunto de documentos aún más probadores a este respecto, y no los silenciaremos, teniendo en cuenta la autoridad de sus autores.

Sabemos por Eusebio de Cesarea que Orígenes, el gran didáscalo alejandrino, a quien el papa León XIII calificaba de "el más grande de los Padres de la Iglesia de Oriente", había adquirido en propiedad las Escrituras conservadas por los judíos y redactadas en caracteres hebreos. Para leerlas, aprendió dicha lengua. Luego "se hizo a la busca de las diversas ediciones de aquellos que, aparte de la versión llamada de los Setenta, habían traducido las sagradas Escrituras; y, además de las traducciones corrientes y en uso, las de *Aquila,* de *Simmaco* y de *Theodotion". (*Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* VI, XVI, I, 2).

De esas cuatro versiones del Antiguo Testamento conformó sus célebres *Tetraples,* texto sinóptico donde los versículos de cada versión están dispuesto frente a frente en cuatro columnas, con el fin de establecer comparaciones.

La versión llamada de los *Setenta* (setenta traductores "inspirados" dan una versión idéntica del texto, pero la historia de dicha "inspiración" está fundada en la carta de *Aristeo,* apócrifo del siglo II) fue realizada a petición de Ptolomeo, hijo de Lagus, en el siglo III antes de nuestra era, para la célebre

[102] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 37-44 y 54-59.
[103] Id., pp. 38 y 39 sobre las referencias en el Talmud en lo que respecta a esa restricción de matrimonio que sufría un hombre impotente. Es preciso observar que el hecho de haber confiado una joven de quince años, todo lo más, a un anciano impotente de ochenta y un años, hubiera causado escándalo en Israel. (cf. *Talmud,* San. 76a; *Yeb.* 101b*; Deuteron.* 29, 19s y 76b).

Biblioteca de Alejandría. En ese texto, el célebre pasaje de Isaías (7, 14) aparece traducido así:

"Por eso el Señor os dará él mismo un prodigio: una *virgen* concebirá, y dará a luz a un hijo que será llamado Emmanuel".

Pues bien, ésta es la única versión de los *Setenta* que utiliza la palabra griega *parthenos* (virgen). Las otras versiones utilizan el término *neanis,* es decir, *jovencita.* ¿Quienes fueron sus autores? Simmaco, Theodotion y Aquila.

Simmaco era ebionita (alias nazareno). Había legado sus obras a una tal Juliana, que se las dio directamente a Orígenes (cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica,* VI, XVII). Por lo tanto era casi contemporáneo de Orígenes, y vivía, pues, en el siglo II, tengámoslo en cuenta.

A Theodotion de Éfeso no le conocemos apenas, pero debía de ser un personaje importante del cristianismo, ya que el gran Orígenes conserva su traducción de Isaías.

Éste, original de Sinope, la ciudad donde nació Marción, vivió también en el siglo II de nuestra era. Primero fue discípulo de Taciano, se hizo marcionita y luego ebionita en Éfeso. La Iglesia ortodoxa no rechazó su traducción de la Biblia, y su versión de Daniel todavía en nuestros días sigue siendo utilizada por las Iglesias de Oriente.

Queda Aquila del Ponto. Arquitecto originario también de Sinope, pariente del emperador Adriano, recibió de éste el encargo de reconstruir Jerusalén hacia los años 130-135. Primero se sintió seducido por la religión judía, pero a continuación se convirtió al cristianismo, cuya comunidad estaba autorizadas a residir en esa ciudad, prohibida a los judíos. Luego volvió al judaísmo, y hacia el año 138 de nuestra era redactó una versión de la Biblia que lleva su nombre y que durante mucho tiempo se prefirió a la de los *Setenta.*

Así pues, en el siglo II, fijémonos bien, estamos en presencia de cuatro textos griegos del mismo pasaje de Isaías, y los cuatro se basaban en un texto hebreo inicial. La lógica nos impone, por lo tanto, recurrir simplemente a este último. Tomemos por consiguiente la Biblia del rabinato francés, en Isaías, 7, 14, y veamos qué término hebreo utilizó el profeta.

El texto francés de la versión masorética está redactado así: "¡Ah, cierto! El Señor os da un signo de sí mismo. He ahí que la *mujer joven* está encinta, y dará a luz a un hijo, al que llamará Immanuël". (Isaías, 7, 14).

El hebreo no permite distinguir quién tiene razón, de entre la versión del rabinato francés (*mujer joven)* o de la de Theodotion de Éfeso, de Aquila del Ponto, y de Simmaco (*jovencita).* Pero hay otros argumentos, *éstos irrefutables,* que no permiten admitir ni por un instante la traducción de los *Setenta:* virgen. Porque *mujer joven o jovencita,* en el espíritu del profeta Isaías, es necesaria e inevitablemente lo mismo, ya que según la Ley judía la *jovencita* no podía concebir fuera del matrimonio, *bajo pena de muerte,* y por lo tanto convertirse en *mujer joven.*

Si se trataba de una virgen a quien ningún hombre había fecundado, es que fue el Eterno, a través de su *ruah elohim* (espíritu santo), el progenitor del niño por nacer. Tesis dogmáticamente afirmada por la Iglesia católica, las Iglesias de Oriente y el protestantismo.

Ahora bien, para un profeta del siglo VIII antes de nuestra era (Isaías vivió bajo el reinado de Ezequías), imaginar que *Yavé* se rebajara y se degradara, a través de su *ruah*, violando las leyes naturales que él había establecido, y actuara sobre el sistema ovárico de una *adamita,* contrariamente a sus prescripciones del Sinaí, era algo pura y simplemente *impensable ...*[104]

En efecto, en el *Deuteronomio* leemos lo siguiente: "Si no se han encontrado los signos de la *virginidad* de la *joven (*en el matrimonio), llevarán a la joven a la puerta de la casa de su padre, y las gentes de la ciudad la lapidarán hasta que muera" (Deuteronomio, 22, 20-21).

Dicho de otro modo, *Yavé* dictó una ley en el Sinaí, según la cual la *virgen* que fuera depositaria de su oculta actividad fecundadora debería ser lapidada hasta la muerte, en cuanto se hubiera constatado que llevaba al futuro *Emmanuel ...* ¡A eso se le llama tentar al diablo!

Por otra parte, *Yavé* se administra a sí mismo una severa sanción, porque en el Génesis se lee esto: "Cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la superficie de la tierra y nacieron hijas, entonces los hijos de Dios (los ángeles) vieron que las hijas de los hombres eran agradables y tomaron por esposas cuantas prefirieron ..." (Génesis, 6,. 1-2).

De ese *incubado* colectivo, el célebre *libro de Enoch* nos proporciona todos los detalles: esta obra, muy antigua, aparece ya citada por dos fragmentos recogidos en el siglo I antes de nuestra era por Alejandro Polyhistor, y conservados por Eusebio de Cesarea (cf. *Principios evangélicos,* IX, XVII, 8). Además, el *Libro de los jubileos,* compuesto poco después del año 135 antes de nuestra era, lo cita bajo el título de *Libro de la caída de los ángeles.*

"Y el Señor dijo a Gabriel: 'Ve a esos *bastardos* y a esos réprobos, y a los hijos de las cortesanas, y hazlos desaparecer, a esos hijos de los Veladores del Cielo' ..." (Op. cit., 10, 9).

"Y el Señor dijo a Mikael: 'Ve, encadena a Semyaza y a sus compañeros, que se han unido a las mujeres a fin de mancillarse con ellas en toda su impureza. Y cuando todos sus hijos estén degollados, y cuando ellos mismos hayan visto el fin de sus bienamados, encadénalos para setenta generaciones bajo las colinas de la tierra, hasta el día que se consume el Juicio eterno' ..." (Op. cit., 10, II).

"Luego Mikael, Gabriel, Rafael y Phanuel se apoderarán de ellos en ese gran día, y los precipitarán a la hoguera ardiente, a fin de que el Señor de todos los Espíritus los castigue por su iniquidad ..." (Op. cit., 54, 6).

---

[104] En lo que se refiere a una virginidad conservada por María *después del parto,* basta con releer a Lucas (2, 22-24) para convencerse de que estuvo obligada a someterse a los ritos de purificación propios de las parturientas (Levítico, 12, 1-8).

Ese texto es, por lo tanto, la condena formal de toda fecundación de una mujer por una criatura espiritual. Partiendo de ese principio, la Iglesia católica afirmó la posibilidad de los demonios de fecundar a una mujer *(incubat)*, o de acoplarse de noche con un hombre *(succubat).*[105]

No inventamos nada. Tomás de Aquino estudió esos hechos con detalle en su *Suma teológica,* esos principios son *de fe,* porque también ahí "Roma habló", y eso, para un católico de estricta observancia, no ofrece discusión posible.

Veamos el texto oficial de Tomás de Aquino:
"Hay que decir, con san Agustín, que muchos afirman saber por su propia experiencia, o por lo que cuentan otros, que los *Faunos* y los *Silvanos,* llamados *íncubos* por el vulgo, a menudo han sido malos para con las mujeres, y han obtenido de ellas goces sexuales. Por lo tanto, sería imprudente negarlo. Ahora bien, si del coito demoníaco hay alguno que nazca, no es por el esperma de los demonios ni por el cuerpo que éstos revisten, sino por el esperma del hombre, que sirvió de *súcubo* al demonio que desempeñó luego el papel de *íncubo* con una mujer ..."[106]

Se saca de aquí y se pone de allá ... El célebre teólogo no nos dio el motivo de esas copulaciones diabólicas ni el interés que el diablo podía tener en ellas. Añadamos que todos los Padres de la Iglesia, en su cándida ingenuidad, creían en la existencia de glifos, de dragones, etc. San Jerónimo nos afirma que "Toda Alejandría pudo ver a un *sátiro vivo ...".* ¡El mismo lo contempló! Y una manada de *centauros,* al encontrar a Jesús en el desierto, le rindieron homenaje (cf. *Vieu de Paul l'ermite,* VII, VIII). San Agustín nos dice: "Yo era ya obispo de Hipona, cuando fui a Etiopía con algunos servidores de Cristo para predicar allí el evangelio. Vimos a muchos hombres y mujeres sin cabeza, con dos grandes ojos en el pecho ..." (cf. san Agustín, *Sermones,* XX-XIII). No nos burlemos de ellos; la televisión francesa, en el curso de un debate, nos presentó a un catedrático del *Instituto des Hautes Etudes,* que afirmó su creencia en el valor de los pactos sellados con Satanás, aunque éstos no aparecieron "sino en la época en que tenía lugar los contratos en su buena y debida forma ...". El diablo se mantiene al corriente de la actualidad, ¡él no es un espíritu retrógrado!

Lo mismo que el *Libro de Enoch*, el *Zohar Hadash (*sección *Yitro)* nos precisa que Samael, el ángel tentador, y su doble femenina Lilith, habían corrompido a la primera pareja humana, Samael con Eva, y Lilith con Adán. El *Sepher Ammudé-Schiba* nos cuenta la misma leyenda, pero a Lilith la llama Heva, y Samael se convierte en Leviathan. Otro texto, el *Sepehr Emmeck-Ameleh* nos transmite el mismo tema. Como se ve, la sexualidad "de grupo" no es nada nuevo.

Entonces, teniendo en cuenta esa tradición religiosa que considera con horror toda copulación psico-neumática entre una criatura humana y una criatura espiritual, ¿cómo suponer ni por un instante que el profeta Isaías hubiera

---

[105] ¡El *incubo* es un demonio macho copulando con una mujer, a veces con un falo *doble!* La *súcuba* es un demonio hembra, que desempeña todas las funciones de una mujer ... ¡Hay, asimismo, demonios *hermafroditas,* para las personas 'ambivalentes'!.

[106] Cf. san Agustín, *De la Ciudad de Dios,* XV, 23; santo TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica,* P. I., 9, 51, art. 3, ad. 6.

podido imaginar la fecundación de una mujer, aunque fuera virgen, por el Eterno, el Dios inaccesible de Israel? Y más cuanto que el "mesías" de los cristianos no se llamó Emmanuel, sino sólo Jesús, y que no vivió jamás en un tiempo en que Israel tuviera que temer una doble ocupación, *"procedente de Egipto y de Asiria" (op. cit.,* 7, 18-20), sino una única ocupación, la de Roma, es decir, *del otro lado de los mares.* La profecía no coincide con los hechos históricos y su época, y el mesías anunciado no se llama Jesús.

Volvamos a María, madre de Jesús. La primera esposa del pseudo-José se habría llamado Salomé, habría sido la hija de Aggeo, hermano de Zacarías, y por lo tanto prima hermana de Juan el Bautista, según nos dice Nicéforo, citando a Hipólito de Porto. O también se habría llamado Escha, traducido a veces por Estha o por Esther, según otras tradiciones. Tampoco aquí los fabricantes de leyendas pudieron ponerse de acuerdo, teniendo en cuenta las dificultades de la época en materia de relaciones epistolares.

Por otra parte, un cierto número de observaciones complementarias aportan pruebas más contundentes en este terreno. Y es indudable que lo que nuestros teólogos modernos construyen sobre la "divinización" de la madre de Jesús habría dejado absolutamente estupefactos a los discípulos de su hijo.

*En primer lugar, Jesús desprecia a su madre. Júzguese:*

1. "Mujer, ¿qué hay en común entre yo y tú? ..." (Juan, 2, 4). Se observará que se sitúa, de forma bastante descortés, antes que ella en la frase.
2. "Alguien le dijo entonces: 'Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte'. Él, respondiendo, dijo al que le hablaba: '¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? ...' Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: 'He aquí mi madre y mis hermanos. Porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre' ..." (Mateo, 12, 47-50).

Ese pasaje, muy preciso, nos demuestra perfectamente que en el caso de sus hermanos, no se trata de discípulos, porque éstos habrían creído en él.[107]

Ahora bien, según el dogma clásico, Jesús es una de las tres "personas" de la Trinidad, en calidad de Hijo. Por lo tanto participó "antes del tiempo" (Concilios de Éfeso, de Calcedonia, de Constantinopla II) en la dotación privilegiada que fue lo propio del alma *preexistente* de María, a saber, su concepción inmaculada, libre de pecado original. (Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica,* XXVII; Pío IX, *Definición del dogma de la Inmaculada Concepción).*

Y sin embargo, de todo eso, Jesús, dios encarnado, no se acuerda. Y de ahí su desprecio por las mujeres en general, y por su madre en particular:

"Simón-Pedro dijo: 'Que María salga de entre nosotros, porque las mujeres no son dignas de la vida eterna ...'. Y Jesús dijo: 'Yo la atraeré a fin de volverla varón, para que se convierta en un espíritu vivificante semejante a vosotros, los varones ... Porque toda mujer masculinizada entrará en el Reino de los Cielos' ... " (Cf. *Evangelio según Tomás,* manuscrito copto del siglo IV, p. 118).

---

[107] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 54-59.

“Y Tomás preguntó: ‘Cuando oramos, ¿de qué manera debemos orar?’. Y Jesús respondió: ¿Orad en el lugar donde no haya ninguna mujer’ ...” (Cf. *Diálogo del Salvador,* manuscrito copto, p. 142).

“La mujer no es digna de la vida eterna ...” (Cf. Jesús: *Loggion,* 101).

Debemos convenir que todo esto contradice mucho nuestros dogmas modernos.

Y más cuando en el instante de su muerte, según el nuevo dogma de la Asunción, promulgado por el papa Pío XII, ella entraría “en carne y hueso”, a instancias de su Hijo, en el Paraíso, llevada por unos ángeles que habían venido a buscarla. Y tampoco de esto se acuerda Jesús, el Hijo, quien de acuerdo con el Padre y con el Espíritu Santo le concedió de antemano ese privilegio inaudito. Y sin embargo, esa decisión, anterior al nacimiento de María, la tomaron en común las tres “personas” de la Trinidad.

Por último, María no concedió ningún valor a las revelaciones del arcángel Gabriel. Veamos de nuevo lo que dicen los Evangelios:

1. “Porque María había olvidado los misterios que le había revelado el arcángel Gabriel ...” (Cf. *Protoevangelio de Santiago,* XII, 2).
2. “Porque sus hermanos *tampoco* creían en él ...” (Cf. Juan, 7, 5).

Así pues, María no les había revelado quién era en realidad su hermano mayor, y eso que había formulado en alta voz su aceptación de ser fecundada por el Espíritu Santo, y su parto fue tan milagroso como esa misma fecundación, porque luego permaneció igual de virgen que antes. ¡Y todo eso no la sorprendía lo más mínimo!

Sin embargo, si ella no les había confiado todo cuanto de maravilloso había acompañado a la llegada de su hijo mayor, mediante esa revelación ella les evitaba dudar de él, y Judas, su nieto,[108] no podría ya entregar a Jesús y perjudicarse al hacerlo, ya que esa traición no era necesaria para la Redención, dado que la amenaza de crucifixión, procedente de los romanos, pesaba siempre sobre la cabeza de Jesús.

Volviendo a la mistificación de la Asunción, “en carne y hueso”, pues lo es, y grande, aunque se haya elevado al nivel dogmático, ante el estupor de todo el mundo protestante, plantearemos ahora a los católicos de estricta observancia algunas preguntas embarazosas:

¿Qué pensar, por ejemplo, de esto?:

“Pero no se tiene ninguna prueba de la partida de Juan; puede incluso conjeturarse que el viaje de Juan a Éfeso no fue anterior al año 58.

En esa fecha Pablo se detuvo, pasó un tiempo allí y evangelizó la Iglesia de Éfeso, a pesar de que tenía como regla no recolectar en el campo de otro. eso significa que, en aquella época, el apóstol Juan no había adquirido todavía los derechos sobre la Iglesia de Éfeso. Pues bien, en el año 58 María habría

[108] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 274 y 286-288.

contado setenta y seis años, y a esa edad parece bastante inverosímil un cambio de residencia que acarreara un viaje tan fatigoso y tan largo como el de Jerusalén a Éfeso. Por lo tanto, *María no habría abandonado Jerusalén, y habría muerto allí".* (Cf. Dom H. Leclercq, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie,* VIII, col. 1.382).

Dejemos a Dom Leclercq con sus ilusiones cronológicas y atengámonos sólo a sus conclusiones, lógicas a más no poder.

Aquí citaremos a Patrice Bousset, conservador de la Biblioteca histórica de la Ciudad de París:

"En el siglo IV se ignora todo lo referente a las circunstancias de dicha muerte, pero en el siglo siguiente hay dos teorías opuestas, la de la sepultura en *Jerusalén* y la de sepultura en *Éfeso.* Y en el siglo VI se afirma la existencia de una tumba y de una iglesia consagrada a la Virgen en *Getsemaní,* tumba que estaría emplazada en el mismo lugar de la casa en que vivió y murió María. La basílica, reconstruida a principios del siglo VII, sería destruida en el siglo XI. Según la tesis de la muerte en Éfeso, María habría pasado los últimos años de su vida en una casa que Juan había hecho construir para ella en los alrededores de la ciudad, habría muerto en dicha casa *y habría sido enterrada por los apóstoles.* Naturalmente, unas excavaciones permitieron encontrar "la casa de la santísima Virgen" en Éfeso, del mismo modo que en Jerusalén se mostraba a los peregrinos el terreno sobre el cual María emitió su último suspiro". (Cf. Patrice Boussel, *Des reliques et de leur bon usage,* 8.) ¿Y por qué no? Había que atraer a los peregrinos.

El lector convendrá en que esas contradicciones y esos testimonios opuestos hacen caer toda la leyenda mariana. Porque todavía en el siglo VI, Grégoire de Tours señala la presencia de reliquias del cuerpo de la Virgen en una iglesia de Auvernia, y en el siglo IX se habla de otras nuevas en Luçon.

Más adelante, como es evidente, y a medida que iba perfilándose la leyenda de la ascensión de María, madre de Jesús, a los cielos, llevada por los ángeles, se hizo desaparecer esas comprometedoras reliquias. Pero olvidaron censurar los numerosos manuscritos existentes.

Y, lo que es más, en 1952 se descubrieron en el monte de los Olivos, cerca del *"Dominus Flevit"*, emplazamientos de tumbas contemporáneas a la época de Jesús. En ellas se hallaron un cierto número de sepulcros pequeños, de reducción, en los que se depositaba los huesos descarnados y secos, tras una permanencia más o menos larga en las tumbas clásicas de dos cámaras funerarias. Sobre esos pequeños sepulcros de reducción estaba inscrito el nombre del difunto, bien en griego, bien en arameo. Entre ellos se descubrieron, agrupados, los de Jairo, Marta, María, Simón-bar-Jona (alias Simón-Pedro), Jesús, Salomé y Filón de Cirene (cf. R.P. Luc H. Grollengerg, *Atlas biblique pour tous,* p. 177). Es evidente que son falsos, que fueron rubricados en una época –hacia los siglos IV-V- en que de lo que se trataba era de deslumbrar a los peregrinos. Y eso demuestra que en aquella misma época la leyenda cristiana no poseía todavía todo su carácter maravilloso. Y concretamente la *ascensión de Jesús* no había sido todavía establecida.[109] Y

[109] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 241-258.

partiendo de esa base, ¿cómo imaginar la de María, su madre? ... Y si eran auténticos es aún más grave, ya que nos demuestra que Jesús fue inhumado *en carne* y que no hubo jamás resurrección alguna, ya que el cadáver se descompuso y luego los huesos fueron juntados en un sarcófago de reducción. Y entonces la misma conclusión se impone para el caso de su madre, María. Si dudáramos de ello, no tendríamos más que recordar las querellas provocadas por las tres tumbas diferentes situadas en Jerusalén, Getsemaní y Éfeso, y por las reliquias corporales conservadas en Auvernia y en Luçon.

En otro campo, el del arte, tenemos la misma constatación.
Ninguna tradición cristiana, ningún documento canónico nos muestra a María recibiendo en sus brazos el cuerpo de Jesús, al descenso de la cruz. Ningún documento de este tipo nos pinta a María bañada en lágrimas ante su hijo crucificado. Y eso es significativo.[110]

Para llogar a sus hijos muertos, las madres antiguas tuvieron a veces acentos de una trágica belleza. Y el primer *voccero* corso, aquel himno imprecatorio con el que se abría toda *vendetta,* puño en alto, en el umbral del famoso “palacio verde”, fue indudablemente clamado por una de ellas, bajo el fúnebre *mezzaro* negro.

Siempre ignoraremos cuál habría podido componer María la noche de la muerte de Jesús. Según nos cuenta Flavio Josefo, los zelotes tenían como principio no lamentarse jamás, ni en su propio suplicio ni al contemplar el de los demás. Y tanto por su pasado familiar, que acabamos de ver, como por el ejemplo del esposo muerto en combate, *Myrhiam-bath-Ioachim* debió de tener como máxima el verso de su antepasado el *salmista:* “Que el eterno sea siempre la *roca* de mi corazón ...” (Cf. Salmos, 73, 26).

Y semejante actitud engrandece a aquella mujer que fue la muy digna esposa de Judas el Gaulanita, mucho más que las afectaciones lacrimosas de las pseudotradiciones marianas.

María, “madre de los siete truenos”, no podía derramar lágrimas.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

Mientras corregíamos las pruebas de la presente obra, nuestro amigo Francis Mazières nos indicó que se acababa de abrir la tumba de la Virgen María en Éfeso. Esa tumba resultó estar completamente vacía, lo que demuestra la veracidad de la asunción de María *en carne y hueso.* ¡Absolutamente luminosa idea! Ahora no queda ya más que abrir las de Jerusalén, de Getsemaní, recuperar los fragmentos corporales que se disputaron las ciudades de la Edad Media, y nadie podrá negar ya el prodigio. Lo mismo que nosotros, el lector se persuadirá de que la tumba de Éfeso fue ya abierta en el siglo IX por el emperador León VI, y que los restos que ésta contenía fueron transferidos a Constantinopla. Bajo el nombre de María de Magdala ... *Inhumada ya en Saint-Maximin, cerca de la Sainte-Baume ...* ¡Un milagro más!

---

[110] Los evangelios canónicos nos dicen que fue José de Arimatea quien desclavó el cuerpo y lo sepultó (Mateo, 27, 39; Marcos, 15, 46; Lucas, 23, 53; Juan, 19, 38).

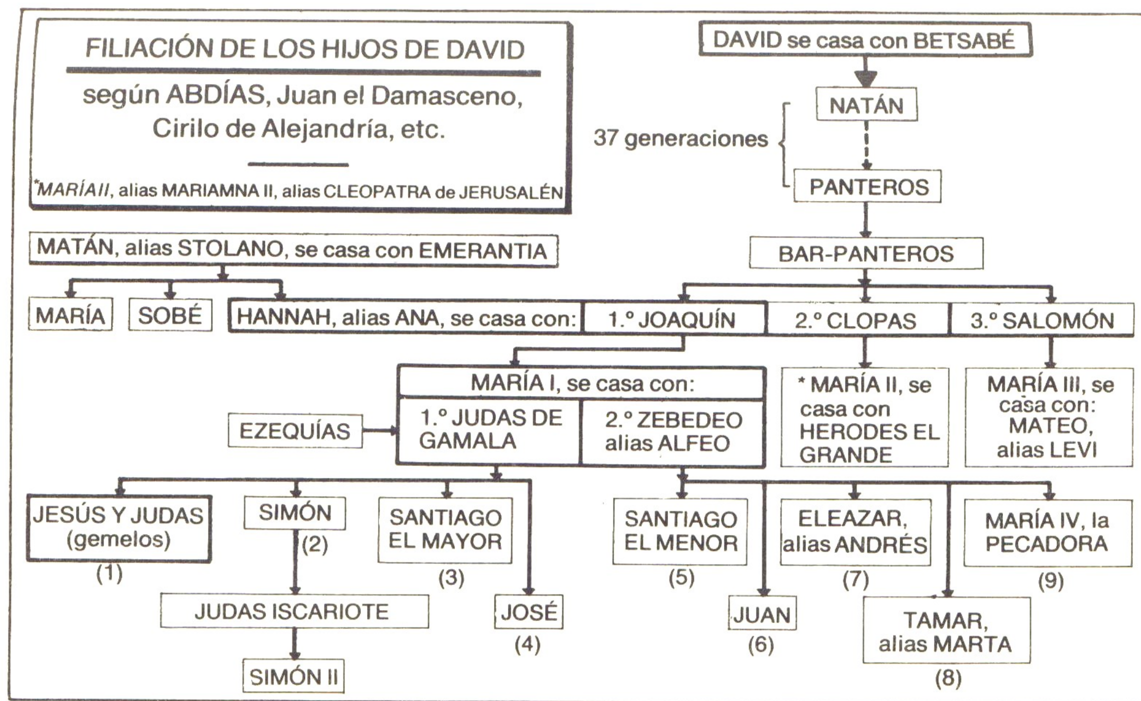
# 20

# Las grandes familias

> Aquel que posee mujer e hijos ha proporcionado rehenes a la Fortuna, ya que son obstáculos para las grandes empresas, tanto virtuosas como malignas ...
>
> FRANCIS BACON
>
> *Du mariage au célibat*

En su primera obra, *L'Enigme de Jésus-Christ,* Daniel Massé, haciéndose eco de las tesis anteriores de Arthur Heulhard (de verdadero nombre Arthur Nivernoys), nos dice que María, madre de Jesús, fue durante un tiempo la hija política de Herodes el Grande: "su madre, viuda, había vuelto a casarse, con Herodes el Grande", (op. cit., p. 98).

Daniel Massé se equivoca una vez más. Pero hay que reconocer a este autor que, a través de una masa enorme de afirmaciones diversas, a veces incontroladas o erróneas, en ocasiones tuvo destellos de una intuición absolutamente fulgurantes. Como en las obras que sucedieron no nos aportó la prueba de esta alianza matrimonial, nos hemos visto en la obligación de buscarla. No fue una tarea nada fácil, ya que los monjes copistas manipularon suficientemente el texto inicial de Flavio Josefo para que los manuscritos *medievales* que han llegado hasta nosotros (¡los únicos, lástima!) constituyan un laberinto de contradicciones y de incoherencias totalmente desconcertante. Necesitamos de una mayor paciencia, de innumerables horas (la mayoría de ellas nocturnas), de reflexión y de verificaciones, para llegar a establecer esa prueba anonadante de la alianza matrimonial entre las familias davídica y herodiana, que, no obstante, no afecta directamente a María, madre de Jesús.


FILIACIÓN DE LOS HIJOS DE DAVID
según ABDÍAS, Juan el Damasceno, Cirilo de Alejandría, etc.
*MARÍA II, alias MARIAMNA II, alias CLEOPATRA de JERUSALÉN
DAVID se casa con BETSABÉ
NATÁN
37 generaciones
PANTEROS
BAR-PANTEROS
MATÁN, alias STOLANO, se casa con EMERANTIA
MARÍA
SOBÉ
HANNAH, alias ANA, se casa con:
1.º JOAQUÍN
2.º CLOPAS
3.º SALOMÓN
MARÍA I, se casa con:
EZEQUÍAS
1.º JUDAS DE GAMALA
2.º ZEBEDEO alias ALFEO
* MARÍA II, se casa con HERODES EL GRANDE
MARÍA III, se casa con: MATEO, alias LEVI
JESÚS Y JUDAS (gemelos)
(1)
SIMÓN
(2)
SANTIAGO EL MAYOR
(3)
JOSÉ
(4)
JUDAS ISCARIOTE
SIMÓN II
SANTIAGO EL MENOR
(5)
JUAN
(6)
ELEAZAR, alias ANDRÉS
(7)
TAMAR, alias MARTA
(8)
MARÍA IV, la PECADORA
(9)

Pero la conclusión es realmente gratificadora, porque hace que este último, durante un tiempo, fuera sobrino de Herodes el Grande, primo por alianza de su hijo y sucesor Herodes Arquelao, de sus otros hijos Herodes Antipas y Herodes Filipo I, tío por alianza de las princesas Berenice y Drusilla, sin olvidar a su amable primo Saul-bar-Antipater, futuro "san Pablo". En cuanto a su madre María, esposa y viuda de Judas de Gamala, se convierte no en la esposa, sino en la hermana política del propio Herodes el Grande ...[111]

Como bien se ve a través de esta breve exposición genealógica, el problema merecía que se le consagraran numerosas horas de investigación.

De todos modos, y sin anticipar conclusiones, podemos ya asegurar al lector que, por parte de la familia davídica, no se trataba de otra cosa que de un plan bien madurado y preconcebido, que tenía como objetivo la reconquista del trono de Israel, entonces compuesto por los reinos de Judea y de Samaria. Y de ello permanece una confesión de Jesús, confesión que demuestra que jamás pensó en otra cosa:

"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste! ..." (Cf. Mateo, 23, 47).

Y de ahí las relaciones con el territorio impuro de Samaria, a pesar de las prohibiciones judías. Porque si, frente al poderío romano, conseguía reunificar la Judea y la Samaria, Israel podía esperar su liberación, mientras que si un hijo de Herodes continuaba ocupando el trono y reinando sobre ese conjunto, Roma seguía siendo la potencia ocupante.

Y ahora pasemos a la demostración histórica de esta asombrosa alianza.

El abad Migne, en su *Dictionnaire des apocryphes* (tomo II, París, 1858), nos dice que la Iglesia de Oriente tomó como válido un texto titulado *Del nacimiento de la Virgen* y atribuido a san Cirilo de Alejandría. Según esa tradición manuscrita, Ana (en hebreo Hannah), la madre de María, era a su vez hija de un tal Stolano y de su esposa Emerantia, nombres griegos que, según costumbre de la época, acompañaban a los patronímicos hebreos, ya que el nombre de circuncisión de ese Stolano sería *Mathan,* como veremos seguidamente.

Según ese manuscrito, Ana se casó a los dieciocho años con Joaquín, quien contaba veinte, y de quien el *Protoevangelio de Santiago* dice que pertenecía a la estirpe de David como Ana, que era un hombre muy rico y que pertenecía a la estirpe sacerdotal, ya que en ciertas épocas fue sacrificador en el Templo (cf. abad Emile Amann, *Le Protévangile de Jacques,* París, 1910, Letouzey & Ané, *Imprimatur* del 1-2-1910).

Observemos que *Eli,* su forma completa de *Eliakim,* y también *Iehojakim* son un mismo nombre. (Cf. *Talmud de Babilonia; Sanedrín,* fº 67, y *Talmud de Jerusalén*, fº 77).

---

[111] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 110-123, y esquemas genealógicos de las páginas 72, 73 y 112-113.

Recordemos todo esto: filiación davídica, sacerdotal, y una gran riqueza familiar. Esas tres cualidades son muy importantes, ya que permiten situar a la familia de María y de Jesús en un nivel social bastante elevado.

En primer lugar, y durante veinte años, Ana no pudo concebir ningún hijo. Y sólo a los treinta y ocho años pudo dar a luz por fin a una hija, que recibió el nombre de María (en hebreo *Miryâm)*, hija que más adelante se convertiría en esposa de Judas de Gamala y madre de Jesús. Ese mismo año Ana enviudó, y entonces se casó en segundas nupcias, "según mandaba el Señor" (*op. cit.*), con su cuñado, un tal Clopas, porque no había podido darle un hijo a Joaquín, su primer esposo. Y esta era, efectivamente, la costumbre que se imponía imprescriptiblemente en Israel. (Deuteronomio, 25, 5).

El mismo año de ese nuevo matrimonio legal, Ana dio a luz una segunda hija, a la que se dio asimismo el nombre de María (II) en recuerdo de los prodigios que habían precedido (según la leyenda) al nacimiento de la primera, y que nos relata el *Protoevangelio de Santiago.*

Ese segundo esposo, necesariamente hermano del primero, murió antes del nacimiento de María II, y Ana lo lloraba todavía cuando un ángel se le apareció y la conminó a que se preparara a contraer nuevas nupcias. De hecho, ella seguía en la obligación *legal* de casarse con el tercer hermano, al no haber podido dar a luz a ningún varón que pudiera perpetuar el nombre del padre difunto, y no es absolutamente necesario imaginar una aparición angelical para obtener la aplicación de la ley judía, cosa corriente en aquella época.

Y tenemos, pues, a Ana casada con su segundo cuñado, que se llamaba Salomón (y no Salomé, como pone por error el texto griego). Un año más tarde nacía una tercera hija, a la que se volvió a poner el nombre de María (III). Y poco después, según nos dice el *Libro del nacimiento de la Virgen,* Ana era viuda por tercera vez.

Esto es mucho menos seguro, y lo constataremos enseguida, en el examen de otros documentos que nos aportarán el por qué de las muertes de los dos primeros esposos, tan cercanas que no podían sino estar integradas en una catástrofe general.

Completando la tradición de ese texto del *Nacimiento de la Virgen,* el *Dictionnaire de la Bible* del abad Vigouroux (tomo I, París, 1925, Letouzey & Ané, *Imprimatur* del 28-10-1891, 1ª edición), nos dice que Ana era hija de Mathan, *cohen,* es decir, sacerdote sacrificador, nacido en Belén de Judea, y que ella era la última de las tres hijas del citado Matha, llamadas María, Sobé y Ana. Como se ve, el árbol genealógico empieza a perfilarse.

Probablemente para enmascarar este camino, que resultará ser de lo más revelador, la Iglesia católica declararía de una vez por todas "hacer profesión de fe de no saber ninguna de las circunstancias que acompañaron la natividad de María, y no decirnos nada de ella ya que la Escritura y la tradición apostólica no le habían aportado nada ..." (cf. *Le Protévangile de Jacques, op. cit.,* p. 49, citando al célebre hagiógrafo Adrien Baillet). Sin embargo:

“No vacilo en considerar esos nombres (los de los familiares de María) como auténticos –nos dice el no menos célebre exégeta Tischendorf. En efecto, a mediados del siglo II (hacia 150) se les podía conocer mejor. ¿Qué necesidad había, pues, de forjar otros nuevos? ...” (Cf. Tischendorf, *De evangeliorum apocryphorum origine et usu,* 1851).

El historiador independiente tiene interés en ser más curioso.

Para eso es necesario estudiar un poco ese nombre de María, sobre todo desde el punto de vista onomástico, ya que se convertirá en una de las claves del enigma por resolver.

María no es nombre hebreo corriente. No se le encuentra citado más que una sola vez en el Antiguo Testamento, en el caso de la hermana de Moisés (cf. Éxodo, 15, 20; Números, 12, 1; 20, 1; 26, 59; Deuteronomio, 24, 9; Miqueas, 6, 4). Y eso es bastante raro: una sola mujer se llamó así en toda la historia de Israel, al menos de entre los personajes históricos conocidos.

Hiller, en su *Onomasticum sacrum* (Tubinga, 1706, p. 173), demostró que en la forma hebrea *Miryâm,* la terminación *am* no tiene ninguna significación precisa, que es una simple forma final. Ese nombre derivaría simplemente del árabe *marja* (la *j* tomada aquí por una *i*, es decir, acentuando el carácter gutural de la *r*). Tendría el significado de “gruesa, fuerte”, términos sinónimos de belleza femenina en esas regiones del Medio Oriente. La forma asiria es *marû.* Hiller nos precisa además que la puntuación masorética –los puntos vocales en hebreo- da *miryâm,* pero versiones diversas hacen suponer que da *maryâm.* ¡Ya lo tenemos! Cuando más adelante nos encontremos en presencia de un nombre de origen hebraico que se pronuncie *Mariamna*, recordaremos que Flavio Josefo simplemente compiló a los historiadores y panegiristas de Herodes el Grande, Nicolás de Damasco y su hermano Ptolomeo de Ascalon, y que éstos eran sirios, es decir, árabes. Ellos utilizaron la forma árabe de *marja* (*María* en griego), añadiéndole la desinencia helénica *am*, ya que redactaban sus *Historias* en lengua antigua.

Volvamos ahora al segundo esposo de Ana llamado Clopas, alias Cleophas (cf. Juan, 19, 25, y Lucas, 24, 18). En los manuscritos iniciales de los evangelios canónicos, redactados como se sabe en griego, ese nombre aparece transcrito como *Klopa,* contracción del griego *Kleopatros,* que significa “(nacido) de un padre ilustre”. Por lo tanto, tiene la misma significación que *Antipas* o *Antipater,* en griego Antipâtros: “(nacido) de un padre ilustre”.

El nombre hebreo *Abraham,* que significa “padre elevado de una multitud”, y que procede de *Abram,* que significa “padre elevado”, es el que mejor le corresponde. En lengua árabe da *Ibrahim.*

Por el contrario, la forma ortográfica de *Klopa* muestra una derivación de una raíz aramea.

Pasemos ahora a su femenino *Cleopatra* (en griego *Kleopâtra)*, que pronto encontraremos como doble helénico de *Mariamna* en hebreo. Numerosas princesas egipcias llevaron ese nombre entre las procedentes de las dinastías *seléucida y ptolemaica.* La más célebre fue, indudablemente, *Cleopatra VII,*

nacida en Alejandría el año 66 antes de nuestra era, y muerta en la misma ciudad en el año 30 antes de la misma, a los treinta y seis años de edad. Fue hija de *Ptolomeo XI el Auletes,* y se casó, según la costumbre de Egipto, con su propio hermano *Ptolomeo XII*. Fue amante sucesivamente de Julio César y de Antonio, corrompió literalmente a este último y se hico con él iniciándolo en las orgías, clásicas y homosexuales, comunes y compartidas, en las que ella era experta. Una reina de Siria llevó también ese nombre. Significaba, lo mismo que *Klopa*, "(nacida) de un padre ilustre".

Concluyamos ya que, cuando vemos aparecer ese nombre aplicado a una princesa judía, esposa de Herodes el Grande, es que habrá una posible asociación de ideas con la de Egipto, y probablemente por las mismas razones.[112]

Y ahora volvamos a la historia.
En el evangelio de Juan se dice que Clopas tenía una esposa llamada María: "Estaban, junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás ..." (Cf. Juan, 19, 25).

Pues bien, los manuscritos griegos de los evangelios canónicos jamás presentan una construcción gramatical de este tipo para explicar semejantes relaciones conyugales.

Así, por ejemplo, en Mateo (27, 19), a la esposa de Pilato se la llama en griego *guné* (mujer, esposa); en Lucas (17, 32), a la esposa de Lot se la llama igual; y en Juan (4, 7), la mujer de Samaria recibe el mismo calificativo. Así: "... Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes ...", se traduce: " ... Iokana, guné Kouza ..." (*op. cit.)*
Por el contrario, la frase de Juan (19, 25): " ... María, mujer de Cleofás ...", está compuesta de modo totalmente distinto: *" ... Maria é tou Klopâ ...",* es decir: " ... María (hija) de Klopa ...", y no "mujer de".

Esa es la antigua traducción del citado pasaje del evangelio de Juan. La nueva versión no es sino una modificación más, destinada a hacernos perder el hilo del enigma. Veamos la prueba:

Existen unos *Hechos apostólicos (Actus apostolorum*) atribuidos a un tal Abdías, quien habría sido obispo de Babilonia, es decir, en realidad de Roma, según el vocabulario petrino convencional. Esos *Hechos,* redactados primero en hebreo, luego traducidos por su discípulo Eutropio al griego, y luego del griego al latín por Julio el Africano, la Iglesia católica los considera a pesar de todo como una obra redactada inicialmente en latín, y datada del siglo VI (cf. J.A. Fabricius: *Codex Apocryphum, Novum Testamentum,* Hamburgo, 1703). Y en esos *Hechos apostólicos* de Abdías, María II aparece no como la mujer, sino como *la hija* de Clopas, como afirmábamos antes. Y hay aún otro testimonio de ello:

---

[112] Mucho antes de Mesalina, tuvo Cleopatra de Egipto la costumbre de ir a veces a prostituirse durante noches enteras a un lupanar elegante de Egipto. También la duquesa de Orléans, cuyo nombre de soltera era Louise-Henriette de Bourbon-Conti, madre del futuro Philippe-Égalité, pudo confesar con franqueza que ignoraba quién era el padre de su hijo: 'Cuando uno cae sobre una zarza, ¿sabe acaso cuál es la espina que le ha pinchado? ..." (Cf. ANDRÉ CASTELOT, *Philippe-Égalité, le prince rouge,* p. 19, Sfelt. Édit., París, 1950). Esta naturaleza tan rica moriría a los treinta y dos años, agotada por tantos excesos.

“Clopas era hermano de José, y al morir Clopas sin hijos, José, según algunos, se casó con su mujer y procuró hijos a su hermano. *María* (María de Clopas)*, aquí mencionada, sería uno de sus hijos”.* (Cf. Teofilacto, obispo de Acrida en Bulgaria, hacia el año 1078, en *Patrología griega,* too CXXIII, col. 293).

Este autor confunde, por lo tanto, a José y a aquel Salomón con el que Ana, madre de María I, se habría casado en terceras nupcias. Como ya hemos demostrado la inexistencia de tal José,[113] imaginado para hacer desaparecer a Judas de Gamala, tenemos que volver al Salomón citado por el documento atribuido a Cirilo de Alejandría y titulado *El Nacimiento de la Virgen.* Pero sigue en pie el segundo testimonio: María II era *la hija* de Clopas, y no su esposa.

Volvemos, por lo tanto, a estar en posesión de las herramientas y las llaves necesarias para forzar la puerta del tenebroso calabozo en donde la Iglesia de los primeros siglos encerró la verdad histórica. Regresemos, pues, a la dinastía herodiana, y, para empezar, hagamos el inventario del verdadero harén que poseyó Herodes el Grande, conforme a las costumbres de su época, ya que Flavio Josefo nos dice al respecto que “ese príncipe gozaba con el abuso de la libertad que nos da la Ley de poseer varias esposas ...” (Cf. Flavio Josefo, *La guerra de los judíos,* I, XVII).

Hay que añadir, en favor suyo, que fue durante toda su vida un gran amante de la belleza femenina, y que jamás eligió a sus esposas por sus riquezas familiares, sino ante todo por su belleza, ¡y ya sólo por eso le será perdonado mucho! No obstante, tampoco olvidó asociar a ello unos nobles orígenes, ya que Flavio Josefo nos dice que mandó quemar las genealogías de los hebreos, depositada en el Templo, a fin de no permitir que ninguna de ellas pudiera, como en el caso de la primera Mariamna, humillarlo incesantemente, teniendo en cuenta sus propios orígenes no reales.

La lista de sus esposas y de los hijos que éstas le dieron nos la proporciona el texto de las *Antigüedades judaicas* (XVIII, I) y el de *La guerra de los judíos* (I, XVII), en su versión griega. Lo mismo puede decirse de la versión eslava:

Herodes el Grande se casó, pues, sucesivamente, con:

1º: *Doris,* que fue madre de Antipater. Fue repudiada por primera vez cuando el rey decidió casarse con Mariamna I, que le sigue. A la muerte de ésta, Doris fue reintegrada a petición de su hijo en el favor y el lecho de Herodes, y luego repudiada por segunda vez cuando tuvo lugar el complot de Antipater, y entonces fue despojada de todos sus bienes y joyas. Era probablemente una griega de la Decápolis, federación helenística de diez ciudades, situadas al este del lago de Tiberíades, y que Pompeyo había liberado de la dominación judía en el año 62 antes de nuestra era. En efecto, este nombre se encuentra, en su forma balcánica de Dorisca, en Hungría, Yugoslavia y Transilvania, donde visiblemente es de origen griego.

---

[113] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 37-44 y 106-114.

2º: *Mariamna I,* hija del rey Alejandro y de la reina Alejandra. Era, pues, la nieta de Hircano II, rey y sumo sacerdote, y de Aristóbulo II, rey y sumo sacerdote. Pertenecía, por lo tanto, a la dinastía asmonea, llamada de los macabeos. Fue ejecutada por una falsa acusación de adulterio, por orden de Herodes el Grande, quien, cuando hubo reconocido su error, estuvo a punto de perder la razón. El rey tuvo de ella cinco hijos: dos hijas y tres hijos. El mayor, Alejandro, se casó con Glapyra, hija de Arquelao, rey de Capadocia, y el menor, Antígono, se casó con la hija de Salomé I, hermana de Herodes el Grande, la misma que había acusado de adulterio a Mariamna I.

3º: *Mariamna II,* hija de Simón, *cohen* y sacrificador, y que fue elevado al pontificado por Herodes con ocasión de dicho matrimonio. Tuvo un hijo llamado Herodes Filipo I (que se casaría con Herodías, nieta a su vez de Mariamna I y de Herodes), y que murió en el año 34 de nuestra era. Primero fue criado en Roma, y designado más tarde como sucesor de Herodes el Grande en segunda posición, después de su hermanastro Arquelao. Sin embargo, fue borrado de esta sucesión cuando se descubrió el complot en el que participó su madre Mariamna II, y sobre el que tendremos que volver.

4º: *Malthaké la Samaritana,* quizás, a pesar de todo, de origen griego también (Decápolis), ya que su nombre, *Maltakia* en griego, significa "dulzura, blandura". Dio al rey dos hijos: Arquelao y Antipas, y una hija, Olympia. Murió durante los enfrentamientos contra Roma, frente a César Augusto, de los miembros de la dinastía herodiana y su hijo Arquelao. Quizás aprovecharon la ausencia de éstos para suprimirla. También pudo perecer durante la guerra civil que enfrentó a los partidarios de Achiab, tío abuelo de Salomé II, a los de Arquelao. Ya analizamos este episodio de las luchas dinásticas en nuestra primera obra.[114]

5º: *Cleopatra de Jerusalén.* Esta indicación de origen y de residencia precisan que fue judía. Tendría un hijo, según los historiadores modernos (enseguida tendremos la prueba), y dos según sus predecesores. Se llamarían Herodes y Filipo. Este último habría sido educado en Roma también, lo mismo que su hermanastro Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II. Y entonces se plantea la pregunta: ¿por qué él, y no su hermano mayor? Como no se encuentra ningún rastro válido de esos dos personajes, generalmente se considera que se trata simplemente de un texto corrompido en los manuscritos griegos, al haber dado lugar una mala declinación a la introducción de la "*y*" entre Herodes y Filipo, cuando había que leer simplemente Herodes Filipo. Más adelante veremos que, en efecto, no es sino el mismo personaje que Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II, *lo que implica que esta última no sea otra que la citada Cleopatra de Jerusalén.*

6º: *Pallas,* de quien Herodes tuvo un hijo llamado Fazael.

7º: *Fedra,* que fue madre de una hija llamada Roxana.

8º: *Elpide,* que le dio una hija llamada Salomé (Salomé III).

9º: X ..., hija de uno de sus hermanos, y por lo tanto su propia sobrina. La costumbre del Medio Oriente permitía a un tío casarse con la hija de su

[114] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 300-301.

hermano o de su hermana. Bajo Claudio César y a proposición de Vitelio, el Senado romano confirmó por unanimidad esta costumbre y la legalizó (cf. Tácito, *Annales*, XII, VI-VII). De esta unión Herodes no tuvo hijos.

10º: *X' ...,* su prima hermana, probablemente nabatea e hija de un hermano o de una hermana de su madre Cypros I. tampoco de esta unión tuvo Herodes descendencia.

Pues bien, primera observación: Flavio Josefo enumera con toda precisión a diez esposas, y antes había declarado que Herodes el Grande había tenido *nueve* (cf. *Antigüedades judaicas,* XVII, I). *Por lo tanto hay una repetida*. Y eso es así en las diversas versiones de Flavio Josefo, tanto en la griega como en la eslava, tanto en las *Antigüedades judaicas* como en *La guerra de los judíos.* Este error hay que imputarlo a los copistas medievales, quienes en su pasión por hacer desaparecer de dicho autor todo cuanto pudiera revelar la verdad histórica, jamás tuvieron la suficiente inteligencia y fría razón para controlar sus censuras, interpolaciones, etcétera.

Sabiendo que buscamos una esposa de la dinastía davídica, veamos cuáles de las esposas de Herodes el Grande responden a dicha exigencia. Se observará que la versión eslava de *La guerra de los judíos* no habla sino de una *Mariamna, hija de un sumo sacerdote.* Por instinto, el copista rectificó el número de las esposas, ¡pero haciéndolo cometió otro error!

Veamos ahora en qué condiciones se casó Herodes el Grande con la segunda Mariamna, después de haber mandado ejecutar a la primera, fundándose en una denuncia calumniosa de su hermana Salomé I, quien quería desembarazarse de esa cuñada a la que odiaba y de su marido, de quien hizo el amante de aquella. Flavio Josefo nos dice lo siguiente:

"Él (Herodes) pensó en volver a casarse, y como no buscaba su placer en el cambio, quiso elegir a una persona en quien pudiera depositar todo su afecto. Y así tomó a una puramente por amor, a la manera que voy a contar. Simón, hijo de Boeto Alejandro[115] *que era sacrificador y de una raza muy noble,* tenía una hija de una belleza tan extraordinaria que no se hablaba de otra cosa en *Jerusalén.* El rumor llegó hasta Herodes. Quiso verla, y jamás amor alguno a primera vista fue más grande que el que éste sintió por ella. Juzgó que no debía abusar de su poder raptándola, como hubiera podido hacerlo, por miedo a pasar por un tirano, y creyó que más bien debía casarse con ella. Pero como Simón no era de una tan gran calidad como para tan alta alianza, ni tampoco de una condición nada despreciable, quiso elevarlo a un gran honor a fin de hacerlo más considerable. Así pues, privó del sumo sacerdocio a Jesús, hijo de Phabet, se la dio, y se casó con su hija". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XV, XII).

Israel jamás tuvo sino dos dinastías reinantes en toda su historia. La dinastía asmonea, llamada de los Macabeos, que precedió a la no judía de los Herodes, no reinó más de un siglo, del año 135 al 37 antes de nuestra era. No se beneficiaba de ninguna profecía ilustrativa. En cambio era muy distinto en el caso de la dinastía de los hijos de David, que gobernó Israel desde el año 1015

[115] Y no "de Alejandría", como el texto griego alterado puede hacer creer, ya que tanto él como su hija eran de Jerusalén. ¡Un sacerdote del Templo no residía en Egipto!

hasta el 107 antes de nuestra era, bien de hecho, bien legítimamente. En su caso poseía la promesa de Yavé, expresada al rey David por el profeta Natán:

"Ocurrirá que cuando tus días hayan llegado al colmo y hayas reposado con tus padres, yo haré subsistir la semilla que saldrá de tus vísceras y haré estable tu reino (...) Y yo haré estable el trono de su reino para siempre (...) Por eso serán estables tu casa y tu reino para siempre ante mí. ¡Tu trono permanecerá firme para siempre!" (Cf. Samuel, 7, 12 a 16).

Esta promesa se realizó durante más de un milenio, a las buenas o a las malas. Todo eso está, pues, muy claro. La "raza muy noble" a la que hace alusión Flavio Josefo para referirse a Mariamna II y a su padre Simón es, indudablemente, la de David, tanto más cuanto que, por otra parte, es de filiación sacerdotal, y por consiguiente descendiente asimismo de Aarón. Y de ahí que fuera elevado al sumo sacerdocio. La nueva esposa de Herodes el Grande era así de sangre real e hija del pontífice de Israel.
Tenemos, pues, por consiguiente la prueba absoluta de que el rey contó efectivamente, entre sus esposas, con una "hija de David". Pero ¿cuáles podían ser los lazos familiares directos de esta Mariamna II con María, madre de Jesús? Esa es la segunda parte del enigma que tenemos que resolver.

Antes que nada conviene precisar quién era esa "Cleopatra de Jerusalén" con la que se casó después de Malthaké la Samaritana, con quién lo había hecho hacia el año 21 antes de nuestra era.

Necesariamente, y a pesar de su nombre, Cleopatra era judía, ya que se nos precisa que era "de Jerusalén". Sabemos que en aquella época era ya antigua la costumbre de llevar un nombre griego añadido al nombre hebreo. Sabemos asimismo que Cleopatra significa "(nacida) de un padre ilustre" (en griego *Kleopâtra)*. Lo mismo que Clopas (en griego *Klopâ).*

¿Quién podía ser, pues, esa judía "nacida de un padre ilustre", de suficiente "noble raza" como para ser tomada por esposa por el rey Herodes el Grande? Conociendo las deformaciones fáciles utilizadas por los monjes copistas cuando deseaban ensombrecer un punto de la historia, podemos imaginar que su nombre era, en hebreo, Bath-Clopas ("hija de Clopas"), lo mismo que esa María de Clopas, en griego "*Maria é tou Klopâ*", que los *Hechos apostólicos* de Abdías, obispo de Babilonia, afirman que fue *la hija de Clopas,* y no su esposa, como dice Juan (19, 25). Dado que este evangelio apareció hacia el año 190 de nuestra era, que ignoramos de que Juan se trata (en todo caso no del apóstol), concederemos nuestro voto a Abdías.

Quizás hubo además otro motivo para el sobrenombre helénico dado a esa hija de Clopas, una alusión a la Cleopatra reina de Egipto, y enseguida lo analizaremos.

Por otra parte, Mariamna no es otra cosa, como hemos visto anteriormente, que una desinencia griega del hebreo Miryâm, alias María. Si podemos establecer que Mariamna II y Cleopatra fueron una misma y única mujer, habremos desatado completamente el nudo del enigma.

De su unión con Herodes el Grande, Mariamna II había tenido un hijo llamado Herodes Filipo I, que se casó con Herodías, su prima, nieta de Mariamna I y de Herodes el Grande. Cleopatra de Jerusalén, por su parte, habría tenido un hijo llamado Herodes Filipo II, quien se habría casado con Salomé II, hija de Herodes Filipo I y de Herodías. Daniel-Rops, en *Jésus en son temps,* se adhiere, evidentemente, a esta cómoda solución para ahogar la verdad histórica (*op. cit.; III, Un canton dans l'Empire).*

"De los cuatro hijos de Herodes, todos estaban vivos cuando Jesús, pero ninguno tenía sus poderes. El mayor, Herodes Filipo I, nieto por parte de madre del sumo sacerdote Simón, había sido explícitamente desheredado; a falta de territorio, esperaba obtener el soberano pontificado, pero la mitra blanca y el pectoral sagrado, en lugar de recompensar su espera, recayeron sobre sus tíos abuelos, uno tras otro ..., dejándolo a él, simple sacerdote, como presa de los sarcasmos de su ambiciosa esposa Herodías". (*Op. cit.*)

Y, en otro capítulo, Daniel-Rops no vacila en dar a Salomé II como esposa al fantasmal Herodes Filipo II:

"Y Filipo –Herodes Filipo II-, hermano del tetrarca, y tetrarca a su vez de la Gaulanítide y la Traconítide, que poco después se casaría con Salomé ..." (*Op. cit.: V, La sémence d l'Eglise*).

Todas estas afirmaciones de Daniel-Rops constituyen una serie de errores interesados, *y todo esto es falso, contrario a los textos antiguos,* ya que Flavio Josefo jamás dio el nombre de la esposa del pseudo-Herodes Filipo II.

Y, en primer lugar, Daniel-Rops reconoce que Herodes no tuvo más que *cuatro* hijos.

Nombrémoslos:

1º: *Antipater,* hijo de Doris,
2º: *Herodes Filipo I*, hijo de Mariamna II,
3º: *Herodes Antipas,* hijo de Malthaké la Samaritana,
4º: *Herodes Arquelao*, hijo de la misma.

Teniendo en cuenta que los dos hijos de Mariamna I, *Alejandro y Aristóbulo,* están ya muertos, eso no da sino *cuatro hijos,* y ahí estamos de acuerdo con Daniel-Rops. Pero ¿cómo puede hablar entonces de ese *Herodes Filipo II,* hijo de Cleopatra de Jerusalén, *lo que elevaría a cinco el número de los hijos de Herodes el Grande vivos en aquel entonces?* Lo mismo que los monjes copistas de la Edad Media, Daniel-Rops se embrolló en su esfuerzo por disimular la verdad ...

Y veamos otras pruebas de que este Herodes Filipo II *jamás existió.*

En la versión eslava de *La guerra de los judíos* de Flavio Josefo, es Herodes Filipo I, hijo de Mariamna II, el esposo de Herodías, quien es el tetrarca, y esto lo confirma el relato, en el mismo Flavio Josefo, del reparto del reino de Herodes el Grande por César Augusto, así como un viejo evangelio apócrifo

copto, más antiguo que el *según Lucas,* si damos crédito a Orígenes, y que nosotros hemos denominado *El evangelio de los Doce Apóstoles.*

Aquí están esos textos definitivos que barren de una vez por todas las interpretaciones "arregladas" de Daniel-Rops:

"Tú confiscarás a Filipo, le quitarás su casa, te apoderarás de sus bienes, de sus servidores, de su ganado, de todas sus riquezas, de todo lo que es suyo; y tú me enviarás esas cosas a la sede de mi imperio. Todos sus bienes, tú los contarás para mí, y no le dejarás nada, excepto *su vida, la de su mujer y de su hija.* Esto es lo que dice Tiberio al impío Herodes Antipas". (Cf. *Evangelio de los Doce Apóstoles,* 2º fragmento).

Se trata, pues, sin lugar a dudas, de Herodes Filipo I, el tetrarca, esposo de Herodías y padre de Salomé II, aquel al que Daniel-Rops convierte en un pobre *cohen,* sin ninguna tetrarquía. Continuemos:

"Filipo, hallándose *en su provincia,* tuvo un sueño: un águila le había arrancado los dos ojos. *Reunió a sus sabios.*[116] Como todos explicaban el sueño de forma diferente, ese hombre que hemos representado antes, que iba vestido con pieles de animales y que purificaba al pueblo en las aguas del Jordán, acudió súbitamente a su encuentro sin ser llamado, y dijo: 'Escucha la palabra del Señor. En ese sueño que has visto, el águila es tu amor al lucro, porque ese pájaro es violento y rapaz, y ese pecado te arrancará tus ojos, que son *tu provincia y tu mujer'."* (Cf. Flavio Josefo, *La guerra de los judíos,* II, 4, manuscrito eslavo).

También aquí, como se ve, se trata de Herodes Filipo I, esposo de Herodías y padre de Salomé II, y que es tetrarca, como subraya Flavio Josefo. El águila designa a Roma, y en este caso concreto a Tiberio. Continuemos. A la muerte de Herodes el Grande, y al ser protestado su testamento, la familia herodiana acudió a Roma para llevar el litigio ante el emperador Augusto. Después de haber oído a las partes, el emperador zanjó así el problema:

"No proclamó rey a Arquelao, sino que de la mitad del reino que antes estaba sometido a Herodes (el Grande) hizo una etnarquía que le concedió, prometiéndole honrarlo más tarde con el título de rey si por su virtud se mostraba digno de ello. Tras dividir la otra mitad en dos partes, se las dio *a los otros dos hijos de Herodes, a Filipo y a Antipas ...* Antipas tuvo por su parte la Perea y la Galilea, que anualmente le rendían doscientos talentos. La Batanea, con la Traconítide y la Auranítide, y una parte de lo que se ha llamado el dominio de Zenodoro reportaron a Filipo cien talentos". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas,* XVII, XI, manuscrito griego).

El cuarto hijo de Herodes el Grande había muerto, efectivamente, poco antes de la desaparición de su padre, ejecutado por orden suya y con el consentimiento del emperador, por complot criminal contra el rey. Era Antipater, hijo de Doris. *No quedaban, pues, más que tres:* Arquelao, Herodes Filipo I y Herodes Antipas.

---

[116] ¡Difícilmente puede uno imaginar a un simple *cohen* con onirománticos a su disposición! En cambio, en el caso de un tetrarca, es algo obvio.

Como se ve, este *Herodes Filipo I,* hijo de Mariamna II, que había sido desheredado por Herodes el Grande en ocasión del complot de su madre, fue restablecido en sus derechos de heredero parcial por César Augusto, porque no había participado en la conjura materna. Y fue efectivamente él el primer esposo de Herodías, el padre de Salomé II, que más tarde fue despojado por Tiberio César de su tetrarquía, a causa de la acusación calumniosa de su hermanastro Herodes Antipas.

Pero, se preguntará el lector, ¿y Herodes Filipo II, del que Daniel-Rops hacía un tetrarca y el esposo de Salomé II? Es, simplemente, el mismo personaje que Herodes Filipo I, que fue desdoblado por los monjes copistas y Daniel-Rops, para fundamental la existencia de esa Cleopatra de Jerusalén, personaje tan imaginario como él, y doble engañoso de Mariamna II, como acabamos de demostrar. Para eso se le inventó un hijo. En cuanto al verdadero personaje de dicho nombre, lo encontraremos en otro lugar, en el próximo capítulo.

Y una nueva pregunta aflora en los labios, a saber, el por qué de esa nueva falsificación de Flavio Josefo por parte de los copistas medievales. La trampa es muy hábil. En aquella época las fortalezas poseían siempre varios recintos amurallados, o al menos su torreón. Lo mismo sucedió aquí. Porque vamos a descubrir a una "hija de David", pariente cercana de María, madre de Jesús, y cuyo comportamiento, incluso justificado por una conjura política, *es simplemente escandaloso.* Al crear a un doble de dicho personaje, siempre se le podrá disociar de Jesús y de su madre, y el honor davídico quedará a salvo ... Si un historiador curioso consigue establecer que una hermanastra de María se casó con Herodes el Grande, se argumentará holgadamente sobre rl rigor moral de su comportamiento, muy diferente al de la otra, escandaloso, y la baza estará jugada. En motner{ia a esto se le llama por parte de la caza, "dar el cambiazo", y las trompas de caza lo señalan mediante una hermosa y fuerte fanfarria ...

Recapitulemos, pues, sobre el resultado de nuestras investigaciones:

1) Mariamna II no es otra que una Miryâm, hija de David, esposa indiscutible de Herodes el Grande, madre de Herodes Filipo I, y por lo tanto suegra de Herodías y abuela de Salomé II.
2) Cleopatra de Jerusalén no tiene existencia histórica, lo mismo que su pseudo-hijo Herodes Filipo II, quien jamás fue, y con razón, ni tetrarca ni esposo de Salomé II. El nombre de esta esposa imaginaria deriva del sobrenombre helénico de su padre Clopas (en griego *Klopâ)* y, como él *(Kleopatrâ)*, ella es "de padre ilustre". Se trata, por lo tanto, de Mariamna II.
3) Mariamna II, alias Miryâm, hija de David, se llamará María en nuestro idioma, y Maria en griego. Como es el mismo personaje que la Cleopatra de Jerusalén, es efectivamente la "María de Cleofás" del evangelio de Juan (19, 25), en el texto griego de éste: *"Marie é tou Klopâ"*.
4) Como María de Cleofás era la segunda hija de Ana, madre de María madre de Jesús, aunque de padre diferente (su tío, según la ley judía), era, pues, hermanastra de María I, madre de Jesús, y tía de este último.
5) Por su matrimonio con Herodes el Grande, Mariamna II, alias María de Cleofás, hermanastra de María madre de Jesús, hizo de este último el

sobrino por alianza del rey Herodes el Grande, y primo por alianza de sus hijos, los tetrarcas Herodes Antipas y Herodes Filipo I.

Ahora, y según la técnica habitual de l'Ecole des chartes, método probadamente válido, conviene controlar y delimitar cronológicamente todas esas asombrosas conclusiones:

- María I, madre de Jesús, habría nacido hacia el año 30 o 32 antes de Cristo. Su madre, Ana, contaría entonces 38 años, según los textos ya citados.
- Jesús nace hacia los años 15 o 17 antes de nuestra era (según san Ireneo), y muere aproximadamente a los cincuenta años de edad, en el año 35 de nuestra era.

- Si Joaquín murió en el año 30 o 32 a.C., Clopas (Cleofás) debió de morir en el –28.

- Ana, madre de María I, había nacido hacia los años –68 o –70. Herodes el Grande había venido al mundo en el año –73. Por lo tanto, contaba más o menos la misma edad que Ana, pues sólo era tres o cuatro años mayor que ella.

- Ana tuvo una segunda hija con Cleofás, aproximadamente en el año –28. Ésta (alias Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén) habría nacido, por consiguiente, hacia el año –28.

- En el –28 Herodes el Grande contaba con 45 años. Se casó con Mariamna I (hija de Hircano) en el año –37, y la mandó ejecutar en el año –29, ocho años más tarde. Se casaría con Mariamna II en el año –13 u –11, por lo tanto ella contaba entonces quince años de edad, según era costumbre en aquellas regiones, y habría nacido en los años –28 o –26. Como María I, madre de Jesús, había nacido hacia el año –30, los datos coinciden.

- Herodes el Grande muere en el año –4, a los sesenta y nueve años de edad. Mariamna cuenta entonces unos veintidós años. Había caído en desgracia en el –5, y Antipater, hijo de Doris, había muerto en el –4.

- Herodías había nacido en el –7 y murió en el año 39 de nuestra era. Por lo tanto contaba doce años cuando se casó con Herodes Filipo I, en el año 5 o 7 de nuestra era. Él murió en el 34 de la misma, y había nacido hacia el año –10.

- Salomé II, la hija de ambos, nació hacia los años 6 u 8 de nuestra era, y murió en el 73 de ésta, cuando contaba unos sesenta y cinco años de edad. Por lo tanto, tenía unos 28 años a la muerte de Jesús.

Y cuando tuvo lugar dicha ejecución, en el año 35 de nuestra era, las tres Marías[117] contaban por lo tanto:

---

[117] Sobre las tres Marías, consultar: HEMO DE HALBERSTADT (+ 853), discípulo de Alciuss y amigo de Raban Maur; GERSON y su *Sermón sur la nativité de Marie;* JEAN ECK en sus *Acta Sanctorum.*

- María I, madre de Jesús, nacida hacia el año –30 o –32, unos sesenta y cinco años.
- María II, alias Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, nacida hacia el año –28, unos sesenta y tres años de edad.
- María III, otra hermanastra, nacida hacia el año –26, unos sesenta y un años de edad.

*También aquí coincide todo.*

Por otra parte, si como dicen los textos eclesiásticos, Mariamna II, alias María II, es la hija de Cleofás, y si Cleofás es el hermano de José, en realidad Judas de Gamala, Mariamna Ii, alias Cleopatra de Jerusalén, es ni más ni menos que la tía de Jesús. Como fue esposa de Herodes el Grande de los años –13 u –11 al –5, es decir, durante seis u ocho años, *Jesús fue el sobrino de Herodes el Grande durante todo ese tiempo* ... Y fue primo de sus hijos: Antipater, Herodes Antipas, Herodes Filipo I, de sus hijas: Olympia, Roxana, Salomé III, Cypros III, Salampsio; de sus nietas: las princesas Drusilla y Berenice, y, especialmente, de aquella que le abrio su cama y su mesa:[118] la princesa Salomé II, viuda de Herodes Lysanias, al que pronto estudiaremos, y futura esposa de Aristóbulo III, rey de Armenia ...

Todo esto explica mucho mejor que el sueño premonitorio de la esposa de Pilato el hecho de que éste quisiera “liberar a Jesús” (cf. Lucas, 23, 20, y Juan, 19, 12). Cosa que se nos oculta cuidadosamente.

Y todo lo que es más aún, ese parentesco “por alianza” (porque, a pesar de todo, no es más que eso) *se extiende de Jesús a Saulo-Pablo*. Como este último era el nieto de Herodes el Grande por parte de su madre Cypros II, y su sobrino nieto por parte de su padre Antipater II,[119] se establece un lazo de parentesco entre ambos personajes, se quiera o no. Porque la hermana de Herodes el Grande, la vengativa y celosa Salomé I, se había convertido en tía de Mariamna II, alias Cleopatra de Jerusalén, alias María II, cuando ésta se casó con Herodes el Grande en los años –13 u –11; y Salomé no murió hasta un año más tarde, en el 10 antes de nuestra era.

De todos modos, si Cleofás era el padre de Mariamna II, éste murió, según nos dicen, antes del nacimiento de su hija. Y entonces, ¿cómo pudo Herodes el Grande hacer de él un pontífice de Israel cuando se casó con su hija Mariamna II doce o quince años más tarde, hacia el año 11 antes de nuestra era? Y además, ¿cómo podía llamarse Simón?

Veamos la explicación, que es muy sencilla, Cleofás, segundo esposo de Ana, madre de María I, realmente había muerto, y fue su hermano, que por su matrimonio con Ana se convirtió en el *padrastro* de su hija Mariamna II, quien la dio en matrimonio a Herodes el Grande, y por ese hecho se convirtió en

---

[118] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 294-295.

[119] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 72 y 73.

sumo sacerdote. Y es que el hebreo utiliza la misma expresión para designar al *padre* y al *padrastro*.

Esta función de sumo sacerdote la recibió necesariamente bajo el nombre *hebreo* de Simón, alias Simeón, su nombre de circuncisión, por lo tanto ritual (y no de Salomé, que es un nombre femenino, como dice equivocadamente el texto griego del libro *Del nacimiento de la virgen*). *Los nombres de circuncisión* iniciales a veces eran modificados en el curso de la vida, en ciertas circunstancias graves, y siguiendo un ritual concreto. Entonces de lo que se trataba era de desviar *hacia un nombre que ya no era llevado por ningún ser viviente*, amenazas de orden particular o general. Así, por ejemplo, Flavio Josefo nos dice que Caifás, el pontífice que juzgó a Jesús desde el punto de vista religioso, se llamaba inicialmente Josefo (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, II, 35).

Por otra parte, el lector no dejará de asombrarse ante esa serie de muertes entre los esposos sucesivos de la infortunada Ana, condenada por el destino a una viudedad permanente. Y *a priori* eso parece increíble. Primero nosotros creímos en una leyenda construida por cuentistas dotados de la clásica simplicidad infantil, común antaño a esas regiones. Pero ante la verdad histórica todo se explica, por el contrario, muy bien.
Si partimos de la cronología cristiana clásica, con un Jesús nacido en el año 1 de nuestra era, tenemos una María madre suya nacida probablemente hacia el año 15 de nuestra era. Ahora bien, en este período de la historia judía, nada justifica la muerte de su padre, luego la de su padrastro, en dos años sucesivos.

Si, por el contrario, tomamos en cuenta la afirmación de san Ireneo, de un Jesús "muerto en el umbral de la vejez, y próximo a los cincuenta años de edad", es que debió de nacer hacia el año 17 antes de nuestra era, y su madre, María I, hacia el año 34 o 32 antes de ésta.

*Y precisamente esa época es un período especialmente cruel para Israel, y pronto vamos a poder juzgarlo.*

Antígono, hijo de Aristóbulo, sigue disputándole a su tío Hircano el trono de Judea. Expulsado de Galilea por Herodes el Grande, futuro rey de esa provincia, Antígono se refugia entre los partos y va, junto con su rey, a apoderarse de Jerusalén. Hircano y Fazael caen prisioneros. Fazael, cargado de cadenas, se suicidará partiéndose el cráneo contra los muros de su celda. En caso de necesidad, le ayudarán. A Hircano le cortarán las orejas por orden de Antígono, a fin de que, por dicha mutilación infamante, sea indigno del sumo sacerdocio. Y Antígono ocupa entonces el trono de Judea. Pero Herodes, que primero se había refugiado en Egipto, va a Roma a implorar el apoyo de Antonio, y este último lo hace proclamar rey de Judea por el Senado romano. Además, le proporciona tropas mercenarias para expulsar a su vez a Antígono y a los partos de su nuevo reino. Nos hallamos en el año 39 antes de nuestra era.

Herodes se embarca entonces con su ejército romano y pone el sitio a Jerusalén. Durante esa operación se casa con Mariamna I, hija de Hircano, tanto por su belleza como para legitimar con dicha alianza su acceso al trono, ya que mediante ella se convierte, efectivamente, *en el yerno del rey legítimo.*

Al cabo de seis semanas de sitio, Jerusalén cae en poder de los asediantes; *todos los enemigos de Herodes caen, degollados*, y a pesar de la intervención del propio Herodes se saquea la ciudad, se desvasta el Templo, se multiplican los pillajes, las violaciones y los asesinatos a medida que se va ocupando la Ciudad Santa por parte de los mercenarios. Antígono es capturado e inmediatamente enviado a Roma, donde Antonio lo manda ejecutar. Pero en Judea, Herodes se enfrenta a serias oposiciones, sobre todo en el ámbito farisaico. Entonces es cuando manda dar muerte a todos los militantes de la oposición, degollar a todos los miembros del Sanedrín, y ahogar en el Jordán a su cuñado Aristóbulo, hermano de Mariamna I, su propia esposa. Ella no le perdonará nada de todo esto. Tales hechos son relatados por Flavio Josefo en su Guerra de los judíos (manuscrito eslavo, *1, 16*, y manuscrito griego, I, XII).

Nos encontramos en el año 37 de nuestra era. Avancemos siete años y nos encontramos en el año 30 antes de la misma. Una serie de terribles temblores de tierra devasta toda Judea, mal repuesta todavía de esa despiadada guerra. Se cuentan más de treinta mil muertos, y perece casi todo el ganado. A causa de las decenas de miles de cadáveres de hombres y de animales, el cólera hace su aparición, e *ipso facto* la fiebre tifoidea, debido a las fuentes y cisternas contaminadas. Al ver esto, los árabes nabateos, suponiendo que Israel se hallaba muy debilitada por tales desgracias, invadieron el territorio nacional y, como no resistieron mejor a las diversas epidemias, aumentaron el número de los muertos (cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XV, VII).

Teniendo en cuenta que se producen inexactitudes en materia cronológica (en todo ese período las fechas establecidas lo son con un año, como mínimo, de margen de error; el monje Denys-le-Petit se equivocó efectivamente en sus cálculos, ya que nuestra era tendría que haber comenzado, en realidad, cinco años antes), puede suponerse que las muertes de los esposos de Ana, madre de María I, se produjeron en esa terrible época que va desde la proclamación de Herodes como rey de Judea, en al año 39 antes de nuestra era, hasta la toma de Jerusalén dos años más tarde (en el año –37), las matanzas que la siguieron, los seísmos, las epidemias, y luego la invasión árabe en el año –32.

Por consiguiente, y por muy sorprendentes que parezcan por su cercanía en el tiempo, las viudedades sucesivas de Ana no fueron inventadas por los cronistas que redactaron el libro *Del nacimiento de la Virgen*, atribuido a san Cirilo de Alejandría y tenido como válido por la Iglesia de Oriente. Son, como se ve por su marco histórico general, algo de lo más plausible. Y volvamos ahora a Mariamna II.

Nos queda aún por precisar el verdadero rostro de esa inesperada tía. Es, cuando menos, extrañamente curioso, pero para comprenderlo hay que volverlo a situar dentro del conjunto de los personajes de ese sorprendente fresco.

En su *Guerra de los judíos* (manuscrito griego, I, XIX), Flavio Josefo nos muestra a Herodes el Grande expulsando de su corte a su hermano Feroras, porque no quería repudiar a su esposa, que tramaba un complot contra el rey. Feroras murió poco después en sus dominios. Herodes descubrió entonces que había querido envenenarlo a instancias de Antipater, hijo de Doris, y repudió a ésta por segunda vez. Luego borró de su testamento a Herodes Filipo I, hijo de

Mariamna II (María de Cleofás) y destituyó a Simón, sumo sacerdote, padre de ésta. El manuscrito eslavo de la *Guerra de los judíos* nos da los mismos detalles, y sería una lástima no publicarlos, y ahora va a poderse ver por qué:

> “Esas palabras fueron como una puñalada para el rey. Sometió a tortura a todas las mujeres que estaban en su casa. Una de ellas, en medio de los tormentos, exclamó: ‘Dios que riges el cielo y la tierra, haz recaer tu venganza sobre la madre de Antipater (Doris), pues ella es la autora de todos nuestros males ...’. El rey recogió estas palabras y siguió interrogando para intentar saber la verdad. La mujer le descubrió entonces cuánto se amaban la madre de Antipater (Doris) y Feroras (hermano de Herodes el Grande) y cómo se reunían a escondidas Antipater, Feroras y las damas: ‘Al volver de tu casa bebían durante la noche, sin admitir junto a ellos a ningún esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer’. Tras haber hablado así esta mujer, Herodes ordenó que se sometiera a tortura a las esclavas, pero a todas por separado. Y bajo los golpes dieron todas una respuesta unánime: la misma que había dado aquella mujer”. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, manuscrito eslavo, I, 12).

El texto griego de las *Antigüedades judaicas* nos confirma la relación eslava de la *Guerra de los judíos*, lo que demuestra que la convicción del autor estaba perfectamente fundada:

> “Las torturas de esas mujeres (sirvientas) lo revelaron todo: las orgías, las reuniones clandestinas, e incluso las palabras dichas en secreto por el rey Herodes a su hijo (Antipater), y contadas a las mujeres de Feroras ...” (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVII, IV, manuscrito griego).

Esas palabras secretas demuestran la exactitud de las afirmaciones de las sirvientes, y ellas no inventaron nada bajo la tortura, y más teniendo en cuenta que fueron interrogadas por separado.

Por lo tanto, se trataba de orgías sexuales y mágicas, en el curso de las cuales se intentaba embrujar a Herodes el Grande. Hay una confirmación de ello en los Salmos de Salomón, documento compuesto en el siglo que coronaba el inicio de nuestra era, dado que en ello leemos lo siguiente:

> “En ocultos subterráneos se cometían sus exasperantes iniquidades; se unían el hijo con la madre, y el padre con la hija. Fornicaban cada uno con la mujer de su vecino, y hacían entre ellos pactos bajo juramento a este respecto ...” (Cf. *Salmos de Salomón*, VIII, 9-11, París, 1911, Letouzey & Ané édit.).

como se ve, todo se produce del mismo modo que en las ceremonias mágico-sexuales del tantrismo o en los sábbats medievales: la violación de los tabúes a través de la liberación alimentaria y sexual, las conjuras, los juicios de obediencia, etcétera.

*Pues bien, Mariamna II, alias María de Cleofás, hermanastra de María y tía de Jesús, era miembro de dicha conjura y participaba en dichas orgías:*

“Parecía que los manes de Alejandro y de Aristóbulo[120] erraban por todas partes para hacer descubrir las cosas más ocultas, y sacar testimonios y pruebas de la boca de aquellos que estaban más alejados de toda sospecha. Porque al someter a tortura a los hermanos de *Mariamna, hija de Simón, sumo sacerdote, se descubrió por sus confesiones que ella era culpable de dicha conspiración*. Herodes hizo pagar a los hijos el crimen de su madre, y borró de su testamento a Herodes Filipo I, el hijo que había tenido de ella y a quien había declarado su sucesor. (Cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, I, XIX, manuscrito griego).

Herodes, en efecto, no podía englobar en su venganza a su propio hijo, ya que Herodes Filipo I no contaba entonces más que cinco años de edad, dado que su madre Mariamna II cayó en desgracia en el año 5 antes de nuestra era, y él había nacido en el año 10.

Así pues, María de Cleofás, tía de Jesús por ser hermanastra de María su madre, y esposa de Herodes con el nombre de Mariamna II, había participado en el complot encaminado a la muerte de éste y a las orgías sexuales y mágicas celebradas con dicho fin. Teniendo en cuenta todo cuanto develamos en nuestro primer volumen,[121] puede suponerse que ello lo realizaba en beneficio de la dinastía davídica en general, y de su sobrino Jesús en particular. Como había nacido en el año –17, en el año –5, cuando tuvo lugar el complot de su tía, contaba ya doce años, es decir, la mayoría de edad civil y religiosa. Y es bastante dudoso que María, su madre, ignorara la conspiración que se estaba realizando en favor de su hijo primogénito.

Y esto confirma lo que estamos sosteniendo desde el principio de nuestra investigación, a saber, que el judeocristianismo primitivo no fue jamás otra cosa que una extensa empresa política, y nada más, y en modo alguno una predicación mística, como se nos intenta hacer creer desde hace veinte siglos.

Conviene observar a este respecto que el repudio de Mariamna II y los motivos de dicha sanción no alteraron en modo alguno las relaciones entre ella y su hermanastra María I, madre de Jesús. Tenemos la prueba de ello en los propios evangelios canónicos:

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás ...” (Cf. Juan, 19, 25).

Ahora sabemos que hay que leer “hija de” Cleofás.

No obstante, ese grupo había permanecido relativamente herodiano, ya que entre las mujeres que habían seguido a Jesús “y le servían” cuando estaba en Galilea, se hallaba Salomé II (cf. Marcos, 15, 41), quien durante un tiempo fue la concubina de Jesús (véase el capítulo 27), y “Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes” (cf. Lucas, 8, 3). Aquí se trata, evidentemente, de

[120] Hijo de Herodes el Grande y de Mariamna I, ejecutado en Sebasta (Samaria), por orden de su padre, en el año 7 antes de nuestra era.

[121] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios.*

Herodes Antipas, y no de Herodes el Grande, que había muerto hacía ya tiempo.

La presencia de Salomé II, nieta de Herodes el Grande, viuda de Lysanias, tetrarca de Abilene, la de Juana, mujer de Chuza, intendente de Antipas, junto a María, madre de Jesús, y María, hija de Cleofás, alias Mariamna II, esposa repudiada de Herodes el Grande, en resumen, todo lo que se acostumbra a llamar "“as santas mujeres" según la tradición cristiana, nos sitúa en presencia de un ambiente de lo más curioso. Porque su santidad está aún por demostrar.

En el caso de María II, hija de Cleofás, las orgías sexuales y mágicas en las que participó en vida de Herodes excluyen toda santidad, es bien evidente. Salomé II fue la concubina de Jesús como lo demuestra el *Evangelio según Tomás*, esto no la desprestigia, ya que ella fue viuda por aquel entonces, y Jesús no estaba casado, según se supone. Pero esta situación, bautizada por el judeocristianismo con el nombre de fornicación, no implica tampoco nada de santidad ... Sobre Juana, esposa de Chuza, intendente de Herodes Antipas, uno podría preguntarse por qué su esposo la dejaba vagabundear así desde Galilea, en el seno de un grupo zelote, que practicaba no sólo la comunidad de bienes, *sino también la de mujeres*, como veremos enseguida. Quizás era la doncella de Salomé II, o quizás había sido repudiada por Chuza, por su conducta. Lo que queda de ello es que las “santas mujeres” como las califica piadosamente Daniel-Rops, no constituyen sino una leyenda más.

Ahora bien, con su presencia en Jerusalén durante la ejecución de Jesús, aportan una explicación complementaria a todos esos favores y protecciones misteriosas de las que él se benefició hasta el día en que, a los ojos de Roma y de su procurador, la copa quedó colmada. En una obra acuñada con el *Imprimatur* (París, 15-1-1957) y titulada *La Date de la Cène*, Annie Jaubert hace alusión a ello (p. 129), y Oscar Cullmann, pastor protestante, demostró en su libro *Dios y César* que el proceso de Jesús había sido un proceso puramente zelote. Como se ve, nuestra tesis se mantiene.

Vamos ahora a abordar un tema particularmente delicado, y cuyas conclusiones causarán escándalo, aunque no tengan escapatoria posible: el de la comunidad de bienes que incluía ... *a las mujeres*, en los medios apostólicos primitivos.

Sabemos por Flavio Josefo, que durante tres años fue miembro de su secta, que los esenios aceptaban, no el matrimonio, sino simplemente la unión sexual, con vistas a la procreación de hijos y la renovación de sus miembros, pero con mujeres cuidadosamente elegidas, y purificadas cada vez, antes del coito, mediante ritos bien precisos (cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, VII, IX; II, VIII, X; *Antigüedades judaicas*, XVIII, I, 5).

Como los esenios estaban repartidos en cuatro clases separadas, es fácil comprender que únicamente los miembros de la clase más baja, por consiguiente los más jóvenes, tenían la posibilidad de copular. Pero, se dirán ustedes, ¿cómo conciliar esto con la afirmación de Filón de Alejandría, quien nos asegura, por otra parte que: “Ningún esenio puede tomar mujer ...”? (Cf. Filón, *Quod omnis probus liber*, XII). Y tanto más cuanto que Plinio lo confirma:

“ ... *sine ulla femina, omni venere abdicata* ...” (cf. Plinio, *Natura historiarum*, V, XVII).

Se captará mejor el matiz recordando que practicaban el *comunismo absoluto*. Cualquiera que entrase en la sociedad, abandonaba todo lo que poseía en manos de la comunidad, y eso es lo que con toda seguridad impresionó más a Flavio Josefo y lo que quizá le movió a salirse de ella (cf. Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, II, VIII, 3).

Podemos, pues, concluir que los esenios efectivamente no se enredaban en los lazos del matrimonio legal y según la tradición corriente en Israel, expresada por la ley judía, sino que asumían simplemente la procreación, necesaria para perpetuar su secta, *fecundando a mujeres que tenían en común*, cuando tenía lugar su paso por el grado más bajo, unas mujeres que, sin embargo, eran elegidas y purificadas con este fin. Y eso es, probablemente, lo que explica que los miembros de los grados superiores de la Orden se hallaran en la necesidad de purificarse a su vez cuando tenían contacto material con los de los grados inferiores, a los que consideraban como impuros a causa de su vida sexual.

Pues bien, nosotros sabemos ahora que los zelotes procedían inicialmente de los esenios. Igual que ellos, rechazaban un buen número de tabúes legales, pero, por el contrario, observaban muchas otras costumbres de manera particularmente integrista. Y la comunidad de bienes la encontramos entre los discípulos de Jesús:

> “La muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, *antes lo tenían todo en común* (...) Cuantos eran dueños de haciendas o casas, las vendían *y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles*, y a cada uno se le repartía según su necesidad.” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 4, 32-35).

Esta apreciación, nuestros apóstoles sabían orientarla perfectamente según sus propios intereses, ya que leemos un poco más adelante:

> “Por aquellos días, habiendo crecido el número de los discípulos, surgió una murmuración de los helénicos contra los hebreos, porque las viudas de aquellos eran mal atendidas en el servicio cotidiano ...” (Cf. Hechos de los Apóstoles, 6, 1).[122]

Y vamos ahora a constatar que nuestros santos discípulos del Señor no solo practicaban, *sino que además exigían*, la puesta a disposición común de sus esposas, y muy probablemente también de sus hijas. Tomemos una vez más la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea:

> “En aquellos tiempos nació también la herejía llamada de los nicolaítas, que duró muy poco[123] y de la que también hace mención el *Apocalipsis* llamado de

[122] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 162-183.

[123] La herejía nicolaíta perduraba todavía en el siglo IV, como demuestra san Epifano en su *Tratado de las herejías.* Lo que prueba que esa costumbre de las mujeres en comunidad estaba muy arraigada en los medios cristianos primitivos.

san Juan.[124] Esos herejes pretendían que Nicolás era uno de los diáconos, compañeros de Esteban, elegidos por los apóstoles para el servicio de los indigentes". (Cf. Hechos de los Apóstoles, 6, 5). Al menos Clemente de Alejandría, en el tercer *Stromate*, cuenta con sus propios términos lo siguiente al respecto:

"Se dice que tenía una mujer en la flor de su vida. Tras la ascensión del Salvador, *los apóstoles le reprocharon que estuviera celoso*. Entonces condujo a su esposa al centro de la asamblea y la abandonó a quien quisiera casarse con ella. Se dice que esa acción se ajustaba a la fórmula: "Hay que hacer poco caso de la carne ...". Y cuando imitan su acción y sus palabras, sin examen, los que siguen su herejía, se prostituyen de manera vergonzosa ... Estando así las cosas, el abandono en medio de los apóstoles de su mujer, *que era un objeto de celos*, era señal de renuncia a la pasión, y la continencia frente a los placeres buscados con más ahínco enseñaba a hacer poco caso de la carne. En mi parecer, no quería, conforme al mandamiento del Señor, servir a dos amos: al placer y al Señor". (Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, III, XXIX, 1-2, citando a Clemente de Alejandría, *Stromates*, III, 52-53).

Este texto exige ya varias observaciones:

*a)* Nicolás el diácono, que había recibido el Espíritu Santo (cf. Hechos, 6, 5-6), estaba no obstante muy celoso de su bonita esposa. Sin duda tenía razones para ello, ya que veía que la deseaban, según era costumbre, puesto que:
*b)* los apóstoles, que también habían recibido al Espíritu Santo, se lo reprochan, lo que demuestra que hay entre ellos hombres que desean poseerla a su vez, según lo habitual entre su comunidad de bienes. Pero ello prueba asimismo que tampoco ellos están liberados de los "gozos groseros de la carne" ...
*c)* conforme al uso apostólico y zelote, procedente de los esenios, Nicolás el diácono se inclina, y conduce a su bonita esposa al centro de la asamblea apostólica y de los discípulos, abandonándola a ellos;
*d)* Clemente de Alejandría "piensa" que se debe interpretar su decisión en el sentido de un desprendimiento de las cosas carnales, pero, como se ve, no está del todo seguro, no lo afirma. Y, efectivamente, si Nicolás estaba celoso de su hermosa mujer, es porque la quería, y tenía buenas razones para estar en guardia y pasar por un celoso. Sin embargo, la ejecución sumaria, por orden de Simón-Pedro, de Ananías y de Saphira, su esposa, por infracción grave de las reglas comunitarias, le hicieron reflexionar;[125]
*e)* la mujer de Nicolás no fue obrecida en matrimonio a quien quisiera tomarla por esposa (¡que ya era el colmo!), tal como dice Eusebio de Cesarea, y su traductor, el canónigo G. Bardy retrocedió ante la enormidad escandalosa de la frase exacta, ya que el texto griego de ese *Stromate* de Clemente de

[124] Hemos demostrado en *Jesús o el secreto mortal de los templarios* (páginas 30 a 36) que el Apocalipsis fue redactado por Jesús en vida. Por consiguiente, esa costumbre que *a continuación* fue denominada nicolaísmo era practicada todavía en aquellos tiempos en los medios zelotes. Lo que es más, según san Ireneo (cf. *Contra los herejes*, I, XXVI, 3), esta costumbre se remontaba hasta el diácono Nicolás, por lo tanto hasta los propios tiempos apostólicos.

[125] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 169-173.

> Alejandría emplea el término *épétrepem*, que viene de *épitrepo*, que significa *entregar, ceder, abandonar* y de ninguna manera casarse. De hecho la joven fue entregada a la comunidad de los “santos hombres de Dios”. Rasputín existió en todas las épocas, como se ve.

Esa comunidad de las mujeres se extendía asimismo a las muchachas, lo que excluye, igual que en el seno de los esenios, la constitución de parejas duraderas y legales. Veamos una vez más el testimonio de Clemente de Alejandría, aportado por Eusebio de Cesarea:

> “No obstante, Clemente, cuyas palabras acabamos de leer, enumera a continuación de lo que acaba de ser dicho, a aquellos de los apóstoles que estuvieron casados, *a causa de aquellos que condenan el matrimonio*:
>
> “¿Rechazarán también a los apóstoles? Pedro y Felipe tuvieron hijos. *Felipe incluso dio sus hijas a hombres*. Y Pablo no vaciló en saludar en una Epístola a su compañera, a quien no había llevado consigo para mayor comodidad de su ministerio ...” (Cf. Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica, III, XXX, 1, citando a Clemente de Alejandría, Stromates, III, 25-26).

Pues bien, aquí está el texto griego de Clemente: “*Philippe dé kai tas Tugatéras andrasin exedoken*” (op. cit.).

Y *exedoken* viene de *ekdidomi*, que significa tanto entregar (un esclavo o una mujer), como dar en matrimonio. Dado que acabamos de tener la prueba de que los medios apostólicos primitivos ponían en común a las esposas, no puede tenerse en cuenta el segundo sentido de *ekdidomi*, sino sólo el de *entregar, abandonar* como fue también el caso de la demasiado hermosa esposa de Nicolás el diácono, “objeto de celos” (sic), entre los discípulos.

Y tanto más cuanto que una fuerte corriente mayoritaria condenaba el matrimonio. No quedaba, entonces, como única solución posible, más que el concubinato sucesivo.

## NOTAS COMPLEMENTARIAS

Un hecho parece no haber sorprendido a nadie en el mundo de los historiadores del cristianismo: el hecho de que Jesús, modesto carpintero en paro perpetuo, y que decía ser de origen muy humilde, fuera juzgado por Pilato, procurador de Roma.

En *Jésus en son temps*, Daniel-Rops escribe: “De hecho, esta historia no tuvo para el ciudadano de Roma que vivió bajo Tiberio más importancia de la que hubiera tenido para nosotros la aparición de cualquier oscuro profeta en Madagascar o la Reunión” (Op. cit.: *Introduction. Ce qu’en su les contemporains*).

Pues bien, en Roma es el emperador, pontifex maximus (pontífice supremo) y césar (sagrado), quien delega los poderes de ofrecer sacrificios a los dioses del Imperio, así como de ajusticiar y de pronunciar sentencias. De él emanan y descienden los diversos poderes religiosos, civiles y militares, hasta los más humildes magistrados romanos, como una cascada legalista. ¿Cómo imaginar a Pilato, que representaba a César en Judea, y que por lo tanto constituía la máxima autoridad romana, sancionando robos de gallinas, agresiones diurnas y nocturnas, y crímenes diversos? Eso es algo simplemente impensable. En todas las ciudades dependientes de Roma había

magistrados encargados de impartir la justicia romana según las leyes de Roma y las costumbres locales, combinadas y asociadas.

Si Jesús hubiera sido un oscuro agitador, una vez capturado podía ser ejecutado o crucificado sobre el terreno, por orden de un simple centurión, por haberlo sorprendido con las manos en la masa, y hay sobrados ejemplos de ello. En caso de ser un personaje más importante, podía ser enviado al magistrado romano de la ciudad más próxima, para el ejercicio del *jus gladii*. Si era todavía más importante, una vez conducido a Jerusalén bastaba con hacerlo comparecer ante el tribuno de las cohortes, gobernador de la *Antonia* y jefe de armas de Jerusalén. El tribuno de las cohortes, como *magistrado militar*, conservaba todavía bajo el Imperio los privilegios honoríficos que, bajo la República, le daban rango de cónsul, a falta de los poderes de éste.

Es decir que, como jefe de todo el movimiento zelote, e incluso como "hijo de David" y pretendiente del trono de Israel, si se hacía comparecer a Jesús ante el gobernador de la *Antonia* se le concedía, ya sólo con esto, una enorme importancia, y la sentencia del tribuno de las cohortes hubiera sido asimismo igual de regular y legal que si hubiera sido pronunciada por el procurador de Roma.[126]

Eso significa, pues, que Jesús era efectivamente algo muy distinto a un simple cabecilla rebelde, y por eso fue llevado a comparecer ante Pilato. Al hacerlo, no ignoraban que iba a gozar de poderosas influencias, y que únicamente el procurador imperial estaba en posición de apreciar el valor y el interés de éstas, para tenerlas en cuenta o ignorarlas.[127] Cosas todas que un tribuno de las cohortes no podía permitirse afrontar. *Y esto lo que hace no es sino venir en apoyo de todo cuanto hemos dicho sobre las relaciones que unían las dinastías herodiana, asmonea, davídica, ante las autoridades, tanto romanas como judías y religiosas.*

---

[126] El hecho de que Saulo-Pablo fuera príncipe herodiano es lo que movió al tribuno Claudio Lysias a enviarlo, escoltado, ante el procurador Antonio Félix (Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* páginas 36 a 48). Un príncipe de sangre real no podía ser juzgado por un simple tribuno. Del mismo modo fue enviado Andrés-Eleazar ante Nerón César. Otros, por el contrario, fueron ejecutados sobre el terreno, al ignorar los legionarios su rango ...

[127] Esto no es nada exclusivo del mundo antiguo, y un decano del colegio de abogados amigo nuestro nos ha explicado el mecanismo contemporáneo, que es de lo más sencillo ...

# 21

# El verdadero Herodes Filipo II

Es bien sabido que la verdad no siempre es verosímil ...

FRANÇOIS, marqués DE SADE,
*Histoire secrète d'Ysabelle de Bavière, reine de France*

Como se acaba de ver por el estudio que ha sido objeto del precedente capítulo, el personaje de Herodes Filipo II fue creado íntegramente para justificar la existencia de una pseudo-Cleopatra de Jerusalén, y velar de este modo que no era otra que la María de Cleofás de los textos apostólicos, hermanastra de María madre de Jesús, alias Mariamna II, esposa de Herodes el Grande y madre de Herodes Filipo II, éste perfectamente real, ya que fue el primer esposo de Herodías, madre de Salomé II.

Y entonces se planteaba un nuevo problema, el de determinar la identidad del primer esposo de esta última, antes de que se convirtiera en la egeria de Jesús,[128] y luego en la esposa de Aristóbulo III, rey de Armenia.

Este importante problema, que una vez resuelto podía proyectar una nube de descrédito sobre la familia davídica, primero a causa de esa alianza matrimonial, y luego por los libertinajes en los que participó la citada Mariamna II, los historiadores eclesiásticos de los primeros siglos resolvieron a su manera, invariable. Esta vez no crearon un personaje imaginario, sino que lo suprimieron. Y así, es inútil buscar ningún rastro de Salomé II en las obras de Juan Cristóstomo, de Atanasio de Alejandría, etc. Para ellos, la danzarina que pidió la cabeza del Bautista fue Herodías, ignoran a Salomé, su hija ... Y lo mismo sucede con Eusebio de Cesarea, quien en su *Historia eclesiástica* (I, VIII, 13) menciona a Salomé I, hermana de Herodes el Grande, pero ignora por completo que la Herodías a la que él cita en dicha obra (*op. cit.*, I, XI, 1; I, XI, IV, 1) tuvo una hija llamada Salomé, y que ésta fue la danzarina responsable de la decapitación de Juan el Bautista según los evangelios canónicos (cf. Mateo, 14, 6, y Marcos, 6, 22). Parecería como si el obispo de Cesarea, historiador de la iglesia primitiva, panegirista de Constantino, copista y difusor de los evangelios oficiales, no los hubiera leído jamás.[129]

De hecho, tales reticencias, omisiones, encubrimientos y mentiras son, para el historiador, siempre de lo más gratificantes.

---

[128] Cf. Presentación de Gilbert Lely (París, 1953, Gallimard édit.), quien observa que Sade no se equivocó al llamarla así, ya que la firma de la reina era, efectivamente, *Ysabel,* y la forma de Isabeau era extremadamente rara en las actas oficiales.

[129] Sobre el carácter ilusorio de esta danza de Salomé II, cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 136-138.

Nos encontramos en el año 29 de nuestra era, ya que Tiberio fue emperador en el año 14. Desde la muerte de Herodes el Grande y la interpretación de su tercer testamento por César Augusto en Roma, en presencia de toda la familia herodiana, su reino fue dividido en tres partes, a saber:

- una mitad para Arquelao, que comprendía Judea y Samaria;
- una cuarta parte para Herodes Antipas (de ahí su nombre de tetrarca), que comprendía Galilea y Perea;
- una cuarta parte (la última) para Herodes Filipo I, que comprendía Batanea, Traconítide, Gaulanítide y Auranítide. Éste era entonces el esposo de su sobrina Herodías, que se convertiría en la concubina oficial de Herodes Antipas cuando éste repudió a la hija de Aretas, rey de Nabatene. Por lo tanto Herodes Filipo era asimismo, debido a este hecho, el padre de Salomé II.

Considerando que Herodes Filipo II, hijo de Cleopatra de Jerusalén, ambos personajes imaginarios, no pudo ser esposo de ésta, ¿quién fue, entonces, el primer cónyuge de Salomé II? No queda más que uno, Lysanias, a quien también se le llama Herodes Lysanias.

Tomemos pues en mano el problema de los documentos históricos, y releamos atentamente el pasaje de Lucas:

> "En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de la Traconítide, y *Lysanias tetrarca de Abilene*, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto". (Cf. Lucas, 3, 1-2).

Hay que reconocer que quien redactó este pasaje parece haber querido provocar controversias, porque no dejó de levantarlas durante siglos. ¡E incluso en los orígenes! Empezando por Luciano de Samosata, el terrible ironista griego, quien en *Las sectas en almoneda* se mofa así: "El 7 del mes en curso, siendo Zeus pritano, Poseidón proedro, Apolo epistato, y Momo, hijo de la Noche, cartulario, el Sueño propuso lo que sigue ...". Durante mucho tiempo los exégetas de la crítica liberal sostuvieron que Lucas, o quien hablase en su nombre, había dado unos nombres al azar, y que eso no se tenía en pie frente a verificaciones. Pero no hay nada de eso, y el *Dictionnaire d'archéologie* chrétienne de Dom Cabrol y Dom Leclercq nos aporta la prueba.

El nombre de Abilene procede del de la ciudad de Abila, hoy Souq-wadi-Barada, situada en la ladera oriental del Anti-Líbano, en el camino de Beirut a Damasco. Esta ciudad gozaba de una cierta notoriedad a principios de nuestra era, y fue la capital de una pequeña dinastía local que desempeñó un papel en la historia del Medio Oriente.

Según Flavio Josefo (cf. *Antigüedades judaicas*, XIII, XV, XVI; XIV, III, VII, XIII; XV, IV; *Guerra de los judíos*, I, IX, XIII), Ptolomeo, hijo de Meneo, emir de los beduinos nómadas de los alrededores de Damasco, fue el fundador de esta familia. Vivió hacia el año 85 antes de nuestra era, y se hizo muy temible ante

los damascenos. Flavio Josefo lo considera capaz de todas las fechorías, y más aún debido al hecho de ser pariente de Dionisio, tirano de Trípoli, por lo que tenía a quien parecerse. No obstante, cuando Pompeyo penetró en Siria, en el año 63 antes de nuestra era, asoló totalmente el pequeño reino de Ptolomeo, le hizo pagar un enorme rescate, devastó Calcis (hoy Andjor), Heliópolis (hoy Baalbeck), e hizo decapitar a su terrible pariente Dionisio de Trípoli.

Ptolomeo consiguió pagar el desorbitante tributo, y así conservó su feudo. Tras la muerte trágica de Aristóbulo II (en el año 49 antes de nuestra era), Ptolomeo recogió en sus estados a la familia de este útlimo, y casó a su hijo Filipion con Alejandra, hija de Aristóbulo II. Luego, al encontrarla de su gusto, y lamentando no haberla conservado para sí mismo, hizo asesinar a su hijo Filipion y la tomó por esposa. Murió en el año 40 antes de nuestra era, y su hijo Lysanias le sucedió.

El nuevo "dinasta" (título que le da Flavio Josefo) sostuvo los derechos de Antígono, hijo de Aristóbulo II, y para ello se alió con los partos. Cleopatra de Egipto hizo que Antonio le diera muerte en el año 34 antes de nuestra era, lo que le permitió apoderarse de una parte de sus Estados, entre los que probablemente se encontraban Calcis y Abila, y quizás incluso también Paneas y la región del lago Ulatha.

Al difunto Lysanias le sucedió Zenodoro, llamado a veces también Zenón, quien, con el título de "eparca", poseyó la Traconítide, la Batanea, el Hauran, y extensos dominios alrededor de Jamnia. De todos modos, y como su carácter belicoso y saqueador era incorregible, César Augusto, para castigarlo por sus *razzias*, le confiscó la Traconítide, la Batanea y el Hauran, y confió esos territorios a Herodes el Grande. Zenodoro se encontró con que era simplemente propietario de un territorio reducido, sito en el país del lago Ulatha, alias Houleh, con Paneas y sus entornos inmediatos.

A su muerte, este territorio, así reducido por el rigor romano, volvió a Herodes el Grande, cuyo favor aumentaba sin cesar. Pero el recuerdo de sus derechos subsistió durante mucho tiempo aún, ya que Flavio Josefo, en el año 4 antes de nuestra era, a la muerte de Herodes el Grande, menciona que Herodes Filipo recibió, para la constitución de su tetrarquía, "*una parte* de los dominios de Zenodoro", y más tarde aún, en el año 36 de nuestra era, menciona en el lote de Herodes Agripa I, "la tetrarquía de Lysanias"; luego, en el año 52, Claudio César retira Calcis a Herodes Agripa I, y le da, en compensación "la Abilene de Lysanias". Pero, ¿cómo penetrar en la Abilene de Lysanias si, el mismo día, se retira a Calcis?

Otros autores antiguos nos hablan de Ptolomeo y de Zenodoro, por ejemplo Estrabón y Dion Cassius. Pero nada de esto justifica cómo Lucas pudo citar a un Lysanias, *tetrarca de Abilene*, bajo el reinado de Tiberio César, si el Lysanias más próximo había muerto en el año 34 antes de nuestra era, como ya hemos visto.

Afortunadamente han llegado hasta nosotros dos inscripciones antiguas que nos han probado que hubo otro Lysanias, más cercano a nosotros. La primera fue descubierta en Nebi-Abil, alias Abila, por Pococke. La segunda en Souq-wadi-Barada, por el R.P. Savignac, en abril de 1912. Estaba grabada sobre la

pared de la montaña, en el borde de un antiguo sendero que, procedente de la localidad, conducía a un templo cuyas ruinas se ven todavía en la roca que domina el valle. Veámosla en la traducción del griego antiguo:

“A la salud de los señores Augustos y de toda su Casa, Nymphaios, hijo de Abimmeos, *liberto del Tetrarca Lysanias*, creó este camino, construyó el templo y plantó todas las plantaciones con sus propios medios. Al dios Cronos y a la Patria, en testimonio de piedad”.

Como vemos, el templo estaba dedicado a Cronos (Saturno), y debía de estar rodeado de un bosque sagrado, ya que las encinas verdes que aún subsistían en 1912 seguían siendo consideradas por los indígenas como sagradas (cf. *Revue biblique*, 1912, nueva serie, tomo IX, pp. 534-536).

Por los trabajos de Dittenberger (cf. *Orientis graeci inscriptiones*, 606, nota I) se sabe ahora que la expresión “señores Augustus” designaba al emperador y a toda su familia. No puede tomarse en cuenta a Nerón y a su madre Agripina, porque en el año 37 la tetrarquía había desaparecido, y bajo Claudio no se consideró jamás como *Augusta* a Mesalina. Por lo tanto no quedan más que Tiberio César y la emperatriz Livia, que fue declarada con justicia *Augusta* después de la muerte de Augusto, y que murió en el año 29. La dedicatoria de Nymphaios, “*liberto del Tetrarca Lysanias*”, es por consiguiente anterior al año 29 de nuestra era y posterior al año 14, año de la muerte de Augusto. Ésta nos prueba que un tetrarca reinante entonces en Abilene se llamaba Lysanias, evidentemente el segundo de este nombre. Y simplemente fue él el primer esposo de Salomé II, hija de Herodes Filipo I y de Herodías.

Pero como había que afianzar la existencia de un Herodes Filipo II con el fin de acreditar la de una Cleopatra de Jerusalén, diferente a la escandalosa Mariamna II, y cortar así toda prueba de una alianza matrimonial entre los hijos de David y los herodianos, se hizo desaparecer a este Lysanias por ser demasiado revelador, y se dio a Salomé II en matrimonio al imaginario Herodes Filipo II.

Nosotros, pacientemente, hemos buscado a Lysanias dentro del extenso panorama de los miembros de la dinastía herodiana, y creemos que lo hemos encontrado.

Conviene admitir, en efecto, que la existencia de un fragmento de territorio en el seno de una tetrarquía gobernada por un Herodes, y que sin embargo había seguido siendo propiedad de uno de los "dinastas" descendientes de Ptolomeo, hijo de Meneo, es más que improbable. Este enclave habría vuelto rápidamente, bajo un pretexto cualquiera, al tetrarca herodiano propietario del conjunto. Por lo tanto hemos de admitir razonablemente que el dueño de ese pequeño feudo interior era, también él, de la familia de los Herodes. Una vez admitido esto, podemos buscarlo. Y probablemente aquí lo tenemos:

"El emperador, después de haberlos oído, levantó la sesión del consejo (...) La Batanea, con la Traconítide, la Auranítide, *y una parte de lo que se llamó el dominio de Zenodoro*, le reportaban a Filipo cien talentos". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XII, XI, 4).

"Esos fueron los hijos de los hijos de Herodes. En cuanto a Herodías, su hermana, ésta se casó con Herodes (Herodes Filipo I), que Herodes el Grande había tenido de Mariamna (II), la hija del sumo pontífice Simón, y tuvieron por hija a Salomé (II), después de cuyo nacimiento Herodías, despreciando las leyes nacionales, y tras separarse de su marido, todavía vivo, se casó con Herodes (Herodes Antipas), hermano consanguíneo de su primer esposo, y que poseía la tetrarquía de Galilea. *Su hija Salomé (II) se casó con Filipo, hijo de Herodes, tetrarca de la Traconítide.* Y como murió sin dejar hijos, volvió a casarse, esta vez con Aristóbulo, hijo de Herodes hermano de Agripa. De él tuvo tres hijos: Herodes, Agripa y Aristóbulo". (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, V, 4).

Recapitulemos sobre todo esto: "Su hija Salomé se casó con Filipo, *hijo de Herodes, tetrarca de la Traconítide ...*". ¡Esto lo explica todo!

El tetrarca de la Traconítide es Herodes Filipo I, primer esposo de Herodías, y ambos tuvieron una hija, Salomé II, antes de que dicha Herodías lo abandonara para irse a vivir con su hermanastro Herodes Antipas. Pero como se ha visto anteriormente, la mala construcción de la frase hace creer que Salomé II se había casado con *el tetrarca*, ¡es decir, con su propio padre!

*Ahora bien, además de Salomé II, ese mismo tetrarca de la Traconítide tuvo otro hijo, llamado también Filipo*, y como también era un Herodes, se trata *del verdadero* Herodes Filipo II, y éste no fue imaginario, ni hijo de la imaginaria Cleopatra de Jerusalén. Como tenía por padre al mismo que engendrara a Salomé II, aún admitiendo que fueran de madres diferentes (cosa muy posible, e incluso muy corriente en aquella época), *Salomé II era hermanastra suya, y él*

*era su esposo ...* Cosa que era asimismo muy corriente en aquella época, y no sólo entre los soberanos egipcios. Y él es el *Herodes Lysanias* tetrarca de Abilene. Cuando muere, dejando a Salomé II viuda y sin hijos, ella será durante un tiempo la amiga de Jesús, según lo precisa el terrible *Evangelio según Tomás*,[130] y más tarde contraerá segundas nupcias, como se ha dicho antes, con Aristóbulo III, a quien Nerón convertirá en rey de Armenia.[131]
Pero ¿cómo pudo estar Lucas al corriente de la existencia de ese hijo de Herodes Filipo I, cuyo minúsculo feudo se inserta en la tetrarquía de su padre, y que fue un personaje tan desdibujado que Flavio Josefo, que se informaba tan abundantemente en las *Historias* de Ptolomeo de Ascalón y de Nicolas de Damasco, biógrafos de la dinastía herodiana, ni siquiera lo menciona?

Pues simplemente por Saulo-Pablo, de quien él era el secretario y el compañero de confianza. Y esto constituye una prueba más de que este último no era en absoluto un judío oscuro, deportado o nacido en Tarso, sino la misma persona que el príncipe herodiano Saúl, hermano de Costobaro, y nieto, por parte de su madre Cypros II, del rey Herodes el Grande, y cuya verdadera existencia ya analizamos en un precedente volumen.[132]

Porque el judío oscuro no conocería a todos los miembros de esta familia, tan numerosa, y de filiaciones extremadamente complicadas, mientras que el príncipe herodiano no podría ignorar a ninguno de sus primos.

Y esa frase terriblemente reveladora de Lucas (III, 1-2), nos precisa además la fecha exacta en la que comenzó la revolución antirromana que Jesús debía acaudillar personalmente, haciendo predicar previamente la guerra santa por su primo Juan, el Bautista, a saber, "*el decimoquinto año del reinado de Tiberio César*", o sea en el año 28 de nuestra era. Esta revolución, probablemente esporádica, cortada por la retirada a Fenicia, por altibajos, por la retirada a los maquis de la Alta Galilea o a las soledades desérticas de la salvaje Judea, para terminar en la huida a Samaria, duró de hecho unos seis años aproximadamente.[133]

Permanece un testimonio sobre la virulencia de la llamada de las armas lanzada por el Bautista, el de Flavio Josefo:

> "Las gentes se habían reunido en torno a él, *porque estaban muy exaltadas oyéndole hablar*. Herodes (Antipas) temía que semejante facultad de persuasión *no suscitara una revuelta*, ya que la multitud parecía dispuesta a seguir *en todo los consejos* de este hombre ..." (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, V, 118).

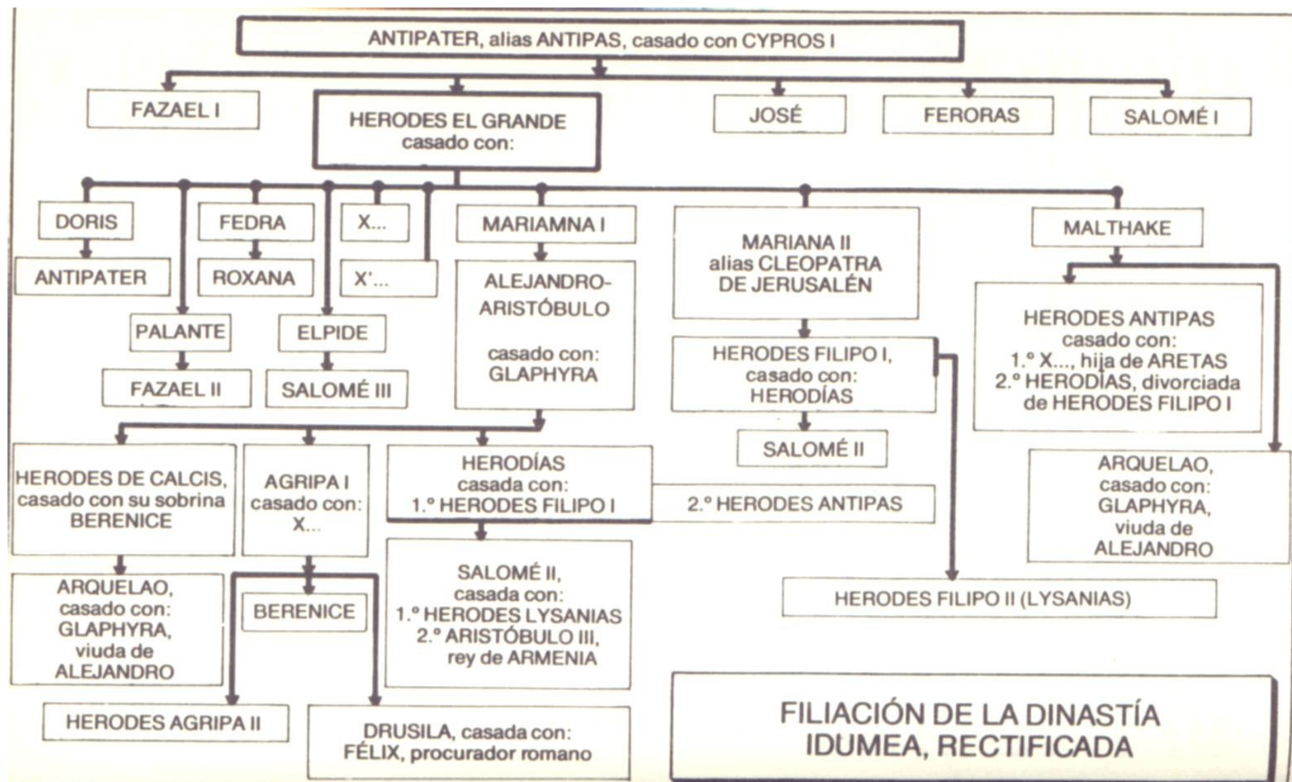
---

[130] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 289-303.

[131] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo,* pp. 185-186. Hay que observar que las hijas y los hijos eran educados totalmente aparte y separados. Cuando se hallaban en contacto, en la adolescencia, no se producía entre ellos esa repulsión instintiva que existe por regla general cuando crecen juntos. Además, a menudo eran de madres diferentes, pues se trataba de matrimonios por interés. De ahí las frecuentes uniones entre hermanos y hermanas en el mundo antiguo y en esas regiones.

[132] Cf. *El hombre que creó a Jesucristo.*
[133] Cf. *Jesús o el secreto mortal de los templarios,* pp. 126-138 y 184-190.

Como se ve, en los discursos reales del Bautista no se trataba de prédicas morales o devocionales. Se trataba lisa y llanamente de barrer a los ocupantes romanos y a sus hombres adictos, los reyezuelos herodianos. Porque las predicaciones religiosas no podían suscitar la desconfianza, y menos la ira de Herodes Antipas, antes al contrario. No podía ser lo mismo en el caso de discursos incendiarios de carácter político.


ANTIPATER, alias ANTIPAS, casado con CYPROS I
FAZAEL I
HERODES EL GRANDE casado con:
JOSÉ
FERORAS
SALOMÉ I
DORIS
ANTIPATER
FEDRA
ROXANA
X...
X'...
MARIAMNA I
ALEJANDRO-ARISTÓBULO casado con: GLAPHYRA
MARIANA II alias CLEOPATRA DE JERUSALÉN
MALTHAKE
PALANTE
FAZAEL II
ELPIDE
SALOMÉ III
HERODES FILIPO I, casado con: HERODÍAS
SALOMÉ II
HERODES ANTIPAS casado con: 1.º X..., hija de ARETAS 2.º HERODÍAS, divorciada de HERODES FILIPO I
HERODES DE CALCIS, casado con su sobrina BERENICE
AGRIPA I casado con: X...
HERODÍAS casada con: 1.º HERODES FILIPO I
2.º HERODES ANTIPAS
ARQUELAO, casado con: GLAPHYRA, viuda de ALEJANDRO
ARQUELAO, casado con: GLAPHYRA, viuda de ALEJANDRO
BERENICE
SALOMÉ II, casada con: 1.º HERODES LYSANIAS 2.º ARISTÓBULO III, rey de ARMENIA
HERODES FILIPO II (LYSANIAS)
HERODES AGRIPA II
DRUSILA, casada con: FÉLIX, procurador romano
FILIACIÓN DE LA DINASTÍA IDUMEA, RECTIFICADA